ASESINATO CON DIAMANTES

S.J. BENNETT

narrativa
salamandra

S. J. Bennett

ASESINATO CON DIAMANTES

Traducción del inglés de
Patricia Antón de Vez

narrativa
salamandra

A mis abuelas, Joan y Jessie

Necesitamos la clase de coraje que pueda resistir la sutil corrupción de los cínicos para ser capaces de mostrarle al mundo que no le tenemos miedo al futuro. Odiar y destruir siempre ha resultado fácil; es mucho más difícil construir y cuidar.

No puedo lideraros en la batalla, ni daros leyes ni administrar justicia, pero hay algo que sí puedo hacer: entregar mi corazón y mi devoción a estas viejas islas y a todos los pueblos de nuestra hermandad de naciones.

Mensaje de Navidad de la reina,
1957

PRIMERA PARTE

Vive la Reine

París, abril de 1957

1

La reina supo en el acto que había cometido un error fatídico, metafóricamente hablando.

—Mais bien sûr, madame. Ça arrive.

Durante la cena a la luz de las velas que se celebraba en el Louvre para culminar la segunda jornada de su primera visita de Estado a Francia, se había limitado a mencionar, quizá con un tono demasiado melancólico, que nunca había visto la Mona Lisa. *Le tout-Paris* atestaba la sala de las Cariátides. Todos los ministros, grandes anfitriones y eminentes dignatarios estaban presentes, sentados codo con codo, vestidos con sus mejores galas, y la observaban atentamente. Pero lo cierto era que, excepto algunas estatuas y techos artesonados aquí y allá, apenas había visto obras de arte.

En ese instante, tras un breve conciliábulo entre las lumbreras del museo, dos empleados del Louvre entraron en la sala cargados con el magnífico y ornamentado marco dorado del Leonardo. Lo apoyaron en una silla, para que ella pudiera verlo bien, y se produjo un momento extraordinario: aquellos famosos ojos la miraron enigmáticamente bajo sus párpados caídos. Una conocía tan bien esa imagen como ilustración que contemplar la pintura auténtica resultaba increíble. Por unos segundos, la reina sintió lo mismo que el común de los mortales al encontrarse cara a cara con *ella*.

El retrato, envuelto en un denso halo de expectativas, visto de cerca, a la luz parpadeante de las velas, sorprendía por su escala humana. Tras aquellos ojos, la reina vio a una joven que hacía gala de una asombrosa serenidad y tal vez de cierta timidez al

saberse observada. «Sé cómo te sientes», pensó. Era una obra impresionante, por supuesto, pero le costaba concentrarse con todos los invitados pendientes de su reacción.

—*C'est merveilleux, n'est-ce pas*? —comentó, consciente de que ése podría ser el banal comentario que definiera su visita.

Poco después, otro grupo de integrantes de la flor y nata parisina se unió a la comitiva en otro lujoso salón del museo, y el peso de la atención sobre la reina aumentó considerablemente. Cientos de personas, ansiosas por saludarla y gozar de una mejor vista, forcejeaban a empujones, clavando sus codos puntiagudos en las ceñidas cinturas del vecino. Una oleada de gente se abalanzó hacia ella y de pronto se vio presa entre la multitud. Constreñida y sin espacio para respirar, tuvo un atisbo de pánico. Ser tan popular era gratificante, pero quería terminar la velada con su ropa e integridad física intactas.

En ese momento, pensar en su abuela, la reina María, la ayudó a recobrar la compostura y a poner al mal tiempo buena cara. Pero, al observar aquel mar de expresiones anhelantes, dos rostros captaron su atención. Uno de ellos, que no la miraba a ella sino a alguien entre la multitud agolpada a su espalda, frunció el ceño con un odio feroz. La reina sólo había visto mirar así de adolescente, en Windsor, a los oficiales y sus familias que describían las atrocidades de la guerra. Sabía quién era aquel hombre, empatizaba con su historia y sospechaba a quién podía estar mirando.

El otro, mientras tanto, escudriñaba la sala con desprecio y un rictus de frustración en los labios. De pronto sus ojos se encontraron y esa expresión crispada desapareció. Pero la reina ya había visto suficiente. Conocía muy bien a ese hombre.

Era evidente que alguien de su círculo más cercano había intentado sabotear la visita. Tendría que investigarlo al llegar a casa, pero no sería fácil actuar con discreción porque no estaba segura de en quién podía confiar.

—¿Te has dado cuenta de que esta noche nos han servido ostras? —le dijo a Felipe en el coche, de regreso a la embajada británica.

—Sí, y muy buenas —afirmó con una sonrisa cómplice antes de fruncir un poco el entrecejo—. Pero me ha parecido que no te gustaban. ¿Te las has comido?

—No, no las he tocado. En realidad las ostras me gustan. —La reina le devolvió la sonrisa—. Pero las evito cuando estoy en el extranjero.

—Me parece que, por esta vez, podemos confiar en los gabachos; no creo que ahora tengan ningún interés en envenenarte. Y preparan unas ostras deliciosas, siempre lo han hecho.

—No lo dudo. No es por los franceses, sino por las ostras. Una nunca sabe... Y acabar con el estómago revuelto sería un desastre.

—Supongo que sí. Qué lástima; eran de primera.

La reina se ajustó la estola de piel sobre los hombros y miró las luces parpadeantes de la place de la Concorde. No tardarían en llegar a la embajada. Le encantaba esa inmensa plaza junto al río, con la fachada de estilo clásico del hotel Crillon como telón de fondo, el antiguo obelisco con el piramidón dorado despuntando en el centro y esa atmósfera en general extravagante. Pero no podía pasar por alto que en ese mismo lugar un rey y su familia habían perdido la cabeza, literalmente.

¿Debía contarle a Felipe lo que estaba pensando de verdad?

La limusina rodeó la plaza y enfiló la rue Royale. La última vez que pasaron por allí, en 1948, ella aún no le había contado a su marido que estaba embarazada de Carlos. Ah, qué maravilla tener veintidós años y estar en París por primera vez, recién casados y muy enamorados, mientras la gente a su alrededor, todavía exultante por la Liberación, parecía desbordada de alegría. Fue un viaje fabuloso.

Antes de su llegada, dos días atrás, no creía que fuera posible

repetir esa experiencia; menos aún a la «vetusta» edad de treinta años, con dos hijos en casa, sus obligaciones de Estado y esos interminables rumores infundados sobre su matrimonio. Pero esta noche los parisinos se agolpaban en las calles con el mismo entusiasmo de siempre, y eso la conmovía profundamente. Felipe tenía razón: no era muy plausible que hubieran tratado de envenenarla o indisponerla con una *huître* en mal estado.

Sin embargo...

La reina pedía poco cuando viajaba. Era de constitución fuerte y tenía un aguante más que decente; se prestaba encantada a llevar una agenda estricta y comía prácticamente de todo. El marisco constituía una rara pero firme excepción —nadie puede cumplir con sus obligaciones con retortijones—, y su Secretaría Privada lo dejaba siempre bien claro. Aun así, esa noche le habían servido seis ostras *à la sauce mignonette avec fraises et champagne* como si tal cosa.

Claro que podía deberse a una simple confusión. Somos humanos y cometemos errores, y a veces incluso puede resultar divertido. Pero también estaba lo del discurso perdido.

Había sucedido veinticuatro horas antes de dar su discurso —la *pièce de résistance* de su primer día en el país vecino— en respuesta al brindis del presidente de Francia. Era el recordatorio de que hablaba francés con fluidez y un himno de alabanza a la *entente cordiale* que unía a dos naciones cuyos sacrificios conjuntos habían ganado una guerra contra todo pronóstico. El texto no era largo, pero lo habían preparado y ensayado intensamente durante las últimas semanas.

Una hora antes de salir hacia el Elíseo para pronunciarlo, su secretario privado, pálido como un cadáver, le había comunicado que el discurso y todas las copias en papel carbón habían desaparecido. Él y el embajador redactaron a la desesperada un nuevo texto, pero la reina sabía que no sería lo mismo. Si pronunciaba en su segunda lengua frases que no había

podido practicar, se perdería gran parte de la fuerza del discurso.

Por suerte, la reina recordó que había enviado uno de los últimos borradores del original a una secretaria del palacio de Buckingham, junto con un par de excelentes sugerencias que demostraban su dominio del francés. Se le ocurrió que aquella chica quizá habría conservado una copia, lo que, efectivamente, así había hecho. Cincuenta minutos más tarde esa misma secretaria se lo estaba dictando por teléfono al secretario privado en persona. Se había evitado el desastre.

Una podría haber achacado la pérdida del documento original a la mala suerte, pero ¿también la de todas las copias existentes? ¿De verdad?

Y ahora, después de esos dos desastres evitados por los pelos, aquella incauta mirada de desprecio dirigida a la apremiante multitud que la rodeaba en el Louvre arrojaba una nueva luz sobre todo el asunto.

Era evidente que alguien no quería que esa visita tuviera éxito.

Alguien de su propio círculo.

Alguien en quien había confiado sin reservas hasta esa noche.

Sin embargo, la reina era consciente de que no podía presentar discursos desaparecidos, ostras inoportunas y miradas de odio como pruebas de sus sospechas: seguro que lo achacarían todo a la imaginación febril de una joven madre, o a que se sentía cansada y sensiblona, tras dos ajetreados días en el extranjero, y estaba desarrollando un sentimiento de culpa malsano.

Y no quería verse acusada de nada de eso en una visita tan importante como aquélla.

En cualquier caso, ¿qué podían hacer ella o Felipe en aquel momento? Cuando el coche doblaba a la izquierda por la rue du Faubourg Saint-Honoré, decidió guardarse para sí sus pensamientos.

2

—Bien hecho, majestad —le dijo por la mañana su secretario privado, con un retintín de condescendencia—. Creo que podemos calificar de éxito la velada de ayer.

—Gracias, Hugh. Fue un poco agobiante. Hubo momentos en que creí que me iban a devorar.

Sir Hugh Masson sonrió, como si la reina estuviera de broma. Claramente él no había sido objeto de semejante maremoto de atención.

Esa mañana sus tres cortesanos de mayor rango, con sus trajes de raya diplomática, la esperaban formando una pulcra hilera en la residencia del embajador, listos para hablar sobre la nueva jornada. Sir Hugh estaba acompañado por el comandante Miles Urquhart, subsecretario privado —o «el Sub», como lo llamaban algunos—, y Jeremy Radnor-Milne, secretario de prensa. Concienzudos, tradicionales y fiables, eran los principales «bigotudos»; así llamaba Felipe a la vieja guardia que la reina había heredado de su padre.

Las voluminosas gafas de montura negra de sir Hugh Masson, además de acentuar sus inclinaciones librescas, compensaban su espeso bigote plateado.

—El primer ministro desea que le comunique su satisfacción por cómo va todo, señora. Su vestido de noche ha gustado mucho. Por lo visto, el estampado de motivos heráldicos franceses ha despertado mucha admiración.

—El señor Hartnell hizo un trabajo excepcional con los bordados, desde luego.

—Es agradable constatar que la moda británica compite con la francesa —añadió alegremente Miles Urquhart, el Sub—. Y que

la supera, incluso —dijo mientras su bigote rojizo se erizaba de placer y orgullo nacional.

Urquhart tenía la absoluta certeza de que la monarquía británica era la mejor institución del mundo, y la respuesta a casi cualquier problema, incluso si guardaba relación con la moda.

Para la reina, era todo un desafío estar a la altura de tan altas expectativas.

—Tengo mis dudas respecto a que superemos a Dior y Balmain —objetó ella—, pero me alegro de que no hagamos un mal papel.

—Uno empieza a entender por qué la querían como jefa de Estado, majestad.

La reina negó con la cabeza.

—Sí, qué extraño fue eso, ¿verdad?

La idea de una unión franco-británica con ella de jefa de Estado, aún la tenía perpleja —una perplejidad que no ayudaba a gestionar las expectativas de Urquhart, precisamente—, pero el primer ministro francés se lo había planteado sin tapujos durante una visita del año anterior. Sólo estaban al corriente el primer ministro británico y su círculo más cercano, y a todos les había sorprendido por igual.

—Con lo difícil que fue rechazar las anteriores propuestas de unión —añadió la reina—. Aun así, el señor Eden hizo bien al decir que no. De todos modos, me da la impresión de que era un plan únicamente de monsieur Mollet. Nadie lo ha mencionado desde entonces.

Jeremy Radnor-Milne soltó una carcajada demasiado estridente.

—¡Ja, ja, ja! Por suerte, Su Majestad queda fuera de todo eso. Los franceses no se han cubierto de gloria que digamos en estos últimos tiempos. Me atrevería a decir que están bastante desesperados.

El secretario de prensa lucía un fino bigote negro, estilo David

Niven, como si intentara evocar las proezas militares y la afable gentileza del actor. Al igual que Urquhart, Radnor-Milne era un patriota incondicional, y probablemente se refería al desafortunado intento de Francia, el año anterior, de conservar el control del canal de Suez con el envío de tropas. No obstante, el Reino Unido había hecho otro tanto y salido igualmente malparado de la crisis de Suez.

Atrás quedaban los días de la «diplomacia de los cañones», cuando las viejas potencias imperiales podían irrumpir con su flota en puertos extranjeros y resolver los problemas con una pequeña demostración de fuerza. Ahora se necesitaba a los estadounidenses a bordo y, puesto que Eisenhower había dejado bien claro desde Washington que no iba a implicarse, franceses y británicos se vieron obligados a batirse en una ignominiosa retirada. En casa, al señor Eden le costó su cargo de primer ministro.

—Por aquí todos hablan de hacerse amigos de los alemanes —comentó Urquhart negando con la cabeza—, con ese nuevo tratado de Roma y la «Comunidad Económica Europea», o como sea que la llamen. Cualquiera diría que Francia y Alemania no se han pasado buena parte del siglo dándose zarpazos.

—Supongo que tratan de evitar justamente eso —señaló la reina—. Pero no estoy segura de que todo el mundo esté a favor del tratado. —Miró a su secretario privado—. Quería decirle, Hugh, que el conde de Longchamp no lo está en absoluto. Ya conoce su historial de guerra y cuánto sufrió por culpa de los nazis. Y tengo entendido que goza de la confianza de su presidente.

—¿Cómo lo sabe, señora? ¿Quién se lo ha dicho?

—Anoche se lo vi en la cara —dijo la reina. Ésa había sido la primera de las dos miradas de odio que había visto en el Louvre —. Su expresión era de odio absoluto hacia el embajador alemán, que estaba detrás de mí. Sé que se trataba del embajador alemán porque ese hombre tiene un aliento

espantoso. Alguien debería decírselo; no es lo ideal para un diplomático.

—Se lo comunicaré —prometió sir Hugh.

—No diga nada del aliento.

—Oh, eso también, señora. En el Foreign Office estarán encantados. Gracias.

Pasaron a definir la agenda de la reina para esa jornada, que se estableció en fracciones de cinco minutos desde ese momento hasta la medianoche, con la descripción exacta de dónde estaría y con quién debía esperar encontrarse, desde los trabajadores de una fábrica Renault hasta el alcalde de París. La reina, al fijarse en que había dos pausas de cinco minutos en cada una, se propuso limitar la ingesta de líquidos.

Al final, mencionó las ostras.

El horror provocó que se fruncieran dos pares de cejas muy pobladas. Desconcertado, Jeremy Radnor-Milne se limitó a apretar los labios bajo su fino bigotito negro.

—Marisco —les susurró sir Hugh, antes de volverse de nuevo hacia la reina.

—¿Comió alguna, señora?

—No. Fui terriblemente grosera: sólo probé la salsa *mignonette*.

Radnor-Milne se quedó boquiabierto. Y boqueó como un pez.

—Yo... no... no sé por qué diablos habrían...

—Algún cocinero se habrá dejado llevar por el entusiasmo con el menú —gruñó Urquhart, henchido de indignación en nombre de su reina—. Hablaré con el responsable.

—Por favor, no se moleste —repuso ella—. Ya es tarde para eso.

Los había observado con mucha atención. Todos los bigotudos parecían horrorizados, igual que cuando se perdió su discurso dos días antes. Su padre valoraba mucho el servicio de aquellos hombres, y ella dependía por completo de ellos para llevar a

cabo su tarea. Pero ahora sabía que uno de ellos le estaba mintiendo. ¿Y los otros dos?

3

Bobo Macdonald —Margaret o señorita Macdonald para todo el mundo, excepto para la familia real más inmediata— también tenía sus pelillos sobre el labio superior, pero en absoluto formaba parte de los bigotudos. Era la modista de la reina y mucho más: su primera niñera, su confidente, la única persona que había compartido dormitorio infantil con la joven princesa, sin contar a su hermana, y la única en la que la reina confiaba para disponer y cuidar su ropa. No había lugar al que Bobo no viajara con su señora; incluso había acompañado a la pareja real en su luna de miel.

Aquella tarde, cuando la reina se preparaba para su última velada en Francia, Bobo estaba de servicio.

—¿Qué te parece?

La reina se miraba con nerviosismo en el espejo basculante de su vestidor, en la residencia del embajador. Su tercer vestido de noche de la visita entrañaba una novedad: era la primera vez que se ponía un modelo de corte recto ceñido al cuerpo, en lugar de sus características faldas amplias, como las de su madre.

Gracias a una miríada de cristales cosidos a mano, la seda brillaba intensamente a la luz de la lámpara. Era un diseño precioso, pero ¿resultaba excesivo? ¿O insuficiente? Su diseñador, Hardy Amies, también era el creador del vestido azul pavo real que había lucido la noche anterior. Cuando le enseñó el boceto, la reina había dudado ante aquel color tan vivo, pero él sugirió que funcionaba porque ya era «*une femme de trente ans*». Nunca le había hecho un comentario tan poco amable, y así se lo hizo saber.

Tal vez por eso, a modo de compensación, el señor Amies le había diseñado este deslumbrante traje recto y ajustado, la clase de atuendo que podría haber elegido Marilyn Monroe. ¿Haría el ridículo una *femme de trente ans* vestida así?

—Estás magnífica. Es tu mejor conjunto hasta la fecha, vaya si lo es. Y bien que lo sabes, Lilibet. ¡Mírate!

Al menos a Bobo le convencía. La reina giró sobre sí misma para observar su silueta desde distintos ángulos. Echaba de menos el reconfortante frufrú de las faldas de gasa. El noviembre anterior había conocido a la señorita Monroe en el estreno de una película; la actriz llevaba un vestido dorado tan ceñido que parecía un bañador. La reina se había decidido por uno de terciopelo negro con miriñaque, entallado en la cintura y amplio hasta el suelo, y agradeció la confianza que le proporcionaba. La pobre Marilyn, con su vestido dorado, se había quitado todo el carmín con los dientes cuando se estrecharon la mano.

Aun así, le pareció encantadora. En aquel momento, la actriz se alojaba cerca de Windsor, y ambas comentaron que sería muy agradable verse de nuevo, si alguna de las dos dispusiera de tiempo. A la reina le dio la impresión de estar ante una criatura audaz pero frágil, como un joven caballo de carreras o un ciervo salvaje. Sintió el impulso de prestarle una estola de pieles y envolverla con ella.

En todo caso, eso fue entonces; ahora la del vestido ceñido era ella. Necesitaba una segunda opinión.

—Bobo, ¿puedes ir en busca del duque?

Para todos menos para la reina, el príncipe Felipe era «el señor» o «el duque de Edimburgo». Él no tenía a una persona como Bobo a quien pudiera llamar por un apodo y tratar como un amigo de confianza. Sobre todo desde la pérdida de su añorado secretario privado, tras el escándalo de su divorcio. Así que, al menos, la tenía a ella.

Bobo habló con el joven ujier de cámara que esperaba junto a la puerta, y el muchacho transmitió el mensaje a Felipe en su

vestidor. La respuesta fue que tardaría un par de minutos, dándole tiempo a ella para retocarse el pintalabios y ponerse las joyas que Bobo le había dispuesto. Mientras la reina se ajustaba los pendientes en el tocador, Bobo trató de calmar el raro arranque de nerviosismo de su señora.

—¿Has visto los titulares de los periódicos? ¡Los franceses se declaran monárquicos! En casa sólo tú y los asesinatos de Chelsea salís en las portadas.

—¿Los asesinatos de Chelsea? —repitió la reina, dándose la vuelta con el pendiente izquierdo en la mano—. ¿Qué asesinatos?

—Ay, es horroroso. Encontraron dos cuerpos en una de esas *mews*, esas casitas reformadas donde antes había los antiguos establos, junto a Old Brompton Road. Ha salido a toda plana en el *Times* y en el *Daily Express*.

—¿Cómo lo sabes?

—El embajador se los hace traer por avión desde Londres. La gobernanta me los ha dejado.

—¿Dice ahí quiénes eran?

—Aún no, querida. Sólo se sabe que se trataba de un hombre y una mujer, y que por lo visto ella era un poco libertina. Lo terrible es que todo apunta a que lo hizo el deán de Bath o uno de sus invitados. —Bobo negó con la cabeza—. Alquila la casa donde ocurrió el crimen cuando viene de visita a Londres. En la fotografía parece un hombre muy apacible, pero dicen que hizo un buen papel en la guerra, así que no lo será tanto, digo yo.

—¿Y están seguros de que fue un asesinato?

La reina conocía un poco al deán en cuestión: era un miembro destacado de la Iglesia anglicana y un encantador invitado ocasional a las cenas en Windsor.

—Ay, sí, sí, querida. Fue todo muy violento, y un tanto... sugerente. —Bobo hizo un mohín con los labios y le brillaron los ojos—. La chica sólo llevaba lencería de satén y diamantes.

Yacía en el lecho como Blancanieves, según dicen los periódicos, aunque es probable que se inventen ese tipo de cosas, ¿no? Además, no creo haber visto nunca a Blancanieves en ropa interior.

—¿A quién han encontrado en paños menores? —quiso saber Felipe, que entraba en ese momento en la habitación ciñéndose con aire distraído el gemelo de un puño que parecía resistirse a su empeño.

—A la mujer muerta de Chelsea, señor —explicó Bobo.

Felipe no levantó la vista. Los gemelos de oro, sujetos por una delicada cadena, no eran fáciles de manejar.

—Vaya... ¿y cómo murió?

—Según los periódicos, los dos fueron estrangulados, y a él además le clavaron un cuchillo en el ojo. ¿No es horroroso de lo que es capaz el ser humano? Es increíble.

—De ciertas personas, puedo creer cualquier cosa —repuso Felipe levantando por fin la vista de la manga de su camisa—. ¿Querías preguntarme algo, Lilibet?

La reina ya se había puesto los pendientes. Se colocó la tiara y volvió a levantarse sin decir nada; no sabía cómo expresar lo que quería de él.

Felipe la miró de arriba abajo.

—¿Vestido nuevo?

—Sí.

—No te había visto nunca con ropa de ese estilo.

—No.

—Es distinto, muy... brillante.

—Oh.

Siguió un breve silencio.

—¿A que está preciosa? —preguntó Bobo con un tonillo de censura escocesa en la voz.

Felipe captó finalmente el mensaje.

—Estás divina, querida. —Sonrió con desenfado y se acercó a ella—. Si Ava Gardner fuera unos centímetros más bajita...

Tomó las manos de su mujer y le besó las palmas, una tras otra, y ella volvió a constatar hasta qué punto le resultaba irresistible y lo enamoradísima que estaba de aquel hombre. Y no sólo porque era rubio y guapo como un vikingo, sino porque era capaz de hacerla llorar de risa y segundos después ponerse extremadamente serio, como en ese momento, consciente de la importancia de esa visita, de lo mucho que la gente esperaba de ella y de lo mucho que ella lo necesitaba a él.

—Bien, entonces ya está decidido —zanjó Bobo—. Llevas la tiara un poco torcida, querida. Y no olvides el collar. Voy a buscar tu estola.

Fuera de la habitación, en lo alto de las escaleras, se había formado un pequeño grupo. El embajador, los dos chambelanes militares que asistían a la pareja real en sus actos públicos, sir Hugh y el nuevo secretario privado de Felipe, listos para bajar con ellos a modo de séquito. Hablaban en voz baja, pero ambos oyeron «Cresswell Place».

—¿Qué es eso? ¿De qué hablan? —preguntó Felipe.

—De los asesinatos de Chelsea —explicó el embajador—. ¿Se han enterado?

—¿Se refiere a la gente que han estrangulado y apuñalado? —dijo Felipe toqueteándose el otro puño.

—Sí, exacto. No es precisamente el *modus operandi* que cabría imaginar de los miembros del club Artemis.

—¿Cómo? —exclamó Felipe levantando la cabeza.

—Al parecer, el deán cenó en el club aquella noche y volvió a casa con un pequeño grupo para jugar a las cartas. Nadie más entró o salió de allí, aparte de las víctimas, de modo que... —El embajador dejó la frase a medias y carraspeó—. Estoy al corriente de que es usted miembro del Artemis, señor.

El rostro de Felipe se tensó.

—Lo soy.

El embajador soltó una risita nerviosa.

—No pretendo dar a entender... Quiero decir que quienes volvieron con el deán aquella noche eran gente honrada: hombres decentes, de reputación intachable. Usted nombró caballero a uno de ellos el año pasado, señora. —Le hizo una pequeña reverencia a la reina. Ninguno de ellos había comentado nada sobre su vestido, aunque tampoco esperaba que lo hicieran, al fin y al cabo, eran hombres—. Por lo visto, acompañaron al deán a casa para jugar una partida rápida de canasta.

Sir Hugh intervino con un ligero carraspeo.

—Eso dicen. Lo peliagudo del asunto es que, según la prensa, el deán le dijo a la asistenta que no limpiara en el piso de arriba al día siguiente, como solía hacer. Él regresó a Somerset y la mujer no descubrió los cadáveres hasta una semana después, cuando finalmente subió a las habitaciones.

—Dios santo, ¿y cuándo murieron? —preguntó la reina.

—Supongo que este domingo pasado hizo una semana —respondió sir Hugh, apresurándose a calcularlo—. El treinta y uno. Eso coincidiría con la noche de la partida de cartas. Habrán estado allí tirados unos...

—¡Maldita sea! —Todas las miradas se volvieron hacia Felipe —. He roto un gemelo. ¡Tú! —Le tendió la dichosa filigrana al chambelán que tenía más cerca—. Ve a buscar a mi ayuda de cámara y tráeme otros. Deprisa, o llegaremos tarde.

Su mirada buscó la de la reina, que rápidamente se dio cuenta de su disgusto. Aquellos gemelos parecían los del *Britannia*, que él mismo había diseñado para conmemorar su reciente viaje al hemisferio sur.

—Supongo que los periodistas se las ingeniarán para implicarme —gruñó.

Su nuevo secretario privado carraspeó.

—De hecho, ya lo han hecho... Lo siento, señor, no he tenido ocasión de ponerlo al corriente. Acabo de leer el artículo:

mencionan que usted también cenó en el club aquella noche.

Felipe lo fulminó con la mirada.

—¿Y mencionan que a las once ya me había metido en la cama?

—No, de eso no dicen nada.

—Vaya... —Felipe se encogió de hombros con dramatismo y miró a su mujer—. Pues sólo mi equipo de escoltas y Su Majestad pueden defender mi inocencia.

Cinco pares de ojos se volvieron hacia la reina con expresión divertida. Tras una brevísima pausa, ella les dedicó una sonrisa arqueando una ceja y encogió levemente los hombros. Ellos se permitieron soltar unas risitas.

—Los periódicos no sugerían que usted formara parte del grupito del deán, señor —le aseguró el secretario privado—. Sólo decían que pertenecía a su mismo círculo.

—Por supuesto que no formaba parte de ese grupo. ¿Y quién diantre es ese deán?

—El de Bath —dijo la reina.

—Ah, sí... lo conocemos... Aunque no mucho. Es un tipo decente, trabajó en la capilla de San Jorge, pero no es exactamente un amigo.

—Los gemelos, señor.

El chambelán de rostro arrebolado estaba de vuelta y, con un tintinear de espuelas en las botas de su uniforme, le tendió una mano con un par de gemelos de repuesto en la palma.

—Vámonos. Ya me los pondré en el coche —dijo Felipe—. Y traed también los periódicos; los llevaré en la falda y los iré leyendo, nadie se dará cuenta. ¡Llegó la hora de convertirnos en animales de zoológico!

El acto programado para cerrar la jornada era una travesía por el Sena. A la reina le apetecía muchísimo: ¿había algo más romántico que navegar bajo los puentes de París en abril, con su

marido al lado y la Torre Eiffel y las torres de Notre Dame iluminadas a lo lejos?

Con lo que no contaba, a pesar de tenerlo escrito en el itinerario del día con letra bien clara, era que al otro lado tendría al presidente de Francia. Al fin y al cabo, ésta era su lancha. Ambos estaban sentados a menos de un metro de ella; demasiado lejos para charlar con comodidad con el presidente y, desde luego, para que Felipe le diera su verdadera opinión sobre los *tableaux vivants* que flanqueaban las riberas para su deleite y admiración.

No veía gran cosa: un foco situado a pocos metros de distancia la apuntaba directamente a la cara. Apenas distinguía a la muchedumbre que se apretujaba a ambos lados del río, más compacta que nunca, estirando el cuello para verla pasar, tan apretujada que con un par de empujones caerían unos cientos al agua. Era difícil pasar una velada menos romántica en París.

Aun así, su vestido nuevo brillaba con diligencia bajo los focos y se le habían entumecido las mejillas de tanto sonreír. La expresión socarrona de Felipe ante el *tableau vivant* de soldados napoleónicos apostados cerca de Les Invalides delataba que estaba disfrutando. Como siempre que estaba en el agua.

Mientras se deslizaban, la reina pensaba en lo que Bobo y el embajador habían dicho sobre el club Artemis y la noche que supuestamente se cometieron los asesinatos. Se imaginó a esa pobre chica, estrangulada en una habitación, junto a un hombre que en esencia era un extraño, vestida sólo con seda y diamantes. Daba que pensar, desde luego, y además, casualmente, ella también llevaba sólo seda y un gran despliegue de diamantes en ese momento.

Qué manera tan espantosa de morir. Tuvo que sentirse terriblemente sola.

La reina se dio cuenta de que no estaba prestando atención y miró hacia la ribera, donde un coro de varias hileras de voces

etéreas entonaba un himno ante la catedral de Notre Dame. Cuando la embarcación dejaba atrás la isla de Saint-Louis, el cielo se iluminó con una explosión de fuegos artificiales.

Tras el susto inicial, se sumergió en la escena. Imaginó a una joven pareja de pie entre la multitud, él abrazándola por detrás y ella notando su pecho cálido y firme contra la espalda, mirando los fuegos artificiales, juntos y sin ser vistos.

Sí, sería maravilloso.

Se volvió hacia el presidente y le dijo algo agradable y diplomático en francés. Y con la luz del foco sin dejar de iluminar su rostro, emprendieron el regreso por donde habían llegado.

4

—Sólo un almuerzo sencillo, para nosotras tres —dijo la reina madre—. Debes de estar agotada tras el viaje. Te hace falta reponer fuerzas, Lilibet.

Después de esos cinco días en Francia con una agenda apretadísima, la reina estaba encantada de encontrarse en el castillo de Windsor. Había disfrutado de una tarde muy agradable con los niños y de otra hora jugando con ellos esa misma mañana. Parecían ansiosos por abrir los regalos, como siempre demasiado delicados para sus manos infantiles, pero en cuanto su padre —tan contento de estar con sus hijos como ellos de tenerlo de vuelta— les propuso jugar a ese ridículo pillapilla se olvidaron de todo.

Era reconfortante haber dejado atrás todo aquel alboroto y encontrarse entre las familiares obras de arte y antigüedades de Royal Lodge, la residencia de su madre en los terrenos del castillo. No quiso tomar champán en el soleado gabinete porque tenía programadas varias reuniones, pero su madre y su hermana cogieron una copa de la bandeja del mayordomo.

—¿Qué planes tiene Felipe esta tarde? —quiso saber la reina madre.

—Volar. Quiere aprovechar que hace buen tiempo. Irá a Southampton, me parece.

La reina sonrió animosa, como si no le preocupara cada minuto que Felipe pasaba en el aire. De todos modos, no se trataba tanto del vuelo como de los aterrizajes... Un piloto de Spitfire le dijo un día durante la guerra que todo aterrizaje era en realidad un accidente controlado. Felipe había tenido un par de aterrizajes forzosos. A él le había parecido muy divertido; a

ella, en absoluto.

—Un tipo con suerte —comentó la reina madre con una sonrisa, consciente de cómo se sentía su hija y prefiriendo no meterse—. Los dos estuvisteis maravillosos en París. ¿No estaban encantados de teneros de vuelta allí?

—Ajá. A veces, incluso demasiado —admitió la reina con una tímida sonrisa.

Les contó lo del gentío en el Louvre.

—¡Por Dios, a un museo! —exclamó Margarita—. Al menos podrían haberte llevado a Montmartre, o a un espectáculo. He oído que el nuevo del Crazy Horse es impresionante.

—¡Jamás me llevarían allí! —protestó la reina—. Y la última vez ya vimos a Edith Piaf.

—¡Edith Piaf! —Margarita puso cara de limón exprimido—. Yves Montand: es él quien está de moda ahora. Por cierto, ¿visteis al señor Dior?

—Sí. Brevemente —contestó la reina—. El pobre no tenía muy buen aspecto. Ah, y se deshizo en elogios hablando de ti, mamá. Me dijo que siempre que quiere pensar en algo realmente bello, recuerda la ropa que te hizo el señor Hartnell en el treinta y ocho.

La reina madre resplandecía de placer.

—¿Mi vestuario blanco para aquel viaje a París? Qué cielo de hombre. Yo estaba de luto por vuestra abuela, por supuesto, pero los franceses lo llevan de un modo muy interesante. *Porter le deuil blanc*, dicen. Como María Estuardo.

—Pero con sombrilla —terció Margarita, que se volvió hacia su hermana—. Creo que deberías haber llevado un vestido de Dior; corres el riesgo de parecer anticuada.

A su madre se le heló la sonrisa. No siempre era fácil tener en casa a la hija pequeña, y menos aún si estaba recuperándose de la ruptura más famosa de la década. Sobre todo cuando la mayor estaba felizmente casada y era soberana de varios países a lo

largo y ancho del globo.

—El almuerzo está servido, señora —anunció el mayordomo, para su gran alivio.

Pasaron al comedor, donde la mesa ya estaba puesta y los lacayos preparados para servirla. La reina madre sabía que su hija mayor tenía gustos sencillos, de modo que había pedido que sirvieran sólo un consomé y un hojaldre de salmón con verduritas y patatas de los jardines de Sandringham, todo regado con un Pouilly-Fuissé bastante bueno de su bodega personal. Durante el postre —unas natillas ligeras de limón—, la conversación giró en torno a Clement Moreton, el pobre deán de Bath, cuya intachable vida como clérigo estaban diseccionando ahora mismo todos los periódicos.

—Lo siento muchísimo por él —dijo—. Es encantador. Juega muy bien a las cartas, aunque no en ese sentido, claro. Sólo es un compañero agradable, sensato, y sus sermones son siempre tan cortitos... Cissy está fuera de sí. Todos lo están.

Cissy, prima del deán y amiga de Lilibet de la infancia, era una de las damas de compañía de la reina madre. Tenía buena mano con los perros y era muy popular. La reina hizo un discreto ademán de solidaridad y preguntó si Clement era amigo de Felipe, pero a su madre le pareció que debía enterarse por sí misma.

—Es posible que entablaran amistad durante la guerra —reconoció la reina madre—, pero Felipe estaba en la Marina y Clement en la Artillería Real, de modo que lo dudo. Ya sabréis que Clement se distinguió muchísimo en el servicio. Es del todo imposible que estuviera involucrado en este asunto, y no sólo porque lo diga Cissy. He visto cómo ese hombre volcaba un vaso para poner a salvo una araña que había dentro. Es cierto que vio algunos horrores en Alemania, pero la guerra es la guerra y no tiene nada que ver, ¿no? Y luego está la cuestión de esa pelandusca de la tiara. ¿Cómo han dicho que se llamaba?

—Gina Fonteyn —se apresuró a contestar Margarita—. Como

Margot.

—¿Quién?

—La bailarina, mamá.

—¿Margot Fonteyn? Dios mío, ¿son parientes?

—¡No! Margot se llama Peggy Hookham, en realidad, y sabe Dios cuál sería el verdadero nombre de esa pelandusca. Según los periódicos, era italiana.

—En cualquier caso, ¿qué pasa con ella? —preguntó la reina.

—Bueno, lo cierto es que yo estaba pensando en la tiara —repuso la reina madre—. Clement le contó a Cissy que la policía le había enseñado una foto de los diamantes, por si conocía su procedencia. Él no tenía ni idea, por supuesto, pero dijo que era una tiara de rosas y margaritas elaboradas con diamantes rosas y blancos y peridotos verde pálido en las hojas. Es una combinación poco corriente y me recordó mucho a la tiara Zellendorf, de 1924. De Cartier, muy delicada, se hizo para Lavender Hawksmoor-Zellendorf. Debía evocar un jardín campestre inglés. Es una preciosidad. Pensé en comprártela, Margarita, cuando salió a subasta el año pasado, pero era demasiado cara, por supuesto. —La reina madre suspiró—. Una tiene que administrar con mucho cuidado el dinero del que dispone para sus caprichos.

Margarita parecía decepcionada.

—Me llamo Margarita Rosa —replicó haciendo hincapié en su segundo nombre.

—Pues sí, precisamente por eso.

—¿Y quién la compró, mamá?

—No lo sé, he ahí la cuestión. Y créeme que lo pregunté, pero nadie soltó prenda. Imagino que uno de esos tipos extranjeros; son los que tienen todo el dinero hoy en día. Un estadounidense, lo más seguro, o el Aga Khan, o el Sah. Sea como fuere, la tiara desapareció del mapa. Y es una pena, porque es una pieza muy bonita.

Se detuvo al percatarse de que, mientras la pequeña seguía

pareciendo anhelante y un poco molesta por lo de los diamantes, su hija mayor le clavaba una mirada inquisidora. Levantó las manos, a la defensiva.

—A ver, yo no conocía a esa chica, pero sí sé algo de tiaras. Lo que en realidad quería decir es que, si en efecto se trata de la Zellendorf, ¿cómo demonios se hizo con ella?

Después de comer, la reina sugirió que dieran un paseo, pero Margarita se limitó a poner un cigarrillo en una boquilla larga y pidió fuego a un lacayo.

—Mmm... —susurró mirando a través del humo con expresión meditabunda—. Así que Cresswell Place... En esa calle pasa de todo. Creo que es justo la clase de sitio donde podrías encontrar un cadáver y diamantes robados.

La reina se volvió hacia ella.

—¿En serio?

—Desde luego que sí. He estado allí un par de veces. Hay un artista que organiza unas fiestas fabulosas en uno de esos antiguos establos. Es un sitio muy pequeño, como una casa de muñecas. La gente apenas cabe. Se toca el saxo y todos bailan en las escaleras. Es muy divertido. Nunca sabes si vas a charlar con un corredor de bolsa, una *demi-mondaine* o un espía. O conmigo. —Arqueó una ceja—. Ya entiendo por qué al deán le gustaba el lugar.

Su madre se sorprendió.

—Dudo mucho que ése fuera el motivo por el que eligió esa calle. Cissy dice que Clement se siente profundamente humillado y que está muy nervioso. ¡Pensar que ese tipo de cosas ocurrieran bajo su techo! ¿Y si estaba presente cuando entró el asesino?

—No creo que se pueda mezclar al deán de una gran catedral inglesa con un ladrón de joyas y su amante —dijo Margarita envuelta en otra bocanada de humo; y luego miró fijamente a su

madre—: Y yo sigo sin tener una tiara propia.

La reina no dijo nada al respecto, pero el comentario la exasperó. En este asunto, lo de menos era la tiara. Quizá Margarita se centraba en eso porque, ciertamente, no poseía ninguna, mientras que ella no sabía ni cuántas tenía. Pensar esto hizo que juzgara a su hermana con menos severidad de la que acostumbraba a mostrar con ella. Cuando tenía un buen día, Margarita era la generosidad personificada.

—... por ti misma.

—¿Cómo?

No había oído lo que había dicho Margarita.

—He dicho que pronto irás por allí, de modo que podrás ver el lugar por ti misma.

—¿Ah, sí?

—Mamá dice que vas a visitar a Deborah Fairdale en los Boltons. Cresswell Place está justo al lado.

—¡Oh, sí, es verdad! Hemos quedado para tomar algo el viernes.

—Bueno, pues ten cuidado. Estarás prácticamente en la puerta del asesino.

Margarita lo dijo como si fuera algo gracioso. Pero a la reina, que tenía muchas ganas de ver a su amiga, ese aspecto de la visita la inquietaba un poco.

Y a la vez, se daba cuenta, le brindaba una oportunidad.

5

Lo que de verdad quería saber Fred Darbishire, y no era una cuestión trivial, era por qué le habían encomendado aquella misión. En rigor, le correspondía al inspector jefe George Venables, que además siempre se quedaba con los mejores casos de Chelsea y Kensington. Estaban a punto de nombrarlo superintendente de la brigada a una edad que batía todos los récords —nadie tan joven había ocupado nunca el cargo— y todos orbitaban como pequeños planetas a su alrededor. ¿Un doble asesinato casi en la puerta de casa? ¿Un vicario de la alta sociedad en el punto de mira? ¿La mención a Felipe de Edimburgo? ¿La noticia apareciendo en todas las portadas de la prensa nacional junto a la visita de la reina y el duque a París?

Lo normal habría sido que Venables se lanzara al caso de cabeza.

Pero por lo visto el niño mimado de la Brigada de Homicidios estaba «indispuesto». O tenía una reserva para irse de vacaciones. Corrían todo tipo de rumores, aunque Darbishire no se creía ninguno. George Venables sólo se alejaría de un objetivo si se encontrara en su lecho de muerte. De modo que él, un simple inspector de Homicidios, y su fiel e inútil subinspector, Woolgar, se habían quedado a cargo de todo el tinglado. Y, por lo visto, debería estar agradecido, en lugar de albergar sospechas.

Se quedó en la entrada de Cresswell Place, una calle adoquinada con una hilera de típicas *mews* londinenses de dos plantas, justo al lado de Old Brompton Road. Darbishire sabía, porque a su tío Bill le interesaba la etimología, que la palabra

mew hacía referencia a las plumas que mudaban las aves rapaces, y que las primeras —que ocupaban el lugar de la National Gallery, en Trafalgar Square— se habían construido para albergar los halcones de caza del rey durante la época de muda. Sin embargo, como el tío Bill no estaba especialmente interesado en la monarquía, Darbishire no sabía de qué rey se trataba, pero sí que pertenecía a una época lo bastante remota como para haber practicado la cetrería.

Aquellas construcciones ardieron y fueron sustituidas por establos para los caballos reales, pero conservaron el nombre de *mews*. Más adelante, en las *mews* de calles como aquélla se guardaron los caballos y los carruajes de las más insignes familias londinenses, que luego las siguieron utilizando para aparcar los coches y alojar a los sirvientes. Después de la guerra ya casi nadie podía permitirse tener criados, por lo que esos antiguos establos se reformaron y convirtieron en pequeñas y coquetas segundas residencias para las clases pudientes. De halcones a caballos y de criadas a niños bien. El tío Bill solía hablar con desdén de esas casitas: «Donde una vez hubo mierda de caballo, siempre habrá mierda de caballo.» Pero, por lo visto, ahora parecía que eran lo bastante buenas para el deán de Bath y su círculo. Y para hombres con señoritas de compañía de lujo cubiertas de diamantes.

La casa *mews* que había alquilado el deán de Bath, el número 44, era un edificio rosa pastel de dos plantas y semisótano que originalmente daba servicio a una de las grandes mansiones de Chelsea, en los Boltons. Como la mayoría de las viviendas vecinas, conservaba el garaje original en la planta baja. Según el deán, ese espacio se alquilaba aparte y estaba ocupado por un coche antiguo, cosa que el propietario del vehículo confirmó. Ya no había una puerta interior que comunicara el garaje y el resto de la casa, ni indicios de que la plaza de aparcamiento se hubiera utilizado aquella noche, por lo que esa persona quedaba

por ahora fuera del punto de mira.

—No veo por qué debemos volver a entrar. Tenemos las fotos —murmuró el subinspector Woolgar.

Era difícil entender cómo Len Woolgar, con su más de metro noventa y fornido como un toro, podía ser tan increíblemente perezoso. Si lo metían en un bote de remos en el río, se transformaba en una verdadera fiera: su nivel era casi olímpico, según decían en Scotland Yard; y he ahí el motivo por el que se había alistado en el cuerpo. La tripulación del bote de la policía londinense era de primera clase. Pero si se le asignaba un auténtico trabajo policial, que requiriera reflexión y dedicación para cumplir con su deber, se convertía en un lastre. Además, siempre tenía hambre. Se había zampado dos sándwiches de huevo antes de salir, pero llevaba un tercer sándwich en el bolsillo de su abrigo, sobresaliendo como una pequeña colina.

—No es lo mismo plantarte en la habitación y echar un vistazo. Podríamos perdernos algún detalle importante —dijo Darbishire, que obviamente hablaba sólo por él, porque Woolgar iba a perdérselo todo, eso estaba garantizado.

El agente que custodiaba la puerta principal del número 44 les hizo una respetuosa inclinación de cabeza.

—Buenas tardes, señor. Subinspector.

—¿Algún problema?

—Sólo unos cuantos periodistas, nada que no pueda manejar. Ahora mismo hay uno ahí enfrente que nos está haciendo una foto.

—Ya veo.

Darbishire sacó la llave del bolsillo y entró. Woolgar lo siguió.

—Cuidado con...

—¡Joder!

El subinspector había vuelto a darse un testarazo con el dintel de la puerta. Aunque, con su metro noventa y tres, ya podría haber aprendido a agacharse con el tiempo.

La puerta daba paso directamente a una sala larga y estrecha

con una pequeña cocina al fondo (la mitad derecha de la planta baja la ocupaba el garaje). En la pared del final, había un ventanuco sobre el fregadero, grande y cuadrado, que daba a un pequeño patio con un muro cubierto de hiedra. El corpachón de Woolgar parecía llenar la modesta salita de estar de la parte delantera, donde se había celebrado la partida de canasta. Estaba amueblada con dos mesas de juego desvencijadas y algunas viejas piezas de mobiliario de caoba que aún mostraban restos del polvo utilizado para tomar las huellas dactilares.

El único mueble nuevo era un surtido carrito de bebidas cromado. Darbishire sospechaba que era cosecha del inquilino. Nadie esperaría que un miembro de la jerarquía de la Iglesia anglicana fuese un hacha con la coctelera, pero, después de haberlo conocido, Darbishire sospechaba lo contrario.

Clement Moreton y sus tres compañeros del club Artemis habían usado generosamente el carrito la noche del treinta y uno. El deán los había obsequiado con un cóctel de creación propia de zumo de limón y vodka. Moreton declaró que por eso tenía dolor de cabeza a la mañana siguiente y le pidió a la asistenta que sólo se quedara lo estrictamente necesario y no limpiara el piso de arriba.

«Esa mujer es más ruidosa que un tanque Sherman. Y yo desordeno muy poco. Sólo había pasado allí una noche, y me iba a casa ese mismo día, así que pensé que daba igual si esa semana no cambiaba las sábanas.»

Los invitados de aquella noche fueron un profesor universitario, amigo de Clement Moreton desde sus tiempos en Oxford, un juez de refuerzo muy respetado y un canónigo de la abadía de Westminster. Aunque se conocían entre ellos, nunca habían coincidido todos a la vez. Según sus testimonios, ninguno estuvo fuera de la vista de los demás jugadores más que unos minutos.

A la derecha de Darbishire había una escalera abierta y adosada a la pared que separaba la sala de estar del garaje. Entre

mano y mano de canasta, Moreton y sus tres invitados subieron al piso superior una vez cada uno para utilizar el cuarto de baño, pues abajo no hay por falta de espacio.

Darbishire recordó el comentario que había hecho el forense una hora y media antes: «No me corresponde entrometerme en su trabajo, pero ¡que me parta un rayo si lo hizo uno de esos relamidos tahúres del club!»

El día anterior, la visita de Darbishire al club Artemis había resultado decepcionante. Era una institución menos grandiosa de lo que su nombre sugería, al menos físicamente: se entraba por un portal, cerca de Piccadilly, que conducía a unas pocas salas, en las que se bebía y se jugaba, y a un restaurante privado. Se preguntó si se parecería al Club de los Zánganos de Bertie Wooster; aunque aquél tenía piscina, así que seguramente no.

En cualquier caso, con piscina o sin ella, el Artemis contaba con la mitad de la aristocracia y gran parte del Gabinete ministerial entre sus miembros. Darbishire sabía un par de cosas sobre lo que ocurría en esos círculos ilustres y no descartaba que fueran capaces de algo así. El problema no era de dónde venían el deán y sus invitados, sino la distribución de la casa a la que llegaron. No era posible asesinar a dos personas de aquella forma en el piso de arriba y luego bajar por aquella escalera abierta sin ser visto con absoluta claridad por todos los presentes. De modo que, o bien estaban todos confabulados, o bien los invitados, al menos, eran inocentes. Todos afirmaban no saber nada de la pareja del piso de arriba, pero qué iban a decir, ¿no?

Subió por las escaleras con pasos lentos y pesados. Sabía lo que le esperaba.

—Lo que no entiendo, señor —dijo Woolgar mientras subía, y a Darbishire le intrigó qué vendría a continuación, porque había muchas cosas que él mismo no entendía—, es... ¿cómo es que no...? Ya sabe, la pareja... ¿cómo es posible que no lo hicieran?

—Mmm.

Las pisadas de Woolgar subiendo las escaleras sonaban aún más pesadas que la suyas. Toda la casa parecía estremecerse.

—Quiero decir, que la chica estaba dispuesta. Era una fulana, ¿no? Y tenían la casa para ellos solos. Según la declaración de la testigo, ella entra a las once menos cuarto y deja entrar al tipo a las once. Suponiendo que la testigo sea fiable, estuvieron unos cuarenta o cuarenta y cinco minutos solos antes de que aparecieran los del club... Pero no hicieron... ya sabe.

El forense acababa de confirmar su sospecha inicial de que no había indicios de actividad sexual entre la pareja, como Darbishire le había explicado a su subinspector.

—Lo que sugiere que alguien los sorprendió antes de que tuvieran oportunidad de hacerlo —murmuró el inspector.

—Pero sabemos que no entró nadie más por la puerta delantera hasta la llegada del deán y sus acompañantes —señaló Woolgar—, y no hay indicios de que forzaran la trasera. Cuarenta y cinco minutos, jefe. O más, si esperaron mientras los demás jugaban a las cartas ahí abajo, y luego el deán subió por su cuenta y los mató por la razón que fuera. ¿Qué diantre hicieron?

—A lo mejor también jugaron a las cartas. O hablaron de filosofía.

—¿De verdad cree que...? Oh... Ya, claro. Lo siento, señor. —Woolgar aún no acababa de saber cuándo tomarse al pie de la letra lo que decía el jefe—. Entonces, ¿qué...?

—No lo sé, subinspector.

Darbishire ya había llegado al rellano. A su izquierda, tenía el dormitorio de Clement Moreton —espartano y poco interesante, salvo por el jarrón de cristal verde que se habían llevado para analizar en el laboratorio—; y detrás, un cuarto de baño pequeño, moderno y alicatado de amarillo chillón, al que se accedía desde el rellano. Los del equipo forense se habían entretenido allí dentro un buen rato, igual que el asesino o los asesinos, que se habían dedicado a limpiarlo a fondo antes de

salir.

A la derecha quedaba la puerta del segundo dormitorio, más grande, que se extendía desde la parte trasera de la casa hasta la delantera, por encima del garaje. Allí habían encontrado los cadáveres. Moreton juró y perjuró, en la medida en que puede hacerlo un clérigo, que nunca había entrado en esa habitación. En la agencia de alquiler ya le habían avisado de que el casero la utilizaba como trastero y estaba cerrada con llave. De todos modos, declaró que había intentado abrirla el día de su llegada a la casa, pero que había desistido porque, tal como le habían dicho, estaba cerrada. Como no necesitaba el espacio, no se preocupó, y además ésa era la razón de que el alquiler fuera tan barato. La mujer de la limpieza confirmó la historia, y dijo que por eso mismo, cuando subió una semana después de los asesinatos, le llamó tanto la atención que la puerta estuviera entreabierta.

Sin embargo, en la habitación no había polvo ni suciedad cuando la policía entró por primera vez. Si la asistenta no entraba normalmente, ¿quién la limpiaba? Otro misterio.

Ese día, la puerta del dormitorio en cuestión estaba abierta, y Darbishire entró. Un gran somier de latón con un grueso colchón sin ropa de cama dominaba el espacio. Estaba arrimado contra la pared del fondo, frente a una ventana en saledizo que daba a la calle adoquinada. Allí habían encontrado a la chica rubia, tendida boca arriba, con los brazos cruzados sobre el pecho y sujetando un ramo de flores. El hombre, la otra víctima, estaba a los pies de la cama, acurrucado sobre un charco de sangre, con los pantalones por las rodillas y un cuchillo clavado en el ojo derecho. No es de extrañar que los gritos de la asistenta se oyeran a media calle de distancia.

Woolgar se asomó y se crujió los nudillos.

—¿Qué ha dicho Vuesamerced, señor?

El forense al que recurría Darbishire se llamaba Johnson, pero todo el mundo lo conocía como «Vuesamerced». Al parecer, el

apodo tenía que ver con el instrumental que se usaba en su profesión, hecho con acero de Sheffield. A los oriundos de Sheffield los conocían como «Vuesamerced» por su anacrónica forma de utilizar el voseo. En realidad, Johnson era de Aberdeen, y por tanto no lo usaba, motivo por el que Darbishire había tardado mucho tiempo en averiguar el origen del apodo. A esas alturas, casi todos los agentes suponían que tenía algo que ver con que el forense se las daba de eminencia o algo así, pero el inspector Darbishire no se fiaba de las respuestas fáciles: tendía a preguntar hasta obtener las difíciles.

Darbishire sabía que Woolgar no se había presentado a la cita en el depósito de cadáveres porque se mareaba con el olor a formol, no por un malentendido con la hora. Si había un futuro gran detective dentro de aquel fornido armazón, sin duda le quedaba un largo camino por recorrer.

—«Es en gran medida como pensábamos», ha dicho. Por cierto, ¿has hecho algún progreso con la otra chica?

Woolgar negó con la cabeza.

—Se ha esfumado, y no es de extrañar. Se llama Beryl.

—No necesito el nombre, sino a la persona.

Beryl era la afortunada que supuestamente debería haberse encontrado con la víctima masculina la noche del domingo treinta y uno: una rubia, como la que él había solicitado a Raffles, la agencia de chicas de compañía. Por alguna razón, Gina había sustituido a Beryl en el último momento.

Darbishire no creía en la suerte. Otro misterio.

Bajo la ventana había un moderno tocador de espejo triple, tapizado en terciopelo azul grisáceo y con un cenicero de cristal veneciano vacío encima. Nada que ver con las maltrechas antigüedades de la planta baja: esta habitación estaba reservada para ocasiones especiales y decorada como tal. El gran armario *art déco* del rincón del fondo parecía perfecto para que un par de asesinos se escondiera dentro a esperar a sus víctimas, si no

fuera porque estaba lleno de cajas de latas de carne en conserva tamaño hostelería y una silla rota para reparar. Allí no cabía ni un niño de cinco años.

Habían podido identificar al hombre asesinado por la documentación que llevaba en el bolsillo. De unos cuarenta y pico años, con el pelo peinado hacia atrás, estilo mediterráneo o sudamericano, se llamaba Dino Pérez y había nacido en Argentina. La agencia Raffles había sido la primera en confirmar la identidad de la pareja, aunque en un primer momento identificaron erróneamente a la chica. Por lo visto, Pérez les había dicho que se alojaba en el Dorchester, pero no constaba como cliente registrado en el hotel.

Darbishire se situó al otro lado de la cama. Quería imaginar la escena tal como Vuesamerced y su equipo creían que se había desarrollado; comprobar si su teoría encajaba.

—Según los forenses, Pérez se encontraba de pie entre la cama y la puerta, dando la espalda a los asesinos, cuando éstos entraron. Los pantalones bajados sugieren que estaba concentrado en otras cosas. Lo apuñalaron en el costado con una hoja delgada de unos quince centímetros de largo, seguramente la misma que le clavaron en el ojo *post mortem*. Por la forma retorcida en que penetró el cuchillo, es probable que se diera la vuelta y los pillase desprevenidos.

Sufrió una herida dolorosa, pero no mortal de inmediato. Sin duda no era la forma más eficaz de matar a un hombre.

Woolgar observaba en silencio desde el umbral que los asaltantes debían de haber cruzado cuchillo en mano. Él también intentaba imaginárselo.

—De algún modo, Pérez se los sacó de encima —continuó Darbishire, acercándose a la ventana en saledizo—. Hubo un forcejeo. Consiguió llegar hasta el pie de la cama, donde lo aporrearon en la nuca. Según Vuesamerced, quien lo hizo era diestro. No entiendo por qué no lo noquearon primero. Sigue sin haber rastro de la porra en cuestión. Pérez cayó... —Comprobó

la mancha de sangre en la alfombra—. Aquí. Y ahí fue donde lo agarrotaron. El forense me ha dicho que usaron alambre de cortar queso o algo parecido. La media que encontramos alrededor del cuello apenas le hizo nada. El alambre, en cambio, casi le cortó la tráquea.

Woolgar asintió.

—Se curaron en salud, digamos.

Tal vez, aunque Darbishire no lo creía. Sin embargo, era muy raro hacer algo así. ¿Eran aprensivos esos bestias? ¿Habían querido tapar la herida con la media? ¿O, encendidos por la rabia, ambos habían querido tener su oportunidad? Eso tenía sentido, visto el cuchillo con mango de asta de ciervo que le habían clavado macabramente en el ojo después de matarlo. Era fino y de aspecto malévolo, como esos puñales que los italianos llaman «estilete». No era la primera vez que veía uno.

—¿Seguro que eran dos? —preguntó Woolgar sacando su cuaderno.

—Si no, ¿por qué no intervino la chica?

—A lo mejor lo hizo.

—Si lo hizo, ¿por qué no gritó hasta echar abajo la maldita casa? Nadie oyó nada en la calle; en cambio, una semana después, todos oyeron a la asistenta con claridad.

Woolgar se rascó la barbilla.

—¿Así que había dos, por lo menos, uno para atacarlo a él y otro para contenerla a ella?

Darbishire lo había sospechado desde el principio, y Vuesamerced estuvo de acuerdo.

—De ahí los moratones en brazos y piernas: no gritó, pero se resistió. Sabía lo que le esperaba.

—Pudo haber muerto ella primero.

—Es posible —concedió Darbishire—, pero los moratones sugieren otra cosa. Por cierto, con ella utilizaron la media que falta. Aún tiene la marca en el cuello.

Woolgar hizo una mueca. No sabía disimular cuando se

trataba de una mujer. Definitivamente, no estaba hecho para pasar la mañana en un depósito de cadáveres.

—La limpiaron antes de ponerla en esa posición —añadió Darbishire—. Curioso, ¿no? No por todas partes: sólo para quitarle las salpicaduras de sangre, que sería sobre todo del hombre. Había una toalla mojada en el suelo junto a la cama. No hay huellas por ninguna parte. Luego la acostaron de esa manera tan ceremoniosa, con las flores violetas...

—Lilas, jefe.

—Lilas, pues, si tú lo dices... Las cogieron del jarrón de la otra habitación. Le pusieron los zapatos, le colocaron con delicadeza la tiara en el pelo, aunque a esas alturas al recogido le faltaban algunas horquillas. No tenían prisa. No parece que estuvieran bajo presión ni preocupados por los testigos.

Por eso los miembros del Artemis estaban libres de sospecha. Ninguno habría tenido tiempo de ejecutar aquella artística puesta en escena y limpiarse después; ni de ocultar el vestido de la chica y la media utilizada para estrangularla, ambos desaparecidos.

—¿Y si...?

—Y si ¿qué?

A Woolgar le brillaban los ojos.

—¿Y si fuera una especie de ritual satánico y él fuera el daño colateral?

—Una idea interesante, sólo que Gina Fonteyn no debía estar aquí, ¿recuerdas?

—¿Y si no importaba qué chica fuera? ¿Y si...?

—Basta ya de suposiciones, Woolgar. Si te propones hacerle una cosa así a una chica, te aseguras de no tener a un gánster nervioso ahí en medio, ¿verdad?

—Cierto, señor —admitió Woolgar de mala gana.

No parecía obra de una secta, sino más bien algún tipo de venganza entre mafiosos. Lo mismo pensaban en comisaría: el East End visitando el West End con una porra y un garrote.

—Es curioso que no se llevaran los diamantes —añadió Darbishire. A esto también había estado dándole vueltas.

—¿Quizá creyeron que eran falsos?

—Aun así: la buena bisutería vale una pasta.

Woolgar se encogió de hombros.

—No sé, señor.

En eso estaban de acuerdo. Darbishire prefería no pensar en la cara de la joven en el depósito de cadáveres. Los rostros humanos no salen bien parados tras un estrangulamiento, aún menos si transcurre una semana antes de que los descubran. Esa melena decolorada, suave y rizada, ese sofisticado peinado esculpido a golpe de laca, parecía horriblemente fuera de lugar en contraste con la piel. Se había fijado en que las cejas y pestañas eran oscuras, igual que el resto, que fue necesario mirar. Las extremidades eran delgadas y atléticas. Podría haber sido el cuerpo de una chica de veintitrés años, como ella misma había dicho en la agencia, sin embargo Vuesamerced sospechaba que se había quitado unos cuantos.

—Estaba en el sitio equivocado en el momento equivocado —concluyó Darbishire—. A diferencia de Beryl, que mira por dónde no estaba aquí.

—Sí, jefe.

—¿Y qué hacían en esta casa, donde un alto cargo de la Iglesia podía aparecer en cualquier momento y encontrarlos?

—No lo sé, señor.

Darbishire señaló el cuaderno de Woolgar.

—Tenemos que hablar de nuevo con esa asistenta. Sospecho que fue así como la chica consiguió la llave para entrar.

—Al menos sabemos cómo salieron —remató Woolgar.

La primera vez que la policía fue a la casa la puerta trasera no estaba cerrada con llave ni tenía echado el cerrojo, aunque por lo demás parecía intacta. Moreton juró que siempre la mantenía cerrada por dentro y que no la había tocado en meses, y la asistenta aseguró que ella tampoco la había utilizado, de modo

que, si ambos decían la verdad, los asesinos no podían haber entrado por ahí. Moreton afirmaba que no se había fijado en si el cerrojo estaba echado antes de dirigirse a su catedral el lunes por la mañana, así que lo más probable era que los asesinos hubieran huido por el pequeño patio trasero.

—Salir fue fácil. El problema sigue siendo cómo entraron.

Los hombros de Woolgar se hundieron.

—O sea, que volvemos al deán.

—Sí, volvemos al deán.

En la bien fundada opinión de Darbishire como policía con veinte años de experiencia, el clérigo no podría haber hecho algo así: no tenía la fuerza física ni el perfil psicológico. Tras haberlo conocido, el inspector podía imaginarse al reverendo Clement Moreton matando a alguien en defensa propia; pero no así, con aquella chica mirando. Y aún menos matándola a ella después y acudiendo el lunes por la mañana a su cita con el dentista en Harley Street para volver luego tranquilamente a su catedral, como si su única preocupación en el mundo fuera el dolor de muelas, tal como todos los testigos juraban que había hecho.

Además, había que tener en cuenta los cuarenta y cinco minutos transcurridos entre la llegada de Pérez al número 44 para reunirse con la señorita Fonteyn y la irrupción de Moreton con sus amigos del club Artemis a las doce menos cuarto. Darbishire no creía que la señorita Fonteyn y su cliente hubieran pasado ese tiempo jugando a las cartas o hablando de filosofía, eso estaba claro. Habían llegado juntos a las once, y, casi con toda certeza, a las once y media estaban muertos. Asesinados por unos desconocidos que se habían teletransportado, como personajes de una novela de H. G. Wells.

Woolgar se guardó el cuaderno en el bolsillo y los dos volvieron a salir a la luz rosada del atardecer primaveral. Darbishire sacó pecho, contento de estar al aire libre, mientras reflexionaba sobre el principal testigo de aquella velada: la joven

de la casa de enfrente, que había pasado la noche en vela con su bebé y presenciado las idas y venidas de Pérez y Fonteyn, el deán y sus invitados. Su declaración encajaba con las de los taxistas y los sospechosos, de modo que no se inventaba nada. Pero no había visto a los hombres que perpetraron el crimen. La había interrogado un subinspector y se había mostrado muy colaboradora en ese momento. Dada la importancia de su testimonio, Darbishire necesitaba hablar urgentemente con ella, pero al igual que a Beryl, la chica de compañía desaparecida, parecía habérsela tragado la tierra.

Una vez más, se paseó hasta el final de la calle para hacerse una idea de los patios traseros de las casas y de la relación que guardaban con los jardines de las grandes mansiones del otro lado. Separados entre sí por una variopinta colección de robustos muros y endebles vallas de paneles de madera, los asesinos podrían haber escapado por los patios hasta llegar calle abajo, pero lo más probable era que hubieran saltado el muro cubierto de hiedra del número 44 y accedido al jardín que quedaba detrás. Algunas ramas de hiedra parecían arrancadas y un par de arbustos aplastados al otro lado del muro sugerían un fuerte aterrizaje, aunque todo eso también podría haberlo causado un animal grande. No había llovido y no había huellas en la tierra. Nunca las había.

—¿Se va a casa, señor? —preguntó Woolgar.

Darbishire asintió. Vivía a un par de calles de allí, en un bonito bloque nuevo, construido un par de años antes para la policía en uno de los pocos sitios de aquellos barrios que habían sufrido bombardeos: la mayor parte de la zona se había salvado milagrosamente de las bombas, como si los excelsos moradores de las cercanas mansiones de estuco hubieran contado con la protección de la Luftwaffe. También habían ocurrido tragedias, por supuesto, y había unos cuantos solares vacíos —todavía ahora, como dientes caídos—, pero, en general, proliferaban las mansiones eduardianas y los hoteles baratos, las grandes casas

victorianas, las iglesias y las escuelas, que convivían de forma agradable entre el popurrí de tiendas de King's Road, a un lado, y los bloques de estudios de alquiler de Old Brompton Road, al otro.

A Darbishire le gustaba aquel barrio y deseaba mantenerlo en orden. Le disgustaba profundamente que alguien hubiera estrangulado a dos personas y además dejado sus cadáveres a merced de una traumatizada asistenta. Tenía la intención de llevar a la horca a quien hubiera hecho aquello. Y cuanto antes lo hiciera mejor.

Tras despedirse del subinspector, compró un periódico vespertino en una tienda de la esquina. Salía una foto de Su Majestad durante su viaje a París, navegando por el Sena, muy regia, con un reluciente vestido plateado, una estola de piel blanca y una tiara como la que llevaba cuando se casó. Debía de estar pasándolo en grande.

6

El lunes siguiente, la reina y el duque volvieron al palacio de Buckingham, y la vida no tardó en retomar su enérgico ritmo londinense. Un piso más abajo de los aposentos privados de la monarca, en el ala norte, el secretario de prensa asomó la cabeza por la puerta del despacho del secretario privado.

—Busco el expediente de Eisenhower, lo necesito para una sesión informativa esta tarde. Su Majestad tiene la llamada con el presidente a las cuatro. ¿Lo ha visto?

Sir Hugh Masson levantó la vista de los documentos que estaba leyendo.

—No, Jeremy. Seguramente estará en el despacho de Miles. ¿Sabe usted algo de cómo fue el primer encuentro de la reina con él?

—¿Con Eisenhower? No.

Sir Hugh sonrió y se arrellanó en su silla.

—Lo supe de primera mano, por el rey. Corría el año cuarenta y dos y el general Eisenhower visitaba por primera vez el castillo de Windsor. Se suponía que el general haría un pequeño recorrido por la finca antes de las presentaciones oficiales, pero el rey y la familia estaban sentados en la terraza cuando advirtieron que la comitiva se dirigía hacia ellos. El rey sabía que se armaría un alboroto terrible si el general se encontraba con ellos así, *au naturel* y sin previo aviso, de modo que hizo que todos, la reina y las jóvenes princesas incluidas, se pusieran a cuatro patas y se ocultaran bajo el mantel hasta que el séquito se perdiera de vista. Se partían de risa, aunque luego no dijeron ni una palabra al respecto. Fue muy divertido.

Jeremy Radnor-Milne sonrió con cortesía.

—Qué bonita historia, pero, como le estaba diciendo, necesito el expediente.

Sir Hugh se encogió de hombros.

—Lo más probable es que esté sobre el escritorio de Fiona.

—No está, ya he mirado.

—¿Ha buscado en los armarios?

El fino bigote del secretario de prensa se meneó con irritación. De hecho, había buscado en todos los sitios obvios del archivo, donde también trabajaba a veces la ausente Fiona.

—Se me ha ocurrido hacerlo, sí. Tengo a esa jovencita mecanógrafa ayudándome a buscar. El problema es que, por lo visto, Fiona guarda las cosas en los lugares más insospechados. Hemos encontrado el papeleo danés sobre un radiador de la oficina de Miles. Toda la investigación de Cheshire estaba en una cesta en la que pone «Galletas para perros». Sabe Dios cómo lo hace ella para encontrar algo. No me extraña que desapareciera aquel discurso.

Sir Hugh puso cara de exasperación.

—No me lo recuerde. ¿Por qué no les dejará esas cosas a las secretarias?

Radnor-Milne hizo una mueca de asentimiento. Aunque él mismo, Masson y Urquhart compartían con sus matices el título de «secretario», ninguno de ellos llevaba a cabo tareas de secretaría, y tampoco sabría hacerlo, lo consideraban propio de mecanógrafas y administrativas. La honorable Fiona Matherton-Smith era una *rara avis*: una mujer sin formación en secretariado que pertenecía a la misma raza superior que ellos tres. Su cargo oficial era el de secretaria privada adjunta, y como tal les echaba una mano a todos, pero era especialmente útil —si bien el término «útil» era un poco vago en el caso de Fiona— cuando se trataba de ayudar al subsecretario privado a organizar las visitas reales o a gestionar la correspondencia oficial de Su Majestad. Era una mujer muy atractiva, pero el papeleo no era su fuerte.

Al ruido de unas suelas de cuero en la moqueta del pasillo le siguió la aparición del subsecretario privado en persona, Miles Urquhart, que parecía un tanto ansioso.

—¿Tienen alguna idea de dónde está Su Majestad? No la encuentro.

Sir Hugh se reclinó en el respaldo de su silla y sonrió.

—¿Ha perdido a la reina?

Urquhart frunció el ceño.

—Déjese de bromas, Hugh. ¿Ha sacado a pasear a los perros? Su agenda de hoy a esta hora está vacía. Suponía que la iba a encontrar inmersa en el papeleo, pero arriba no está.

Sir Hugh abrió su propia copia de la agenda real y resiguió con el dedo las citas del día.

—Tiene una prueba de vestuario con el señor Hartnell. También debería figurar en su copia.

—Vaya, pues en la mía no está —se quejó Urquhart—. ¡Dios mío, tengo que hablar con ella cuanto antes! Acabo de tener una conversación por teléfono con Washington. Han adelantado la llamada: el presidente sólo puede hacerla dentro de media hora.

Sir Hugh se sobresaltó.

—¿Qué?

Radnor-Milne alzó ambas manos, horrorizado.

—¡Necesito ese maldito expediente!

—Lo he encontrado, señor.

Una mujer con traje de sarga y zapatos cómodos lo miraba desde el umbral. Era una de las administrativas y sujetaba una carpeta manila de aspecto familiar.

—Pues ya es demasiado tarde —se quejó Radnor-Milne.

—¡No puedo ir a hablar con Su Majestad si no lleva ropa! —se lamentó Urquhart—. Para eso está Fiona.

—Podríamos conseguir una dama de compañía —sugirió Radnor-Milne.

—Llevará demasiado tiempo.

—¿Y dónde se ha metido Fiona? —quiso saber el secretario

privado—. ¿Por qué no ha vuelto todavía?

—Aún no se encuentra bien —se quejó Urquhart—. Su madre se la ha llevado unos días, por lo visto está mal de los nervios.

—¿Ella está mal de los nervios?

Las mejillas ya rubicundas del Sub enrojecieron aún más.

—Eso es lo que ha dicho. ¿Qué les pasa a las mujeres? ¿Por qué no puede uno confiar en ellas? ¿Los nervios? ¡¿Y qué pasa con los míos, por Dios?! —Urquhart lanzó una mirada angustiada a la mecanógrafa que esperaba en la puerta—. Eh, usted... McGinty. Jane, ¿no es eso? Nos servirá para este momento de apuro. ¿Puede llevarle un mensaje a Su Majestad?

La mujer que sujetaba la carpeta lo miró fijamente.

—¡No ponga esa cara de ciervo asustado, muchacha! Ya conoce a la reina.

—Todavía no, señor.

—Oh. Bueno, pues va a hacerlo ahora. —Urquhart consultó su reloj—. Dígale que el presidente de Estados Unidos llamará dentro de veinticinco minutos, a las doce en lugar de a las cuatro, y que sabemos que no es lo acordado, pero no podemos hacer nada al respecto. Podrá llegar a su despacho si corre un poco... También podemos pedir que le lleven un teléfono, por supuesto, pero imagino que querrá privacidad.

—¿Si corre? —repitió la secretaria.

—¿Qué?

—¿Ha dicho «si corre»?

—Sí. ¿Ha visto correr a Su Majestad?

—No, señor.

—Pues lo hace estupendamente. Le gusta el ejercicio. Debería verla cuando uno de sus perros sale pitando tras un conejo o los niños se acercan demasiado al lago.

—Sí, señor.

—¿A qué espera? ¿Sabe dónde está el probador? En el ala sur, junto a la puerta de la antigua capilla. Váyase ya. Y con un poco de brío por favor, o a Su Majestad le hará falta un purasangre

para llegar a tiempo a su despacho.

Joan McGraw —no se llamaba ni Jane ni McGinty, pero estaba muy abajo en la jerarquía y se conformaba con poco— se detuvo un momento al salir del despacho del secretario privado, en el ala norte. No podía creer lo que estaba a punto de hacer, pero no tenía tiempo que perder y aún menos para pensar. Con sus robustos y cómodos zapatos, recorrió a toda prisa pasillos enmoquetados frente a puertas doradas y valiosas estatuas de mármol, subió y bajó varias escaleras y esquivó a unos cuantos lacayos ceñudos hasta llegar por fin a las dependencias del ala sur.

Dio las gracias a su pasado como campeona de carreras campo a través en su escuela, pero aun así estaba sin aliento. El probador real, con un ujier uniformado apostado en la puerta, quedaba a su derecha. Se tomó unos instantes para sosegarse.

El ujier llamó a la puerta por ella.

—Adelante —contestó una voz muy familiar.

Joan entró y se encontró con tres mujeres de mediana edad y un atildado caballero con traje de raya diplomática. Tres de ellos pululaban en torno a la monarca, enfundada en una especie de vestido de percal blanco —Joan sabía que se trataba de una *toile*, un patrón para el modelo definitivo—, mientras la otra mujer le ajustaba la tela que le envolvía el pecho.

La reina miró a la recién llegada con una leve curiosidad.

—¿Sí? Espero que se trate de algo importante, estamos bastante ocupados.

Joan hizo una reverencia, entornando los ojos para no ver el tira y afloja de la carne real bajo la tela, y explicó lo de la llamada.

La reina consultó su reloj.

—Hay tiempo suficiente para atenderla en mi escritorio.

Puede venir conmigo. Terminaré con esto más tarde, señor Hartnell, lo siento mucho. Espero que lo comprenda; no debemos hacer esperar al presidente.

El diseñador le concedió su perdón con un gesto obsequioso. Su Majestad desapareció detrás de un biombo con una de las mujeres y salió cinco minutos después con una falda y un conjunto de punto muy sobrios.

Y con una sonrisa.

—Tenemos doce minutos. Es probable que lleguemos en diez. *Sugar*, vamos allá.

Por un instante, Joan dio por hecho que *Sugar* era el apodo de la mujer que había acompañado a la reina tras el biombo, pero resultó ser una corgi que estaba descansando ante una chimenea. La perrita siguió alegremente a su dueña con un trote ligero mientras emprendían el camino de vuelta a través del palacio. Joan también trotaba.

—¿Por qué no está aquí Fiona? —preguntó la reina mientras corrían—. Lo normal sería que Hugh la hubiera enviado a ella. ¿Sigue fuera?

—Sí, señora.

—¿Por cuánto tiempo más?

—No se sabe con seguridad, señora, pero...

—¿Sí?

—Presiento que será bastante tiempo.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Me temo que... no puedo decírselo, señora.

Lo de Fiona no era cosa de los «nervios». En una de sus breves visitas a la Secretaría Privada dos semanas atrás, Joan la había oído vomitar en el lavabo. La secretaria privada adjunta le confió, con toda naturalidad, que llevaba un mes haciéndolo todas las mañanas, y luego se preguntó si habría contraído alguna enfermedad tropical. Fue Joan quien le sugirió lo que podría ser; aún recordaba la mirada de absoluta incredulidad de

Fiona.

Joan podría haberlo contado a los miembros de la Secretaría Privada, pero jamás habría revelado una confidencia de ese calibre, y tampoco se lo habían preguntado. La reina volvió la cabeza y miró a la joven con cierta sorpresa. No era habitual que el personal no pudiera contarle las cosas, pero prefirió no insistir.

—¿La sustituye usted?

—No, señora. Sólo soy mecanógrafa. Estaba ahí cuando Fiona... tuvo que ausentarse. He podido ayudar un poco.

—No será tan poco, si sigue ahí. Mi subsecretario privado tiene fama de estricto y exigente. Bien hecho.

Para entonces se acercaban a la ornamentada escalera de los Ministros, de camino al deslucido ascensor que conducía a las dependencias privadas de la reina. Joan estaba encantada con aquel inesperado elogio.

En el ascensor, aprovecharon para recuperar el aliento y observarse con discreción. Su Majestad era una desconcertante mezcla de perfecta normalidad e hipnótica familiaridad. Joan tenía que esforzarse para no quedarse embobada mirándola. Irradiaba modestia, lo que resultaba muy extraño siendo una figura tan famosa. Iba prácticamente sin maquillar, salvo por un toque de carmín y algo de colorete, y llevaba unas pobladas y contundentes cejas sin depilar. Se le veía la piel pálida, pero tersa y sin arrugas, y lo que le faltaba de vanidad lo compensaba con una absoluta seguridad en sí misma. Joan le sacaba varios centímetros de altura, pero la reina seguía siendo clara y resueltamente la jefa.

La reina también percibía un peculiar aplomo en la joven que la acompañaba. Pese a ser «sólo una mecanógrafa», era evidente que estaba disfrutando de su pequeña aventura. Tenía un rostro atractivo y franco, la piel pecosa y el cabello cobrizo, sujeto con pulcritud en un recogido un poco anticuado. Felipe la habría tildado de pelirroja. La reina se fijó en que no llevaba anillo de

casada y se preguntó cuál sería su historia. Después de la guerra, todos tenían una que contar.

En cualquier caso, ahí estaba, plantada a su lado. En los ojos color avellana de Joan había una chispa de inteligencia que agradó mucho a la reina. Mientras se dedicaban una mutua sonrisa, ambas vieron en la otra a una mujer práctica, con una misión que cumplir, lista para afrontar cualquier desafío. En la estrecha proximidad del chirriante ascensor, con el reloj avanzando implacable, la reina reconoció un espíritu afín.

Cuando llegaron a su destino, Joan se armó de valor para preguntar algo que llevaba días rondándole por la cabeza.

—Señora, durante su estancia en París, ¿qué pasó con el discurso? Quiero decir... espero que lo recibiera a tiempo.

La reina se detuvo y la miró fijamente.

—De modo que fue usted.

Joan parpadeó.

—Sí, señora.

—¿Encontró una copia en carbón? ¿Estaba en la papelera?

Joan pareció sorprendida.

—No, señora. Todas habían desaparecido, pero pude recordarlo.

—¿Qué? ¿Todo? ¿De memoria?

—Sí —dijo Joan, desconcertada.

La reina ladeó la cabeza y la miró con mayor atención.

—Pues fue muy bien, gracias. ¿Tiene eso que llaman... cómo era... «memoria fotográfica»?

—No lo creo, señora, pero, si veo algo, se me queda grabado, simplemente.

Joan se sentía un poco cohibida. No entendía por qué a otras personas les costaba retener las imágenes que habían visto. ¿Qué tenía eso de difícil? Llevaba haciéndolo toda su vida, igual que su padre. Él tampoco entendía el problema.

—Pues creo que sí tiene memoria fotográfica —concluyó la reina—. Ah, ya estamos aquí, ante la puerta de mi despacho... Y

aún nos sobra... ¿cuánto? —Miró su reloj y sonrió—. ¡Más de tres minutos! —Se detuvo en el umbral y se volvió—. Por cierto, ¿cómo se llama?

—McGraw, señora. Joan McGraw.

—Eso es irlandés, ¿verdad?

—Sí, mi abuelo era irlandés.

—Mmm. ¿Y habla francés con fluidez?

—Sí. Mi madre era francesa. También hablo alemán.

La reina asintió, pensativa.

—¿Cuántos años tiene, si se puede saber?

—Treinta y siete, señora.

La reina volvió a asentir.

—Ya veo. ¿Pasó una guerra interesante?

Se miraron a los ojos el tiempo suficiente para que Joan le transmitiera que sabía a qué se refería. Para los jóvenes lingüistas inteligentes de la época, pasar una guerra «interesante» solían implicar espionaje o, en el caso de Joan, descifrar códigos en Bletchley Park, antes de pasar a otras cosas igualmente interesantes.

—Sí, señora.

La reina le dedicó una brevísima inclinación de cabeza.

—Sí, bien, gracias por su mensaje. Ahora debo ver qué quiere de mí el señor Eisenhower.

Esa noche la reina tenía una pregunta para sir Hugh mientras revisaban juntos su agenda para el día siguiente.

—Deduzco que Fiona pasará un tiempo sin volver. ¿Me equivoco?

—¿Ah, sí? Iba a...

—De todos modos, no es la secretaria privada adjunta ideal, Hugh. Confunde Austria con Australia.

Sir Hugh se alarmó. Le tenía mucho cariño a Fiona. Era la sobrina nieta de un duque, prima lejana suya y una excelente

amazona con debilidad por los cocker spaniels y la alta costura, aunque no pudiera permitírsela. Podía ser un poco atolondrada, pero de un modo entrañable, y a él le parecía que lo compensaba con su carácter alegre, las cajas de pastelitos que llevaba cada mañana, hechos por el excepcional chef londinense de su familia, y su asombrosa habilidad para saber cuándo Miles o Jeremy, o él mismo, requerían de cierta tranquilidad o ánimos después de un encuentro un poco tenso.

—Fue debutante del año, señora, si lo recuerda usted. Creo que es sólo una cuestión de aprendizaje. Con el tiempo, verá...

—Sea como fuere, necesitamos a alguien nuevo. Me gusta la chica que conocí ayer; creo que promete.

—¿La pelirroja? ¿McGinty? Es sólo una mecanógrafa, señora. Es...

—Eso me dijo. Creo que vale para mucho más. Fue de mucha ayuda en París, ¿verdad?

—¿Con el dictado por teléfono? Sí, pero...

—Nos sacó de un atolladero, Hugh, y le estoy muy agradecida. De momento no busque una sustituta para Fiona. Veamos cómo le va a esta joven. Y su apellido es McGraw.

—¿Señora?

—No se apellida McGinty, sino McGraw. Creo que se confunde con la canción infantil. Muchas gracias, Hugh.

Lo estaba despachando, y él lo sabía. Estaba perplejo.

—Señora. —Sir Hugh se inclinó ante ella y se fue.

La reina sonrió para sus adentros. Los bigotes grises del secretario se habían estremecido de indignación ante la sola idea de que una humilde secretaria asumiera un papel tan valioso en la Secretaría Privada.

Ella ya sabía que ocurriría.

Era inevitable que los bigotudos se opusieran con fiereza a que una chica con nombre irlandés, una mecanógrafa, nada menos, ocupara un lugar junto a ellos. Pero la reina necesitaba una aliada, alguien ajeno al estrecho mundo institucional que había

heredado de su padre, y esa mañana había tenido la sensación, al mirar aquellos ojos avellana tan inteligentes y francos, de que la había encontrado.

De ahí su contundencia con sir Hugh de hacía unos instantes, algo nada habitual en la reina. Su secretario privado no iba a hacerle la vida fácil a Joan, pero al menos le daría una oportunidad, porque no tenía elección. El resto dependería de ella.

7

El inspector Darbishire se dirigió a la sala de interrogatorios de una comisaría de Southend. Tras dos semanas de búsqueda por todo el país, un subinspector que trabajaba para la Brigada Antivicio había localizado por fin a Beryl White. El agente en cuestión, Victor Willis, había encontrado a la chica de compañía desaparecida en casa de su hermano, donde éste vivía con su familia. La joven se había negado a regresar a Londres, de modo que Darbishire y Woolgar viajaron a Essex mientras Willis se quedaba con ella para asegurarse de que no se daba a la fuga.

—Buen trabajo, subinspector —reconoció Darbishire cuando el agente los recibió en la puerta.

Willis esbozó una sonrisa amistosa. Según su historial, solía ser de gran ayuda con los testigos reticentes. Guapo, estiloso y de trato amable, parecía causar un efecto especial en las mujeres de dudosa reputación.

—¿Quiere que esté presente en el interrogatorio, señor? —preguntó Willis mirando de soslayo a Woolgar, que parecía escudriñar el pasillo.

—No será necesario —le aseguró Darbishire, aunque se planteó brevemente cómo sería contar con el ingenio y la buena presencia de Willis, en lugar de con la corpulencia y la viva imaginación de Woolgar—. ¿Hay algo que deba saber? ¿En qué estado de ánimo se encuentra la joven?

—Le he dicho que podía pedir un abogado de oficio, señor, pero lo ha rechazado.

Darbishire asintió. Una chica con pocas luces, pero no se quejaba: para él todo era más fácil sin un abogado interfiriendo en su línea de interrogatorio. Teniendo en cuenta el

planteamiento que tenía previsto en este caso, eso sería de gran ayuda.

—Aún nos lo está poniendo difícil, ¿no es eso?

—No, señor; sólo quiere que esto se acabe de una vez. Le he dicho que, mientras coopere y nos cuente lo que sabe, todo irá bien. Que debe ser una buena chica. Le he soltado un discurso decente.

Aquello no dejó del todo contento a Darbishire: debería haber estado presente el abogado de oficio que ella no quería, pero prefirió pensar que Willis lo había hecho lo mejor posible. Llamó a Woolgar y los dos entraron en la sala de interrogatorios. Dejaron que Willis se fuera a casa.

Beryl White era justo lo que cabía esperar de una chica de compañía de lujo: joven y guapa, con la piel sedosa y nariz de escultura griega. Llevaba el pelo rubio platino perfectamente peinado y un vestido abotonado de una talla menos para destacar sus atributos. La agencia Raffles la anunciaba como «agradable acompañante femenina con una conversación capaz de elevar el espíritu de un caballero exigente». Resultaba bastante evidente que no era el espíritu lo que se elevaba en su compañía, pero tal vez eso también se le daba bien.

Cuando Darbishire se sentó frente a ella, se fijó en las frecuentes miradas que la joven dirigía a Woolgar mientras parpadeaba con sus largas pestañas. Una vez más, el subinspector llenaba la estancia con su imponente presencia, aunque se había situado detrás de su jefe, cerca de la puerta. La joven parecía intimidada, pero si estaba asustada por lo que Darbishire creía, quizá la ayudaría saber que la policía también podía ser una fuerza a tener en cuenta.

—Bueno, señorita White...

—Llámeme Beryl, todo el mundo lo hace, excepto... mis caballeros.

—¿Cómo la llaman ellos?

Beryl deslizó los ojos para clavarlos en los de Darbishire.

—Como les apetece.

Él le sostuvo la mirada. Era consciente de que, en cierto sentido, él estaba a punto de hacer lo mismo.

—Con el debido respeto, prefiero llamarla señorita White.

—Con el debido respeto —repitió ella, enarcando una ceja perfectamente esculpida—. ¿Me permite? —Sacó un paquete de tabaco del bolso, encendió un cigarrillo y volvió a mirar a Woolgar a través del humo.

Darbishire fue al grano.

—Ha pasado algún tiempo fuera de Londres, señorita White. ¿Quiere explicarnos por qué?

—Necesitaba un poco de brisa marina.

—¿Y eso por qué?

Ella se encogió de hombros y miró la pequeña habitación que la rodeaba.

—¿No puede una chica necesitar una escapadita de vez en cuando? —Al captar la expresión severa del inspector, se quedó mirando la mesa que los separaba—. He perdido a una buena amiga —añadió con tono sumiso.

—Ha hecho que fuera muy difícil dar con su paradero. Debía imaginarse que estaríamos buscándola.

Ella negó con la cabeza.

—No tenía ni idea. La familia de mi hermano no lee los periódicos. Sólo era una pequeña escapada, nada más. No tengo nada que ocultar.

«Ya veremos», pensó Darbishire.

—Cuénteme qué pasó el día treinta y uno. Tenía que ver a Dino Pérez, según lo convenido con la agencia. El día anterior, él la había solicitado a usted de forma específica.

—No, no de forma específica —corrigió ella—. Y fue dos días antes, no uno. Él estaba fuera de la ciudad, pero dijo que le gustaría tener compañía cuando volviera. Su acompañante de la última vez tenía... otro compromiso. Supongo que yo era la que más me acercaba a lo que quería.

—¿Y qué era?

—Una princesa.

Beryl lo miró con arrogancia y dejó que las palabras flotaran en el aire. Su porte, su estructura ósea, la forma en que su cabello rubio reflejaba la luz... Darbishire podía entender perfectamente por qué era una de las elegidas de la agencia.

—¿Alguna princesa en particular?

—No. —La joven vaciló—. Una rubia.

—¿Qué pasó después?

Beryl se lanzó a hablar, más serena.

—Anoté la fecha en mi agenda. Pero al día siguiente me desperté con un dolor de cabeza espantoso. Era realmente atroz, apenas podía ver. —Sus ojos se abrieron como platos unos instantes, como si lo estuviera reviviendo—. Cuando me pasa eso, me dura un par de días, y después no sirvo para gran cosa. Así que se lo conté a Gina, que Dios la bendiga, y me dijo que me sustituiría. Y eso fue lo que hizo, al día siguiente... —Se detuvo unos segundos, con los labios temblorosos—. Siempre me culparé por ello.

Apartó la mirada exhalando un suspiro entrecortado. En opinión de Darbishire, su actuación había sido conmovedora, pero le había parecido demasiado ensayada.

—¿Por qué pedírselo usted misma a Gina Fonteyn? ¿Por qué no dejar que la agencia se encargara de resolverlo?

Beryl se encogió de hombros.

—Una vez que dices que sí a un trabajo, ya es cosa tuya que se lleve a cabo. Además, sabía que Gina lo haría. Está en deuda conmigo... o lo estaba. —Sus largas pestañas dejaron un leve rastro de lágrimas en sus bonitas mejillas.

Darbishire entró suavemente a matar. Había hablado con la agencia y conocía los términos de la petición.

—Hay algo que no entiendo, señorita White. ¿Por qué le pidió a Gina que la sustituyera, si el señor Pérez quería una rubia?

Beryl frunció un tanto el ceño y, por un instante, pareció un

poco desconcertada.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—Gina tenía el pelo oscuro, ¿no? Aparece así en todas sus fotos. Hacía muy poco que se había teñido de rubio como usted, ¿verdad?

Beryl se tomó unos segundos para recobrar la compostura.

—Era morena, sí, pero no quería serlo. Había visto la clase de clientes que yo tenía. De todos modos, le interesaba cambiar de aspecto. Los caballeros las prefieren rubias, ¿sabe? —añadió sin que sus ojos vacilaran.

No era el caso de Darbishire. Su mujer tenía el cabello negro azabache, hasta que empezaron a aparecerle las canas. Aunque él tampoco se consideraba un caballero.

—Así que Gina se tiñó el pelo, ¿no?

—Sí.

—¿La ayudó a hacerlo?

—No.

—¿Y le dio algo de ropa?

—No. Tenemos tallas distintas.

—¿Y la tiara?

—¿Qué pasa con ella?

—Diamantes de verdad. ¿Era suya?

Beryl se detuvo y lo miró como si fuera marciano.

—Sí, claro... —dijo arrastrando las palabras—. Era mi segunda tiara de fiesta. La guardaba con mis putas joyas de la Corona.

—¿Nunca la había visto?

—No, nunca. Y sigo sin haberla visto, excepto por ese dibujo en los periódicos.

—¿No necesitaba una para... su profesión?

—Tengo una de bisutería. —Miró la colilla de su cigarrillo, ya extinguido, sacó otro del paquete y lo encendió—. Nada especial. La compré en una tienda de Brighton, en los Lanes. Se la ofrecí a Gina, pero no la necesitaba. Encontró algo mejor, ¿no?

—Es evidente que sí. ¿Tiene idea de cómo?

Beryl dio una calada y negó con la cabeza.

—¿Seguro que no se la dio usted?

—¡No! —Parecía realmente sorprendida por la pregunta—. ¿Cómo iba a hacerlo? ¿Y por qué?

—¿No se la proporcionó nadie a usted ni le pidió que...?

—¿Qué quiere decir? —interrumpió ella frunciendo el ceño—. ¿Se refiere a otro de mis caballeros? No.

Darbishire no se refería a eso. Si una banda había planeado aquel asesinato y robado una tiara por encargo, o si tenían alguna disponible, fruto de un robo, y habían decidido utilizarla por pura diversión, era bastante plausible que se la hubieran dado a Beryl para que se la pasara a la desafortunada Gina. Ésa era una de sus teorías. Pero creía que la sorpresa que había mostrado la joven ante aquella sugerencia era auténtica; no era tan buena actriz como para fingirla.

—¿Qué sabía sobre Pérez? —le preguntó, cambiando de táctica.

—Nada. —Sus ojos volvieron a parecer furtivos.

—Era cliente de la agencia —señaló Darbishire.

—Buscó compañía allí varias veces, sí. Pero yo no lo conocía.

—Antes ha dicho que su última «acompañante» tenía un compromiso. ¿Fue eso deliberado? ¿Le pidió usted sustituirla?

—¡Qué va! ¡Ella no quería verlo! Ella no... —Beryl se interrumpió de repente.

—¿No qué, señorita White?

—Nada —zanjó la chica.

Su intento de aparentar despreocupación quedó socavado por la rigidez de sus hombros.

—No me mienta —le espetó Darbishire—. Ni se le ocurra. ¿Por qué no quería verlo?

Beryl pareció aún más tensa.

—Mire, no fue nada. Sólo dijo que el tipo no era muy... caballeroso. Eso tampoco es ninguna novedad; no todos son

santos. Según decía ella, había algo en sus ojos... Pero ya no sé más, se lo juro.

La agencia no había mencionado nada de eso. Darbishire se había percatado de que no eran muy comunicativos a la hora de transmitir información. Puesto que era ilegal que se beneficiaran de la prostitución, tenían que andarse con cuidado con lo que decían.

—¿Qué pasa con Gina?

—¿Qué pasa con ella?

—¿Ella también sabía que no era muy «caballeroso»?

Beryl se removió en el asiento, un tanto incómoda, y cruzó una elegante pierna sobre la otra.

—Es posible que se lo contara. Pero ella se sentía agradecida de tener trabajo. Oiga, ¿puedo irme ya? Yo no sé nada. Ni siquiera estaba allí.

—He ahí la cuestión, señorita White —insistió Darbishire metiendo la marcha rápida—. Que no estaba allí.

—¿Qué quiere decir?

Sintiendo que iba por buen camino, el inspector siguió acelerando.

—Hay algo que no nos está contando. Y si no nos lo aclara, sufrirá las consecuencias.

La joven dirigió otra mirada asustada a Woolgar. Darbishire se volvió para ver si su subinspector la miraba de forma amenazadora, pero parecía tan impasible como siempre.

—Hablemos de esa casa —prosiguió Darbishire con severidad —. ¿Por qué fueron a Cresswell Place?

—No lo sé.

—¿Por qué no a un hotel?

—¡Ya se lo he dicho, no lo sé! Supuse que el señor Pérez había pedido ir allí.

—Sí lo sabe, señorita White. Hemos hablado con la asistenta del número cuarenta y cuatro, y nos ha dicho que la agencia usaba esa habitación para citas ocasionales. Gina Fonteyn se

hizo de alguna manera con las llaves, pero Pérez la esperaba a usted. Reconózcalo: usted le dio las llaves a la señorita Fonteyn. Había estado allí antes y...

—¡Hacía meses que no iba allí! ¡No toqué esas llaves, lo juro!

—Déjeme plantearle una teoría —sugirió Darbishire.

—Como quiera, pero...

—Creo que usted organizó el encuentro entre Gina Fonteyn y Dino Pérez: en algún lugar agradable y tranquilo, sin testigos, ni siquiera un recepcionista de hotel. Creo que se aseguró de quedar al margen, pero cometió un error: dejó que alguien más lo supiera. Hay personajes peligrosos involucrados en este asunto, señorita White: hombres que saben cómo lastimar una cara bonita. Tal vez ganó dinero con ello, o quizá sólo estaba asustada, pero hizo algo de lo que se siente avergonzada. Y huyó de Londres tan rápido como pudo para alejarse de todo.

—¡Se lo juro, yo nunca...!

—Pero no puede escapar, señorita White. De esa gente, no. Sin nuestra ayuda, no. Tiene que ser sincera con nosotros o no podremos protegerla.

Ella se estremeció y miró con cara de pánico a Woolgar. ¿Qué demonios le pasaba con él? A Darbishire incluso se le pasó por la cabeza que quizá llevaba otro sándwich en el bolsillo y la mujer creía que era una pistola. ¿Debía echarlo? Lo haría, si ella volvía a mirarlo así. El inspector se volvió y lo miró furibundo, luego se serenó y bajó la voz para tranquilizarla un poco. Quizá se había excedido con la amenaza.

—Podemos protegerla, Beryl, pero tiene que ayudarnos. ¿Puede hacerlo? Por el bien de Gina. Estoy convencido de que usted no pretendía que pasara nada de esto.

Beryl lo miró a la cara, con los ojos muy abiertos y visiblemente pálida.

—¿Que no pretendía que pasara? ¿Adónde quiere llegar? Por supuesto que no lo pretendía. Yo sólo... Gina quería irse con él. Yo no sabía adónde iban, lo juro. ¿Cree que estoy en peligro?

Sólo me quité de en medio porque me encontraba mal, ya se lo he dicho. Mi cabeza... —Se apretó las sienes con los dedos, como para demostrarlo—. ¿Qué personajes peligrosos? No conozco a ninguno. Es decir, sí conozco a algunos, pero ninguno haría algo así. ¿O me equivoco? No lo comprendo. Yo...

—Tranquila, tranquila. Cálmese. Como le decía, podemos protegerla.

Lo fulminó con la mirada.

—No, no pueden —exclamó, para asombro de Darbishire.

—¿Qué quiere decir con eso?

La actitud de la joven cambió por completo. Hacía un momento era presa del pánico, pero ahora se arrellanó en la silla e hizo una mueca torcida.

—¿Desde cuándo alguien como usted protege a alguien como yo?

Por primera vez, Darbishire tuvo la impresión de estar viendo a la verdadera Beryl White. Y era una mujer que tenía muy mala opinión de él, de la Policía Metropolitana y de todo lo que había ocurrido ahí hasta entonces, pese a que él había intentado por todos los medios asegurarle lo contrario.

Durante la siguiente media hora, la acribilló a preguntas sobre quién podría haber organizado el encuentro con Pérez, qué sabía ella y qué habían hecho para comprar su silencio. Pero la muy estúpida parecía otra vez muerta de miedo, y a lo largo de esos treinta minutos no consiguió sonsacarle nada más.

8

La honorable Fiona Matherton-Smith tenía un querido cocker spaniel llamado *Monty*. Joan lo sabía muy bien porque la camita de mimbre vacía de *Monty* seguía ocupando un lugar privilegiado junto al radiador de la oficina del subsecretario privado, que ahora ella también compartía. En la semana transcurrida desde que sir Hugh le ofreciera el puesto de secretaria privada adjunta —con evidente sorpresa y reticencia por parte de él y absoluto asombro por parte de ella—, Joan intentó en dos ocasiones mover la cesta del perro para dejar sitio a los archivadores que tanto necesitaba, pero Miles Urquhart no quiso ni oír hablar del asunto.

—Este sitio no es lo mismo sin *Monty* —opinó.

Joan trató de no tomárselo como algo personal, pero un adorado spaniel era una de las muchas cosas que Fiona poseía y ella no. Otras, por citarlas sin un orden particular, incluían un título nobiliario, un famoso chef en la familia y un frasco extragrande de L'Air du Temps —regalo de un admirador, encontrado en un cajón del escritorio junto a los clips sujetapapeles—, además de que conocía a la mitad de los hombres que habían pasado por Eton en los últimos veinte años.

No era fácil compensar esas deficiencias, aunque Joan tenía una habilidad innata no sólo para encontrar documentos importantes en el idiosincrásico sistema de archivo horizontal de Fiona, sino también para colocarlos en lugares donde otras personas, en particular los secretarios privados, adjuntos y de prensa, también pudieran dar con ellos. Además, tenía muy buena memoria para los nombres: recordaba tanto los de altos

cargos internacionales que contactaban con la Secretaría Privada, como los de sus secretarios y administrativos, que, en cuanto oían pronunciar su nombre, ronroneaban como gatitos y facilitaban toda clase de transacciones.

En su primer día, Joan instaló una impresionante máquina de escribir en su escritorio, pese a las protestas del subsecretario privado, que insistía en que el ruido de las teclas lo volvería loco. Pronto él mismo se dio cuenta de que poder mecanografiar las notas y los memorandos allí mismo le hacía ahorrar unos minutos preciosos durante las ajetreadas jornadas de palacio. Tal vez no los agasajaba con pastelitos al estilo parisino, pero Joan no tenía un pelo de tonta y cada mañana llegaba con bolsas de rosquillas y *babkas* de canela recién hechos del East End, que por supuesto habían volado antes de las diez.

Cada media hora, Urquhart le asignaba una nueva tarea, o una cabeza asomaba por la puerta y el secretario privado o el de prensa añadía un cometido más para ella. La mayoría de las veces se trataba de tareas poco relevantes y los agradecimientos eran siempre superficiales, pero a Joan no le importaba.

Estaba en el centro del mundo y disfrutaba de cada minuto.

Cuando no habían pasado ni veinticuatro horas de su llegada, llamaron de la Casa Blanca para organizar el alojamiento de la reina durante su estancia en Washington el próximo octubre. Urquhart, para quien semejantes detalles quedaban por debajo de su dignidad, la había dejado a cargo del asunto.

Desde entonces, Joan se había reunido con el primer ministro, el lord canciller, el arzobispo de York y el presidente de la BBC. Veía a Su Majestad casi a diario, para entregarle o recoger las cajas rojas de papeleo oficial que la reina debía revisar, y como demostró rápidamente un extraordinario dominio de los archivos, pronto se convirtió en una experta en planificar las agendas de las visitas reales. El resto de los miembros del personal empezaba a confiar en ella, y cada vez más acudían a Joan para que les resolviera las dudas en vez de hablar con el

subsecretario privado, como habían hecho siempre.

Había algo que necesitaba comentar con la reina, pero sus breves conversaciones se habían centrado en los planes más inmediatos, como el fin de semana de Pascua y el cumpleaños de Su Majestad. Entretanto, sólo parecía tener un único problema, y era con las secretarias (las administrativas). Hasta hacía bien poco se habían mostrado siempre muy simpáticas, e incluso la habían incluido en sus pausas para el té y sus cotilleos cuando se asomaba a la sala de mecanografía, pero desde que la habían ascendido a secretaria de la raza superior, la miraban con recelo.

Cuanto más amable se mostraba con ellas, más distantes se volvían.

Aun así, su nuevo trabajo era un verdadero sueño y sabía que lo estaba haciendo bien, y por el momento con eso le bastaba.

—La chica nueva es un desastre, señora. Lo siento, pero así están las cosas.

Miles Urquhart se había plantado más tieso que un palo ante la mesa del despacho de la reina. Había tardado unos días en conseguir que ese pequeño encuentro figurara en la agenda de Su Majestad, pero por fin había llegado el momento. Su bigote rojizo temblaba de justa indignación: ¿de verdad esperaba que pudiera trabajar junto a una descarada irlandesa sabelotodo? ¿En qué estaría pensando Su Majestad? Era degradante, desmoralizador y debía acabarse de una vez por todas.

—Vaya. ¿Qué ha hecho?

Urquhart cerró brevemente los ojos. ¡Qué no había hecho, más bien!

—No sabe cuál es su sitio, señora.

—Ah, ¿y cuál es?

—Es mi asistente, ¿no? —repuso él con brusquedad, percibiendo más resistencia de la que había previsto por parte de la reina—. Debería limitarse a aprender rápido y a hacer lo que

se le dice.

—Ya veo.

—Y ha resultado tristemente decepcionante en ambos aspectos. Lamento verme obligado a informarla sobre esto, señora. En condiciones normales, me habría ocupado yo mismo de este tema, pero sé que usted en persona sugirió a la joven para el puesto y me he dicho que debía saberlo antes de que se tomara ninguna medida.

—¿Informarme sobre qué, Miles?

¿Por dónde empezar?

—Llega tarde con frecuencia. Es arrogante. No conoce sus límites. Y ha estado a punto de hacer una verdadera chapuza con un asunto delicado relacionado con su próxima visita a Washington. Un ejemplo típico, al que acabo de ponerle remedio, y...

—Tenía entendido que Hugh había dicho que la chica era muy competente con el archivo y que lo estaba haciendo bastante bien.

—Eso fue al principio, señora, antes de que descubriéramos su verdadera naturaleza. No me sorprende que no pueda con todo esto: las chicas de su clase no están hechas para este tipo de trabajo.

La reina echó atrás su silla y se reclinó con las manos en el regazo. Parecía serena, pero de haber lucido un bigote como el de Urquhart, también se le habría erizado de forma reveladora.

—¿Ha mencionado un asunto en Washington?

Él se contuvo para no poner cara de exasperación, pero se le disparó un tic en la mejilla al recordarlo.

—Eso fue el sábado, señora. Me enteré el domingo, pero como era su cumpleaños no quise molestarla. Y como le decía, ya me he ocupado de ello.

—Estoy segura de que lo ha hecho, Miles. ¿De qué se ha ocupado?

—De una ridícula vulneración del protocolo. Joan habla por

los codos con todas personas que llaman, independientemente de su condición. Se hizo amiga de una secretaria de la Casa Blanca y se encargó de cambiar el alojamiento de Su Majestad para octubre. Podría no haberme percatado, pero ella misma me lo señaló, como si estuviera orgullosa de ello.

—¿Y qué hizo exactamente?

El tic de Urquhart se aceleró.

—El protocolo es bastante claro: todos los líderes que visitan la Casa Blanca se alojan en Blair House, en Pennsylvania Avenue, como han hecho desde la desafortunada visita de Churchill a la residencia del mandatario en 1942. Según tengo entendido, decían que se paseaba de noche por la Casa Blanca con más libertad de la que el presidente consideraba aceptable. Dados esos antecedentes, resulta aún más embarazoso que Joan y esa secretaria estadounidense decidieran por su cuenta cambiar su agenda y trasladar a Su Majestad y al duque a la residencia del presidente durante su estancia.

—¿Eso ha hecho?

Los ojos de la reina se abrieron como platos. Pero sus labios siguieron imperturbables, como era habitual en ella, y Urquhart supuso que estaba horrorizada, igual que él.

—No se preocupe, señora, ya he hablado con mi hombre en Washington. Está haciendo lo posible por corregir el error antes de que el presidente se entere. No nos gustaría que pensara que no respetamos la tradición, la intimidad...

—Ya veo —repuso la reina—. ¿Ha hablado con Joan sobre esto? ¿Le ha dado ella explicaciones?

—Dijo que lo había hablado con Jeremy, pero él lo niega. Me temo que no podemos confiar en que diga la verdad. Otro rasgo de clase, posiblemente... Siendo caritativos, podríamos suponer que tal vez se siente un tanto abrumada.

La reina lo interrumpió.

—Si lo hubiera hablado con ella, Miles, le habría contado que escribí una nota tras mi conversación con el presidente la

semana pasada. La señora Eisenhower fue tan amable de invitarnos al duque y a mí a alojarnos con ellos en la Casa Blanca. Un gesto que me resultó conmovedor. Es una muestra de la amistad personal que nos une.

—Señora, yo...

—Y por supuesto, acepté la invitación. ¿No vio mi nota? Espero que pueda hablar con su «hombre en Washington» antes de que el presidente se entere de ese nuevo plan. No me gustaría en absoluto que pareciéramos desagradecidos.

Urquhart se quedó rígido de consternación.

—Sí, señora.

—Ni tontos ni descoordinados.

Hubo una pausa.

—Sí, señora.

Urquhart se sintió profundamente herido. Su Majestad no solía soltar reprimendas, pero cuando lo hacía elegía bien sus palabras. «Tontos y descoordinados...» Como se enterase sir Hugh... Todo era culpa de aquella estúpida muchacha, por supuesto, por no haberse expresado con claridad y luego haber hablado del asunto con Jeremy y no con él, si es que lo había hablado con alguien, claro. Sólo les había dado problemas, por mucho que hiciera bien esas tareas de archivo que cualquier administrativa podría llevar a cabo.

Eso era lo que intentaba decirle a la reina, así que volvió a insistir:

—No me enseñó esa nota. Pero eso no es todo, señora. Lo cierto es que no puedo tenerla trabajando para mí.

—Detesto mencionarlo, Miles, pero en realidad no trabaja para usted, sino para mí.

—Bueno... técnicamente sí, señora. —Urquhart captó la mirada de la reina y se corrigió—: Quiero decir, por supuesto que sí, pero...

—Ha mencionado también la impuntualidad, ¿cierto?

Al menos Su Majestad estaba escuchando lo que le decía y

quería llegar al fondo del asunto.

—En dos ocasiones, como mínimo, ha llegado pasadas las nueve de la mañana.

Fiona, bendita sea, rara vez hacía acto de presencia antes de las diez, pero siempre estaba divina cuando llegaba con su querido *Monty*. Joan, en todo caso, parecía más agotada y desaliñada cuando llegaba tarde que cuando lo hacía a tiempo.

La reina asintió.

—Vaya. Y creo que ha dicho que es una... arrogante, ¿verdad? ¿En qué sentido?

¿Había dicho él «arrogante»? Bueno, pues sí lo era.

—La actitud de McGraw hacia la puntualidad habla por sí misma, señora. Es mecanógrafa: debería ser más capaz que nadie de cumplir con el horario de oficina. Lleva aquí cinco minutos y ya se le están ocurriendo ideas.

—Ah.

—Para nosotros no supone una sorpresa, como le decía. —Por fin Urquhart podía jugar el as que tenía en la manga. Adoptó una expresión adecuadamente sombría; no estaba bien jactarse de asestar el golpe de gracia—. Jeremy ha estado investigando un poco; diligencia debida, podríamos llamarlo, y hemos descubierto que la joven tiene un pasado y que ya ha caído en este tipo de cosas.

—¿No me diga?

—En el historial de guerra de McGraw figura un acto flagrante de insubordinación. Es mucho peor de lo que podríamos haber imaginado; no me sorprende que no hable de ello. Me temo que, teniendo en cuenta lo que sabemos, no podemos seguir contando con ella en la Secretaría Privada.

—¿Puedo verlo?

Urquhart le tendió obedientemente la carpeta de papel manila con la que se había armado antes de salir de su despacho.

—Por supuesto, señora. Está todo ahí, meridianamente claro. Estoy seguro de que, cuando lo lea, verá a qué me refiero.

9

A las seis y media, cuando se disponía a ordenar su escritorio, Joan recibió la orden de presentarse ante la reina. Era la primera vez en cinco días que había estado a punto de irse antes de las nueve de la noche, pero no le importó ese pequeño retraso. En realidad, estaba entusiasmada. Había varias cosas que quería comentar con Su Majestad, si tenía la oportunidad, así que llegó a la puerta del despacho real, en el segundo piso, llena de optimismo.

La expresión de la reina dio al traste con su alegría.

—Buenas tardes.

Joan hizo una reverencia cautelosa.

—Buenas tardes, majestad.

—No tenemos mucho tiempo, me esperan abajo. He estado leyendo su historial de guerra.

El buen humor de Joan se evaporó por completo.

La reina estaba sentada ante un robusto escritorio Chippendale, colocado en ángulo recto respecto al ventanal en saledizo de la sala, y un cielo crepuscular asomaba detrás de su hombro izquierdo. Había cómodas sillas en otras partes de la habitación, pero el desordenado escritorio era claramente su lugar de trabajo. Esa noche la bombilla de una lámpara Anglepoise iluminaba el documento incriminatorio sobre la superficie de cuero de la mesa de la reina.

—El subsecretario lo ha desenterrado para mí. Me temo que tenemos un pequeño problema.

«Un pequeño problema...»

La habitación quedó en silencio, excepto por el ruido de la nueva vida de Joan derrumbándose a su alrededor. Se mantuvo

erguida y quieta, haciendo acopio de todas sus fuerzas para impedir que se le humedecieran los ojos.

—La degradaron, según tengo entendido.

—Sí, señora.

—Oh, cielos. —La reina levantó la vista—. Recuerdo el incidente, de hecho, aunque no sabía que usted tuviera que ver con él. Mi padre me lo contó.

—¿De veras?

—Sí. Todo el mundo estaba preocupado por la posibilidad de que el general de brigada Yelland perdiera el mando de Longmeadow en vísperas del Día D. Tengo entendido que usted trabajaba para Yelland.

Joan se limitó a asentir. El cuartel general de Longmeadow había marcado el final de su «interesante» guerra.

Antes de llegar allí ya la habían trasladado de Bletchley a Trent Park, en Middlesex. En este último destino, su función había sido interrogar a prisioneros de guerra alemanes de alto rango. La habían elegido porque era joven y mujer: eso los confundía al instante y resultaba un buen método para conseguir que se contradijeran. A la ecuación se añadían su facilidad para los idiomas, cierta cabezonería y una capacidad natural para la investigación, de modo que la tarea le resultaba fácil.

No le hizo mucha gracia que un almirante de la Inteligencia Naval le encomendara la tarea de ayudar al general de brigada Yelland en su cuartel general secreto en la primavera de 1944, pero el nuevo trabajo venía acompañado de un ascenso y de la seguridad de que los altos mandos de Whitehall no perdían de vista su carrera.

Longmeadow Hall, en Dorset, acabó siendo la sede de varias de las reuniones más importantes sobre las fuerzas alemanas en Francia convocadas por los servicios de inteligencia antes del Día D. Su personal estaba compuesto por los mejores y más experimentados agentes de todas las fuerzas aliadas, que trabajaban en medio de un gran secretismo y bajo una presión

extrema. Pero a Yelland no se le daba bien la organización y la moral estaba por los suelos bajo su mando. Joan fue reclutada como su ayudante con la esperanza de que el toque femenino suavizara los problemas, sin erizar las sensibles plumas del propio general de brigada.

En cuanto comprendió la naturaleza del plan del Día D, Joan se dio cuenta de la confianza que habían depositado en ella. Era un honor participar en aquello, pero ya era tarde para prestarle a Yelland una ayuda que él tampoco quería. Tenía un grave problema con la bebida y era incapaz de escuchar. Cometía errores, culpaba a los demás, perdía el apoyo de gente importante y se retiraba a su habitación con una botella de ginebra. Joan soportó ese régimen durante seis semanas con una creciente sensación de temor, consciente de cuántas cosas dependían del trabajo que estaban realizando. Al final, lo puso todo en peligro, hizo un viaje secreto a Londres y asumió el mayor riesgo de su vida.

Y ya había pagado el precio por ello, o al menos eso creía.

Perdió su trabajo en la base y toda esperanza de hacer carrera. Cuando terminó la guerra, nadie en el Almirantazgo quiso contratarla. Tuvo suerte de encontrar algunos trabajos como secretaria. El puesto de administrativa en el palacio de Buckingham había sido su primer empleo a tiempo completo en años.

Todo eso figuraría en el informe que la reina tenía ante ella en aquel momento.

—El general Eisenhower sabía que algo iba mal en Longmeadow —dijo la reina cerrando la carpeta manila—. Y como sin duda sabrá usted, varios miembros del personal ya se habían quejado a través de los canales adecuados. Pero usted no lo hizo.

—No, señora.

—De hecho, usted asumió la responsabilidad de acudir directamente al almirante Butt, de Inteligencia Naval, quien

informó de lo que estaba ocurriendo al primer ministro en persona. Como resultado de su viaje, Yelland fue despedido cuarenta y ocho horas después.

Joan rememoró la semana de su consejo de guerra. Un comandante muy altanero y con unos bigotes extravagantes le había echado en cara su «flagrante acto de insubordinación», haciendo añicos su reputación. Según él, Joan se había pasado de la raya, había infringido las normas tomándose la justicia por su mano y había compartido secretos de importancia nacional. Debería haber utilizado los canales oficiales. No era de fiar. Tenía suerte de salir de aquello sin una baja deshonrosa.

La reina continuó:

—Como se dice varias veces en el informe, en las fuerzas armadas es esencial respetar la cadena de mando. Tenía el deber de informar de sus preocupaciones a su superior inmediato.

Joan agachó la cabeza.

—Sí, señora.

—Pero no lo hizo.

—Lo intenté, señora, pero...

—¿Quién era su superior inmediato?

Joan exhaló un suspiro.

—El general de brigada Yelland, señora.

El altivo comandante del consejo de guerra no había considerado que hubiera en aquello la menor ironía.

—Mmm. ¿Quién más ocupaba un alto cargo en Longmeadow?

Joan trató de disimular el recuerdo de su frustración.

—Nadie, señora.

Cuando la reina volvió a mirar el expediente, había una expresión sombría en sus ojos. Parecía estar meditando qué decir.

Joan decidió arriesgarse. Se daba cuenta de que no disponía de mucho tiempo.

—¿Señora?

La reina levantó la vista.

—Sí.

—Antes de que me... antes de que usted... Necesito que sepa que he encontrado algo inquietante en la Secretaría Privada; sé que puede parecerle fruto del resentimiento, después de lo que acaba de decir, pero le aseguro que no se trata de eso.

—Continúe.

—He detectado algo raro en el archivo de Dinamarca de hace un par de días, sobre la visita oficial que Su Majestad hará al país el mes que viene. Es extraño, pero había una solicitud para que el duque de Edimburgo fuera escoltado en sus excursiones individuales por una joven de la embajada danesa. Se han organizado dos, como usted sabe... Me pareció insólito, porque esa joven tiene su base aquí, en Londres, no en Copenhague, de modo que lo comprobé con el secretario privado del duque y me dijo que no sabía nada al respecto. La petición no vino de él. No conoce a la señorita Kern y está seguro de que el duque tampoco. El caso es que...

Joan hizo una pausa y notó un velo de escarcha en los ojos azules de la reina.

—Continúe —dijo Su Majestad con firmeza.

—Lo que pasa, señora, es que esta mujer, Ingrid Kern, es muy llamativa. Tiene el cabello de un rubio reluciente, ya sabe, y tengo entendido que destaca en el circuito diplomático. Su presencia no pasaría desapercibida. La gente haría preguntas y, tal como están las cosas, sería difícil responderlas.

Joan era muy consciente de lo que estaba insinuando. Se sabía que el príncipe Felipe tenía buen ojo para las mujeres guapas, especialmente si eran rubias. Y ellas también se fijaban en él. Cuando se anunció su compromiso, en 1946, incluso salió una canción sobre la tristeza de las debutantes ante la pérdida del apuesto «Felipe Mountbatten, de la Armada Real». Recientemente se había hablado mucho de lo que había pasado durante su gira por el Pacífico, en Navidad. La esposa de su secretario privado había pedido el divorcio mientras estaban

fuera, y aún circulaban rumores sobre sus fechorías a bordo del *Britannia*. Así que, si se colaba una rubia y lo fotografiaban con ella, los rumores llegarían incluso antes de que se imprimieran los periódicos.

En el silencio que siguió, la escarcha se convirtió en hielo.

—¿Ha averiguado quién solicitó la presencia de esa mujer? —preguntó la reina en un tono glacial y cortante.

—No, señora. No me he atrevido a ir demasiado lejos porque... porque... —Joan era consciente de parecer algo ridícula, sobre todo teniendo en cuenta el motivo de su presencia allí, pero, de perdidos, al río—. Porque no sé en quién confiar, señora. Todos en la Secretaría Privada parecen muy entregados a su tarea, pero... Pero la forma en que el texto de su discurso se perdió en París me parece inexplicable; hay demasiadas copias de seguridad, no es posible, sencillamente. Por ejemplo, yo había guardado mi propio borrador del discurso, lo recuerdo bien. Estaba en el cajón del escritorio que me habían asignado, pero esa copia desapareció también. El jefe del equipo de mecanografía se puso frenético. Todo fue tan... extraño. Y cuando esta mañana he preguntado como quien no quiere la cosa por Ingrid Kern, todos han asegurado no haber oído hablar de ella. Pero alguien puso esa nota en el archivo, señora. Estaba escrita a máquina y sin firmar. ¿Quiere que la elimine antes de irme? En todo caso, me ha parecido que debía saberlo.

—Ya veo. Por favor, hágalo.

—Y luego está el asunto de Blair House en Washington. Eso también es raro.

—Estoy informada de lo de Blair House —dijo la reina en voz baja, dando a entender que no quería hablar del tema y que sus pensamientos estaban en otra parte—. Fue un malentendido.

—Oh, lo siento, señora.

Joan se calló en seco. Ya había dicho cuanto tenía que decir, y probablemente era demasiado, como de costumbre. Su padre

siempre le decía que debía aprender a ser más diplomática, y ella quería hacerle caso, pero siempre le acababa pasando lo mismo, porque no podía evitar hacer lo que le parecía o creía correcto en ese momento. Básicamente, era incapaz de ignorarlo. Al mirar la habitación, iluminada por las lámparas, con los perros durmiendo en el suelo y las fotos de la familia en sus marcos, la embargó una profunda tristeza. Le hacía tanta ilusión trabajar para la reina... Tener que renunciar al cargo le rompía el corazón.

—No lo haga.

—¿Perdone?

—No lo sienta. —La reina pareció haberse repuesto—. Lo del asunto de Blair House, quiero decir. Y gracias por advertirme sobre la señorita Kern en Dinamarca. De hecho, quería pedirle que hiciera cierto trabajo para mí. —Se arrellanó en la silla y esbozó una leve sonrisa—. No tenía la seguridad de que estuviera preparada, pero parece que lo ha estado haciendo de todos modos. Eso facilita mucho las cosas.

—Pero creía que...

—Ah, sí. La cadena de mando. Su flagrante acto de insubordinación.

Joan no dijo nada.

—Por el bien del país.

Oh. No era así como lo había formulado aquel comandante bigotudo en su consejo de guerra. Sonaba muy diferente en boca de la reina.

Su Majestad dejó a un lado el informe y sonrió.

—Eso le pareció a mi padre, al menos. Y al general Eisenhower también.

—¿De veras? Pero...

—La cadena de mando, sí. Requiere que cada eslabón sea digno de confianza, ¿no es así?

Sí, en efecto. Yelland era un matón incompetente en una posición extremadamente sensible, y era la única persona a la

que Joan podía dirigir su queja. Ella nunca se había arrepentido de haber provocado su marcha. De modo que, al fin y al cabo, Su Majestad apreciaba la ironía.

Pero Joan no había olvidado cómo había empezado aquella conversación.

—De todas formas, usted ha mencionado que había un problema, señora. Con mi expediente.

—Oh, y lo hay. —La reina señaló la carpeta—. La degradaron de tercer oficial a soldado de marina raso, y tal como yo lo veo deberían haberla ascendido. Sin embargo, difícilmente puedo revertir las decisiones de la Armada. O en realidad sí puedo, pero no lo haré. Confío en mis almirantes y ellos confían en mí.

—Ah —soltó Joan, sintiéndose como un corcho emergiendo del fondo del océano.

—Pero ya se nos ocurrirá algo. «Un flagrante acto de insubordinación...» Al menos no puede pasar por encima de mí, ¿verdad? ¿A quién acudiría?

La monarca mantuvo la cara seria, pero Joan se permitió una sonrisa.

—No creo que haya nadie, señora.

—Bueno, de eso se trata.

La reina miró el reloj y cogió el teléfono de su escritorio. Le dijo a la operadora de palacio que avisara al duque de que se reuniría con él en cinco minutos, antes de partir hacia los Boltons. Luego se volvió hacia Joan.

—He mencionado la posibilidad de que hiciera cierto trabajo para mí.

A Joan se le aceleró el pulso.

—Sí, por supuesto. ¿De qué se trata?

La reina expuso brevemente sus preocupaciones desde el viaje a París. Estaba de acuerdo con que la pérdida del discurso sólo podía tacharse de insólita e inexplicable. Por si fuera poco, pasó a describir la inoportuna presencia de las ostras y cómo había captado, en un momento de descuido, la expresión de fastidio en

el rostro de uno de sus propios cortesanos durante la cálida bienvenida en el Louvre.

—Y ahora lo de esa chica, Ingrid. Eso confirma mi temor de que alguien desea boicotear mis visitas al extranjero. Puede sonar exagerado, pero creo que sé detectar cuando algo no va bien.

—Ya veo.

—Necesito que averigüe qué significa este patrón. Es mucho pedir, lo sé. Por razones obvias, tendrá que actuar sola. No hay nadie más que pueda... ¿Cree que podrá hacerlo?

—Sí, señora. —Joan se imaginó a Isabel I confiando a lord Walsingham misiones similares. Sonaba solitario y peligroso... y perfecto para ella—. Sí, claro que puedo. ¿Tiene idea de quién podría ser? ¿De a quién debo vigilar?

—La tengo. Pero desconozco por qué querría comportarse así. Por ahora no voy a decirle quién es. Siento que la gente tiende a tomarse mis observaciones como una verdad infalible. Quiero ver si usted llega a la misma conclusión por sí misma. Y de todas formas, es posible que no esté actuando solo.

—Entiendo, señora.

—Ahora, me temo que debo irme. Ya llego tarde.

A lo largo de la conversación, Joan había tenido la impresión de que algo más inquietaba a la reina, algo más preocupante incluso que la circunstancia de que uno de sus consejeros más cercanos pudiera estar socavando su autoridad y, de hecho, fuera un traidor. ¿Qué podría haber peor que eso? Joan también se daba cuenta de que no había nadie con quien la reina pudiera hablar de ello. Nadie en absoluto. Lo que planteaba algunas cuestiones.

Tenía mucho en que pensar.

10

Las mansiones victorianas de los Boltons tenían más categoría que la mayoría de las casas de Chelsea. Se disponían formando dos medias lunas a ambos lados de un oasis verde, la iglesia de St. Mary, que cubría las necesidades de una pequeña y selecta congregación. La casa de Deborah Fairdale, donde la actriz vivía con su marido y su hija, era la más grande y bonita de todas, como correspondía a una estrella de Hollywood que había llegado a ser tan querida en los escenarios del West End como en Estados Unidos.

Nacida en Carolina del Sur, hija de un profesor de música y su esposa, Deborah nunca imaginó que acabaría cuchicheando con el rey de Inglaterra y sir Laurence Olivier, pero, después de actuar en una película junto a Cary Grant, viajó a Inglaterra para protagonizar una obra de Noël Coward, se enamoró de un británico y se quedó. En 1937 Paul Locke se coló en su camerino del West End y le hizo creer que era mecánico, lo cual era más o menos cierto, porque era piloto de carreras. Ahora, a la avanzada edad de cincuenta y dos años y con una pierna menos tras la batalla de Montecassino, Locke dirigía su propio equipo de carreras. No le importaba ser el «señor Fairdale» la mitad del tiempo, ni que ella no fuera la «señora Locke». Era una de las muchas cosas que Deborah adoraba de él.

Juntos formaban la pareja favorita de la alta sociedad londinense. La señorita Fairdale era una orgullosa sureña y, como tal, disfrutaba haciendo gala de sus dones de anfitriona. Cuando se trataba de la reina y el duque de Edimburgo, siempre intentaba que cada uno de ellos conociera a alguien especial. No siempre podían relacionarse con la gente, al menos no motu

proprio, y el duque en especial tenía un gran interés en las personalidades del mundo de las artes y las ciencias, así que a Deborah le gustaba mezclarlos un poco con ellos.

Llevaba toda la semana entusiasmada pensando en esa noche en particular, pero la velada no estaba saliendo ni mucho menos como había planeado. Paul había encontrado a un diseñador de cohetes que al príncipe Felipe le había encantado conocer, pero su invitado especial para la reina se estaba retrasando muchísimo y, entretanto, todo el mundo insistía en hablar de asesinatos. Deborah había intentado varias veces llevar la conversación hacia otros derroteros, y sólo con el segundo martini se dio cuenta de que Su Majestad estaba tan absorta en el tema como los demás.

De hecho, la reina estaba disfrutando. Había crecido con algunos de los más grandes cotillas del país —la familia de su madre—, de modo que estaba acostumbrada a la enorme curiosidad que despertaban los asuntos ajenos en la mayoría de la gente. Esa noche, además, ella tenía sus razones para contarse entre ellos, así que no los juzgaba. En realidad, se sentía agradecida.

—Dígame —preguntó la esposa de un magnate de la prensa—, ¿realmente puede ver el lugar donde ocurrió desde su casa?

—No del todo —admitió Deborah. De pie junto al piano de cola de su gran salón, señaló hacia el exterior, más allá de los balcones—. La parte trasera da a un jardín que queda cinco casas más abajo. Si uno se asoma al cuarto de baño del piso de arriba, quizá pueda ver el tejado.

—¡Dios mío! ¡Qué emocionante! ¿Y oyeron algo?

—Nada de nada —intervino suavemente Paul, que circulaba con la coctelera arriba y abajo—. Aunque hablando con mi mujer, cualquiera diría que pasó en nuestro sótano.

Deborah adoptó una dramática pose de ofendida.

—¡Paul, no seas grosero! La policía se presentó para preguntarnos si habíamos visto cualquier indicio de unos

fugitivos, pero no, por supuesto. Me avergüenza decir que me sentí un poco decepcionada.

—¿Y cómo sabes que no había nadie escondido en el jardín? —preguntó una vieja amiga de Deborah.

Ella enarcó una ceja.

—¿Estás sugiriendo que mi jardín es una jungla cubierta de maleza, Carole? Es cierto, hay tantos árboles y arbustos que no hubiéramos visto nada, pero las gallinas habrían cacareado. Se ponen furiosas si alguien perturba su sueño. Y *Gregory* se habría puesto como una fiera.

Gregory Peck era el nombre del gallo de Deborah, tristemente célebre en los Boltons por sus animosos cantos al amanecer. Sólo seguía vivo porque los vecinos agradecían los huevos frescos de su pequeño harén. *Gregory* era susceptible y territorial, y habría cacareado sin parar si alguien hubiera saltado el muro de su jardín. Pero aquella noche había estado tranquilo hasta el amanecer.

—¿Alguien más vio algo? —preguntó el diseñador de cohetes.

—La policía se ha dedicado a recorrer todos los jardines en busca de pistas —explicó Deborah—. Como pueden imaginar, *Gregory* no les dio su visto bueno. Si alguien hubiera llegado a entrar, podría haber corrido por el pequeño pasaje lateral, supongo. Le pregunté a Mike, nuestro chófer, su casa está en esa calle...

—¿Su chófer vive allí? —preguntó la esposa del magnate de la prensa—. ¿Prácticamente al lado?

—De hecho, cinco puertas más abajo.

Deborah y Paul eran de los pocos residentes de los Boltons que aún podían permitirse mantener la casa original.

—Él debe de saber algo, ¿no? —dijo Carole con su encantador acento californiano—. ¿Vio a la gente que entraba en la casa? ¿O a la que salía? ¿Estaban conchabados? ¿No os encanta esa palabra? Conchabados... Es lo único que tiene sentido en todo

este asunto, ¿no?

—Mike no vio nada, al menos esa noche. Pero... —Deborah bajó la voz, y todos se inclinaron hacia ella—. Ha oído historias de otras parejas que habían entrado en esa misma casa otras noches.

—¿En la casa del deán?

—Ajá. Siempre fueron muy «correctos» —añadió, pronunciando el término con mucho acento británico—. Iban bien vestidos, con sus pajaritas y sus pieles. Un taxi los dejaba allí y desaparecían en el interior.

—¡No!

—Oh, sí. Lo sabe de buena tinta. A Mike le gusta hablar con la gente, es una verdadera fuente de sabiduría. Si algo he aprendido con él, es que nunca hay que hablar en el coche; los chóferes no dicen nada, pero lo oyen absolutamente todo.

—¿Así que la casa del deán era un... picadero? —preguntó el acompañante de Carole, un robusto cazador, mirando de reojo a la reina, que se sentía fatal por el pobre Clement Moreton, pero no quería interrumpir la conversación.

—Me da miedo incluso pensarlo —dijo Deborah—. Tal vez regentaba un piso compartido de lujo. ¿Quién sabe?

—¿Su empleado oyó algo esa noche?

—Bueno... le pareció oír un disparo —admitió Deborah, observándolos con la misma mirada de inocente picardía que le había abierto las puertas de Hollywood.

Hubo gritos ahogados y un alud de preguntas.

—¿Qué?

—¿Un disparo?

—¿Lo dice en serio?

—Eso nunca se mencionó —comentó la esposa del magnate, mostrando su fastidio ante el hecho de que los periódicos de su marido lo hubieran pasado por alto.

—Sí, es cierto —coincidió Deborah—. Puede que fuera el petardeo de un coche, pero Mike jura que oyó algo hacia las tres

o las cuatro de la madrugada. Lo único que sé es que no hizo cacarear a *Gregory*, así que no pasó en nuestro patio trasero.

La conversación derivó hacia otros asuntos, y alguien decidió contarle a la reina con todo lujo de detalles el drama de su reciente visita a Tanganica. Ella aguantó lo que pudo, preguntándose si volvería a salir el tema de lo ocurrido aquella noche. Al cabo de media hora, ansiosa por obtener más información, hizo lo único que se le ocurrió: derramó el martini que le quedaba en su vestido.

—Oh, qué torpe soy. Deborah, no le importaría ayudarme a limpiar esto con una esponja, ¿verdad?

La señorita Fairdale, nominada a dos Oscar, siempre se mostraba comprensiva y solidaria. Se sentaron una al lado de la otra en el borde de la bañera mientras Deborah le frotaba con una toalla húmeda la falda de satén. La reina aprovechó la ocasión para preguntar por Bridget, la hija de Deborah.

—Debe de estar ya muy mayor.

—Oh, desde luego que sí, majestad. Tiene diecisiete años y me odia.

—¡Seguro que no!

—Ella dice que sí, y en términos inequívocos: soy burguesa y convencional, me preocupa demasiado mi aspecto, no me importa el futuro...

—Madre mía, suena bastante agotador.

—Bueno, también me quiere muchísimo. Su Majestad pasará por todo esto muy pronto. ¿Cómo están sus pequeños?

—Están muy bien —contestó la reina—. Ana está decidida a hacer todo lo que hace Carlos, y mejor que él. Pero es difícil si tienes seis años y tu hermano insiste en tener ocho y medio.

—Dudo que vaya a dejar que eso se interponga en su camino.

—No, desde luego que no. Y si piensa que soy burguesa y convencional, aún no me lo ha dicho. Por cierto, quería preguntarle algo. Paul es miembro del club Artemis, ¿verdad?

Deborah asintió.

—Sí, majestad.

—¿Ha oído algún otro rumor sobre lo que ocurrió el treinta y uno?

—¿Se refiere al deán y a sus invitados? —preguntó Deborah mientras le frotaba suavemente la falda con una toalla limpia. Sonaba relajada y despreocupada, pero la reina sabía que era una actriz excelente.

—No sólo a ellos, en realidad —respondió, tratando de mantener el mismo tono ligero y preguntándose si lo estaba logrando con la misma eficacia—. Me refiero a algún rumor sobre el club o... lo que pasó después.

Quedó claro que no estaba a la altura de Hollywood. Deborah le dirigió una penetrante mirada.

—Siempre hay rumores —dijo con cautela—. Yo no les prestaría mucha atención, señora.

La reina había confiado en no tener que hacerlo, pero la respuesta de Deborah confirmaba sus temores de que iba a ser necesario.

Entretanto, la actriz frotó la falda una vez más y se incorporó.

—Ya está, creo que hemos hecho todo lo posible. Por lo menos no parece que la mancha esté peor. —Fue a dejar la toalla en el cubo de la ropa sucia y añadió—: Ya sabe lo que suelen hacer los hombres cuando han bebido demasiado: se van de juerga y cometen estupideces. He procurado no preguntarle a Paul por los detalles. Estoy segura de que me sentiría muy decepcionada si me lo contara todo.

La reina tuvo la sensación de que la habían regañado. Deborah era una de sus amigas más francas, y si ella no hablaba, nadie iba a hacerlo. Eso era bueno, quizá, pero ojalá hubiera hecho una excepción con ella.

—Muchas gracias por ayudarme a limpiar este pequeño estropicio —dijo poniéndose de pie y bajándose la falda—. ¿Se nota mucho la mancha?

Decidieron que sí, pero que todos ahí fuera fingirían no darse

cuenta, y volvieron a la fiesta.

Cuando llegaron, Felipe estaba rechazando la oferta de participar en las carreras de Goodwood en el Aston Martin Lagonda de Paul.

—¡Válgame Dios! Los bigotudos nunca me dejarían hacer eso. Me sacarían a rastras cogido por las solapas.

—Tiene que divertirse de vez en cuando —insistió Paul.

—Nunca lo hago, no me está permitido. Mi vida es aburridísima, ni se imagina hasta qué punto. —Felipe miró a la reina—. ¿Verdad, querida?

Ella sonrió ligeramente.

—Yo no diría tanto. Me gusta pensar que hacemos algunas cosas interesantes.

—¡Qué va! ¡Nunca las hacemos!

A la reina le habría encantado explicarles que estaba equivocado, pero era hora de irse. Aún tenía que ponerse al día con el papeleo en su despacho, y la siguiente jornada iba a ser muy ajetreada. Sus anfitriones acompañaron a la pareja real al vestíbulo.

—Supongo que la próxima vez ya nos veremos en palacio, la semana que viene —dijo Paul cogiendo la estola de pieles de la reina de manos del mayordomo y dándosela a Felipe, que se la puso sobre los hombros a su mujer.

—¿En palacio? —repitió el duque—. Dios, pobrecillos... ¿Por qué?

—Porque es la puesta de largo de Bridget, ¿lo habían olvidado? Es su presentación en sociedad.

—Oh, sí. Ya es una debutante, es cierto. La cuidaremos, ¿verdad, Lilibet? Pobre niña.

—¿Pobre niña? —inquirió Paul.

—Siempre que las veo pienso que hacen cola como un cordero de camino al matadero. Esto no puede seguir así —dijo Felipe—. Me siento absurdo cuando las saludo de ese modo, con una inclinación de cabeza. Parecen conejillos asustados... y luego

están sus madres, que se comportan como niñas con zapatos nuevos.

El duque tuvo al menos la delicadeza de no mencionar el desagradable comentario de su cuñada: que esas presentaciones debían terminarse porque estaban participando en ellas «todas las pelanduscas de Londres».

—Bueno, pues yo pienso comportarme como una niña con zapatos nuevos —repuso Deborah—. Y es posible que Bridget se vea como un conejillo asustado, pero le sonreirá, ¿verdad?

Felipe pareció avergonzado.

—Prometo que haré una excepción con Bridget.

—Y sé que ya han dicho que probablemente no podrán asistir, pero nos encantaría contar con su presencia en su fiesta del mes que viene —añadió Paul—. Las debutantes están pasadas de moda, lo entiendo, pero de todas formas vamos a tirar la casa por la ventana. Bill Astor nos ha cedido Cliveden. Es un baile de máscaras, y el tema es Shakespeare. Pueden venir de incógnito si les apetece.

La reina se estaba preguntando qué responder cuando sonó el timbre y Deborah se llevó la mano al corazón.

—¡Oh! ¡Ya está aquí!

Por fin había llegado su otro invitado especial. El mayordomo despojó de su abrigo a un hombre negro de aspecto distinguido y ataviado con un elegante esmoquin. La reina observó su cabello ondulado, sus ojos tristones, su sonrisa... Sentía asombro y emoción, y lamentó tener que irse justo en ese momento. Deborah lo había vuelto a conseguir.

—Majestad, me gustaría presentarle al señor Duke Ellington —intervino Deborah—. Lo han retenido los del Club de los 400, pero lo perdonamos.

El maestro hizo una inclinación de cabeza.

—Siento llegar tarde, majestad. Un pequeño asunto de trabajo remunerado me lo ha impedido. He venido todo lo rápido que me lo ha permitido el público.

La reina le sonrió.

—Encantada de conocerlo, señor Ellington.

—Lo mismo digo, señora.

—¿Es su primera visita a Londres? —le preguntó Felipe.

—No, señor. Ya estuve aquí en el treinta y tres. —Ellington se volvió hacia la reina—. Mucho antes de que usted naciera, señora.

Le sostuvo la mirada a Isabel, y la reina, que en realidad había nacido en 1926, apreció su galantería.

—Oh, ¿en serio? —contestó ella, sin dejar de mirarlo fija y serenamente.

Los ojos del maestro centellearon.

—Sí, en efecto. Recuerdo que toqué el piano a cuatro manos con su tío, el duque de Kent.

—¿Se le daba bien?

—No lo hacía mal, para tratarse de un príncipe. También tocó la batería con el grupo. No había forma de librarse de él. En cualquier caso, me agrada estar de vuelta. ¿Le gusta el jazz?

—Me ha gustado toda mi vida —le aseguró ella.

—Le prometí a la señorita Fairdale que tocaría algo para usted. ¿Tiene tiempo para un par de canciones?

La reina pensó en la ajetreada semana que tenía por delante. Realmente debería irse a casa y dormir un poco, pero justo entonces, en este preciso instante, estaba a punto de tocar el cielo. Se quitó la estola y se la entregó de nuevo al mayordomo.

11

En los últimos días de abril, la reina y el príncipe Felipe tenían por delante un apretado programa de visitas por todo el país. A Joan no la habían invitado a unirse a los bigotudos en esos viajes: Miles Urquhart había conseguido convencer a sir Hugh de que no había sitio para ella en el séquito real.

Una mañana, mientras esperaba para recoger las cajas rojas, Joan oyó los firmes pasos de Dilys Entwistle por el pasillo del ala norte, con sus zapatos de salón repiqueteando en el linóleo. La secretaria personal de sir Hugh se detuvo ante la puerta abierta de la oficina del subsecretario y carraspeó. Joan levantó la vista de su escritorio.

—Sir Hugh quiere hablar un momento con usted antes de irse —dijo Dilys.

Joan frunció el ceño.

—¿Conmigo?

—Sí, señorita McGraw.

Joan vio cómo Dilys apretaba los labios al decir «señorita McGraw». Aunque ella le había sugerido que siguiera llamándola por su nombre de pila, como cuando era una simple mecanógrafa, Dilys ahora insistía en llamarla «señorita McGraw». Joan se sentía juzgada y cuestionada. Pero no quería que se le notara.

—Voy ahora mismo. ¿Tienes idea de qué se trata?

—Ninguna. Sir Hugh no me confía esa clase de cosas.

Con una mirada resentida, Dilys esperó a que Joan la acompañara pasillo abajo.

En los días transcurridos desde que la reina había manifestado su parecer sobre el informe del «flagrante acto de

insubordinación», se había establecido una tregua incómoda entre Joan y los bigotudos. Su puesto en la Secretaría Privada estaba a salvo por el momento, pero Urquhart, que compartía despacho con la joven, le hacía el vacío. Las detalladas instrucciones sobre los deberes de Joan mientras él estuviera fuera se las hacía llegar a través de su secretaria personal, Sarah, aunque ella trabajaba al fondo del pasillo, mientras que la mesa de Urquhart estaba literalmente enfrente de la de Joan.

A Joan no le había pasado por alto que Urquhart era también el responsable de organizar la próxima agenda danesa de la pareja real, en la que Ingrid Kern había hecho su extraña aparición. Técnicamente, era más fácil para él que para nadie sabotear a la reina en el extranjero. Aunque, de hecho, cualquiera de los tres hombres tenía acceso a los archivos y agendas en cuestión, y el rango suficiente para ordenar al personal que cumpliera sus órdenes y guardara silencio al respecto.

De todos ellos, Urquhart era el que menos probabilidades tenía de salirse con la suya, pensaba Joan. Ahora que experimentaba en sus propias carnes su vertiente más infantil y testaruda, veía a un hombre que sencillamente no era capaz de ocultar sus sentimientos. Tratar con él era pan comido en comparación con el general Yelland.

Hasta ahora no había visto mucho a Jeremy Radnor-Milne, el secretario de prensa. O bien estaba encerrado en su despacho, o bien se dedicaba a agasajar a sus contactos, pero Joan se percató de que tenía una gran fotografía de la reina enmarcada en la pared, detrás de su escritorio. Al parecer, la persona real que trabajaba dos pisos más arriba no era suficiente para él.

Joan tampoco se había cruzado mucho con sir Hugh Masson, pero sabía que era un tipo muy astuto, respetado por su capacidad para lograr los objetivos más difíciles sin perder las buenas relaciones. Contaba con la admiración y la amistad del mismísimo sir Winston Churchill.

No era fácil investigar los servicios que había prestado en la guerra el secretario privado, lo que significaba que, con toda probabilidad, había trabajado en la inteligencia militar. Era un hombre discreto y formal en sus modales, y algunos tomaban su cortesía por debilidad, sin darse cuenta del riesgo que corrían. Sería un adversario formidable, pensaba ella, si se veía obligado a actuar como tal.

El despacho de sir Hugh estaba situado al otro lado del pasillo, exactamente dos plantas por debajo del de la reina, con vistas a las copas de los árboles de Green Park, más allá de los muros del palacio. La estancia era alta y espaciosa, con ventanas de cuarterones, una chimenea con repisa de mármol y varios muebles antiguos. Transmitía una sensación de poder reposado y un fuerte sentido de la historia. A diferencia de Su Majestad, el secretario tenía el escritorio despojado de recuerdos e inmaculadamente ordenado. Cuando Joan entró, sir Hugh le señaló un sillón de orejas junto a la chimenea, y ella se sentó.

—Parece que tenemos un problema —dijo el secretario sentándose frente a ella. Se quitó las gafas y empezó a limpiar los cristales—. En relación con su alojamiento, concretamente.

—Entiendo. —Joan hizo una pausa. Se había preparado para algo mucho peor—. No, en realidad no lo entiendo. ¿Qué problema hay?

—Como sabe, su falta de puntualidad tiene muy preocupado a Miles. Lo he investigado y tengo entendido que todas las mañanas atraviesa Londres desde Bow, a unos diez kilómetros de aquí. ¿Es eso cierto?

—Sí.

—No sería un problema, supongo, si los autobuses fueran fiables, pero tengo entendido que ha habido varios incidentes de tráfico recientemente. La cosa es bastante absurda. Su Majestad ha dejado claro que quiere que esté disponible, y no quiero que usted llegue aquí cansada y nerviosa. Y no podemos permitir que una secretaria privada adjunta temporal de la reina coma

anguilas en gelatina en Brick Lane, o lo que sea que hagan allí.

A Joan se le pusieron los pelos de punta. Hizo todo lo posible por mantener la calma.

—Yo diría que nunca me he mostrado cansada y nerviosa... —protestó, pero él volvió a interrumpirla.

—Las mujeres de la Secretaría Privada no viven en Bow. Queda a diez kilómetros de aquí, por lo menos, demasiado lejos, en todos los sentidos. Se arriesga usted a parecer poco profesional.

—Yo...

—Así que he dispuesto que le proporcionen un alojamiento alternativo: algo más adecuado, más cerca de casa. Una dirección decente en Pimlico. Queda a poca distancia del palacio... A unos veinte minutos andando. Puede tomárselo como una oportunidad de hacer ejercicio.

Vaya. Eso suponía una completa sorpresa.

—Es muy amable por su parte, pero...

—Pero ¿qué? En realidad no se lo estoy ofreciendo, Joan, sólo la estoy informando.

Frunció los labios y la miró juntando las puntas de los dedos bajo la barbilla.

—Ya veo, pero me temo... No sé cómo voy a permitírmelo —admitió Joan.

¿Acaso el secretario no entendía que viviría más cerca si pudiera? De hecho, una habitación en el piso de su tía, que compartía con sus tres primas pequeñas, era lo máximo a lo que podía optar.

—Los alquileres en Westminster son muy problemáticos —convino sir Hugh—. Lo comprendo. Y los sitios buenos para vivir son difíciles de encontrar, a menos que uno conozca a la gente adecuada. Veo que sonríe... Supongo que está pensando que usted no conoce a la gente adecuada y yo sí, y probablemente tenga razón. Resulta que conocemos a alguien que puede ayudarnos. Quizá el alquiler siga estando un poco por encima de

sus posibilidades, incluso con el sueldo más alto...

—¿Me han subido el sueldo?

—¿No se lo han dicho? Sí, y considerablemente. Aun así, esa vivienda de Pimlico quizá se lleve buena parte de sus emolumentos, pero de momento no debe preocuparse por eso. Lo importante es que esté disponible cuando la necesitemos y que llegue a casa sana y salva. —Negó con la cabeza—. A uno no le gusta pensar en lo que puede pasar al otro lado de Fleet Street.

—Es un barrio bastante acogedor —le aseguró Joan—. Le sorprendería.

La nariz de sir Hugh se arrugó un poco, como si se le hubiera ocurrido algo.

—Por cierto, me he dado cuenta de que no tiene acento. ¿Cómo lo ha evitado?

—¿Qué quiere decir?

—El cockney. Si se ha criado en el East End...

—No lo he hecho —dijo Joan—. Fui a la escuela en Cambridge. Mi padre trabaja allí.

—¿Ah, sí? ¿En la universidad? ¿En qué facultad?

—En Saint Anselm.

El rostro de sir Hugh se iluminó de repente.

—No tenía ni idea. ¿Cuál es su campo?

—¿Su campo?

—Su especialidad académica. Uno de mis ahijados está allí, estudiando Literatura Clásica. Me pregunto si lo conocerá.

Joan le dedicó una sonrisa irónica.

—Seguro que sí. Mi padre es el bedel jefe.

Sir Hugh pareció momentáneamente desconcertado.

—Ah, ya veo... ya veo... Un trabajo importante. —La calidez del interés genuino se desvaneció, para ser reemplazada por algo más distante, si bien no exento de amabilidad—. Recuerdo que le tenía un miedo espantoso al bedel de Trinity: pasaba del metro noventa con el bombín.

—Mi padre mide uno noventa y cinco.

Sir Hugh frunció el ceño.

—Un momento... Mi ahijado mencionó algo... No estaría en la batalla del Somme, ¿verdad? ¿Fue condecorado por su valor?

Joan se limitó a asentir. Vincent McGraw era una leyenda entre los estudiantes universitarios; había rescatado sin ayuda de nadie a cuatro miembros del regimiento de la Guardia de Coldstream, atrapados bajo el fuego en una trinchera que se estaba desmoronando. Medía casi dos metros con su bombín de bedel jefe y era poderoso como un boxeador, firme pero justo, la némesis de los estudiantes que volvían de juerga borrachos. En casa, era dulce como un gatito, ganador de premios por resolver el crucigrama del *Times* y cabeza de familia monoparental al que se le caía la baba con su único retoño.

—Debe de estar muy orgullosa de él —sugirió sir Hugh.

Joan asintió.

—Lo estoy.

Después de eso, la expresión de sir Hugh se volvió un tanto más neutra. No reveló si estaba contento de trabajar con la hija de un héroe de la Primera Guerra Mundial o alarmado por tener que entablar conversación con el vástago de un sirviente de la universidad. Volvió a juntar las puntas de los dedos.

—El caso es que vamos a tener que trabajar duro todos hasta que encontremos a su sustituta; o, mejor dicho, a la sustituta de Fiona. Tenemos unos meses particularmente intensos por delante, con muchas visitas diplomáticas al extranjero. Dinamarca es... Dinamarca. Siempre es bueno establecer lazos de amistad con los escandinavos. Y además son parientes, por supuesto.

—Disculpe... ¿quiénes son parientes?

—Su Majestad y la familia real danesa, y también el duque. Eso siempre ayuda. Pero luego tenemos en el horizonte el viaje a Canadá y a Estados Unidos, donde nada puede salir mal. Canadá es una de las joyas de la Corona de la Commonwealth. Su

Majestad ya conoce el país y le tiene cariño. Y en cuanto a Estados Unidos... No hace falta decir que... después de Suez...

—Lo comprendo —dijo Joan.

Sir Hugh la miró con escepticismo.

—La reacción de Washington a la intervención en Egipto fue de una hostilidad alarmante. Amenazaron nuestra estabilidad económica.

—Lo sé —dijo Joan—. Tuvo que ser un duro golpe para el señor Eden, habiendo mantenido una relación tan estrecha durante la guerra.

—Así fue. Se había pasado de la raya.

—Y supongo que todavía están enojados por lo de Burgess y Maclean.

Guy Burgess y Donald Maclean eran diplomáticos británicos que habían huido repentinamente a Moscú en 1951, provocando un escándalo nacional. Ambos habían trabajado en Washington en asuntos delicados mientras informaban al Foreign Office y, como se supo finalmente, al KGB. Se había descubierto que habían estado desvelando secretos a los rusos durante años, aunque esa información llegó demasiado tarde.

Sir Hugh miró a Joan a través de sus gafas. Ella intuyó que las tensiones políticas transatlánticas no eran el punto fuerte de Fiona.

—De todos modos, hay puentes que reconstruir —reconoció él —. Y Su Majestad es el arma secreta del señor Macmillan. Pretende desplegarla con precisión mortífera y efecto devastador. La reina debe deslumbrar.

—¿Y ellos desean que los deslumbren?

—Según mi experiencia, todos lo desean. Algunos esnobs creen que no, pero acaban siendo los más deslumbrados de todos. Tenemos la ventaja de que es usted una joven atractiva y diligente. Puede que carezca de la educación de los cortesanos de la reina, pero ella suele juzgar bien a las personas.

«Así es, y posiblemente mucho mejor que usted», pensó Joan,

pero no dijo nada.

—Parece que usted le cae bien, así que imagino que pasará mucho tiempo en su compañía. Si surge algún problema, quiero que lo hable conmigo directamente. ¿Puedo estar tranquilo en ese punto?

—Por supuesto —mintió Joan.

—Excelente. Mucha suerte. Y mientras tanto, hágame saber si hay alguna dificultad con Dolphin Square. Su Majestad no habría planteado la cuestión si no quisiera verla resuelta, así que supongo que usted aceptará. Puede mudarse el fin de semana.

—¿Dolphin Square? —preguntó Joan.

Sir Hugh frunció el ceño.

—¿No se lo he dicho? Su nueva dirección. Un gran bloque de apartamentos junto al río. De hecho, son varios bloques. Algunos miembros del Parlamento los usan para alojarse cuando están en Londres. Mi tía vivió allí durante un tiempo. Es perfectamente respetable y, sobre todo, seguro... Ah, Dilys. ¿Sí?

Su secretaria había llegado para anunciarle que su próxima visita lo estaba esperando.

De vuelta en su escritorio, Joan se preguntó si sir Hugh creería que acababa de comprar su complicidad con un apartamento elegante. Sin duda quería saber qué andaban tramando ella y Su Majestad, pero Joan no se lo reprochaba; de haber estado ella a cargo de la Secretaría Privada, también habría querido saberlo.

Si el secretario privado estaba traicionando a la reina, disimulaba extremadamente bien. No conocía a nadie que pareciera más devoto de la Corona. Pero eso también significaba que sir Hugh sabía muy bien lo que estaba en juego: si quisiera hundir a la reina, sabría con absoluta exactitud cómo hacerlo.

¿Y si estaba a sueldo de alguna potencia extranjera?, se preguntó Joan. ¿Habrían conseguido reclutarlo los soviéticos en los años treinta, como a Burgess y a Maclean? Costaba imaginarlo lejos de su arquitectura georgiana y sus antigüedades: no había nadie más británico que él. Pero si

querían un espía, ¿no era precisamente el tipo de persona que elegirían?

12

De vuelta en Londres tras su breve viaje a Essex, el inspector Darbishire se alegraba de estar de nuevo en su territorio. Era una casualidad que Cresswell Place estuviera tan cerca de donde vivía con su mujer y sus hijas. Sin embargo, le venía muy bien para su actual investigación, porque seguía intentando hablar con un par de testigos clave y estaba resultando muy difícil ponerse en contacto con ellos. Sólo había conseguido hablar por teléfono con uno, lo que había planteado más problemas que soluciones.

Nunca estaban en horas de trabajo, así que había empezado a pasarse por sus casas a primera hora de la mañana, o después del té, para ver si podía repasar sus declaraciones. Aun así, por el momento no había tenido suerte. Ya eran casi las diez de la noche y todos los londinenses que se preciaban de serlo —los que no iban a los clubes de caballeros ni atendían a los que sí lo hacían— estaban a punto de irse a la cama. ¿Estaría en casa la señora Gregson del número 23? Darbishire quiso averiguarlo.

Por ahora seguía su propia línea de investigación: que las dos víctimas habían sido asesinadas por algún asunto relacionado con los turbios negocios del señor Pérez. Darbishire y sus hombres habían entrevistado a todos los clientes recientes de la señorita White y la señorita Fonteyn, un variopinto surtido de financieros y playboys, expatriados e industriales. En el caso de la señorita Fonteyn, había incluso un poeta enamorado que no podía permitirse pagar sus servicios. Una historia que parecía salida de una ópera. La mayoría de ellos se mostraban muy avergonzados al verse interrogados, pero ninguno parecía el tipo de hombre capaz de estrangular a otro, ni tenía un motivo claro

para hacerlo.

Pérez, por otra parte... Pérez viajaba con documentos falsos y Darbishire estaba esperando información sobre dónde los había obtenido. Ahí estaban las respuestas que buscaba, seguro.

El porqué de los asesinatos afloraría en cualquier momento; sin embargo, el cómo ya lo sabía. Pero seguía sin saber con exactitud cuándo se había cometido el crimen y cómo había podido ejecutarse sin que ningún transeúnte se percatara. La respuesta estaba seguramente en la señora Gregson, la testigo clave, que vivía casi enfrente de la casa del deán. Con toda probabilidad, se había confundido respecto a quién entraba y quién salía, y había pasado por alto a los asesinos, aunque juraba y perjuraba que su declaración era fiel.

La señora Gregson era una joven madre que aquella noche había estado arrullando a su bebé insomne ante la ventana de su sala de estar, sin poder dormir. Habló con un par de subinspectores del equipo de Darbishire al día siguiente de que se descubrieran los cuerpos. Había recordado con una exactitud extraordinaria las horas; según dijo, estaba desesperada por que el bebé se durmiera y miraba constantemente el reloj.

Darbishire sabía que había acertado en la hora de llegada y salida de los miembros del club Artemis, porque así lo corroboraron los taxistas: el que los llevó hasta Cresswell Place y otros dos que recogieron luego a los invitados. La señora Gregson podría haber admitido sin problemas que se había equivocado en algún detalle, pero se negaba a hacerlo.

Ahí ocurría algo raro, y él tenía que averiguarlo.

A diferencia de sus vecinas de colores pastel, la casa de la señora Gregson, en el número 23, formaba parte de una corta hilera de viviendas más nuevas de estilo Arts & Crafts. La mitad superior estaba revestida de baldosas de terracota que, en opinión de Darbishire, le daban un aire rimbombante y pretencioso, como si quisiera emular una casa de campo en Tunbridge Wells.

Llamó a la puerta. Le abrió un joven al que Darbishire ya había visto antes: era delgado, paliducho y parecía nervioso, o más bien receloso... No era exactamente lo mismo.

—Ah, ¿señor Gregson? —El joven asintió—. Siento molestarlo a estas horas. ¿Ha vuelto su mujer?

—¿Que si ha vuelto? —El hombre parpadeó.

—Es sólo que el lunes pasado dijo que se había ido a casa de su madre, por el estrés y esas cosas. Es comprensible. Pero encontré el número de teléfono de la dirección que usted me dio en Shropshire... Sus suegros viven muy lejos, ¿no?... Y cuando llamé, me dijeron que había salido a pasear con su hijita. Me ayudó mucho cuando me devolvió la llamada: confirmó todo lo que nos había dicho antes. Pero estoy confundido; creo que me he hecho un lío tremendo.

—¿En serio?

Darbishire advirtió que el joven llevaba un jersey tejido a mano con un agujero bastante grande, la clase de agujero que una esposa zurciría, normalmente. Pero la señora Gregson tenía un bebé del que ocuparse, así que tal vez eso lo explicaba todo.

El rostro del señor Gregson intentaba expresar algún tipo de anodina cortesía, pero emanaba cautela por todos los poros de su piel.

—Verá, es que mi señora Gregson... su señora Gregson, quiero decir... tiene un niño, no una niña, ¿verdad? Eso fue lo que dijo en su declaración original. Pero una madre no suele equivocarse con ese tipo de cosas.

Darbishire lo miraba con una sonrisa jovial y ojos sagaces.

—Ah. —Por un instante, el propio señor Gregson también pareció confuso, pero su expresión ceñuda se relajó enseguida—. Supongo que querían decir que había salido con la hija pequeña de su hermana. También se alojan allí, con mis suegros. Linda, mi mujer, ayuda un poco cuando puede. Quizá los sacó a los dos.

Darbishire asintió.

—Entiendo. Tiene sentido. Gracias.

—En absoluto —dijo el señor Gregson con una sonrisa de... ¿alivio?

—¿Puedo pasar? —preguntó Darbishire—. No querría molestar a los vecinos a estas horas de la noche.

—No —respondió él bruscamente—. Es que... me pilla en plena faena. Soy fotógrafo. Es todo muy delicado y no puedo interrumpirlo ahora... Lo siento.

Fotógrafo. Mmm. Darbishire no sabía mucho de fotografía, pero tal vez eso explicara el penetrante y desagradable olor que le llegaba desde algún lugar del fondo.

—Oh, vaya... —exclamó como quien no quiere la cosa—. Entonces tendré que quedarme aquí fuera. Me pregunto qué dirán los vecinos. ¡Ja!

El señor Gregson se mostró intransigente.

—Siento no poder ayudarlo más.

Darbishire negó con la cabeza.

—Pues yo estoy seguro de que sí puede. Cuando la señora Gregson volvió a llamarme, le hice algunas preguntas sobre el bebé relacionadas con aquella noche, la noche de los asesinatos. Le pregunté si era posible que tuviera cólicos... como le decía, estaba hecho un lío... y su esposa me dijo que en efecto los había tenido, que había pasado varias semanas muy pocha, pero que ya estaba bastante recuperada. Hablaba en femenino, ya ve, de una niñita. No de un niño, como anotó mi subinspector la primera vez que habló con ustedes dos. Su nombre era Francis. ¿Es correcto?

—Perdone, ¿qué? Ah, sí... Francis. Eso podría explicarlo, porque se pronuncia casi igual para niño y niña.

—Ajá. Pero no explica el cambio de masculino a femenino.

El rostro de Darbishire seguía risueño y sus ojos parecían más sagaces que nunca.

—Entiendo lo que quiere decir... No sé en qué estaría pensando mi mujer.

—Yo tampoco, señor Gregson. Y como sin duda imaginará, mis hombres y yo hemos estado hablando con los vecinos de toda la calle, y unas cuantas veces hemos mencionado a la joven del bebé con cólicos, ¿y sabe qué? Nadie ha visto a ese bebé, ni uno solo de ellos.

—Somos muy reservados. Mi mujer no ha estado bien.

—¿Tampoco ha oído nadie a un bebé con cólicos que llora toda la noche?

—No llora si lo calmamos.

—¿Así que ahora es niño?

—¡Siempre ha sido un niño! ¡Mi mujer se ha confundido! Habrá malinterpretado lo que usted le decía por la falta de sueño.

—He estado reflexionando sobre esta cuestión —repuso Darbishire, y su tono se endureció—: Sobre ese bebé. No existe ninguna partida de nacimiento de Francis Gregson, ni de Frances Gregson, en los últimos dos años. Y he buscado ambos nombres. O su mujer corre un grave peligro y está asustada, o tampoco ha existido nunca. ¿Por cuál de esas opciones se decanta, señor Gregson?

—Oiga... —soltó el señor Gregson mientras el agobio le cambiaba la cara y encorvaba su cuerpo—. Todo lo que dijo mi mujer era cierto, lo juro... Todo lo que pasó ahí enfrente. Estuve despierto con ella casi toda la noche y también lo vi. No sabemos quién lo hizo, y no ganaríamos nada mintiendo. Sólo queríamos cumplir con nuestro deber. Sí, está asustada... Teme por su vida, ¿la culpa por ello?

Darbishire no se inmutó.

—Pues sí, la culpo, en cierto sentido, teniendo en cuenta que apenas vio nada que sea verdaderamente útil para nosotros. En todo caso, hasta ahora sólo ha hecho perder el tiempo a la policía. Dígale que me gustaría verla en comisaría por la mañana, y a usted también, señor Gregson. Si no se presentan, habrá consecuencias. Buenas noches, que duerma bien.

Cruzó la calle hacia el lado oeste, donde vivía su segundo testigo, igual de escurridizo.

El número 42, un par de puertas más abajo del 44 —las casas de la zona estaban numeradas secuencialmente—, era la residencia londinense de un tal William Pinder, funcionario. El señor Pinder, que sin duda existía, como confirmó la Oficina de Guerra, había hablado con la policía un par de veces y afirmaba que la noche en cuestión estaba solo en casa, que había tomado un somnífero y que no vio nada, ni oyó nada, ni sabía nada. Darbishire tenía un par de preguntas más que hacerle, pero el señor Pinder también estaba ausente cuando sus agentes pasaron por allí.

Llamó sin muchas esperanzas. Para su sorpresa, la puerta se abrió en unos segundos.

—¿Sí? —preguntó una voz femenina por un pequeño resquicio. Su acento cristalino se adivinaba con aquella sola palabra. Darbishire recordó que el acento de la señora Gregson al teléfono le había parecido más refinado que el de su marido. ¿Debía concluir algo al respecto, o sólo estaba siendo un esnob?

—Policía, señora —explicó Darbishire—. ¿Le importaría...?

La mujer abrió la puerta unos treinta centímetros. El inspector vio que iba en bata y zapatillas, con el pelo recogido bajo una redecilla rosa y una manta sobre los hombros.

—¿Puedo ayudarlo en algo?

—¿Es usted la señora Pinder, por casualidad?

—Marion Pinder, sí.

—Soy el inspector Darbishire, de la Brigada de Homicidios. Siento mucho molestarla. ¿Está su marido?

La mujer frunció el ceño.

—No. Está en... Está fuera de la ciudad.

—¿En Shropshire, por casualidad?

Ella lo miró fijamente.

—En Surrey. Está con sus padres. ¿Qué pasa?

Darbishire no pudo evitar su la mirada escéptica, pero las

coincidencias ocurrían, de modo que le concedió el beneficio de la duda.

—¿Por qué no están juntos, si no le importa que se lo pregunte? Quiero decir, según nos ha contado su marido, comparten una casa en Reigate con los niños. Él sólo está aquí entre semana, por trabajo, ¿no?

La señora Pinder frunció el ceño y se arrebujó con la manta. Estaba claro que tampoco ella tenía intención de invitarlo a pasar. Darbishire era un hombre amigable por naturaleza y no le gustaba ese aspecto de su trabajo, lo de enemistarse con los testigos por el bien de la investigación. Sin embargo, se le daba bien.

—Bill suele quedarse aquí —reconoció ella—. Desde el domingo por la noche hasta el jueves. Pero no se encuentra bien. Yo sólo estoy arreglando algunas cosas.

—¿Es contagioso?

—¡No, qué va! No se trata de eso, sólo... —Su rostro se endureció—. Hemos considerado que nos iría bien pasar un tiempo separados, si quiere saberlo. O eso creíamos. Ahora me pregunto si... —Se le quebró la voz y pareció perdida y triste. Darbishire tuvo la impresión de que buscaba un hombro firme sobre el que llorar, pero no sería el suyo.

—¿Puede pedirle que se ponga en contacto conmigo? Uno de sus vecinos dice haber oído un disparo la noche de los asesinatos...

—¿Un disparo? —Casi dio un brinco del susto.

—Sí, y a menos que viniera del número cuarenta y cuatro, cosa que no ha podido demostrarse, tuvo que haber salido de esta propiedad, si es que vino de algún sitio. La casa de en medio está vacía.

—Lo sé. Pero no es posible que fuera un disparo. Ni siquiera tenemos un arma. Como le decía, mi marido estaba profundamente dormido. Desde hace un tiempo le cuesta descansar, así que se tomó una buena dosis de somníferos: lo sé

porque estaba muy aturdido cuando habló conmigo a la mañana siguiente, nada habría podido despertarlo. ¿Quién le ha hablado de un disparo? ¿Fueron esos cabrones de enfrente? —Sus ojos se clavaron en la casa que quedaba a espaldas de Darbishire—. No crea ni una palabra de lo que le digan.

A Darbishire lo pilló tan por sorpresa la cristalina palabrota que había salido de debajo de aquellos rulos que tardó unos instantes en recuperarse.

—¿Qué pasa con ellos? ¿Se refiere a los Gregson, del veintitrés?

—¿Los Gregson? No. Querrá decir los Halliday. Pero se mudaron el mes pasado, por la inundación. Estuve en la ciudad para el ballet y los vi meter todas sus cosas en una furgoneta.

—¿La inundación?

—Sí. Tuvieron un escape en una tubería. Según la señora Halliday, la casa iba a tardar semanas en secarse. Ella tiene problemas en los pulmones, de modo que buscaron un sitio más barato en Earl's Court.

—Qué interesante. —A Darbishire no le había pasado por alto que la señora Pinder se había vuelto de repente muy locuaz—. Pero si no conoce a los Gregson, ¿a quién se refería?

La mujer apretó los labios y guardó silencio.

—¿De qué «cabrones» hablaba, señora Pinder?

—Tendrá que preguntárselo a mi marido. Ahora, si me disculpa, he de irme a la cama.

Le cerró la puerta en las narices. Darbishire se volvió para observar el número 22, justo enfrente. Era allí donde la señora Pinder había mirado al soltar aquella palabrota. Formaba parte de la hilera de casas Arts & Crafts y era ligeramente más alta que las demás: se había añadido una planta abuhardillada por encima de las tejas curvas del alero, con un par de ventanas que daban a la calle.

Darbishire consultó mentalmente sus notas. Los inquilinos actuales pertenecían al mundo académico y eran de trato

agradable, pero poco útiles como testigos. Según sus primeras declaraciones, no habían visto nada de lo sucedido en el número 44, pero uno de ellos afirmó haber oído una motocicleta petardeando en la distancia tras el supuesto disparo, lo que reforzaba la teoría de una detonación.

Darbishire llamó a la puerta, pero no respondió nadie.

Había llegado a Cresswell Place con una serie de preguntas y se marchaba con otras completamente distintas. ¿Qué le pasaba a William Pinder, si es que le ocurría algo? ¿Quién o qué eran los Gregson y por qué estaban dispuestos a vivir en una casa llena de peligrosas humedades mientras fingían cuidar de un bebé inexistente? ¿Se había estado centrando en los testigos equivocados? ¿Quiénes eran, en realidad, los «cabrones» del número 22?

¿En qué se habían metido Gina Fonteyn y Dino Pérez?

13

Al día siguiente, en cuanto pudo organizarlo todo, Darbishire se presentó de nuevo en Cresswell Place, armado con órdenes judiciales, varios agentes fornidos y un ariete para derribar puertas si era necesario.

Y fue necesario, porque nadie abrió las puertas de los números 22 y 23.

Resultó que ambas casas estaban desiertas. Del interior del número 23 salía un potente olor a desagüe y moho. Oficialmente, la vivienda estaba vacía desde que los Halliday se habían marchado hacía un mes, como había dicho la señora Pinder. En el número 22, por el contrario, la limpieza y la pulcritud eran insólitas. La casa parecía tener toda la documentación en regla, pero en el departamento del King's College donde se suponía que trabajaban los profesores que la tenían alquilada nadie había oído hablar de ellos, y además se las habían arreglado para vivir varias semanas en aquel sitio sin dejar una sola huella dactilar.

Hubo un pequeño premio de consolación: lograron persuadir a la señora Pinder para que los dejara entrar en su casa del número 42, cosa que la mujer hizo a regañadientes. El equipo realizó un registro exhaustivo, pero no encontró ningún indicio de que allí se hubiera disparado un arma. Tampoco había señales de que alguna de las paredes, bastante deterioradas, se hubiera reformado de forma reciente. Darbishire aprovechó la oportunidad para aventurarse por el patio trasero; nada más salir, recibió una salva de furiosos ladridos del perro encerrado en el patio del número 41. El mismo perro, como pasaba en aquel «curioso incidente» del relato de Sherlock Holmes, que no

había reaccionado lo más mínimo esa noche. Darbishire tomó nota mental del asunto.

El subinspector Woolgar quedó muy impresionado por ese giro de los acontecimientos, que sin duda demostraba la pericia de su inspector. Por su parte, el joven inspector jefe Venables —a esas alturas felizmente reinstalado tras su escritorio— le dedicó una risita y un irónico saludo marcial a Darbishire.

—Tengo entendido que la visita a esas casas *mews* ha sido un completo fiasco. Mi más sentido pésame, Fred. ¿Te apetece tomar un copa luego?

Después del trabajo, los dos hombres salieron de la comisaría en Lucan Place y se encaminaron a un pequeño pub cerca de Cadogan Square, uno de los favoritos de Venables. La estrella de Kensington y Chelsea se mostró extremadamente cordial, pero, tras cinco minutos hablando sobre su reciente ausencia, Darbishire aún no sabía si compadecerlo por haberse visto obligado a salir de excursión por motivos de salud o felicitarlo por haber disfrutado de unas pequeñas y agradables vacaciones.

Había supuesto que Venables quería burlarse de él por su «completo fiasco» de esa mañana, pero, en lugar de eso, el inspector jefe parloteó sobre la trayectoria del Fulham en segunda división y la perniciosa influencia del rock and roll en la juventud, especialmente entre las chicas.

—He estado viendo imágenes de Elvis Presley. Las quinceañeras se vuelven locas por él. Incluso algunas... —Bajó un poco la voz—. En fin, pierden el control de los esfínteres. Que Dios nos ampare cuando venga a Gran Bretaña.

Las hijas de Darbishire tenían cuatro y siete años, así que esas cosas aún no le preocupaban. Le gustaba el ritmo sincopado de la música moderna, pero para bailar prefería las grandes bandas. Estaba pensando que debería buscar imágenes de uno de esos conciertos, cuando Venables vació de golpe su vaso de cerveza, se levantó y dijo que tenía que ir a algún sitio. No había valido la pena ir tan lejos para mantener aquella extraña e inconexa

conversación. Se despidieron fuera del local y Darbishire echó a andar hacia el oeste, en dirección a casa, pensando en sus preciosas hijitas.

Y quizá porque estaba absorto en sus pensamientos, la mano que se posó de golpe en su hombro le dio un susto tremendo. Se dio la vuelta en redondo, listo para defenderse. No fue necesario, pero la mano se mantuvo firme; ejercía una presión considerable, teniendo en cuenta el diminuto tamaño de su propietario.

El nuevo acompañante de Darbishire tenía un aspecto de lo más vulgar: cara paliducha, sombrero de fieltro marrón, gabardina normal y corriente, zapatos marrones con suela de goma...

Hizo girar a Darbishire en dirección sur.

—Sigamos moviéndonos, viejo amigo. Así es más fácil.

Darbishire obedeció. Notaba que algo se le clavaba en el costado a través del abrigo. No sabía si era un cuchillo, un periódico enrollado o una pistola. Dejaron atrás la plaza, avanzando a buen paso. Las calles estaban bastante transitadas por coches, furgonetas y peatones. Si su nuevo «amigo» intentaba desviarlo hacia una vía lateral, fuera de la vista del público, Darbishire pasaría a la acción, pero por el momento quería oír lo que aquel tipo tuviera que decirle. Se mantuvo alerta, listo para reaccionar.

El tono despreocupado de su acompañante no cuadraba con la fuerza de los dedos que le aferraban el hombro.

—Te traigo un mensaje; créeme si te digo que es por tu propio bien. No tardaré mucho.

—¿Quién te envía? Yo hablo con los organilleros, no con sus monos.

—Lo siento mucho, viejo amigo, pero tendrás que conformarte con el mono; créeme, si supieras quién es el organillero, te sentirías halagado.

—¿Cuál es el mensaje? —quiso saber Darbishire.

—Los asesinatos de Chelsea. Estás haciendo un trabajo excelente, muy minucioso. Admirable. Te apoyamos, nosotros también queremos atrapar a esos villanos y estaremos encantados de ayudar en lo que sea. Pero me temo que te estás metiendo en un callejón sin salida, amigo; un peligroso callejón sin salida. Te agradeceríamos que dejaras la fiesta en paz.

¿Quién demonios tenía el descaro de amenazar a un inspector de Homicidios a plena luz del día y en el centro de Londres? Estaban rodeados de gente, aunque los londinenses no les hacían el menor caso, algo muy propio de ellos.

—Soy policía —murmuró Darbishire—. No dejo nada en paz, en eso consiste mi trabajo.

—Todo muy admirable, como te decía, pero no te servirá de nada. Los testigos han dicho cuanto podían decir y no han mentido. Mono o no, eso sí te lo puedo asegurar.

Darbishire no lo tenía tan claro.

—Doy por hecho que te refieres a Gregson. ¿Quién demonios se atrinchera en un piso apestoso y lleno de moho sólo para confundir a la policía en su investigación? ¿Qué está pasando aquí? ¿Qué es lo que no sé?

—Nada que deba preocuparte. Nada que sea ilegal.

—Ya. Y los otros vecinos borraron todas las huellas dactilares de un edificio entero porque son muy pulidos, ¿no? Por cierto, por aquí no se va a mi casa.

—Lo sé.

El hombrecillo lo empujó hacia la izquierda en la esquina de Cadogan Gardens. Su tono seguía siendo despreocupado.

—Supongo que te estás imaginando bandas criminales, drogas y todo tipo de cosas desagradables. ¿Planeaban un atraco a un banco, como en *El quinteto de la muerte*? Excelente película, por cierto. Muy divertida. ¿Tenían secuestrado al vástago de una familia real? ¿Ocultaban un cadáver putrefacto en el sótano? Te aseguro que nada de eso es cierto.

Darbishire había estado imaginando exactamente esas cosas, o

variaciones de las mismas. Estaba más seguro que nunca de que se enfrentaba a una banda. ¿Quién si no enviaría a alguien con una vocecita remilgada, que te llamaba «viejo amigo» y parecía un Humphrey Bogart de medio pelo? La incongruencia de todo aquello era lo que lo volvía más probable. Pero aquella forma de desmentir posibilidades específicas suponía toda una sorpresa. ¿Serviría para distraerlo de otra posibilidad que había pasado por alto? ¿O era un entramado de mentiras?

—Discúlpame si no creo una sola palabra de un completo extraño que me aborda en plena calle.

El hombre aflojó los dedos.

—Comprendo tus dudas, pero quería que lo supieras por nosotros. Bueno, nada de rencores. Tú sigue con el buen trabajo que estás haciendo, pero... limítate a centrarte en lo que se dijo, no en quién lo dijo. Sé buen chico, por el bien de todos. —Levantó la mano libre unos instantes, como quien saluda a un amigo lejano—. Ah, ese taxi es para mí. Ha sido agradable tener esta pequeña charla. No olvides lo que te he dicho.

Un taxi negro se detuvo suavemente en la calle junto a ellos y el hombre subió a él casi sin detener el paso. El vehículo se internó en el tráfico de Sloane Street y Darbishire vio cómo desaparecía en dirección a Hyde Park. No tenía ni idea de quién era aquel tipo, ni para quién trabajaba, pero debía admitir que se había desenvuelto con una astucia admirable.

Y Venables estaba en el ajo. Por eso había llevado a Darbishire a ese pub en particular. Era tan obvio que el inspector jefe ni siquiera había intentado ocultarlo, y eso significaba que, o bien la cosa llegaba hasta lo más alto, o bien Venables estaba conchabado con algunos personajes extremadamente turbios. En cualquier caso, perseguir a esos escurridizos testigos no iba a llevarlo a ninguna parte.

Sus sospechas iniciales sobre aquel caso habían dado en el clavo. Darbishire se dirigió a su casa con una sonrisa amarga.

14

Felipe tenía razón cuando manifestaba la necesidad de poner fin a las anticuadas presentaciones en la corte de las jóvenes debutantes casaderas. Puede que tuvieran sentido en tiempos de la reina Carlota, pero en 1957 aquella tradición georgiana se había vuelto decididamente pintoresca. Y requería mucho tiempo. La reina ya había decidido que el año siguiente sería el último, aunque aún no se había hecho público. Sin embargo, tras su maravillosa velada con Duke Ellington, decidió hacer una excepción con el baile de presentación de Bridget Fairdale.

La reina apreciaba mucho a Deborah y lo de «ir de incógnito» la había convencido. Adoraba disfrazarse, siempre le había gustado, y le encantaba observar a la gente, lo que sería mucho más fácil si no estaban todos mirándola a ella. Además, como el tema era Shakespeare, no tendría problemas para encontrar el disfraz apropiado. Y la fiesta tendría lugar en Cliveden, un magnífico telón de fondo para cualquier cosa que Deborah se propusiera organizar.

A Felipe no le costó mucho decidirse. Para un príncipe danés, incluso para uno que había renunciado a su título, la oportunidad de disfrazarse de Hamlet era demasiado buena para dejarla pasar. Copió el jubón de terciopelo negro que lucía Laurence Oliver en la pantalla y que resaltaba su cabello rubio. Cuando la pareja real subió al cuarto de sus hijos para desearles buenas noches, todos se mostraron entusiasmados con él. A la reina, por su parte, le agradó comprobar que Ana se pasaba un minuto entero mirándola fijamente antes de reconocerla.

Cliveden se encontraba en la cuenca alta del río Támesis, a media hora en coche de Windsor. Aunque en sus orígenes había

sido residencia de duques, ahora la había comprado y restaurado William Waldorf Astor, el segundo hombre más rico de Estados Unidos. Él había sido el responsable de la construcción del hotel Waldorf, que ahora formaba parte del Waldorf Astoria, el lugar preferido por los príncipes y presidentes. Ella misma se alojaría allí cuando fuera a Nueva York.

La nuera de William, Nancy Astor, había renovado los interiores de Cliveden junto con Nancy Lancaster, su compatriota de Virginia. La decoración de Cliveden superaba en muchos aspectos a la del castillo de Windsor. Aunque la reina poseía antigüedades y tapices con siglos de historia familiar, muchos de esos objetos estaban bastante deteriorados, a diferencia del mobiliario y los elementos decorativos de los Astor. La mayoría había pertenecido a Luis XV y había recuperado todo su esplendor. Los beneficios del dinero norteamericano eran evidentes. De todos modos, la reina no disfrutaba del lujo de tener cuartos de baño enmoquetados, cosa que Nancy Astor parecía considerar normal. En Cliveden, incluso ir al baño era un placer.

Esa noche, los jardines resplandecían gracias a la luz eléctrica y los faroles. Deborah Fairdale había pedido a Cecil Beaton que se encargara de la escenografía. El sendero que iba desde la fuente hasta la mansión principal estaba repleto de mágicas criaturas de los bosques inspiradas en *El sueño de una noche de verano*. Incluso había un burro adornado con flores en la escalinata de entrada.

Deborah y Paul recibieron a la reina y al duque en el vestíbulo. A la reina siempre le había gustado esa estancia por las románticas parejas talladas que se erguían sobre los postes de la barandilla de la escalera. También esas tallas llevaban coronas de rosas. La actriz estaba magnífica vestida de Titania, con una peluca roja hasta la cintura. Su marido era un Oberón griego.

Tras las cortesías habituales a modo de saludo, Paul sonrió a

la reina.

—Casi no la he reconocido con esos pantalones, majestad. Y ese sombrero con la pluma. Déjeme adivinar... —Frunció el ceño y vaciló.

—Es Viola —intervino su esposa actriz—, disfrazada de Cesario, ¿verdad, señora? Me encantan los pantalones, le quedan muy bien. ¿Los ha llevado antes?

—Una vez representé el papel de Aladino en Windsor —admitió la reina con una sonrisa. Felipe, que estaba de permiso y a la espera de embarcar en su buque de guerra, se había quedado prendado de su actuación.

—Ah, una compañera teatrera —proclamó Deborah—. Y vestida de hombre. ¿A que es insuperable? Oh, ya la tenemos aquí.

Su hija Bridget apareció procedente del jardín, sumamente joven y adorable, seguida de una estela de admiradores masculinos. Se había disfrazado de Ofelia e iba envuelta en ropajes de hierbas y flores silvestres. A la reina le pareció una idea bastante desafortunada, teniendo en cuenta lo que le ocurría a la pobre chica al final.

La muchacha hizo una reverencia algo mecánica, pero dedicó a la reina una genuina sonrisa de bienvenida.

—Pensaba que no vendría, majestad. Creí que tendría cosas mucho mejores que hacer.

—No se me ocurre nada mejor que una velada como ésta.

—Oh, pues a mí sí. —Bridget puso cara de exasperación.

—¿En serio? —Se sorprendió de que se mostrara tan desagradecida.

—Me refiero a que estamos aquí tomando champán mientras en el Pacífico hay gente dispuesta a acabar con el mundo.

Bridget habló con una mirada de furia flagrante. Un par de admiradores asintió para mostrar que estaba de acuerdo. La reina se fijó en que llevaban el pelo más largo de lo que resultaría adecuado, y uno de ellos lucía incluso una barba

incipiente. Estudiantes universitarios, pensó. Ya sabía cómo eran en aquellos tiempos. Apenas se habían dignado a inclinarse ante ella.

Deborah estaba mirando a su hija con severidad, haciéndole gestos para que cerrara el pico o cambiara de tema, pero Felipe pareció interesado.

—¿Te refieres a la bomba de hidrógeno? —Las palabras sonaron extrañas en labios de un príncipe isabelino en jubón y calzas.

—¡Sí, por supuesto! No puedo creer que estemos haciendo eso.

Un admirador barbudo, otro Hamlet, dio un paso adelante.

—Es el Apocalipsis, ¿verdad, señor? Deberíamos estar ahí fuera, impidiéndolo.

—Si no lo hacemos nosotros, lo harán otros —señaló Felipe—. Me temo que el genio ya ha salido de la botella.

Deborah parecía desesperada: ¡se suponía que aquello era una fiesta! Pero Felipe estaba disfrutando. Los universitarios se reunieron a su alrededor, hablando todos a la vez, y se alejaron juntos, con Bridget a remolque, discutiendo las ventajas y desventajas de la destrucción mutua asegurada. Deborah los siguió como una mamá gallina ansiosa, mirando a la reina con cara de horror, por encima del hombro.

—Lo siento, señora —se disculpó Paul, cogiendo un par de copas de champán de un camarero que pasaba—. Bridget está pasando por una de esas fases, ya sabe. Está loca por un chico que estudia Física en Oxford, y anda convencida de que está a punto de llegar el fin del mundo. Olvidémonos de Cecil Beaton: ella preferiría estar en un bote de remos en medio del océano, cantando proclamas por la paz.

—Pero tenemos paz —le recordó la reina.

Paul se encogió de hombros.

—Usted y yo lo sabemos, señora. Estos jóvenes lo dan todo por sentado. Quieren que vayamos por ahí dando apretones de manos a los soviéticos y convirtiendo las espadas en arados. No

saben lo que está pasando detrás del Telón de Acero... —Se interrumpió y se dio una leve palmada en la frente—. Lo siento. ¡Ya basta! Déjeme empezar de nuevo. —Reajustó sus facciones para recuperar su expresión normal, dulce y levemente divertida, y preguntó—: ¿Ha oído hablar de la nueva piscina de Bill Astor?

Bill Astor era el hijo de la temible Nancy y propietario de caballos, igual que ella.

—¿No la hizo construir con el dinero que sacó cuando *Ambiguity* ganó la Oaks en el cincuenta y tres? —preguntó la reina, agradecida por el cambio de tema. Aunque lo cierto era que se sentía bastante celosa de aquella pequeña victoria; no le importaría ganar la Oaks ella misma.

—¡Cómo no iba a saber usted eso! —dijo Paul con una sonrisa —. Al principio Nancy no quería saber nada de una piscina, pero ahora Bill puede permitírsela. Está en el jardín amurallado. ¿Le gustaría verla?

La reina se alegró de tener la oportunidad de salir al exterior y las piscinas siempre despertaban su curiosidad. Eran una extravagancia, pero también resultaban muy prácticas para conservar la salud. Paul la acompañó hasta dejar atrás la casa *mews* donde vivía Bill y llegar a un precioso espacio rodeado de muros donde una masa de agua algo más pequeña que una pista de tenis brillaba tentadora a la luz de la luna. Cuatro mujeres en bañador y con gorros de goma hacían piruetas a la vez, en perfecta armonía. La reina no sabía qué habría pensado Shakespeare de aquellas nadadoras sincronizadas, pero se veían muy elegantes mientras se elevaban, giraban y desaparecían bajo el agua, salvo por un pie puntiagudo aquí y allá.

Poco después, varios miembros de la Guardia Real aparecieron por una puerta en el muro y anunciaron que unos carros de caballos llevarían a los invitados hasta el río. La reina nunca perdía la oportunidad de pasar un rato con caballos, y se vio

alegremente acompañada por el sinuoso camino hasta la ribera.

Le encantaba ese lugar. El castillo de Windsor tenía muchas cosas, entre ellas una capilla medieval y mil años de historia, pero no disponía de un embarcadero a orillas del río donde poder amarrar una barca. Allí, en aquel tranquilo tramo del Támesis, varias parejas estaban ya zarpando en sus botes. Hacía una tarde suave de principios de mayo e Inglaterra estaba en su mejor momento. Los oficiales de la guardia rivalizaron entre sí por llevarla a pasear por el río, pero ella rehusó educadamente. Las barcas eran bonitas, pero no del todo seguras, pensó, y menos aún con aquellas luces parpadeantes y el grado general de embriaguez. Mientras los guardias se alejaban, ella se conformó con quedarse junto al cobertizo para botes y observar.

No costaba mucho distinguir a las debutantes, que confiaban en que la velada, o el verano al menos, acabara en una proposición de matrimonio. Se sentaban con la pose más atractiva posible en las lanchas y botes de remos mientras miraban a sus parejas con ojos inocentes. Otras se aposentaban con rigidez a contemplar la oscuridad. En un momento dado, la reina creyó ver a Jeremy Radnor-Milne saliendo de la famosa canoa eléctrica de los Astor, pero resultó ser el auténtico David Niven. Llevaba una especie de tocado de duende y rápidamente se vio rodeado de admiradoras, igual que poco antes Bridget había estado rodeada de muchachos. La reina decidió unirse a ellas, pues también se consideraba una admiradora, pero cuando la estrella de cine estaba a punto de subir a una calesa que llevaría a los juerguistas de vuelta colina arriba, notó unos pesados pasos a su lado.

—Majestad.

Se dio la vuelta y vio al corpulento duque de Maidstone, vestido de Próspero, con una petaca en la mano. Bunny Maidstone había sido un hombre muy apuesto en su juventud, pero la acumulación de petacas a lo largo de los años había anulado su atractivo. No parecía haberse percatado de ello y se

comportaba como un galán, a diferencia de la verdadera estrella de cine, que en ese momento estaba subiendo a la calesa rodeado de mujeres chillonas sin que ella pudiera saludarlo.

—¡Bunny! —exclamó cortésmente. Al duque lo llamaban por ese ridículo nombre desde su época de estudiante, por razones que se perdían en la noche de los tiempos—. ¿Cómo está?

—Me alegro mucho de verla, señora. Tiene un aspecto encantador, si me permite que se lo diga. ¡Con pantalones! Qué divertido. ¿Le importa si la acompaño?

A la reina sí le importaba, pero no podía decírselo. Ojalá Felipe estuviera con ella. Él no habría tenido problemas en decírselo claramente; ella, en cambio, no tenía madera para eso.

—No sabía que conociera a Deborah —comentó para entablar conversación mientras esperaban a que llegaran más carros.

—En realidad no la conozco —admitió él—, pero mi hijo mayor corre con el equipo de Paul. Está colado por Bridget. Por desgracia, ella se ha unido a esa panda de devotos de Trotsky. Esperemos que se le pase.

—Mmm.

La reina miró desesperada camino arriba, pero no había ni rastro de más caballos.

—¿Ha visto que los Astor tienen piscina? —dijo Bunny en tono burlón—. Es terriblemente denigrante.

Lo que a ella le parecía denigrante era mostrar desprecio por las posesiones más valiosas de su anfitrión, pero a menudo había reparado en que algunos duques se consideraban por encima de ese tipo de sutilezas.

—¡Figúrese! —continuó él—. Estos Astor... Puede que hoy en día sean vizcondes, pero en el fondo siempre serán hoteleros.

—Nosotros también tenemos piscina —le recordó ella—. Mi padre la hizo instalar cuando mi hermana y yo éramos pequeñas.

—¡Ah, sí! —Bunny echó otro trago de su petaca—. Pero eso tenía todo el sentido del mundo. Nadie querría que todo Londres se agolpara para contemplar los cuerpos adolescentes de dos

muchachas...

—Ésta me ha parecido muy bonita —se apresuró a decir la reina, deseando dejar atrás el tema de los cuerpos adolescentes, suyos o de quien fuera.

Cuando por fin llegó una calesa con espacio para dos, Bunny se acomodó a su lado; de hecho, se acomodó tanto que, al cabo de un par de minutos, ella le dijo que prefería bajarse y volver andando por el césped. Recordó que la madre de Fiona Matherton-Smith le había hablado una vez de un tipo muy concreto de hombres: los que representan un peligro en los taxis. Bunny no intentaría nada, pero ella conocía bien esa desagradable sensación.

Al menos los jardines estaban llenos de gente. Hadas y duendes retozaban por los rincones y le llegaban risas desde el otro lado de un espeso arbusto de laurel. Varios Romeos y Julietas se cruzaron con ellos. Había un par de mujeres caracterizadas de Isabel I, con miriñaque y gorguera, lo que a la reina le pareció un poco tramposa. Mientras Bunny insistía en acompañarla de vuelta a la casa, que aún parecía muy lejana, se dio cuenta de que, por una vez, su disfraz no le hacía ningún favor: nadie la reconocía y, por tanto, nadie acudía a rescatarla, y comprendió que confiaba en que la ayudaran más a menudo de lo que se atrevía a admitir.

Le llamó la atención una mujer muy guapa. Iba cogida del brazo de un hombre con toga y llevaba un vestido de lamé dorado que le recordó el de Marilyn Monroe, con sandalias y joyas con turquesas.

—Cleopatra —declaró Bunny siguiéndola con la mirada—. Muy lista. ¡Ay, madre! ¡Mire quiénes son!

—¿Quiénes? —quiso saber la reina.

—Son Lucy Seymour y su marido. Ella es fría como un témpano, no me extraña en absoluto que Stephen... En fin, de todos modos, me sorprende verlos aquí esta noche. Qué valientes. ¡Ja!

Bunny les hizo una ostentosa reverencia al pasar; ambos pusieron cara de horror y siguieron su camino a toda prisa. Tampoco reconocieron a la reina, pero a ella el hombre de la toga le resultó familiar.

—¿Por qué son valientes? —le preguntó a Bunny.

—¿No está usted al corriente? —El duque le dirigió una mirada de complicidad—. No debería contárselo, majestad, pero el rumor circula por todas partes: lord Seymour era el propietario de la tiara que llevaba la fulana de Chelsea.

—¿La que salió a subasta? ¿Fue él quien la compró? Mi madre me habló del asunto.

—Sí, señora. Mi sobrino trabaja en Bonhams. Se enfrentaban al dilema de si debían contarle algo a la policía. Es un cliente, ya sabe. Pero alguien habría dicho algo a la larga, de modo que se lo contaron a Scotland Yard y ahora lo sabe medio Londres. Por supuesto, todo el mundo piensa que Stephen lo hizo, pero puedo asegurarle categóricamente que no fue él.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó ella.

—Mi hermano estuvo con él en Eton. Stephen es un buenazo y un parlamentario sensato. Sabe Dios cómo se habrá visto envuelto en este lío.

La reina conocía vagamente a lord Seymour por su trabajo para el Gobierno. Le parecía un hombre intachable, pero pensó que el duque estaba siendo un poco ingenuo.

—Bunny, no es tan insólito que los políticos contacten con agencias de señoritas de compañía, y tampoco los antiguos alumnos de Eton.

Él se rió.

—Oh, no, señora, claro que no, pero sí que intentan mantenerse alejados de los asesinatos.

—Me gustaría pensar que es así.

El duque apretó los labios mientras observaba cómo Cleopatra y su Marco Antonio se perdían de vista.

—Debieron de robarles los diamantes. Qué curioso que esa

fulana consiguiera hacerse con ellos; sin duda se entregaba en cuerpo y alma a su arte... —Frunció el ceño con picardía—. Me pregunto de qué hacía en esa ocasión.

—Yo creía que era evidente.

—No, no, me refiero a quién representaba —repuso Bunny. Echó un trago de su petaca y le dirigió una mirada inquietante —. Las señoritas de la agencia Raffles tienen una especialidad. En los clubes son famosas por eso. ¿Nadie se lo ha contado?

La reina se sintió un poco alarmada.

—¿Por qué deberían hacerlo?

—Porque la atañe directamente, majestad.

Se acercaban a la luz dorada y a las risas procedentes de la casa. Una de sus amigas la reconoció por fin y la saludó con la mano, pero la reina ignoró la oportunidad de escapar. Quería oír lo que Bunny estaba a punto de contarle.

Miró fijamente a su acompañante.

—¿A mí?

—Ajá. Se hacen pasar por mujeres famosas. Liz Taylor, Vivien Leigh... Marilyn Monroe. Se les da muy bien, según me han dicho. No es que las conozca en persona, claro... —La mirada lasciva que acompañó esa declaración dejó claro que estaba mintiendo.

—Pobre Marilyn —repuso la reina con un hilo de voz. Recordaba su encuentro con la verdadera señorita Monroe—. ¿De modo que son prostitutas, hablando en plata, que imitan a una actriz? Qué extraordinario, y qué incómodo para ella. Pero no veo en qué me afecta eso a mí.

—Ah... Bueno... no se trata sólo de estrellas de cine, sino de toda clase de mujeres famosas. La duquesa de Argyll, por ejemplo... —El duque carraspeó—. Y tengo entendido que su hermana también es muy popular.

La reina no daba crédito a lo que estaba oyendo. Se detuvo en seco. Sentía una especie de zumbido en los oídos y tardó unos instantes en ser capaz de responder.

—¿Margarita? ¿En serio?

Había creído que Bunny pecaba de ingenuidad, pero era evidente que él pensaba que la ingenua era ella.

El duque hizo un pobre intento de parecer avergonzado.

—¿No es horroroso? No se preocupe, majestad, usted no tiene tanto gancho; creo que los caballeros se sienten un poco intimidados. —Hizo una irónica reverencia—. De todos modos, su pelo... —Señaló vagamente el sombrero de la reina—. La pelandusca de la diadema era rubia, de modo que no hay de qué preocuparse. Yo apuesto por Lana Turner, o por ese nuevo bombón francés... ¿cómo se llama? Brigitte Bardot. O por Grace Kelly, que ahora está bastante...

—¡Querida! ¿Estás bien? Llevo siglos buscándote.

La reina oyó la voz de Felipe a sus espaldas y se volvió hacia él con sorpresa y alivio. El duque fulminó con la mirada a Bunny, que de inmediato se escabulló en la oscuridad.

—¿Estaba siendo un pelmazo? ¡Mírate! Estás más pálida que un muerto.

Ella se arrebujó con su cálido jubón de terciopelo y Felipe la abrazó.

—Maldita sea, Lilibet, ¿te estaba acosando? Si es así, lo mato.

Poco a poco, el corazón de la reina dejó de palpitar desbocado y ella recobró la compostura. Cuando estuvo segura de que su tono sería al menos relativamente despreocupado, preguntó:

—¿Sabías lo de esa chica de Chelsea? Bunny me acaba de contar algo extraordinario.

La reina le explicó su reciente conversación con toda la calma que pudo.

—Ah, eso —repuso Felipe con una sonrisa, como si no tuviera importancia. Le enderezó la pluma del sombrero, que se le había chafado con el abrazo—. Sí, estoy enterado de los detalles. No creí que te interesara.

—Te sorprenderían mis intereses.

—Confío en que ese condenado de Maidstone no figure entre

ellos.

—Por supuesto que no.

—Oh, escucha eso. —Felipe levantó la cabeza—. Están tocando un tema de Cole Porter en la terraza. ¿Bailamos?

Mientras se dirigían hacia las luces de la casa, ella le aferró la mano y decidió no perderlo de vista durante el resto de la velada.

15

A la mañana siguiente, la reina pidió ver a su secretario privado después del desayuno. Al cabo de unas horas, Margarita y su madre llegarían de Frogmore House para almorzar con ella en el castillo de Windsor. Ambas debían de arder en deseos de conocer todos los chismes de la noche anterior en Cliveden, pero ella tenía algo que hacer primero.

Esa noche se había pasado un par de horas sentada en la cama, desvelada, pensando si debía contarle a su hermana lo que había averiguado sobre la agencia Raffles. Margarita se sentiría fascinada y posiblemente halagada. Aun así...

La reina se enfadó consigo misma por haber permitido que Bunny viera cómo la había impresionado aquel asunto. La noche anterior, los ojos vidriosos del duque refulgían mientras le contaba la historia, como si estuviera disfrutando de su reacción.

No, había decidido no contárselo a Margarita. Era todo demasiado perturbador.

Sin embargo, la información tenía su utilidad.

Cuando estuvo lista, su ujier de cámara llamó a la puerta para anunciar la llegada de sir Hugh.

—¿En qué puedo ayudarla, majestad? —preguntó el secretario.

—Me temo que anoche me llevé un buen susto: descubrí que los asesinatos de Chelsea podrían tener alguna relación conmigo.

—¿Con usted, señora?

—Esa agencia en cuestión está... especializada. —La reina mantuvo una mirada firme mientras arqueaba las cejas—. Quizá esté al corriente; mucha gente parece estarlo. Por lo visto, dicha especialización me concierne, de modo que me gustaría ver los

informes policiales.

—¡Pero... señora!

—¿Hay algún problema?

—¡Usted no tiene nada que ver, se lo aseguro! La chica en cuestión era rubia, para empezar.

—Se había teñido el pelo. Lo leí en los periódicos.

—Sí, pero antes de eso se caracterizaba como Vivien Leigh o Elizabeth Taylor...

Santo cielo: desde luego sir Hugh estaba al corriente del asunto.

—¿Eso venía en los periódicos? —preguntó ella.

—No, pero uno se entera de esas cosas.

—Ya veo. Pues yo también me enteré de unas cuantas anoche.

Los bigotes de sir Hugh se crisparon de indignación.

—Majestad, lo siento. ¿Quién demonios ha tenido la desfachatez de...?

—Eso ahora no importa. Pero será tranquilizador comprobar cómo le va a la policía. No habrá ningún impedimento, ¿verdad? Para conseguir el informe, quiero decir...

El secretario privado vaciló unos segundos antes de negar con la cabeza. Por alguna razón, no quería que ella viera el informe, y eso hacía que ella lo deseara aún más.

—No hay impedimento alguno, señora. Pero imagino que en la Brigada de Homicidios se sorprenderán mucho de que se lo pida.

—Tal vez.

Ella se mantuvo firme y no titubeó. Fueran cuales fuesen las razones de su propia reticencia, sir Hugh tenía razón sobre la Brigada de Homicidios. Era cierto que la reina no solía implicarse de forma directa en casos de asesinato. Su razón oficial para hacerlo esta vez era tenue y desagradable, como admitía secretamente para sí misma, pero serviría. Aunque no estaba segura de qué andaba buscando, sabía que podía encontrarlo en los informes policiales.

—Muchas gracias, Hugh.

Él se tomó eso como una forma de despacharlo, y en efecto lo era.

Cuando la puerta se cerró tras él, la reina sintió un poco de lástima por su secretario privado. Debía de estar preguntándose en qué demonios estaba pensando. Pero Felipe había roto un gemelo ante la mera mención de los tejemanejes de Cresswell Place, y desde entonces las cosas no habían salido del todo bien.

No era el primer pequeño misterio con el que se encontraba. Llevaba resolviéndolos desde la infancia, aunque algunas veces le habían provocado dolor, angustia y decepción, por lo que había aprendido a no confiar a nadie sus más secretos pensamientos, ni siquiera a las personas que más quería. Lo que los demás consideraban más conveniente para ella no siempre coincidía con su propia opinión. Esta vez su interés era profundamente personal y tendría que guardárselo para sí misma.

No creía que su marido estuviera implicado en algo perverso, o al menos no exactamente. No conocía a nadie en el mundo más entregado y sincero con las cosas que importaban de verdad. Pero Felipe también era amante del riesgo y las locuras. ¿Se trataba de eso? No todos sus amigos eran por completo respetables. Cada vez que pensaba en ello, se mareaba un poco; y entonces recordaba que lo único que podía hacer era seguir adelante, confiar en Dios e intentar hacer lo correcto, por insignificante que fuera.

Esperaba que el informe de la policía consiguiera tranquilizarla. Por lo menos, de un modo u otro, sabría a qué atenerse.

SEGUNDA PARTE

Daphne al rescate

16

—¡Dios santo, Joan McGraw! ¿Con quién has tenido que acostarte para conseguir esto?

—¡Tía Eva! ¡Para ya!

Joan se volvió hacia su sonriente tía en la sala de estar *art déco* del coqueto apartamento de Dolphin Square.

«Su» apartamento.

Era una vivienda pulcra y elegante donde tenía un dormitorio para ella sola. En el vestíbulo de la planta baja, ella y su tía acababan de cruzarse con dos mujeres envueltas en chaquetones de visón que las habían saludado con un amistoso «Hola, qué tal». En lugar del autobús, el trayecto de Joan al trabajo consistía ahora en un paseo rápido y agradable a través de Westminster. Ya no podría comprar *babkas* a modo de ofrendas de paz para los bigotudos, pero los había sustituido por unos bollos pegajosos casi igual de populares de una panadería de Pimlico.

—Cuando nos hemos detenido delante con el coche, el edificio me ha parecido tan magnífico que he pensado que era un hospital —confesó la tía Eva.

—Lo fue durante la guerra —admitió Joan—. Y también la sede de Francia Libre.

—*Oh là là*! ¡Mírate!

Eva estaba encantada con aquel cambio en la suerte de Joan, pero, de las dos, era ella quien se sentía más cómoda en un lugar como ése. Era modista y trabajaba para damas distinguidas que no podían permitirse contratar a los diseñadores famosos. Confeccionados según los patrones más recientes, sus trajes

chaqueta y sus vestidos eran tan elegantes como los que Joan veía en las revistas. Cuando los lucían sus clientas, costaba diferenciarlos de los originales de alta costura. Según Eva, el secreto estaba en un buen corte y un buen tejido.

En ese mismo momento, con un ajustado vestido de *tweed* a juego con la chaqueta, copiado de Dior, se veía tan bien vestida como Deborah Fairdale, y no demasiado distinta de ella si se ponía en manos de un peluquero caro y se pasaba por alto la nariz.

Joan deslizó la mano por el borde de un mullido sofá azul. La sala de estar contaba con una mesita redonda de comedor al fondo, junto a un arco que daba paso a una cocina con fogones de gas y su propia nevera eléctrica.

—¿Y dices que fue el secretario privado quien te consiguió este apartamento? —preguntó Eva.

—Sí. Es propiedad de un tal comandante Ross. Un casero ausente. Sir Hugh Masson lo ha organizado todo.

—Un hombre con sentido común —declaró su tía asintiendo con la cabeza—. No puedes tener un aspecto aceptable para la reina después de haberte pateado medio Londres.

—¡No se trata sólo de tener buen aspecto! —protestó Joan.

Eva arqueó una ceja perfectamente depilada.

—¿Ah, no? ¿De qué se trata entonces?

—Se trata del trabajo en sí. Tenemos buena sintonía, y es cuestión de hacer las cosas bien.

—Bueno, si tú lo dices... Ya que hablamos del tema, si alguna vez tienes la ocasión de echar un vistazo a las ballenas de sus vestidos de noche, ¿podrás decirme cómo las pone Norman Hartnell? Porque estoy segura de que tiene una nueva técnica.

—¡Tampoco se trata de sus vestidos de noche! —insistió Joan con una carcajada—. No puedo curiosear dentro de ellos.

—Qué lástima —repuso su tía con un suspiro. Se acercó para abrazar a Joan—. Te vamos a echar de menos, ¿sabes? El piso no será lo mismo sin ti.

—No, desde luego. Alice podrá tener una cama como Dios manda en lugar de un colchón en el suelo.

—A ella nunca le ha importado. Te adora. —Eva posó una mano enguantada y afectuosa en la mejilla de su sobrina.

—Yo también la quiero mucho —contestó Joan abrazando con fuerza el esbelto cuerpo de su tía—. Y a ti.

La tía Eva tenía la misma figura que su madre, que había muerto cuando Joan era apenas una adolescente. Esos abrazos siempre llevaban consigo una oleada de nostalgia que amenazaba con abrumarla. Alice, la más joven de las tres primas, que compartía su habitación con Joan, tenía el cabello pelirrojo de su madre y las mismas pecas espolvoreándole la nariz. Echaría de menos a todas las chicas, pero estaba dispuesta a disfrutar de su recién descubierta independencia. Tenía la sensación de que era su última oportunidad.

Tras casi cuatro décadas en esta tierra, la vida de Joan cabía en cuatro maletas, dos de las cuales pertenecían a la tía Eva. Mientras vaciaba su equipaje en la cama para que su tía pudiera llevarse las suyas, encontró un paquete inesperado escondido en una de ellas. Estaba envuelto en papel de embalar sujeto con cinta.

—Ah, eso es para ti —dijo Eva como quien no quiere la cosa —. Una tontería que hice anoche con algunos retales que me quedaban. Ya lo abrirás más tarde.

Tras unos cuantos abrazos más de despedida, Joan volvió a su habitación para abrir el paquete. Le quitó el envoltorio y sostuvo en alto la prenda que iba doblada en su interior. Era un quimono de seda de color jade, con un forro también de seda y un dibujo de flores de cerezo. Tía Eva no lo había hecho con «retales», precisamente: aquella tela debía de haberle costado una fortuna. Parecía hecho para una princesa, o para el tipo de dama que se reclinaba en mullidos sofás azules y alternaba con vecinas envueltas en abrigos de visón. Joan se lo puso sobre el vestido y, al mirarse, se preguntó si estaba soñando, porque tenía la

sensación de que todo era demasiado bueno para ser verdad.

17

Se adentraban en la segunda semana de mayo. Hacía más de un mes que se habían encontrado los cuerpos en Chelsea. Sir Hugh llegó al despacho de la reina para repasar con ella su agenda.

—He dejado un hueco de quince minutos adicionales en su horario de esta mañana, majestad. El informe policial que solicitó llegó a mi escritorio ayer por la noche. He tenido tiempo de revisarlo. Si desea que yo...

—Gracias, Hugh.

Había un par de cosas que deseaba saber, pero más valía no preguntarlas directamente.

—En primer lugar, majestad, puedo confirmar que el hombre muerto había solicitado una princesa rubia. Probablemente se refería a la princesa Gracia de Mónaco, lo que explicaría la presencia de la tiara. Espero que eso la tranquilice... —El secretario parecía incómodo—. Con respecto a su familia, quiero decir.

—No del todo —repuso la reina—, pero continúe.

—El inspector Darbishire también ha hecho grandes progresos a la hora de establecer cómo se cometieron los asesinatos.

—¿No lleva el caso el inspector jefe Venables? Esperaba que fuera él. —Venables le resultaba familiar por haberse encargado de algunas investigaciones de alto nivel, el tipo de trabajos policiales que sale en las portadas de los periódicos.

—Esta vez no, majestad. Estaba... en fin, ocupado en otra cosa. Pero Darbishire es muy minucioso. Y un hombre discreto.

Los ojos de sir Hugh se encontraron con los suyos, y la reina captó una extraña intensidad en su mirada. Se preguntó si era simplemente un efecto de la luz en sus gafas.

—¿Debe ser discreto? —quiso saber.

—Siempre —repuso él, sin darle más explicaciones.

La reina estaba a punto de insistir en ese punto, pero su secretario privado siguió hablando sin darle ocasión.

—Le complacerá saber que el deán de Bath ha quedado prácticamente descartado, aunque todavía está en la lista de sospechosos.

—Oh, qué bien. ¿Tiene coartada?

—Ni mucho menos, majestad. Pero, sin entrar en detalles escabrosos, por lo visto se trata de un crimen que requería la presencia de dos personas para... bueno, para someter a las víctimas. No hay ninguna evidencia de que el deán tuviera un cómplice, o ni siquiera un motivo. Desde entonces se ha establecido que la casa se utilizó para encuentros ilícitos sin que él estuviera al corriente.

—Ah. Eso ya lo sabía. Lo de los encuentros ilícitos, quiero decir.

—¿De verdad, señora?

Sir Hugh era demasiado educado para expresar su sorpresa verbalmente, pero sus pobladas cejas emergieron disparadas muy por encima de sus gafas.

—Me lo contó Deborah Fairdale.

—Oh, ya veo. —El secretario sacó unas anotaciones de la carpeta que llevaba bajo el brazo y las consultó rápidamente—. Sea como sea, aún quedan algunas preguntas sin respuesta. Si los asesinatos se cometieron cuando la policía cree que ocurrieron, entonces el deán no se encontró con los asesinos por muy poco o estaba durmiendo mientras todo sucedía. ¿Cómo es posible que no se diera cuenta de que las flores que había comprado para su mesilla de noche el día anterior ya no estaban? ¿O que no reparara en que la puerta trasera no tenía pasado el cerrojo? ¿O, más importante incluso, en que la puerta del segundo dormitorio, frente al suyo, se había dejado parcialmente abierta, como la encontró la asistenta la semana siguiente? Para eso

tendría que ser muy poco observador.

—¿Dio alguna razón para todo eso? —preguntó la reina.

El Clement Moreton que ella recordaba era un hombre ingenioso y rápido. Tenía que serlo para ganar a su madre en la canasta, cosa que había hecho en más de una ocasión.

—Lo atribuyó a un dolor de muelas, señora. Para empezar, se encontraba en Londres para visitar a su dentista en Harley Street el lunes por la mañana. Bebió un poco más de la cuenta la noche anterior, según dice, para aliviar el dolor. Y la resaca tampoco ayudó.

—Ya veo.

Parecía plausible. La reina sabía lo doloroso que podía ser un dolor de muelas. Y un dolor de oído también…

—En cualquier caso, el inspector Darbishire tiene la firme sospecha de que este asunto tiene algún vínculo con una banda de Londres. Ya ha descubierto que Pérez estaba relacionado con algunos personajes de dudosa reputación. Era argentino, señora. El inspector está en contacto con Buenos Aires.

—¿Dice que sabe cómo se cometieron los asesinatos?

—Sí. Como le decía, es mejor no entrar en detalles, pero Pérez fue atacado primero, casi con toda seguridad, y luego mataron a Fonteyn para eliminarla como testigo. Pérez fue sorprendido en el… en el dormitorio, ya se imagina, y lo dejaron donde cayó. El cuchillo en el ojo se lo clavaron después, como una especie de venganza, o es posible que fuera un mensaje. Todo muy sórdido, como puede ver.

—¿Hay alguna mención de un disparo? —preguntó la reina.

—¿Un disparo? —Las cejas del secretario volvieron a levantarse—. ¿De nuevo la señorita Fairdale, señora?

—Pues sí.

Sir Hugh revisó sus notas.

—Mmm… Veamos… Dos testigos en el callejón informaron sobre algo parecido; por lo visto oyeron una detonación alrededor de las tres de la madrugada. Pero uno de ellos oyó el

rugido de una motocicleta más o menos al mismo tiempo, por lo que casi con toda certeza fue alguna clase de petardeo. No hay indicios de ninguna bala, ni de casquillos o daños causados por un disparo. —Levantó la vista del informe—. Hay varias declaraciones de testigos que no tienen mucho sentido, pero tengo entendido que es algo corriente en los inicios de una investigación...

—¡Ya han pasado seis semanas, Hugh!

—Cinco, desde que se descubrieron los cuerpos. Estas cosas llevan su tiempo.

La reina intentó que su tono no denotara un interés personal.

—¿Y no pasó nada más en la calle esa noche? Que explicara el disparo, quiero decir.

No había querido decir eso exactamente, pero serviría.

Sir Hugh volvió a mirarla de aquel modo tan extraño.

—No puedo imaginar qué pudo haber sido, señora —respondió con calma—. Puede leerlo usted misma, si lo desea.

El secretario le tendió el informe.

—Tal vez después. Déjemelo, gracias.

—Por lo visto, algo más tarde, aquella misma mañana del lunes, se produjo una llamada telefónica anónima. Se hizo desde una cabina pública en King's Road. Una voz amortiguada le reveló a la operadora que había habido un terrible accidente en una casa. Pero la telefonista no consiguió entender la dirección exacta, y la policía dio una vuelta por la zona y no encontró nada. Sólo recientemente se han dado cuenta de que podría ser importante. Mientras tanto, la atención se ha centrado en lord Seymour, el ministro de Tecnología. ¿Se ha enterado de lo de la tiara?

—Sí, esta misma noche. La compró en una subasta. ¿Ya han hablado con él?

—No en persona. Está ocupado con asuntos gubernamentales, ya sabe. Ha hecho una declaración para explicar que los diamantes fueron robados de la caja fuerte de su casa.

La reina enarcó una ceja.

—¿En serio?

—Así es, señora. El inspector Darbishire espera poder interrogarlo en las próximas horas. Por suerte, tiene al primer ministro y a la mitad del Gabinete como coartada. Estuvo con ellos en una cena en la Cámara hasta pasadas las diez y media de la noche del treinta y uno. Luego fue derecho a casa, donde los criados y lady Seymour pueden dar fe de su presencia. Como coartada es muy plausible.

—Es un alivio —opinó la reina—. Me gustaría pensar que mis ministros no son... asesinos a sangre fría, al menos.

—Claro que no, señora. Seymour es muy respetado. El propio señor Macmillan ha dicho que está destinado a un alto cargo. Este descubrimiento de la tiara ha causado mucha tensión, como es lógico. La policía aún tiene que confirmar que en efecto hubo un robo. Y si una banda hubiera sustraído los diamantes, cuesta mucho entender por qué permitirían su uso en público, por así decirlo. Aunque se supone que esa fulana, quiero decir, esa mujer, los llevaba sólo para ese encuentro privado, así que tal vez eso lo explique. Si Seymour estuviera involucrado, entonces resultaría incluso más incomprensible que hubiera utilizado sus propios diamantes para adornarla. En cualquier caso, Darbishire está investigando todas las vías posibles.

—¿Y hay otras? Vías posibles, quiero decir.

—La teoría inicial sobre un ajuste de cuentas entre bandas es la que impera por ahora. Es bastante probable que una compañera de la agencia de señoritas de alterne estuviera involucrada. Se suponía que era ella quien tenía que estar con Pérez aquella noche, pero de alguna manera logró cambiarse con la señorita Fonteyn. A Darbishire no acaban de convencerlo sus excusas. Como ya le he dicho, es todo muy sórdido y desafortunado, pero no hay nada ni remotamente relacionado con la familia.

—¿La de quién?

—La suya, majestad. Espero que eso la tranquilice.

La reina no se sentía más tranquila, pero no lo dijo.

—Muchas gracias por ponerme al día, Hugh.

—Ha sido un placer, señora. Si me entero de algún otro dato interesante por parte de la Brigada de Homicidios, se lo haré saber.

La reina sonrió, pero su tono fue firme.

—Un informe semanal será más que suficiente —repuso con la sensación de que, de otro modo, podía no obtener nada—. Y puedo leerlo en persona, para ahorrarle tiempo.

—Le aseguro, señora, que no es necesario que...

—Estaré encantada de leerlo yo misma, sir Hugh.

Un tanto desconcertado, el secretario asintió obedientemente.

—Por supuesto, señora. Me aseguraré de que así sea.

18

Darbishire se tomó muy en serio la secreta advertencia de aquel individuo. En su fuero interno, se resistía a rendirse ante las fuerzas oscuras que lo habían abordado, fueran las que fuesen, pero era un hombre pragmático. Sabían con quién trabajaba; sin duda estarían al corriente de dónde vivía, al igual que sabrían que tenía una mujer y dos hijitas preciosas por las que daría la vida. Hasta que no supiera exactamente a qué se estaba enfrentando, no estaba dispuesto a hacer movimientos peligrosos.

Entretanto, nadie le había pedido que detuviera la investigación, algo que de todas formas no entraba en sus planes. Tenía muchas cosas que hacer, más allá de levantar piedras para ver si los contradictorios Gregson salían arrastrándose de debajo de alguna de ellas. Por el momento, estaba muy ocupado. De hecho, estaba a punto de entrevistarse con un ministro del Gobierno sobre la cuestión de unos diamantes aparecidos en un lugar nada apropiado.

Se había puesto su mejor traje, de los dos que tenía, y su corbata favorita, azul marino y algo más estrecha de lo tradicional: le gustaba pensar que le daba un aire distinguido. Woolgar, cómo no, tenía restos de huevo en la solapa, que intentó sacudirse con la mano cuando él se lo señaló.

—Tienes que controlarte un poco, Woolgar —lo reprendió Darbishire, aunque en tono afectuoso. Mandó al subinspector a los lavabos para poner remedio al asunto; lord Seymour era una persona importante y, por el bien de la Policía Metropolitana, tenían que lucir el mejor aspecto posible.

El ministro y su esposa vivían con el personal de servicio en

una gran casa en Smith Street, a pocos pasos de la abadía de Westminster y del toma y daca político de Whitehall. Cuando Darbishire y Woolgar llamaron a la pulida puerta principal, los atendió un mayordomo que se hizo cargo de sus sombreros, los acompañó a una estancia llena de libros, iluminada por un gran ventanal de cuarterones, y les prometió que el ministro se reuniría con ellos en breve.

—No está nada mal, señor —comentó Woolgar, recorriendo con mirada apreciativa las estanterías de nogal y el antiguo reloj de mesa.

—Está bien si uno puede permitírselo —admitió Darbishire.

Seymour había heredado un negocio familiar y un pequeño imperio inmobiliario, que había hecho crecer invirtiendo en aparcamientos después de la guerra, comprando antiguas zonas devastadas por las bombas y rentabilizándolas mediante estrategias que a nadie más se le habían ocurrido. Todo ello mientras ascendía con rapidez en las filas del Partido Conservador. Muchos pensaban que el señor Macmillan tenía grandes planes para él.

Desde que la casa de subastas filtrara la noticia de la tiara, Seymour había evitado el encuentro con la policía durante dos semanas, alegando viajes al extranjero y asuntos urgentes del Gobierno. Darbishire esperaba encontrarse con alguien altivo y displicente, pero el hombre que apareció dos minutos más tarde era desenvuelto y cordial, con un apretón de manos cálido y claramente dispuesto a mirarlo a uno a los ojos. Se disculpó mucho por el retraso y les pidió que se pusieran cómodos en un par de butacas. El mayordomo dejó ceniceros junto a ellos antes de retirarse, y Seymour les ofreció cigarrillos. Darbishire rechazó el ofrecimiento, pero entendió la razón por la que aquel hombre había llegado tan lejos en política.

—Sentimos molestarlo cuando está tan ocupado, señor.

—No me molestan en absoluto, inspector jefe. Estoy encantado de ayudar.

Seymour cruzó sus inmaculadas perneras a rayas. Estaba levemente bronceado, y a pesar de la papada, señal de su buena vida, aún conservaba gran parte de su atractivo juvenil. Tras las gafas de montura metálica, su mirada cordial, junto con su frente alta y despejada, sugería una aguda inteligencia. O tal vez daba esa impresión por los numerosos volúmenes encuadernados en piel que tenía a su espalda. En cualquier caso, Darbishire se dijo que no le costaría mucho votar a aquel hombre.

Siempre que no hubiera estrangulado hasta la muerte a una chica de alterne y apuñalado y agarrotado a su compañero de cama, claro.

—Como sabrá, estoy investigando los sucesos de la noche del treinta y uno de marzo. Ya ha tenido la amabilidad de decirnos dónde se encontraba esa noche.

—Por supuesto, sólo lamento tener que andar dando explicaciones. Un asunto horrible, atroz.

Darbishire repasó en voz alta la coartada del ministro para la primera parte de la velada, que ya habían corroborado otros parlamentarios y el personal de la Cámara de los Lores.

Seymour soltó una pequeña carcajada.

—Hay mucha gente dispuesta a mentir por mí, inspector jefe...

—Inspector a secas —corrigió Darbishire.

Lo había dejado pasar la primera vez, pero si se trataba de un intento de adulación o soborno, era importante que el ministro comprendiera que Fred Darbishire no funcionaba así.

—¿En serio? —Seymour pareció perplejo durante unos instantes—. Vaya, pues le pido disculpas, inspector. Como iba diciendo, hay mucha gente dispuesta a mentir por mí, pero no es el caso de los camareros de la Cámara de los Lores, ni del policía de la entrada. No recuerdo exactamente cuándo salí, pero si ellos dicen que fue a las once menos veinte, puede estar seguro de que era esa hora.

—Así es. Sin embargo, usted dice que volvió a casa andando, y que llegó aquí alrededor de un cuarto de hora más tarde, algo

que sólo podrían corroborar John Richards... supongo que es el hombre que nos ha recibido en la puerta, y su propia esposa. Y de ellos podría decirse...

—Que su desapasionamiento es menos fiable —concluyó Seymour por él—. ¿Qué quiere que le diga? Richards lleva veinte años con nosotros: mentiría sin pensárselo dos veces si creyera que es lo mejor para mí. Mi mujer, en cambio, es pura como la nieve: no mentiría ni aunque le fuera la vida en ello, ni para salvarme ni para hundirme, pero sobre eso usted sólo tiene mi palabra. —Volvió a sonreír—. Lo invito a conocerla y a juzgar por sí mismo. No se encuentra aquí esta mañana, pero en términos generales está a su disposición.

—Gracias, lo tendré en cuenta —repuso Darbishire.

Para lo que iba a servir... Ya sabía qué diría lady Seymour y, fuera cierto o no, era imposible obligarla a declarar contra su marido ante un tribunal, de modo que no era una liebre a la que tuviera intención de perseguir.

Además, aunque Darbishire no lo planteó en ese momento, debía tenerse en cuenta que, incluso si Seymour hubiera cogido un taxi para llegar a toda pastilla a Chelsea, de lo cual no tenían pruebas, sólo habría dispuesto de cinco o diez minutos antes de que el deán y sus invitados llegaran a Cresswell Place. Era imposible que Seymour hubiera cometido los sangrientos asesinatos y limpiado el estropicio a tiempo, y no había indicios de que él y el deán se conocieran o estuvieran confabulados.

Por otra parte, Seymour podría haber contratado fácilmente a otra persona para hacer el trabajo sucio mientras él estaba en la Cámara de los Lores. La coartada perfecta. Lo que necesitaba Darbishire era un motivo.

—¿Conocía usted a Dino Pérez? —preguntó.

—Como dije en mi declaración, no —repuso Seymour—. Ni lo conocía ni había oído hablar de él.

—¿Y a Gina Fonteyn?

Esta vez, Seymour ladeó la cabeza y carraspeó.

—A ella la conozco de oídas, y lo cierto es que podría darle un informe completo: su popularidad en la Raffles no era exactamente un secreto nacional.

«Bravo», pensó Darbishire. Porque él había hecho ya sus deberes y sabía perfectamente que Seymour era un cliente muy valioso para la agencia. Y también sabía apreciar la buena conversación que se ofrecía a un caballero exigente: sin duda habría oído hablar de la señorita Fonteyn, y negarlo sería una tontería. Por lo visto, el ministro de Tecnología no era ningún tonto.

—Pero ¿nunca la conoció en persona?

—Nunca. Ella no era mi... en fin... no era mi tipo.

—¿Conoce a alguno de los hombres con los que alternaba?

Seymour enarcó las cejas y se revolvió en su silla.

—La verdad, inspector... no tengo ni idea. No acostumbro a interrogar a mis amigos sobre sus escapadas nocturnas.

—Pero ha dicho que la popularidad de la señorita Fonteyn era bien conocida.

El ministro pareció incómodo.

—Se hablaba de ella en el club, pero ya sabe, en términos generales. Las típicas bromas desafortunadas que se oyen cuando ciertos hombres beben demasiado.

—¿En qué club?

—El White's.

—¿Y en el Artemis no?

—No lo creo. Hace tiempo que no voy.

—De modo que no tiene ni idea de cómo esa joven llegó a lucir la tiara de diamantes que usted adquirió el año pasado.

—Ni la más mínima idea, como ya dije en mi declaración. Me robaron la tiara. Sólo puedo suponer que quien la sustrajo se la dio a esa mujer para que se la pusiera, por razones que no soy capaz de imaginar.

—Debe admitir que eso parece poco plausible —insistió Darbishire.

La mirada de Seymour fue franca y su media sonrisa también.

—Lo admito, desde luego. Me doy cuenta de la posición en la que me encuentro, pero es la verdad.

—¿Le importaría enseñarnos la caja fuerte?

—Con mucho gusto.

Seymour ya hacía ademán de levantarse cuando Darbishire levantó una mano.

—Lo siento. Antes he de hacerle una pregunta más.

—¿Sí?

—¿Ha visitado alguna vez Cresswell Place? No lo mencionaba en su declaración.

Hubo un leve indicio de vacilación en los ojos de Seymour. Darbishire lo vio dudar y calcular su respuesta; era la primera vez que lo hacía. Finalmente inclinó la cabeza y dijo:

—Sí, en una ocasión. Fui allí acompañado de otra señorita de Raffles; quería un sitio discreto y me sugirieron el número cuarenta y cuatro. Eso fue hace varios meses.

«Buena decisión», pensó Darbishire. Habría acabado por averiguarlo. Y si a Seymour le preocupaba que hubiera huellas dactilares u otras pruebas en la casa, era una buena manera de explicarlas.

Pero no habían encontrado sus huellas. La señora de la limpieza era muy concienzuda; no era de extrañar que sonara como un tanque Sherman.

—Gracias. Ah, una cosa más... Sargento Woolgar, ¿tiene la fotografía?

Woolgar sacó una imagen del cuchillo con mango de ciervo que habían encontrado clavado en el ojo de Pérez. El forense había dicho que era de fabricación alemana, diseñado para usarse con una sola mano, y al verlo el ministro hizo una mueca de dolor.

—¿Reconoce este cuchillo?

—Sí, por supuesto. —Seymour levantó la vista—. Es el que le clavaron a la víctima, ¿no? Al hombre, quiero decir. Lo vi en los

periódicos.

—En efecto. ¿Lo había visto antes?

El ministro observó la foto un poco más de cerca y frunció los labios.

—No estoy seguro. He visto muchos cuchillos como ése en mi vida; estoy convencido de que usted también, inspector. Lo siento. ¿Nos vamos ya?

—Después de usted, señor.

Se encaminaron hacia el comedor, que estaba en la misma planta que la biblioteca. Seymour descolgó un óleo veneciano del Gran Canal y señaló la caja fuerte empotrada en la pared tras él: de unos cincuenta centímetros por treinta, tenía dos tiradores de latón y un ojo de cerradura central en la puerta. Darbishire había visto cientos como ésa.

—La instalamos hace cinco años —explicó Seymour—. Era la mejor que se podía adquirir entonces. La utilizo para guardar los certificados de titularidad de bonos y la documentación esencial, entre otras cosas. Mi mujer la usa para sus perlas y otras joyas que suele llevar. La tiara estaba en el banco, pero la saqué de allí dos semanas antes para regalársela por su cuarenta cumpleaños.

—¿Puedo preguntar cuándo fue eso?

—La semana pasada. Hasta que la casa de subastas se puso en contacto con ustedes, no tenía ni idea de que no seguía en la caja fuerte, en el estante de arriba, en su estuche, donde yo la había puesto. Como dije en mi declaración, no vi la descripción de los diamantes en la prensa sensacionalista; no leemos esa clase de cosas. Cuando Bonhams se puso en contacto conmigo, estaba seguro de que se habían equivocado: no podía tratarse de la tiara Zellendorf. Pero cuando abrí la caja fuerte para comprobarlo, faltaban todas las joyas de mi mujer, así como la tiara y un par de relojes bastante valiosos que había heredado de mi padre.

Los miró a ambos con cara de impotencia.

—No sabemos exactamente cuándo se cometió el robo, pero

hemos tenido albañiles entrando y saliendo: mi mujer estaba reformando el salón y los dormitorios. En mi declaración he aportado los nombres de todas las empresas relevantes. Por fuera, la caja fuerte estaba como la dejé. Una llave va siempre en mi llavero, y la de repuesto está en el banco; ninguna de las dos se utilizó. Quien la abrió sabía lo que se hacía: fue el trabajo de un experto.

Sin tener que pensarlo demasiado, Darbishire podía citar a media docena de expertos capaces de hacer algo así. Él nunca guardaría nada realmente valioso en una caja fuerte como ésa.

—¿Qué valor cree usted que tenía todo? —preguntó.

Seymour lo miró con el ceño levemente fruncido, como si esa clase de preguntas resultaran impropias: a la gente tan rica no le gustaba hablar de ese tema.

—Oh, más de veinte mil libras —respondió—. El asunto está en manos de las aseguradoras: les gusta cuestionar el valor de todo en cuanto uno presenta una reclamación. Y, como es natural, esperan el resultado de sus pesquisas.

—Lamento retrasarlos.

Seymour captó el deje irónico en la voz de Darbishire, pero no mordió el anzuelo.

—Estoy seguro de que se tomará todo el tiempo que necesite —repuso con serenidad—. Cuenta con todo mi apoyo. —Exhaló un leve suspiro y miró hacia unos cerezos que se mecían bajo la brisa al otro lado de la ventana del comedor—. Tampoco me beneficia nada verme envuelto en todo esto. Me doy perfecta cuenta de lo poco convincente que parece que no estuviéramos al corriente del robo.

—Cierto —convino Darbishire echando un vistazo a sus notas —. Según su declaración, miró por última vez en la caja el veinticinco, seis días antes de los asesinatos.

—Sí. Me hacían falta unos papeles.

—¿Y su esposa no tuvo necesidad de ponerse otras joyas entretanto?

—No. Sus perlas estaban fuera. Sólo las guardamos en la caja cuando nos vamos de viaje. Rara vez se pone las otras piezas.

—Si no le importa que se lo pregunte, señor, ¿por qué la tiara, para empezar?

—Ya se lo he dicho, por su cuarenta cumpleaños. Iba a ponérsela en su fiesta.

—Pero ¿por qué una tiara?

—¿No son para duquesas y demás? —intervino Woolgar.

Darbishire había estado buscando una forma delicada de decirlo.

Por primera vez, Seymour se dejó llevar por la irritación y se irguió hasta desplegar toda su estatura, pero incluso así quedaba unos centímetros por debajo de Woolgar.

—Porque nos vamos a Estados Unidos, si tanto les interesa. Estamos invitados a un baile y a una cena con la reina, el secretario general de la ONU y el gobernador de Nueva York. Me gustaría que mi esposa llevara un atuendo apropiado.

—Estoy seguro de que estará muy guapa —dijo Darbishire, olvidando por un instante que los diamantes estaban ahora en una caja muy distinta, en Scotland Yard.

Seymour no lo había olvidado.

—No llevará la tiara, pero sí, seguro que estará tan encantadora como siempre. No le hacen falta diamantes, nunca los ha necesitado.

Darbishire escudriñó el rostro de Woolgar y, aunque esta vez el subinspector tuvo la sensatez de no decir nada, adivinó lo que estaba pensando. Hasta el momento, el inspector no estaba ni mucho menos convencido de la declarada devoción del ministro por su esposa, a la que engañaba regularmente con prostitutas. Pero algo en su forma de hablar de ella sugería que no era imposible que aquel político, por una vez, estuviera diciendo la verdad.

19

Joan se despertó sobresaltada.

¿Era eso el ruido de una llave en la cerradura? Se incorporó en la cama y se arrebujó entre las mantas. La luz de la luna entraba por una rendija entre las cortinas y arrojaba un resplandor inquietante sobre su nuevo dormitorio. Estaba lleno de formas desconocidas, pero, cuando sus ojos se adaptaron a la semipenumbra, reparó en que se trataba de su propia ropa, tendida sobre los muebles.

Totalmente alerta, escuchó con atención.

Fuera del dormitorio, un estrecho pasillo conducía hasta la puerta principal del apartamento. Durante unos instantes, reinó el más absoluto silencio. Luego le llegó el sonido amortiguado de unos pasos.

No estaba sola.

Empuñó el arma más pesada que pudo encontrar: el pie de bordes puntiagudos de la lámpara de alabastro que había junto a la cama. Cuando tendió la mano para desenchufarla de la pared, un sinfín de pensamientos se agolparon en su cabeza.

No debería haber aceptado ese apartamento, a todas luces demasiado bueno para ser verdad: pagaba un alquiler irrisorio y era un sitio elegante, con muebles y decoración de lujo, vistas al río y vecinas pijas que llevaban abrigos de visón y cenaban en el Ritz. La única pega era un segundo dormitorio, con la puerta cerrada, que según le habían dicho no podía utilizar.

En ese momento, en medio de esa madrugada gélida, Joan pensó en la casa de Cresswell Place. Tras los asesinatos de Chelsea, ¿qué mujer soltera de Londres estaba tan loca como para aceptar un apartamento con una habitación de invitados

cerrada a cal y canto? Sobre todo cuando, por irónico que pudiera parecer, faltaba la llave de la puerta de su propia habitación. Cierto que el mismísimo sir Hugh Masson le había recomendado aquel sitio, pero ¿no le había dicho la reina, en términos inequívocos, que no podía confiar en ninguno de los miembros de su secretaría?

Joan sabía que se estaba moviendo en aguas turbulentas, pero nunca hubiera imaginado que la cosa pudiera llegar a ese punto.

La luz del pasillo se encendió y unas fuertes pisadas empezaron a dirigirse hacia ella. El pesado pie de la lámpara desenchufada en su mano le daba cierta tranquilidad. Sólo llevaba puesto el pijama, pero no tenía tiempo de ponerse la bata. Para su gran alivio, los pasos se desviaron hacia la sala de estar antes de llegar hasta ella. ¿Era un simple ladrón?

Pero ¿cómo era posible que tuviera la llave de la puerta principal?

Comprendió que había tenido la certeza de que iba allí a matarla; había estado dispuesta a luchar por su vida. Ahora acercó la oreja a la puerta del dormitorio y trató de oír qué tramaba aquel intruso.

Se oyó un gruñido y una palabrota. Fuera cual fuese el motivo de su visita, no estaba satisfecho. Se abrieron y cerraron puertas. Luego las pisadas se volvieron más rápidas y cercanas: regresaban de nuevo por el pasillo. El picaporte del dormitorio se agitó, y Joan dio dos pasos atrás.

Al abrirse la puerta, blandió en alto el pie de la lámpara.

—¿Qué narices pasa aquí?

El hombre tenía una voz gutural; se quedó ahí plantado, con su silueta recortándose contra la luz del pasillo.

Pero no avanzó hacia ella.

—¿Quién demonios eres? Deja eso, por el amor de Dios.

Joan bajó lentamente el pie de la lámpara.

—¿Quién es usted?

Lo único que alcanzaba a ver era el contorno de una figura de

hombros anchos con gabardina.

—¿Pues quién voy a ser? Soy Ross. ¿Qué haces en mi habitación de invitados? Ay, por Dios... ¿McGraw tiene una amante? ¡Madre mía! Oye, esto no está bien. Ponte algo de ropa, te espero en la sala de estar.

El hombre se batió en retirada hacia el comedor, pero Joan necesitó un buen rato para serenarse. Su corazón latía a cien por hora. Tardó unos minutos en salir de su dormitorio, con unos pantalones de vestir y un jersey de punto, con el pelo cepillado y con aspecto combativo, pero desarmada.

El comandante Ross, su casero «ausente», la esperaba sentado en un sillón, con un vaso de whisky en una mano y un cigarrillo en la otra. Se había quitado la gabardina y llevaba un grueso cárdigan de lana y pantalones de pana. Parecía confuso, divertido y en absoluto amenazador.

Ross señaló el sofá y Joan se sentó en el borde. Luego él le tendió el paquete de tabaco que había sobre la mesa de centro entre ambos. Joan no solía fumar, pero aceptó el pitillo y su gesto de darle fuego.

—Bueno... —empezó Ross, reclinándose en el asiento—. ¿Así que McGraw y tú...? —Dejó que ella adivinara el final de la frase.

Tenía cierto aire de autoridad. Era mayor que ella: pasaba de los cuarenta años, probablemente. Se apartaba de forma mecánica un mechón de pelo que no paraba de caerle en la cara. Tenía la piel pecosa, como Joan, y sus ojos traslucían cansancio. Las facciones curtidas le daban un aspecto hosco.

—Yo soy McGraw —se limitó a decir ella.

Ross frunció el ceño.

—Pero... su nombre era John, me lo dijeron muy claramente; por eso acepté que se alojara aquí.

—Me llamo Joan.

—Oh.

Los dos cayeron en la cuenta de lo que debía de haber pasado.

Las facciones de Ross se relajaron.

—Eso explica las medias colgadas en la barra de la ducha.

Joan recordó que había puesto a secar su ropa interior en el cuarto de baño.

—¡Oh, no! No sabía que...

—Me he llevado una buena sorpresa.

—Pues ni le cuento la que me he llevado yo —repuso ella con irritación—. Me dijeron que disponía de este sitio para mí sola.

—Bueno... No vengo a menudo, pero sí de vez en cuando. Deberían haberme explicado... Pero en realidad no debería estar usted aquí. De todos modos, lo siento, y también siento mi lenguaje de antes. Ha sido la conmoción, ya sabe. ¿Puedo ofrecerle un té? —El suave borboteo de una tetera en los fogones se transformaba en ese preciso momento en un silbido agudo, y el comandante se levantó para ocuparse del asunto—. ¿O una copita? —Su voz tenía un leve deje escocés.

—Prefiero whisky. O en realidad, las dos cosas.

—Buena idea.

Ross sirvió las bebidas mientras Joan se acomodaba en el mullido sofá.

—Ha habido un malentendido, es evidente —comentó ella.

—Sí, es evidente.

—El secretario privado de la reina estaba al corriente de que necesitaba un lugar donde vivir, y lo había dispuesto todo con increíble rapidez; algo tenía que salir mal.

Ross se encogió de hombros.

—Un tipo se puso en contacto con el club. Dijo que conocía a alguien que necesitaba ayuda, juraría que dijo «John». Estuve encantado de proporcionarla. Antes teníamos invitados con frecuencia, pero últimamente no pasamos mucho por la ciudad. O al menos... —Hizo una pausa—. Yo sí lo hago, pero mi mujer no. Maldita sea, es una situación de lo más incómoda.

No era sólo una situación incómoda: Joan no podía alojarse en un piso con un hombre casado. ¡Maldita sea! Con lo que le

gustaba ese sitio.

—¿Qué hace cuando viene a la ciudad, señor Ross? —preguntó para no darle más vueltas al asunto.

Él se encogió de hombros y encendió otro cigarrillo.

—Ya sabe, esto y lo de más allá. Todo muy aburrido, muy de funcionario.

—Pero ¿viaja por trabajo?

—No. Es decir, últimamente suelo quedarme en mi club. Allí se socializa más. Estaba pensando en dejar este apartamento.

Joan ignoró la referencia al club.

—¿Qué clase de funcionario?

—Vaya, le gusta hacer preguntas, ¿eh? Pues un funcionario de lo más corriente, ya sabe. De maletín y sombrero hongo: aburridísimo.

—Sí, ya ha dicho antes que era aburrido —observó ella—. ¿Dónde está su oficina?

—¿Mmm? ¿Qué es esto, la Inquisición? Yo podría preguntarle lo mismo.

—Ya sabe dónde trabajo —respondió Joan—. En el palacio de Buckingham.

«Qué bien se le da responder con evasivas. Es de lo más intrigante», pensó.

—Sí, pero ¿a qué se dedica? —insistió él.

Sólo pretendía que la atención se centrara de nuevo en ella. Empezaba a adivinar a qué se dedicaba Ross; conocía a otros hombres que esquivaban las preguntas sobre sus aburridos trabajos y sus bombines.

—Trabajo para la reina —repuso—. Temporalmente.

—Tiene suerte. Me parece un puesto fascinante.

Cuando sonreía, sus curtidas mejillas lucían unos hoyuelos innegablemente atractivos. Tenía los ojos grises. A Joan siempre le habían gustado los hombres de ojos grises. Una vez más... ¡maldita sea!

Por un instante se planteó la posibilidad de que sir Hugh

estuviera detrás de aquello... Pero le pareció inverosímil. Y las probabilidades de que un plan así funcionara eran de mil contra una. Quizá estaba inmersa en una misión secreta para la monarca, pero no tenía por qué volverse paranoica.

Los ojos grises del recién llegado la observaban atentamente.

—Estaba pensando que... estoy seguro de que la conozco de algo.

Joan esbozó una sonrisa burlona.

—¿De verdad?

Era un recurso que muchísimos pilotos habían utilizado durante la guerra.

Ross le leyó el pensamiento.

—No, en serio. Estaba tratando de ubicarla... ¿En el Almirantazgo? No... ¡ya lo sé! Fue en Dorset, en el cuarenta y cuatro. En Longmeadow. Ajá.

—Vaya, yo... Pues sí.

Ross había estado pensando en voz alta, pero ambos sabían que, en Longmeadow, la primera regla era que no debía hablarse de aquel lugar. Incluso en el presente, su mera existencia y las identidades de las personas que habían trabajado allí seguían siendo alto secreto.

Joan no estaba segura de recordar a Ross, pero muchos hombres habían entrado y salido de allí, y trabajar para el general de brigada Yelland era muy estresante para ella. Si el comandante Ross había acudido de visita a aquel lugar, cabía deducir que tal vez trabajaba para el servicio secreto del ejército. Y a juzgar por su expresión un poco agobiada, era probable que siguiera haciéndolo.

Él esbozó una ligera sonrisa.

—Hace mucho tiempo de aquello. Fue en otra vida.

—Desde luego que sí —repuso ella, aunque intuía que para él no era así.

Charlaron durante unos minutos. Ross le habló sobre la casa de campo en Hampshire, donde estaba intentando «sacarle algún

partido al jardín». Joan le habló de Bow y le contó que le había gustado mucho vivir allí, pero que era poco práctico para ir al trabajo. Entonces recordó qué hora era y se encaminó a toda prisa al cuarto de baño para quitar de allí las medias colgadas en la barra de la ducha y los pañuelos que había puesto a secar sobre los azulejos para que no se arrugaran.

Se miró en el espejo y advirtió que estaba un poco arrebolada. Demasiado whisky y a altas horas de la noche. Tenía otra vez el pelo revuelto y trató de peinárselo con los dedos, pero ya era demasiado tarde. Luego le sonrió a su reflejo, por ser tan idiota, y se fue a la cama.

20

En la sede de Scotland Yard, en el Victoria Embankment, Fred Darbishire levantó la vista de su escritorio provisional. Si se incorporaba un poco y se inclinaba hacia la izquierda, veía el río Támesis por una de las ventanas de la jefatura. En la ribera opuesta, donde en 1951 se habían erigido los pabellones del Festival de Gran Bretaña, estaban construyendo una especie de rascacielos entre la estación de Waterloo y el Festival Hall.

Darbishire no sabía qué altura exacta tendría, pero entre los agentes de Scotland Yard interesados en la arquitectura londinense circulaban murmullos de desaprobación. Ésa era la ciudad de sir Christopher Wren y Nicholas Hawksmoor; su horizonte quedaba definido por la cúpula de San Pablo y un familiar conjunto de capiteles. Y ahora, donde años atrás habían caído las bombas, empezaban a erigirse edificios más altos que las iglesias más altas: gigantes de hormigón que parecían salidos de Nueva York. A Darbishire lo ponían nervioso. Y a Woolgar, por supuesto, lo entusiasmaban.

—Es el progreso, señor. ¿Viviendas y oficinas? Las necesitamos.

Lo que Darbishire necesitaba era un cielo abierto. Aún no había cumplido los cuarenta, pero empezaba a sentirse viejo.

Volvió a sentarse y se concentró en otro tipo de progreso: el suyo propio.

La razón por la que estaba ahí y no en su escritorio de la comisaría de Chelsea, en Lucan Place, era que ahora sus informes llegaban hasta Su Majestad la reina —que Dios lo ayude—, lo que significaba que eran examinados al detalle por todos los malditos chupatintas de alto rango que hubiese de por

medio. Todo lo relacionado con su formato se había modificado: el papel donde se escribían, la secretaria que los mecanografiaba, e incluso la sintaxis de las frases. Lo único que no podían alterar era el sentido.

¿Acaso le importaban a Su Majestad las agencias de chicas de compañía y los contratos de limpieza? Darbishire lo dudaba. De todos modos, si la reina quería saber cómo funcionaban los lugares donde tener encuentros discretos en el centro de Londres, bienvenida a bordo.

Tras someterla a otro interrogatorio, la señora de la limpieza de Cresswell Place le había confirmado sus sospechas con respecto a la casa: era uno de los sitios elegantes que la agencia Raffles utilizaba para las citas de clientes importantes que no querían arriesgarse a ser vistos en un hotel. Antes estos pisos solían mantenerse vacíos, según la asistenta, pero de un tiempo a esa parte los propietarios habían empezado a mostrarse codiciosos y a buscar inquilinos que los alquilaran como vivienda de lunes a viernes, dejando siempre una habitación cerrada e impecable para los fines de semana, sin que el arrendatario estuviera al corriente del uso que se le daba. El alquiler del piso era barato e incluía el servicio de limpieza.

—El clérigo parecía el inquilino perfecto —había añadido la señora de la limpieza—, al fin y al cabo siempre anda ocupado los fines de semana, ¿no?

A Darbishire le parecía un plan sumamente estúpido, porque la gente no siempre hace lo que uno espera que haga, ¿no? La recepcionista de la inmobiliaria les explicó que los inquilinos, si querían quedarse a dormir el fin de semana, debían llamar antes: en el contrato se especificaba que no podían hacerlo y técnicamente no estaban pagando por ello. Les aseguró que no se trataba de una argucia para poder avisar a la agencia Raffles, aunque sin duda lo era.

De hecho, el deán había realizado esa llamada, pero la secretaria de la Raffles le había dicho que no había problema

porque nadie lo había reservado esa noche. Por tanto, Beryl White y Pérez no deberían haber ido allí; lo que nos llevaba, una vez más, al misterio de las llaves.

Y aún había otro misterio. Para que aquel precario acuerdo funcionara, la agencia Raffles y la inmobiliaria estaban obligadas a comunicarse. Sin duda, esos codiciosos caseros y los propietarios o gerentes de la agencia tenían una relación muy estrecha. Darbishire no había conseguido descubrir quiénes eran, pues se mantenían ocultos tras una enrevesada trama de empresas con sede en Liechtenstein, pero estaba trabajando en ello.

21

El mes de mayo transcurría a toda prisa y el subsecretario privado, encorvado tras su escritorio en el pasillo del ala norte, se afanaba con los preparativos del viaje a Dinamarca. Por alguna razón, la presión que entrañaba aquella visita estaba afectando mucho a Miles Urquhart, que había roto su voto de silencio y gritado dos veces a Joan delante de todas las mecanógrafas. A pesar de la ofensa, Joan lo había ignorado. Y ya estaba acostumbrada a la falta de solidaridad de aquellas mujeres. Por eso se llevó una buena sorpresa cuando el secretario de prensa, ni más ni menos, la invitó a pasar a su despacho y le ofreció una silla.

—Le pido disculpas en nombre de Miles. Ha sido imperdonable. A veces puede parecer un bruto, pero no habla en serio. Se le pasará cuando comprenda hasta qué punto es usted indispensable.

—Gracias, Jeremy.

Radnor-Milne sonrió. Su rostro flaco y cincelado casi le pareció atractivo.

—Su Majestad no se equivoca con la gente. En ese sentido es brillante, como su padre. —Vio que Joan fruncía el ceño ante su repentina amabilidad—. Siento no haberla recibido como merecía hasta ahora. Estoy desbordado estos días, pero no me ha pasado por alto lo mucho que ha trabajado preparando estos viajes. Lamento que no pueda venir a Dinamarca con nosotros.

—No pasa nada. Hay mucho que hacer.

El secretario asintió.

—Exacto, hay que montar guardia en el fuerte, entre otras cosas, como el mes pasado. Pero detesto verla como Cenicienta,

todo el día ocupada con el archivo y con la nariz manchada de ceniza de la chimenea...

Joan sonrió.

—Dudo que Cenicienta se dedicara a archivar cosas.

—De haber dependido de Miles, sí. En cualquier caso, Fiona solía salir con nosotros a tomar cócteles de vez en cuando. Lo pasábamos muy bien. De pronto me he dado cuenta de que todavía no ha hecho nada con nosotros fuera del trabajo, ¿verdad?

—No —admitió ella.

La habían dejado fuera de todos los planes.

—Pues no me parece bien —prosiguió Jeremy—. Mi mujer y yo hemos quedado para salir con unos amigos un par de noches antes de irnos a Copenhague. Cenaremos algo en el Ritz. ¿Querrá venir? Me temo que no puedo presentarle a ningún soltero atractivo, pero mi hermano cuidará de usted. Es lo mínimo que puedo hacer.

—Me encantaría. ¿Qué debo ponerme?

—Cualquier cosa. —Esbozó una sonrisa tranquilizadora—. No se preocupe, somos un grupo muy relajado.

Joan sí estaba preocupada. Entre la alta sociedad londinense, no existía eso de ponerse «cualquier cosa». Pasó un par de días mirando revistas y hablando del asunto con su tía y varias viejas amigas del Servicio Femenino de la Marina. Como había sospechado, una visita al Ritz requería un vestido cóctel —cosa que ella no tenía— y un abrigo elegante o una prenda similar.

La tía Eva se mostró más que dispuesta a ayudarla, pero era muy perfeccionista. El vestido llegó a Dolphin Square dos horas antes de que Joan debiera lucirlo. Se lo puso con gesto nervioso, comprobando que no formara huecos o bultos. Desde luego, su tía no había mentido al decir que estaría muy guapa con él.

Hector Ross levantó la vista del periódico cuando ella salió del

dormitorio.

—¡Por todos los infiernos! —exclamó—. Vaya... perdone mi lenguaje...

—¿Me queda bien?

—Ya sabe que sí. —Parecía aturullado—. Sólo que...

—¿Qué?

—Que no acaba de ser usted.

—¿Y eso qué significa? —inquirió Joan, exasperada. Si era cuanto tenía que decir, más le valía guardarse sus pensamientos —. Soy mucho más que un vestido de seda, ¿sabe?

—Eso ya lo veo.

A Joan le dolía que la criticaran en su propia casa, por así decirlo, cuando en ese momento lo más importante era tener confianza en sí misma.

—¿Y qué hace usted aquí, por cierto? —preguntó—. Es la tercera noche esta semana.

—Tengo un trabajo en marcha en el club —murmuró él—, aunque tampoco es que sea de su incumbencia—. ¿Adónde va?

Joan le explicó lo del Ritz y la invitación del secretario de prensa.

—¿Le ha comprado él ese vestido?

—¡No! ¡Por supuesto que no! Lo ha hecho mi tía.

Joan giró sobre sí misma. El corpiño de seda negra finamente plisado se le ceñía como una segunda piel. La falda caía en vaporosas capas desde la cintura, subrayando con fluidez cada uno de sus movimientos. Llevaba medias de nailon nuevas y unos zapatos que le había prestado una de las pocas mecanógrafas que seguían siendo amigas suyas. Había salido pronto del trabajo para ir a la peluquería a lavarse y marcarse el pelo. Su melena, por lo general un tanto rebelde, seguía obedientemente un intrincado peinado, sujeto con multitud de horquillas ocultas. Apenas se reconocía a sí misma.

No tenía joyas que ponerse, pero la tía Eva le aseguró que sus hombros desnudos «obrarían su propia magia». Aquello no había

convencido a Joan, aunque al ver que la boca de Hector seguía sin cerrarse del todo, empezó a preguntarse si sería cierto.

Aun así, él frunció el ceño.

—¿Quién será su acompañante? —preguntó con un hilo de voz.

Ella negó con la cabeza.

—Nadie en concreto, de hecho. Seremos varios. Según Jeremy, su hermano velará por mí, aunque no lo necesito.

—¿Tony?

—¿Se llama así?

Hector apretó los dientes. De pronto parecía mosqueado.

—Es un hombre muy rico. Estoy seguro de que la cuidará muy bien.

—No sé qué tiene que ver el dinero con esto —le espetó Joan.

—Está casado. Lo sabe, ¿no?

Joan no lo sabía. Negó con la cabeza como si no le importara. Tenía la sensación de haberse metido en camisa de once varas y estaba decidida a disimularlo.

—Parece que lo conoce bien —comentó.

—Por supuesto. Por eso he...

Llamaron al timbre. Hector fue a abrir mientras Joan corría a su habitación en busca del elegante abrigo de satén negro que había hecho la tía Eva a juego con el vestido.

Era Tony Radnor-Milne, y no Jeremy, quien estaba en el recibidor. Joan advirtió al instante el parecido, pero Tony era mucho más alto y claramente el mayor de los dos. Iba bien afeitado y tenía la misma cara alargada y el mismo pelo ondulado que Jeremy, aunque el suyo era canoso. El abrigo con cuello de piel sugería un sastre muy caro, y todo él transmitía un aire arrogante, de persona acostumbrada a sentirse poderosa allí adonde fuera. Parecía hacerle sombra a Hector, que esperaba tenso tras él. Tony vio a Joan y se le iluminó el rostro.

—La señorita McGraw, supongo. Madre mía, mi hermano no le ha hecho justicia... —Se volvió hacia Hector, que permanecía

detrás de él—. Comandante Ross, tiene usted una acompañante maravillosa. —Luego le tendió la mano a Joan—. Los demás están esperando. ¿Nos vamos?

Hector la observó con los brazos cruzados cuando pasó a toda prisa ante él. En aquel momento, a Joan le recordó a su padre.

22

La velada empezó bien. Tony Radnor-Milne se había asegurado de que tuvieran la mejor mesa en el comedor del Ritz, repleto de superficies doradas, espejos y arañas de cristal, como Joan se imaginaba el palacio de Versalles. Los demás comensales se volvieron para observar a su grupo, formado por los dos hermanos, la mujer de Jeremy —Patricia, amable, pero con aspecto de mosquita muerta—, dos empresarios extranjeros amigos de Tony y sus sofisticadas acompañantes.

La conversación en torno a la mesa era distendida y amena. Joan se fijó en que los hombres llevaban la voz cantante. Una de las sofisticadas acompañantes era francesa y apenas hablaba inglés, y la otra no parecía tener mucho que decir. Aunque no le hacía falta —tampoco a la francesa—, con esos labios, pómulos, pelo y estatura de supermodelo o reina de la alta sociedad. Joan dio gracias en silencio a la tía Eva. No podía competir en belleza con ellas, pero al menos su vestido estaba a la altura.

Había algo que abordar de entrada con Tony, y así lo hizo, con toda la delicadeza que pudo.

—Siento que su esposa no haya podido acompañarnos.

—Ah, no se preocupe por Topsy. Está encantada de haberse quedado en casa, en la abadía. —Bajó la voz—. No disfrutaría de una compañía tan... vistosa, digamos.

—Oh.

Joan había esperado sentir lástima por la pobre y ausente Topsy, pero de pronto no fue así.

Los empresarios amigos de Tony eran de Hong Kong y Singapur. Ambos habían estudiado en colegios privados británicos, pero los otros comensales no dejaban de mirarlos

disimuladamente. Joan sintió una oleada de solidaridad hacia ellos. Cuando su padre llegó a Londres, había carteles en las ventanas de los hostales en los que se leía: PROHIBIDO NEGROS, IRLANDESES Y PERROS. Todavía se encendía de rabia cuando recordaba aquellos letreros.

—¿Ha dicho «la abadía»? —le preguntó a Tony para no pensar más en aquello.

Él ensartó con el tenedor un trozo de espárrago untado con mantequilla.

—Sí, la abadía de Wroxham, nuestra casa solariega. Se remonta al siglo xii, pero pertenece a la familia desde el xvi. Debería venir a verla. ¿Monta a caballo? En la finca tenemos algunos ejemplares excelentes.

—No, no monto a caballo —admitió Joan.

—¿Practica el tiro?

—Sí, eso sí.

—Perfecto. Tiene que venir a pasar el fin de semana. Estoy seguro de que a Topsy le encantará conocerla.

Los platos iban y venían, maridados con diferentes vinos. Joan era capaz al menos de entender las etiquetas en francés, pero nunca los había probado. Se dio cuenta de que las sofisticadas acompañantes comían sin mucho apetito, aunque parecían sentirse cómodas en ese ambiente. En cualquier caso, tenían pinta de estar aburridas. Para su sorpresa, a Tony no pareció importarle que ella no estuviese familiarizada con el complicado despliegue de cubiertos. De hecho, fue muy amable al explicarle, entre la gran variedad de cuchillos y tenedores, cuál debía utilizar en cada momento. Le preguntó quién le había diseñado ese vestido «tan divino» y fue todo oídos cuando ella le habló de la tía Eva.

—Qué suerte tiene —comentó—. Tendremos que invitarla a salir más a menudo para comprobar qué más sabe hacer.

Tras el tercer plato, la atención de Tony se centró en el hombre sentado a la izquierda de Joan y en la posibilidad de que

se abriera el comercio con China. En el curso de su trabajo, Joan se había topado con varios documentos del Gobierno que trataban sobre el tema, y estaba al menos tan bien informada sobre los últimos acontecimientos como ellos, pero quedó claro que allí nadie quería saber su opinión. Miró a los ojos a Patricia Radnor-Milne, la mosquita muerta, y compartieron un breve instante de solidaridad. Ambas estaban acostumbradas a verse ignoradas cuando la conversación derivaba hacia cosas «serias».

A Joan no le importó. Así podía dedicarse a observar a las dos bellezas de la mesa. Una no decía ni pío y se limitaba a mirar el plato como si lo estuviera memorizando para un examen. La otra se reía demasiado alto de los chistes de su acompañante y no podía evitar que se le escapara un bostezo de vez en cuando. Cuando llegó el quinto plato, Joan llegó a la conclusión de que esa joven acababa de conocer a su pareja, cuyo nombre pronunciaba mal. No fue hasta el sexto plato cuando entendió qué eran aquellas mujeres y por qué estaban allí. «Dios mío, estoy cenando con cortesanas», pensó.

Por puro instinto, volvió a buscar la mirada de Patricia. Ahora adquiría más sentido la tranquila resignación de esta mujer. Joan se preguntó si tendría que adaptarse a situaciones como ésa si quería participar en cenas de la alta sociedad. ¿Hacían eso los hombres con regularidad? ¿Y lo hacían tan abiertamente? ¿Tan sencillo era encontrar a mujeres así de hermosas? Joan siempre había supuesto que ser prostituta entrañaba cierta sordidez. Las que conocía de Bow eran pobres, regordetas y «evidentes», como diría la tía Eva. Sin embargo, aquellas dos harían un buen papel en una recepción real, siempre y cuando no tuvieran que entablar una conversación, claro.

Tony se volvió hacia ella.

—Lo siento mucho, querida, estábamos hablando de trabajo. ¿Lo está pasando bien?

—Es... instructivo —respondió ella.

—¡Oh, por Dios! Nada más lejos de mi intención que resultar

instructivo. Cuénteme un poco más sobre usted.

Mostró mucho interés acerca del trabajo de Joan y sobre cómo era Su Majestad cuando estaba a solas con otra mujer.

—¿Se quita los zapatos? Siempre me la he imaginado así. ¿Comparte trucos sobre el peinado y el pintalabios?

Joan suponía que la reina haría esas cosas con sus damas de compañía, pero desde luego no las hacía con ella. Y, en cualquier caso, ella no las habría aireado; le sorprendía que osaran preguntarlo siquiera.

Tony se reclinó en su silla y justo en ese momento se le acercaron un par de comensales deseosos de estrecharle la mano con la promesa de futuros encuentros. Su hermano menor, por el contrario, sólo atraía breves y distantes inclinaciones de cabeza, pese a su papel clave en palacio. Joan comprendió que si los Radnor-Milne eran los responsables de lo que fuera que estuviera ocurriendo, el instigador sería Tony, no Jeremy. Tendría que encontrar una excusa para volver a verlo cuanto antes.

Llegó el postre y luego el café. A esas alturas, las dos acompañantes parecían muertas de aburrimiento. ¿Era así la vida de la mujer de los diamantes asesinada en Cresswell Place?, se preguntó Joan. Hubo un leve movimiento en la mesa y advirtió que Jeremy le hacía señas a su mujer, que asintió. Él se levantó y ella también.

—Deben disculparnos. Mañana nos espera un día muy ajetreado y tenemos una canguro a la que rescatar. Tony, no sometas a Joan al tercer grado; está aquí para pasarlo bien.

Tony sonrió.

—Es la discreción personificada, y en un envoltorio precioso. Lo he intentado una y otra vez y no ha soltado prenda.

Sin previo aviso, Joan notó de repente el calor y el peso de una mano en el muslo. Al principio pensó que se trataba de un error. Movió la pierna, pero la mano de Tony se movió con ella. Se sintió muy tensa, incapaz de pronunciar palabra. Sabía

perfectamente lo que debía hacer: clavarle el tenedor. Pero estaban en el Ritz... Podía haber duquesas mirando... Sin duda estaba fuera de lugar montar una escena, ¿no? Durante un minuto fue incapaz de moverse. Tony sonrió mientras veía alejarse la espalda de su hermano, como si no pasara nada.

Cuando ya no pudo soportarlo más, Joan alargó la mano y tiró la copa de vino de Tony «sin querer». Al instante tenía a varios camareros revoloteando alrededor y a Tony implicado en la operación de limpieza con ambas manos.

Poco después, Tony ya estaba pidiendo la cuenta y haciendo planes. Se dirigió a todos los comensales.

—La noche es joven. Es posible que mi hermano pequeño tenga que escabullirse a su casa, pero nosotros tenemos la ciudad a nuestra disposición. Joan y yo vamos a disfrutar de los placeres del Club 400. ¿Nos acompañáis?

Joan seguía sentada con rigidez a su lado. Él le rozó con los dedos el vello del brazo y esbozó una sonrisa que no entrañaba la más mínima amenaza... y ni siquiera planteaba una pregunta. Fue como si estuviera previsto desde el principio que la velada acabaría así.

La francesa casi muda se puso en pie.

—Tocador de señoras —se limitó a decir.

Joan, mareada, se levantó para acompañarla. Se abrieron paso hasta un vestíbulo tenuemente iluminado, donde un pianista tocaba para parejas sentadas a pequeñas mesas redondas, y bajaron por las escaleras hasta los lavabos. Cuando salieron de sus respectivos cubículos, la francesa se sentó ante uno de los espejos dispuestos específicamente para retocarse el maquillaje y sacó un pintalabios de un pequeño bolso de mano.

—*Ça va*? —preguntó a Joan mirándola al espejo—. Se te ve... —Al no encontrar la palabra que buscaba, se encogió de hombros.

—Pálida —repuso Joan, en francés, observando su propio rostro—. Pues sí, lo estoy.

—¡Hablas francés! —exclamó la chica en su propio idioma, encantada—. ¿Te encuentras bien?

—La verdad es que no. Creo que debería irme a casa. Dile al señor Radnor-Milne que no estoy muy fina... échales la culpa a las ostras. No, mejor no hagas eso. Dile que algo no me ha sentado bien.

—Claro, si es lo que quieres... —La chica frunció el ceño—. ¿Ha intentado algo?

—Pues sí —admitió Joan.

—¿Y no te lo esperabas?

—No, no me lo esperaba —repuso ella.

Por la mirada de la chica, comprendió que ella había sido la única que había pecado de ingenua en aquella mesa.

El portero del Ritz ayudó a Joan a meterse en uno de los taxis que hacían cola delante del hotel. Tras menos de veinte minutos de tráfico nocturno, llegaba a su apartamento de Pimlico. Sospechaba que Hector Ross la estaría esperando, así que aprovechó el trayecto para derramar todas las lágrimas ardientes y amargas que pudo.

Aquello la había afectado porque, si de algo se enorgullecía, era de ser una mujer inteligente que sabía calar a los demás. La había afectado porque creía que, al entrar en ese nuevo mundo de la Secretaría Privada y Dolphin Square, se había convertido en una persona diferente: una persona a quien tomaban en serio, una persona importante.

Se había preparado para que los Radnor-Milne no la trataran de igual a igual, pero durante las tres horas de la cena se había creído que Tony la veía como un miembro destacado de la Secretaría Privada de la reina: una chica con el mundo a sus pies, como Fiona Matherton-Smith, con un vestido de cuento de hadas y un brillante futuro por delante. Se secó las mejillas con el dorso de la mano. Qué tonta había sido. Tony sólo había visto

en ella a una prostituta irlandesa de tres al cuarto, dispuesta a acostarse con él por una simple cena y que encima le estaría agradecida. Y todo esto sin que ni siquiera hiciese falta preguntar.

Las chicas elegantes como Fiona tampoco se libraban de los canallas que se creían con el derecho de hacer lo que quisieran con ellas, Joan lo sabía a ciencia cierta. En una rápida conversación susurrada en un silencioso pasillo de palacio, la anterior secretaria privada adjunta le había explicado que uno de sus novios, un chico de clase alta, durante el baile que había puesto el broche final a una cacería, le había asegurado que «si lo hacían de pie no contaba». Fiona, que jamás había oído una palabra de educación sexual, no estaba muy segura de qué había pasado bajo la voluminosa falda de su vestido de diseño. Joan la había animado a hablar con su médico de cabecera. «Todo saldrá bien, ¿verdad?», le había preguntado Fiona, demasiado conmocionada para llorar. Joan le aseguró que sí, pero en su fuero interno pensó que dependía de cómo interpretara cada una lo de «bien».

Hasta entonces Joan se había considerado una mujer escéptica y mundana. Para Tony, era una pelagatos. Una pelagatos disponible. Toda esa cháchara sobre montar a caballo en la abadía... Por supuesto que él sabía que una chica como ella nunca habría montado a caballo. Al preguntarle por su familia, sólo se había estado divirtiendo con el relato de las miserias de la otra mitad de la sociedad. Ahora se veía a sí misma como debía de haberla visto Hector: los hombros desnudos, las medias transparentes, el peinado sofisticado... ¿También él pensaba eso de ella?

—¡Anímese, querida! —Levantó la vista y vio al taxista mirándola por el retrovisor—. A lo mejor no pasa nunca.

—No pasará, créame —murmuró ella.

—Entonces, sonría un poco... Oh, vaya, de acuerdo. Como quiera.

Llegaron al río. Joan se dio cuenta de que sólo estaba a cinco minutos de casa.

Se sentía extremadamente furiosa y avergonzada, pero intentó pensar en otra cosa. ¿Habrían organizado a propósito la cita de esa noche? No sólo para humillarla, sino para utilizarla como vía de acceso a la reina. Recordó haber pensado que, si uno de los dos hermanos era responsable de la conspiración, ése sería Tony. Sir Hugh parecía tan íntegro y Miles Urquhart tan infantil... Si tuviera que decir cuál de los tres bigotudos trataba de sabotear a Su Majestad, en ese momento sin duda apostaría por Jeremy Radnor-Milne... A las órdenes de su hermano, por supuesto.

Los creía capaces de cualquier cosa. A ambos. De cualquier cosa.

El taxi se detuvo ante Dolphin Square y Joan sacó un billete del bolso de fiesta para pagar la carrera. Al bajarse, el aire frío fue como un mazazo y se dio cuenta de que quizá se había dejado llevar por la vergüenza y la furia. Detestaba a Tony Radnor-Milne, detestaba a su hermano por haberlos presentado y detestaba a la insípida mujer de Jeremy por haber dado por sentada la peor versión de ella. Pero eso no significaba que fueran traidores.

Sólo que podían serlo.

23

Hector Ross, en bata, la esperaba en la puerta abierta de la sala de estar.

—Iba a prepararme un chocolate. ¿Le apetece un poco?

Joan no contestó. Cerró de un portazo y se fue directa al santuario de su dormitorio. Lo último que necesitaba era a un hombre agobiándola. Pero las paredes de la habitación le resultaban asfixiantes y no tardó en sentir que necesitaba distraerse.

Le apetecía algo dulce... y algo fuerte. No podría conciliar el sueño en ese estado. Salió al cabo de cinco minutos, con la cabeza alta y enfundada en un grueso pijama bajo el quimono. No había agua caliente a esas horas de la noche. Se ducharía por la mañana, en cuanto pudiera.

Hector seguía removiendo ante los fogones. ¿Cuánto se tardaba en preparar una taza de chocolate?

—¿Añado un poco para usted? —preguntó.

Ella se limitó a asentir.

—¿Le apetece que tire un chorrito de brandy? ¿Como digestivo?

Había ternura en su estudiada despreocupación. Joan apretó los dientes y, sintiendo que le brotaban las lágrimas, se las enjugó aprovechando que él no miraba.

Cuando estuvo listo el chocolate, Hector llevó dos tazas a la pequeña mesa redonda y añadió un poco de brandy de una licorera. Joan cogió la taza con ambas manos.

Un minuto después, levantó la cabeza.

—¿Cómo lo sabía usted?

—Conozco a Tony —se limitó a responder él—. Y me gustaría

pensar que a usted un poquito también. No tenía claro que fueran a llevarse bien.

—Él parecía creer que sí.

—Ah, bueno... He ahí la cuestión, ¿no?

Joan levantó la barbilla.

—¿Por qué no me avisaste? —Ya no tenía sentido seguir tratándolo de usted.

Hector pareció dolido.

—Por tu mirada —dijo tuteándola a su vez—. No parecías muy dispuesta a escuchar mi opinión. ¿Qué ha pasado?

—Me ha invitado a un club de jazz.

Hector enarcó una ceja.

—Y se ha pasado la cena hablándome de su casa solariega, de sus hijos en Eton y de sus malditos fines de semana de caza.

—Mmm, sí. Muy propio de él. En Oxford era igual. Aunque por aquel entonces creo recordar que sus invitaciones se ceñían a las casas solariegas de otra gente.

—¿Hace esto con todas las mujeres que conoce?

—Sólo con las que encuentra atractivas.

Hector vertió otro generoso chorro de brandy en la taza casi vacía de Joan, que dio un buen trago.

—No es por Tony... —le dijo enjugándose otra lágrima exasperante—. Es sólo que... me cuesta acostumbrarme al nuevo trabajo. No es que no se me dé bien, se me da estupendamente. Pero... es complicado saber cuál es mi sitio. —Una vez que empezó a hablar ya no pudo detenerse—. No estoy emparentada con la mitad de ellos como Fiona. Uno de esos hombres me trata como a un cero a la izquierda, otro no oculta lo mucho que le gustaría librarse de mí, aunque le paso a máquina la mitad de sus papeles además de hacer mi propio trabajo. Creía que el tercero era más... persona... pero, ¡ja! —Puso cara de exasperación—. Es evidente que no. Soy amable con las secretarias, pero ellas también me dan la espalda. Eran encantadoras conmigo antes de que me ascendieran, ¡y juraría

que no he cambiado! —Se dio cuenta de que estaba hablando demasiado y le entró pánico; era culpa del brandy y de la conmoción—. Esto es confidencial, ¿de acuerdo? —dijo mirando desafiante a Hector, que seguía sentado enfrente de ella.

Él se encogió de hombros y no dijo nada.

Joan bajó la mirada hacia su taza inexplicablemente vacía, agarró la licorera y se sirvió un poco más. Esperó a que él la regañara por ser una cotilla, o la tratara con condescendencia por andar lloriqueando como una cría, cosa que sin duda había hecho, o le llamara la atención por beber demasiado, cosa que estaba haciendo en ese momento.

En lugar de eso, Hector preguntó:

—¿Te importa si fumo?

No, a Joan no le importaba. Hector le ofreció un pitillo y ella lo aceptó agradecida. Le recordó la época de Bletchley, fuera de los barracones, cuando miraban al cielo y rezaban por los ciudadanos de Coventry y el East End, por los submarinistas en el Atlántico, por los pilotos de caza que se dirigían a Francia... Allí había empezado a fumar, aunque no lo hacía a menudo porque no le sentaba demasiado bien. El sabor del tabaco le trajo a la memoria la camaradería y el terror, la tremenda presión y las intensas ganas de vivir que habían experimentado en medio de todo aquello. Fue extrañamente edificante.

—Enhorabuena por haber vuelto a casa sana y salva —dijo Hector en voz baja.

Joan se alegró de que hubiera cambiado de tema. Parecía sinceramente aliviado.

—Tony nunca habría podido hacerme daño —le aseguró ella.

Pero no era cierto, porque, en efecto, se lo había causado. No sólo por lo que él había hecho, sino por lo que ella había dejado de hacer. ¿Era tan difícil clavarle un tenedor a un hombre? ¿Por qué no había sido capaz de hacerlo?

—Es un triunfador —dijo Hector—. Si pudiera permitirme invertir dinero en una de sus empresas, con toda probabilidad

ganaría una fortuna. Pero eso no significa que no sea un maldito canalla.

Después de todo, quizá no la había juzgado con tanta dureza cuando había salido del piso esa noche, se dijo Joan. Tuvo la reconfortante impresión de que a él le habría gustado aparecer montado en su corcel para rescatarla de las malvadas garras de Tony. En lugar de eso, le había preparado un chocolate.

Entonces se le ocurrió otra cosa.

—Has dicho que conociste a Tony en la universidad. ¿Fue él quien te contó que yo buscaba un sitio donde vivir?

—Sí, en efecto. Le comenté en el club que estaba pensando en deshacerme del apartamento. Unos días más tarde, me llamó y me habló del aprieto en que se encontraba sir Hugh y de ti.

—Mmm.

Pero no le había hablado de Joan McGraw sino de John. Hector había estado encantado de compartir piso de vez en cuando con un «John». En cambio, le hubiese dicho que no a una «Joan», pero ya que estaba ahí... y dado el tipo de chica que era... ¿quién sabía qué podría pasar?

Joan se dijo que, o bien estaba muy paranoica respecto a Tony Radnor-Milne, o bien tenía razón.

24

Darbishire dejó el vaso vacío sobre la mesa con mantel a cuadros.

—¿Otro?

Le asqueaba tener que tomar otro trago de aquel licor verde y viscoso, con el primero ya había tenido suficiente.

—Sí, gracias. Estaría bien —contestó.

—Me pareció que te gustaría —dijo Jimmy Broad con una sonrisa—. Tiene un punto ácido, poco corriente.

Darbishire no supo decir si le estaba tomando el pelo o hablaba en serio. En fin, daba igual. Uno de los más leales secuaces de Billy Hill le estaba hablando cara a cara y, si fuera necesario, se tomaría medio litro de aquel líquido repugnante de una sentada.

Jimmy se mostró solícito.

—He oído que has tenido algunos problemas —comentó, llenando su vaso con agua de una tosca jarra—. Con ese caso tuyo del estrangulamiento, quiero decir. ¿Cómo puedo ser de ayuda?

—Eres muy amable al ofrecerla.

—Cuando quieras. Sólo tienes que pedirla.

Jimmy se arrellanó en el asiento y sonrió desde el otro lado de la mesa. El hombre con traje sentado a su lado en el lúgubre restaurante de Notting Hill también sonrió, al igual que el gorila apostado en la puerta, que se aseguraba de que nadie entrara o saliera.

En realidad, eso de que Darbishire sólo tenía que pedir ayuda no era cierto. Los hombres de la banda de Billy Hill no solían colaborar jamás con la policía, como no fuera dándoles trabajo.

Todo en aquella situación era insólito, incluido el hecho de que el inspector no estuviera ya en la cama a esas horas. Su mujer estaría preocupada por él; Darbishire lo estaba por sí mismo.

—Se trata de Dino Pérez —dijo consciente de que Jimmy ya conocía esa parte—. O Nico Rodríguez, como debería llamarlo. Bien conocido por la policía argentina. Traficante de armas, contrabandista... Un tipo misterioso que se movía por todo el mundo, al parecer.

Había llevado su tiempo averiguar la verdadera identidad de Pérez. No tenía amigos ni familiares conocidos, ni allí ni en Argentina, sus documentos falsificados resultaban confusos, y el estado abotargado y descolorido de su rostro cuando lo encontraron tampoco había ayudado mucho. Sin embargo, en Buenos Aires cotejaron datos hasta dar con su verdadera identidad, y desde entonces la información llegaba a raudales. Las fuerzas policiales de cuatro continentes tenían la vista puesta en Rodríguez.

Jimmy asintió sin decir palabra.

—Todo un trotamundos —continuó Darbishire—. Tenía contactos en Oriente Medio, en el norte de África... Era un hombre capaz de conseguirte lo que quisieras, y bastante aficionado al consumo de cocaína, por lo visto.

Ante esto último, Jimmy levantó una mano.

—Yo de eso no sé nada.

Darbishire tomó buena nota de aquella pequeña negativa.

—Le gustaba la buena vida, digamos. Jugaba en Mónaco y Marruecos, y aquí apostaba en las carreras de caballos. Antes de morir, lo vieron en compañía de dos socios tuyos, Jimmy. Así que a lo mejor puedes ayudarme con eso.

«Y que Dios me ayude a mí», se dijo. En las películas, este tipo de encuentros siempre parecían ir como la seda, pero él estaba sudando la gota gorda.

—No estoy seguro de poder ayudarte —respondió Jimmy—, al menos con lo que Rodríguez hacía en Londres. Lo que un

hombre haga con su tiempo de ocio es cosa suya, ¿no? Éste es un país libre.

Darbishire no se molestó en discutir.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí?

—Por lo que no hacía —respondió Jimmy.

—Vale.

—Y lo que no hacía era poner nervioso al jefe. De hecho, eran amigos.

—Se sabe que tu jefe a veces se ensaña con sus amigos —señaló Darbishire. Billy Hill era famoso por eso, por su violencia repentina y despiadada, con derramamiento de sangre y cicatrices. Disfrutaba con ello, y era la razón principal por la que llevaba más de diez años como mandamás de los bajos fondos londinenses.

Jimmy asintió.

—Ah, bueno, ésa es la cuestión: ya sabes cómo le gusta trabajar al señor Hill.

—Pues sí. Le gustan los cuchillos, y encontramos uno clavado en el ojo de Rodríguez —añadió Darbishire.

Era evidente que Jimmy ya lo sabía y tenía algo que contar.

—Pero ¿qué tipo de cuchillo? —preguntó—. Ésa es la cuestión. En ese caso era un cuchillo automático, ¿no? ¿Norteamericano o italiano?

—Alemán, de hecho.

—Da igual. El señor Hill, como él mismo te dirá encantado, prefiere los cuchillos más humildes. Nada como una bonita y pequeña hoja para hacer un buen trabajo. La deslizas por la cara, siempre hacia abajo, y dejas tu marca sin hacer algo peligroso, como cortar una arteria. Eso no quieres hacerlo porque podrías matar a alguien, ¿entiendes? Billy siempre anda con ganas de pelea, todos lo sabemos, pero no le gustan los asesinatos, tienen demasiadas consecuencias. No es lo que diríamos su «modus operandus».

—¿Intentas decirme que no mató a Rodríguez ni se encargó de

que lo hiciera alguien de la banda?

Jimmy se echó atrás en el asiento, relajado.

—Ésa es la clave. No tenía un motivo para hacerlo; como te decía, eran amigos. Además, de haber tenido un cuchillo como ése, habría sabido qué hacer con él. ¿Entiendes lo que quiero decir? Cualquiera de nosotros lo sabría. No se lo hubiera clavado en el costado de esa forma tan torpe.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Darbishire.

Jimmy sonrió.

—Tenemos amigos en Scotland Yard, igual que tú.

—Ya entiendo.

De repente, Jimmy se inclinó hacia él, hasta que su cara quedó a meros milímetros de la de Darbishire. Su sonrisa se transformó en un gruñido.

—No estoy seguro de que lo entiendas, inspector. El señor Hill se ha portado bien todos estos años, cuidando de su territorio en Londres, manteniendo un perfil bajo. ¿Y qué ha pasado? ¡Que la policía le ha pinchado el teléfono! No es lo que se dice jugar limpio, ¿verdad, Fred? ¿Puedo llamarte Fred? Está harto, hasta las mismísimas narices. Su novia está en la cárcel por un altercado sin importancia... Por unas heridas que sanarán sin apenas dejar una sola marca. El señor Hill está pensando en largarse de la ciudad, y créeme, Fred, los que vendrán a continuación no van a gustarte un pelo; nos harán parecer niños del coro.

Darbishire dio un sorbo del espeso potingue verde y tragó. Cuando volvió a hablar, procuró que no le temblara la voz.

—Aun así, me gustaría saber qué hacía Rodríguez aquí. Y cuál era su relación con la agencia Raffles.

—¿Qué te hace pensar que yo debería saberlo?

Darbishire decidió mostrar otra de sus cartas. Él y su equipo habían estado muy ocupados últimamente. Si Jimmy se percataba de lo mucho que sabían, quizá se pondría nervioso y le contaría algo más. Era evidente que Billy Hill esperaba alguna

clase de trato, de otro modo ese encuentro nunca se habría celebrado.

—Rodríguez era un jugador —señaló—. Le gustaba pasar el tiempo en un club de Tánger llamado Chamberlain con vistas al Mediterráneo. Ese club es propiedad en parte de una empresa que tiene intereses en la agencia Raffles. Al menos uno de tus socios es cliente habitual de la agencia, y a Rodríguez también le gustaba contar con la compañía de alguna de esas señoritas cuando estaba en la ciudad. Es obvio que ves las conexiones, Jimmy. —Levantó las manos—. ¿Qué se supone que debo pensar?

Jimmy bebió un sorbo de agua, limpió la parte superior del vaso con una servilleta y se reclinó en su asiento con expresión divertida.

—Por lo visto ya lo has resuelto todo —comentó—. Un hombre disfruta apostando y tiene buen ojo para las mujeres, e «ipsus factus» tiene que estar conchabado con otro hombre aficionado a las apuestas y a las mujeres. Ya veo por dónde va tu razonamiento. Muy inteligente, Fred. Buen trabajo.

Darbishire trató de imaginar qué expresión adoptaría un actor como Dick Powell en un escenario semejante: sardónica, inescrutable... Lo ayudaría a ocultar el hecho de que su adversario no parecía haberse puesto nervioso en absoluto; que Jimmy había señalado los agujeros en su mejor argumento, y que era posible que no hubiera trato.

—Vamos a averiguar quién es el dueño de esas empresas.

Jimmy se inclinó de nuevo hacia él y le dio unas suaves palmaditas en la mejilla.

—Adelante, Fred. Pero no olvides un detalle importante: la piel de sus caras estaba inmaculada, por lo que he oído. Sin un solo tajo. Y era el cuchillo equivocado. Si ese tipo se hubiera peleado con Bill, me lo habrías dicho. Y puedo asegurarte que no hubo ningún enfrentamiento. Además, nunca he oído hablar de esa rubia. Billy sólo tiene ojos para Gypsy, y ella tiene el pelo

negro, como bien sabes. Negro azabache. —Se sentó más tieso y añadió—: Pero me gusta cómo suena ese club nocturno. ¿En Tánger, dices? Se lo diré a Billy. Anda buscando un sitio nuevo. —Bostezó y le hizo un gesto con la cabeza al gorila que los acompañaba—. Encantado de charlar contigo, Fred. Siempre va bien aclarar las cosas. Puedes irte, ya sabes dónde está la puerta.

Darbishire se levantó y, tras dar un último y desafiante sorbo al mejunje verde de su vaso de chupito, se marchó.

25

Por la mañana, Joan se aseguró de acudir antes que nadie al despacho de Su Majestad para recoger las cajas rojas. La reina levantó la vista del último documento, antes de deslizarlo dentro de una de las cajas.

—¿Hay noticias?

—No exactamente, señora —admitió Joan, sabiendo que se refería a sus sospechas sobre el complot en su contra—. Pero me gustaría sugerirle un nombre.

—Adelante.

Joan nombró a Jeremy, el secretario de prensa.

La reina asintió con expresión seria.

—¿Qué motivos tiene para mencionarlo?

—Para serle sincera, señora, a nadie de su Secretaría Privada le gusta que trabaje aquí, pero Jeremy finge que sí. Tanto sir Hugh como Miles me han dado buenos consejos, piensen lo que piensen de mí. El hermano de Jeremy me hizo una proposición deshonesta anoche.

La reina enarcó las cejas.

—¿Tony Radnor-Milne?

—¿Lo conoce?

—No muy bien. Pobre Topsy. Lo siento, tuvo que ser muy desagradable.

—Lo fue. Pero me temo que es todo lo que tengo, y no es realmente una prueba de ningún tipo. ¿Es Jeremy de quien usted sospechaba?

La reina jugueteó con su pluma.

—Sí, es él. Me sorprendió su mirada entre desdeñosa e indignada mientras nos encontrábamos en aquella sala del

museo, en París, rodeados de franceses emocionados. Se supone que es una buena noticia que seamos populares, pero él no parecía estar de acuerdo.

—Podría haber organizado sin problema la desaparición de su discurso —sugirió Joan—. Tiene a las mecanógrafas más mayores totalmente rendidas a sus pies.

—Podría haberlo hecho, pero no fue lo que ocurrió, supuestamente.

—¿Ah, no?

La reina no le había contado a Joan esa parte todavía.

—Sir Hugh lo investigó por su cuenta a su regreso de París. Al parecer, la orden había venido directamente de la embajada de allí y la había dado el propio sir Hugh.

—¡Oh!

—Una joven juró que sir Hugh había hablado en persona con ella por teléfono. Si se trataba de una imitación, fue muy buena.

Pues no se trataba de Urquhart, pensó Joan; se le daba fatal hacerse pasar por otro. Pero Jeremy Radnor-Milne sí imitaba bien a la gente.

—Y cualquiera de esos tres hombres podría haber hecho llegar un mensaje sobre mis preferencias culinarias a los cocineros del ayuntamiento de París —continuó la reina—. Al igual que podrían haber escrito ese mensaje sobre Ingrid Kern... Bueno, no estoy del todo segura de que Hugh o Miles hayan tecleado nunca nada, pero si formara parte de una conspiración, sí podían encontrar a alguien capaz de hacerlo.

Joan estuvo de acuerdo en que ninguna de esas cosas habría supuesto un gran problema.

—La cuestión es, ¿por qué querrían hacerlo?

—Pues sí. Y hasta que lo sepamos, no quiero interferir poniendo en marcha una investigación como es debido. Quienquiera que sea, se detendría por un tiempo, y necesito que continúe para que podamos desenmascararlo. Y lo ideal sería lograrlo antes de que haga daño de verdad.

Joan asintió.

—Haré todo lo que esté en mi mano, señora.

A la hora de comer, se encontró con una sorpresa: le habían enviado dos docenas de rosas de tallo largo con una nota que rezaba: «Espero que no sea alérgica a estas flores.»

Joan se alegró de disponer del despacho para ella sola. Miles Urquhart estaba reunido con los bigotudos. Sacó la nota y la quemó en la chimenea con un mechero. Reconocería aquella letra si volvía a verla.

¿Qué conclusión debía sacar de eso?

Había dado por hecho que Tony Radnor-Milne no se creería su endeble excusa de la noche anterior, y le preocupaba su reacción, pero, desde luego, no esperaba recibir rosas. ¿Se trataba de alguna argucia? ¿O era tan egocéntrico que daba por hecho que ella sólo lo habría rechazado si en efecto se hubiera encontrado mal?

Regaló el ramo a las secretarias.

—Este olor me marea. Estoy segura de que las disfrutaréis más que yo.

—¡Pero si son divinas! Está claro que le has causado muy buena impresión a alguien, ¡qué suerte! —comentó una de las más jóvenes, antes de que las demás la fulminasen con la mirada por su espontaneidad y simpatía.

Pero la cosa no acabó ahí.

—¡Ja! Me he enterado de que tiene un admirador secreto —le dijo Urquhart al volver a su mesa—. Tony Radnor-Milne, nada menos.

—No tan secreto, entonces —repuso Joan. Era obvio que no tenía sentido negarlo—. ¿Cómo lo ha sabido?

—Me lo ha contado Jeremy. Por lo visto, Tony quedó bastante prendado de usted.

—No sabía que estaba casado —dijo ella, atenta a su reacción.

¿Formaba aquello parte de la conspiración? ¿Estaba Urquhart en el ajo al fin y al cabo? ¿Por qué demonios se mostraba de repente tan simpático?

—¡Oh, no se preocupe! Lo hace sin mala intención. Su esposa, lady Jessica, es un poco intimidante. No me sorprende que él disfrute de pequeñas distracciones.

Joan contuvo su enojo.

—Me invitó a la abadía —explicó—. Quiere que vaya de caza con él.

Ya que hablaban de Tony, prefería contárselo todo. No quería que hubiera secretos ni insinuaciones de ningún tipo. Ya se sentía lo bastante comprometida.

—Bueno, lo hace con todas las chicas guapas —comentó Urquhart—. Es una diversión inofensiva, pero yo en su lugar no iría. A lady Jessica... Topsy, la llamamos... no le gusta. Y es su casa, al fin y al cabo.

—Sí, ya lo supongo —repuso Joan, no muy segura de por qué tenía que recalcarle aquello.

—Me refiero a que ella es la dueña de la casa solariega —explicó Urquhart—. Tony se casó con una mujer rica y que pertenece a la aristocracia: Topsy es sobrina del marqués de Middlesex. Lo cierto es que Tony es millonario por derecho propio, pero, en sentido estricto, ella es la propietaria de la abadía. Pertenece a su familia desde hace generaciones.

—Vaya. ¿Y qué hay de la familia de Tony? —quiso saber Joan.

—Son abogados, creo. Su abuelo trabajaba en el Old Bailey, el tribunal penal. ¿Por qué?

—No lo sabía, eso es todo.

Urquhart soltó un gruñido.

—Le gusta mostrarse como un dios todopoderoso, pero es terriblemente burgués. Su padre tuvo que ahorrar para mandarlo a Eton.

—Ya veo.

Joan contuvo el repentino impulso de echarse a reír. Por una

vez, y sin que él se diera cuenta, aprobaba el rabioso esnobismo de Urquhart. Vaya, conque la estrella del Ritz era un «burgués»... ¿Su padre tuvo que ahorrar para pagarle el internado? Entonces su actitud de noble terrateniente era sólo un numerito... Eso no lo volvía menos peligroso, probablemente, pero Tony la había hecho sentirse ridícula la noche anterior, y ahora sabía que quien había hecho el ridículo era él.

—Sin duda es inteligente —reconoció Urquhart—. Se licenció con matrícula en Política, Filosofía y Económicas, formó parte de la City e hizo una fortuna durante la guerra vendiendo productos básicos de caucho al ejército.

—¿Neumáticos?

—Bueno, no exactamente... pero si le gusta llamarlos así...

Joan cayó en la cuenta de a qué se refería.

—Oh.

—Había tanta demanda en el ejército que aquello le sirvió de colchón financiero para toda la vida. Ahora Tony está metido en todo tipo de asuntos jugosos. Se le da muy bien anticiparse al siguiente gran negocio en perspectiva. Ha expandido su radio de acción hacia el petróleo y los plásticos y anda enfrascado en algo relacionado con la aeronáutica... Aviones a reacción, me parece: ahí se necesitan materiales capaces de soportar altas temperaturas.

—¿Le ha contado él todo eso? ¿Lo conoce bien? —preguntó Joan.

—No, tampoco tanto, pero me propuso que invirtiera en una de sus nuevas empresas. Aun así, yo prefiero las tierras; resultan más fiables. Donde haya una finca agrícola decente y algún que otro arrendamiento, que se quite lo demás.

Ésa era una faceta del subsecretario privado que Joan no había previsto. No sabía que fuera tan rico como para andar reflexionando sobre dónde invertir su capital. No solía hablar de dinero, y mucho menos con ella, por supuesto.

—Y hay una cuestión más, ya que hablamos del tema —

añadió él.

«¿De qué tema estamos hablando?», se preguntó Joan.

—¿Ah, sí?

—El comandante Ross. Jeremy me ha contado que usted se aloja en su casa.

—¿En serio?

Por lo visto Jeremy estaba muy hablador esa mañana.

—Sí. Ya sabe lo de Ross, supongo. Una historia muy triste: la esposa se fugó con el médico de la familia.

—No, no lo sabía.

Urquhart la miró con expresión severa. Era evidente que estaba a punto de revelarle algo.

—Ocurrió después de la guerra. Ross estaba muy ocupado, tratando de resolver varias situaciones difíciles en Europa. Pasaba mucho tiempo fuera, al igual que durante el conflicto en sí, por supuesto. Su mujer era voluntaria en el hospital de la zona y se enamoró del matasanos. No quiso dejar a Ross, pero tampoco siguió con él exactamente. Una situación muy incómoda para todos los implicados, como comprenderá.

—Seguro que sí.

—Él era una especie de héroe. Quizá usted ya lo sabía. Estuvo al cargo de varias misiones secretas y obtuvo incontables medallas. Qué injusto y qué horrible todo este asunto para un hombre como él.

—Eso parece.

—Como le decía, ella no se decidió a dejarlo del todo. Los matrimonios de otros... bueno, no son asunto nuestro.

—Estoy de acuerdo.

—Bien. Sí, ejem. Bien.

Joan observó cómo se centraba de nuevo en sus papeles, como si acabaran de mantener una conversación muy intensa. No habría sabido decir si Urquhart le había pedido que consolara al pobre y triste héroe de guerra o si intentaba decirle que no se le pusiera a tiro. Sospechaba que se trataba de lo segundo, pues eso

podría explicar que Urquhart hubiera querido hablar con ella. Era un buen consejo. Sin duda, lo más seguro y sensato era mantenerse libre y sin ataduras.

Tendría que darse prisa en abandonar el apartamento. Qué lástima. Iba a echar mucho de menos el chocolate caliente.

26

El 18 de mayo la reina y su séquito partieron hacia Hull. De allí zarparon a Dinamarca, en el yate real *Britannia*, en medio de un aluvión de maletas y cajas y de instrucciones de última hora para los que quedaban atrás.

Durante una semana, Joan tuvo el corredor del ala norte para ella sola. El palacio adquiría un carácter diferente cuando la pareja real estaba fuera. La presión por ofrecer un servicio perfecto a la familia y hospitalidad a los invitados se veía reemplazada por un ritmo de trabajo más metódico, pues cada departamento aprovechaba el tiempo para hacer balance y prepararse para los episodios de trabajo intenso que se avecinaban.

Desde su escritorio, Joan escudriñaba los periódicos y los informes de la embajada en busca del más leve indicio de que algo fuera mal. Ingrid Kern, como comprobó con alivio, se había quedado en Londres. Joan era consciente de hasta qué punto era agotador el itinerario, pero en todos los noticiarios se veía a la reina alegre y relajada y el duque de Edimburgo parecía contento de seguir diligentemente a su esposa por talleres de porcelana y plantas de embotellado.

Joan veía ahora esas visitas desde una perspectiva muy distinta. Antes siempre le había parecido bastante sencillo eso de permanecer sentada y saludar, o estar de pie y saludar, o caminar y estrechar manos aquí y allá y asentir ante una pieza de maquinaria. Pero ahora que sabía que cada intervalo de diez minutos estaba programado de manera rigurosa y que cada media hora había cien personas que podían sentirse insultadas si la reina no les sonreía o no les hacía la pregunta adecuada,

además de veinte periodistas encantados de capturarlo en celuloide si eso en efecto ocurría, Joan consideraba cada jornada una verdadera prueba de resistencia.

La reina insistía, incluso de puertas para adentro, en que aquello le encantaba.

—La gente es muy interesante, ¿no cree?

Joan seguía pensando que disfrutar de estar dentro de una pecera era un curioso don que rayaba la locura. No era de extrañar que la reina saliera a dar paseos solitarios con los perros por los jardines cuando volvía a casa.

En esa ocasión, el yate real navegó de regreso sin incidentes. Los bigotudos se arrastraron hasta la Secretaría Privada un día después, algo cenicientos tras una agitada travesía por el mar del Norte. No a todos les gustaba viajar tanto como a Su Majestad.

Tras varias tazas de café y una charla sobre sus pequeños triunfos, Miles Urquhart se vio obligado a admitir que la ayuda de Joan en la organización de aquella visita no había sido «tan mala como se temía».

—¿Salió todo según lo previsto? —quiso saber ella.

—Más o menos.

El subsecretario habló durante varios minutos de la cadena de montaje de la planta embotelladora y de lo complicado que había sido declarar en la aduana toda la cerveza que les habían regalado.

—Entonces, ¿no hubo nada embarazoso? ¿Tampoco ningún desliz?

—¡No, claro que no! —respondió él—. ¿Por quién nos toma? Gestionamos estas visitas con precisión militar. Lo verá por sí misma algún día, posiblemente.

—Eso espero.

—Bueno, sí hubo un episodio un tanto vergonzoso, supongo —admitió Urquhart—. Para la pobre Bobo Macdonald. El segundo

día apareció roja como un tomate: le había salido una urticaria, y le picaban las mejillas y la barbilla, pobre criatura. Su Majestad tuvo la amabilidad de decirle que se fuera a descansar, pero Bobo no quiso ni oír hablar del asunto. «Ella me necesita, y ahí estaré. Hay mucho que hacer.» Está hecha de puro granito escocés, esa mujer. Vale su peso en oro. Se puso un poco de loción de calamina y continuó ocupándose como de costumbre de los vestidos y los volantes. Me recuerda a mi niñera. Al norte de la frontera son fuertes como un roble.

—¿Se había puesto enferma? —preguntó Joan.

—Lo cierto es que lo pensé —reconoció él—, pero se le pasó al cabo de un par de días. Casi provocó un incidente internacional porque el ama de llaves estaba convencida de que era sarampión y quería ponernos a todos en cuarentena. Pero Bobo nos aseguró que se lo había provocado un ungüento o aceite del neceser de maquillaje de Su Majestad. Por lo visto lo había probado porque «olía raro», ¿puede creerlo? Quizá tenía sensibilidad a alguno de los componentes, o a lo mejor fue un brote de alergia, quién sabe. Jeremy le sugirió usar un velo mientras tanto. Hubiera sido muy gracioso. En cualquier caso, ya está totalmente recuperada.

—No fue una alergia, ¿verdad? —le preguntó Joan a la reina.

Paseaban juntas por los jardines del castillo de Windsor, con cinco corgis a su alrededor, todos emparentados, que andaban husmeando cerca de los rosales.

—No, no lo fue —dijo la reina sombríamente—. A Bobo se le acabó la crema hidratante, y le dije que podía usar la mía. Según ella, no fue el olor lo que le preocupaba sino, precisamente, que no tuviera olor alguno. Conoce bien los productos Elizabeth Arden y, por lo visto, tampoco era del color adecuado. Se veía demasiado gris. Pero era un tubo nuevo y el envase estaba intacto, así que se puso un poco en la cara y horas después sufrió una erupción cutánea.

—¡Pobre!

—Aguantó como una jabata. Aunque le aseguré que podía arreglármelas sin ella hasta que se sintiera mejor, se negó en redondo. El ama de llaves de la residencia se comportó de forma bastante mezquina, la verdad, pero no podíamos compartir nuestras sospechas con ella.

—Si el envase parecía intacto, fue un trabajo de profesional.

—Lo sé... —respondió la reina, con la mirada clavada en los corgis más jóvenes—. ¡*Whisky*! ¡*Sherry*! Volved aquí ahora mismo, diablillos. Eso es, mucho mejor... Id para allá, con vuestra madre. ¿Qué iba diciendo? Ah, sí, el envase de la crema. Es preocupante, ¿no?

—Supone dar un paso más —coincidió Joan—. Sugiere que tienen apoyo técnico, que no se han limitado a aprovechar una oportunidad.

—Pero sigue pareciendo muy indiscriminado. —La reina suspiró y miró hacia el castillo; gris, sólido e imponente—. Quiero decir... ¡crema facial! ¿En serio? Y polvos picapica, porque de eso debía de tratarse, de tipo industrial. Parece la travesura de un colegial, ¿no? Como hacer una petaca en la cama de alguien o poner un cubo sobre el filo de la puerta.

—¿Se llevaron el tubo de crema para hacerlo analizar? —preguntó Joan.

La reina la miró de soslayo.

—No pudimos. Cuando Bobo quiso ir en su busca, media residencia estaba ya al corriente de su reacción cutánea. Varios criados habían entrado y salido de nuestras dependencias, y cualquiera de ellos pudo habérselo llevado. Colaboré personalmente en la búsqueda y no dejamos un solo espacio por revisar... Pero no había ni rastro de la crema.

—Tony Radnor-Milne está interesado en la tecnología —comentó Joan—. Es muy posible que alguno de sus contactos en el mundo de la investigación sea capaz de manipular un tubo de crema nuevo y hacer que parezca intacto.

—El hermano de sir Hugh es un químico de renombre internacional.

—Oh.

—El profesor Masson tiene un laboratorio en Cambridge a su entera disposición. Es un experto en la fabricación de insulina. No puedo creer que hiciera algo tan mezquino e infantil, pero si su hermano se lo pidió y le dijo que era una broma...

—Al menos era sólo crema hidratante, señora —dijo Joan en un esfuerzo por animarla.

Su Majestad parecía muy apesadumbrada a esas alturas de la conversación.

La reina negó con la cabeza.

—Sí, pero yo no soy Bobo. No estoy segura de que hubiera aguantado con ese picor furibundo y la cara como el Vesubio delante de toda aquella gente. No habría sido justo para ellos, más que nada; no era un espectáculo agradable.

—¿Qué habría hecho usted, señora?

La reina no respondió de inmediato. Llamó a los corgis y se agachó para acariciarlos. Cuando se incorporó, miró pensativamente al cielo.

—No lo sé, Joan. La verdad es que no lo sé.

27

—No sabrá de alguien que desee hacerme daño, ¿verdad? —le preguntó la reina al primer ministro en su reunión del miércoles siguiente.

Como de costumbre, el encuentro se llevaba a cabo en el salón azul claro del palacio de Buckingham, que a la reina le gustaba utilizar como sala de audiencias. Allí, entre la porcelana y las pinturas de Canaletto, parecía fuera de lugar estar preocupada por algo tan mundano como el contenido de un tubo de Elizabeth Arden.

—¡Por Dios bendito, no! —exclamó Harold Macmillan, sonriendo ante tan escandalosa idea.

Era un político seguro de sí mismo que se había adaptado al cargo con rapidez. Según sir Hugh, tenía una nota clavada en la puerta de la sala del Gabinete, en el número 10 de Downing Street, que rezaba: «Una reflexión tranquila y sosegada desenreda todos los nudos.» Se trataba de una cita de *Los Gondoleros*. No era sólo un consejo sensato, en particular para el Gabinete, sino también un buen punto de partida. Cualquiera capaz de citar a Gilbert y Sullivan como mantra para dirigir el país era un hombre con el que ella podía entenderse.

—¿Y los rusos? —sugirió.

—Qué va, señora. Es posible que anden fanfarroneando, pero creo que incluso ellos le tienen cierto cariño, la verdad. ¿Por qué lo pregunta?

—Últimamente han pasado algunas cosas raras.

No dio más detalles, pero Macmillan se percató de que hablaba en serio.

—No creo que deba preocuparse, señora. Ningún amigo le desea nada malo, y si ocurriera algo, su popularidad no haría más que aumentar y sus enemigos lo padecerían.

—¿Mis enemigos?

—Si es que los tiene, cosa que dudo, como le decía. Ahora bien, si hablamos de nuestro país... Entonces ésa es otra cuestión. Nadamos en aguas turbulentas, majestad, como bien sabe. Necesitamos todos los amigos que podamos de nuestro lado, aunque a usted se le da muy bien conseguirlos.

—Me preguntaba... Singapur y Ghana obtuvieron su independencia este año. Todos se mostraron encantadores conmigo en persona, pero ¿y entre bastidores?

—Entre bastidores tienen mucho que decir sobre el Imperio británico, señora, y no todo favorable. Pero con respecto a su persona son de lo más elogiosos. Si no fuera porque usted ha puesto tanto interés en fomentar su amistad, las cosas habrían sido mucho más difíciles.

—¿Está seguro? —preguntó ella.

Esa forma de proceder había sido el legado de su padre y quería que también fuera el suyo. Pero ¿estaba funcionando?

—Muy seguro —respondió él.

—¿Y qué me dice de los estadounidenses? No me refiero al presidente, sé que es un aliado y que usted trabajó con él en la guerra, pero Estados Unidos es un país muy grande.

Macmillan le dedicó una sonrisa cálida y paternal; sin duda, si hubiera podido, le habría dado unas palmaditas en la mano. Lo habría hecho, sin duda.

—No estoy seguro de qué le preocupa, pero debo recordarle que mi madre era de ese gran país. Y ya que soy medio norteamericano, puedo asegurarle que en Estados Unidos también le tienen un respeto y una admiración reverenciales, majestad.

—No creo que sea para tanto, primer ministro.

Él creía que su actitud ayudaba, pero estaba equivocado.

Macmillan se encogió de hombros.

—Ya lo verá. Y ya sabe cuánta fe tengo en usted, señora. Espero grandes cosas de este viaje. Desde la huida de Burgess y Maclean...

—Lo sé todo sobre Burgess y Maclean.

—Las ondas de su traición aún reverberan a través del charco. No hace falta que le recuerde que nos han excluido de su programa atómico, que hemos perdido la confianza de la CIA...

No era necesario que se lo recordara, desde luego: ella estaba al corriente de todo. Tras el desastre de aquella fuga a Moscú seis años atrás y ante la incapacidad del MI6 para hacer nada al respecto, los estadounidenses estaban convencidos de que Burgess y Maclean no eran los únicos simpatizantes comunistas de Cambridge que habían sido reclutados por el KGB. Eso dotaba de mayor trascendencia a su próxima visita oficial. Y debía llevarla a cabo sabiendo que no podía confiar en la comida que iban a ofrecerle o en la gente con la que viajaba. ¡Y ni siquiera en el contenido de su neceser!

—Pero tengo grandes esperanzas para el futuro —iba diciendo Macmillan—. Disfruté mucho trabajando con el general Eisenhower. Fue duro con nosotros con lo de Suez, pero nos avisó y no le hicimos caso. Ahora debemos escucharlo con más atención. Y tenemos mucho que ofrecer a los estadounidenses. Se acerca nuestro gran momento...

—¿De veras? —preguntó la reina—. Me alegra oírle decir eso, primer ministro. Cuando viajo por el país, por supuesto que inauguro nuevos edificios y celebro nuestra gran historia, pero también percibo mucha ansiedad en la gente, desde los agricultores y ganaderos hasta los trabajadores de las fábricas... No entienden nuestro lugar en el mundo; les preocupa la inflación; no saben qué les depara el futuro inminente...

¿Se trataba de una conspiración interna contra ella?, se preguntó. De ser así, ¿por qué se centraban en sus visitas al extranjero? ¿Querían apoderarse del país?

Macmillan volvió a sonreírle.

—Oigo cosas similares en el partido. A los miembros del Gobierno les gusta preocuparse, para ellos es una especie de religión. Pero, como me gusta señalar, parte del problema es que estamos creciendo. Estamos fabricando cosas y vendiéndolas como nunca. Nos gusta refunfuñar, majestad, pero yo les recuerdo que vamos hacia un estado de bienestar y prosperidad jamás visto. A la mayoría de la gente nunca le ha ido tan bien.

Por primera vez, ella le devolvió la sonrisa.

—¿De verdad?

Él asintió, claramente satisfecho de su respuesta y del efecto que había tenido en ella.

—Ánimo, señora. Estamos en la nueva era isabelina. Sean cuales sean las señales de alarma que haya podido detectar, yo no me preocuparía.

Normalmente, a la reina le gustaba seguir los consejos de su primer ministro, pero en esa ocasión le habría sido útil que le señalara alguna nación o persona en particular de la que debiera preocuparse. Aun así, sus palabras le parecieron reconfortantes, por lo menos para el país. Diez años atrás, los oscuros tiempos de la guerra habían dado paso al vertiginoso optimismo de la paz. Tal vez eso estuviera de nuevo a la vuelta de la esquina, si bien resultaba difícil imaginarlo.

28

—Creo que alguien debería ir a Mónaco —dijo el subinspector Woolgar—. A hablar con la gente, a averiguar qué hacía Rodríguez allí exactamente: qué compraba o vendía, con quiénes tenía tratos...

Desde la revelación de Buenos Aires, en la jefatura de policía de Chelsea casi no se hablaba de otra cosa que de las actividades de Rodríguez a orillas del Mediterráneo y el mar Arábigo.

—¿Y ese alguien serías tú, subinspector? —preguntó Darbishire tan serio como pudo.

—No veo por qué no, jefe —respondió Woolgar con firmeza.

Tras unos gratificantes días en el río, se lo veía bronceado y en forma —de hecho, más en forma que de costumbre—. Woolgar había disfrutado de un permiso bastante largo en mayo. Por lo visto, el bote de ocho del club de remo de la Policía Metropolitana acababa de quedar segundo en una regata de algún tipo de competición. Habían dejado atrás a los australianos y sólo los había superado el equipo de la Universidad de Harvard por menos de un cuarto de bote, midiera lo que midiese eso. Estaba muy pagado de sí mismo. Y ahora quería ir a Montecarlo a cargo del presupuesto de la investigación.

—Hablas francés, ¿no? —preguntó Darbishire.

—Lo estudié para mi graduado escolar. Además, allí todos hablan inglés, ¿no? Lo cierto es que conozco el caso al dedillo y estoy seguro de que podría hacer las preguntas necesarias.

—¿Te estás imaginando con esmoquin por casualidad? —preguntó Darbishire—. ¿Con una pistola en el bolsillo, un gran montón de fichas de casino y una mujer lánguida en la mesa?

¿Te crees James Bond?

—¿Quién, señor?

—El espía. Suele jugar en los casinos franceses. ¿Y por qué no ir también a Tánger, ya puestos? Rodríguez también estuvo allí.

—Tiene que ser Mónaco, señor. Había un hombre en el bote de Harvard...

—¡Oh, por Dios, otra vez el maldito bote de remo de Harvard, no!

—... y luego tomamos algo todos juntos —iba diciendo Woolgar—. A la tercera o cuarta cerveza se volvieron muy simpáticos. Y éste se puso a hablar de los asesinatos de Chelsea y...

—¿Cómo? —gruñó Darbishire—. ¿Se habla de eso en Nueva York?

—En Boston, señor. Y sí, por supuesto que hablan de eso. Ha salido en todos los periódicos por la fulana de la tiara: los diamantes siempre salen en la prensa...

—¡No quiero oír las teorías del director de un periódico de Boston!

Woolgar parecía un poco dolido.

—No es un director de periódico. Es el número ocho de su bote...

—¡Como si es el número cincuenta! —Darbishire se dio cuenta de que se había puesto susceptible con los nuevos amigos pijos de Woolgar, aunque probablemente el verdadero motivo de su irascibilidad era su reciente y fracasada entrevista con Billy Hill —. Lo siento. Continúa.

—Se llama O'Donnell y su padre tiene una empresa de construcción de botes —explicó Woolgar—. Viajan mucho, a lugares elegantes. Y su padre contaba que el verano pasado se encontró con lord Seymour en un balneario suizo. Va allí todos los años para una cura de salud, señor. Por lo visto, allí conoció a su esposa...

—¿Y?

—Lord Seymour andaba comentando que recientemente había ganado un millón de francos al blackjack en un casino de Montecarlo. Así que O'Donnell... el padre, quiero decir, aunque el hijo está de acuerdo... está convencido de que tal vez quería revivir su gran noche a su regreso a Londres. Seymour pide una chica que se parezca a Grace Kelly, la princesa Gracia, ahora, y le da la tiara, porque es imposible que se la robaran de esa caja fuerte suya. Él era el cliente, y no Rodríguez, pero tiene algún poder sobre la agencia, así que nos hacen creer que fue la víctima quien contrató a Beryl White, a nombre de Pérez, y consiguen que la chica también mienta al respecto. Quiero decir, es evidente que ella no decía toda la verdad, ¿no lo cree así, señor?

—Eso está bastante claro, Woolgar. Pero olvidas que Seymour no dispuso de tiempo para hacer nada de eso. No abandonó el Parlamento hasta después de que Rodríguez hubiese llegado a Cresswell Place.

—Ah, se supone que es eso lo que debemos creer, jefe, pero sólo tenemos la palabra de un testigo para respaldarlo. Tenga un poco de paciencia.

Darbishire enarcó una ceja con escepticismo.

—Sea como fuere, ella se cambia con Fonteyn y de alguna manera entra Rodríguez en escena y todo acaba fatal —continuó Woolgar—. Los detalles eran confusos, pero O'Donnell... el hijo, no el padre... señaló que Rodríguez también se encontraba en Montecarlo. Eso está ahora en todos los periódicos. Quizá perdió dinero contra Seymour allí, o se lo ganó, o quizá Seymour necesitaba un favor, algo sucio y oscuro, y se pelearon, y por eso Rodríguez los siguió hasta Chelsea, donde Seymour acabó matándolo. Había pertenecido a las fuerzas especiales en la guerra, señor, de modo que...

—Mmm, ya veo —interrumpió Darbishire—. ¿Y era mago también? ¿Se volvía invisible? ¿Hipnotizaba a los testigos?

—No exactamente, señor —repuso Woolgar entusiasmado, sin

que el sarcasmo hiciera mella en él.

—¿Ah, no?

—Les hizo cerrar el pico, jefe. Por eso no le permiten a usted hablar con ellos. —Se cruzó de brazos y sonrió. Punto probado, pareció decir—. Pero si pudiera ir a Mónaco e investigar un poco...

—Un momento, subinspector... —Darbishire levantó una mano—. ¿No me permiten qué?

Resultó que su encuentro con el misterioso hombre de la gabardina era un secreto a voces entre la mitad del personal de Homicidios. Uno de los agentes más interesados en el caso incluso había acudido al subcomisario para intentar que expulsaran a Darbishire por no seguir tirando del cabo suelto con los Gregson, y por lo visto le habían dicho «en la más estricta confidencialidad» que «no siguiera por ahí». La mayoría de quienes lo sabían daban por hecho que el primer ministro estaba detrás, o al menos la oficina del Gabinete. Estaban haciendo apuestas, algunos por la banda de Billy Hill, aunque cada vez más agentes pensaban que no era su estilo; o su «modus operandus», como diría Jimmy.

El señor O'Donnell, de Harvard, Boston, EE.UU., no sabía nada de la ocultación de testigos, pero Woolgar la había añadido por su cuenta: eso explicaba algunos detalles que el remero había omitido.

—De modo que tu teoría es —resumió Darbishire con irritación— que Seymour fichó a la chica, le dio los diamantes incriminatorios, fue sorprendido de algún modo por Rodríguez, los mató él solito a ambos en defensa propia, le dejó a ella los diamantes en la cabeza, escapó a la vista de todo el mundo y sobornó o chantajeó a quien hiciera falta para que me mintiera sobre lo ocurrido o se negara a hablar conmigo siquiera, ¿no es eso?

Woolgar hizo una pausa para reflexionar.

—Eh... sí, más o menos, jefe.

—¿Y nadie ha sido capaz de desenmascararlo?

—Bueno, hasta ahora se ha salido con la suya, ¿no? Si pudiera ir a...

Darbishire negó con la cabeza. Como teoría, no tenía sentido, pero tampoco acababa de ser del todo absurda. Había que reconocerle a Woolgar que lo había intentado.

—No, no puedes —zanjó.

29

Los primeros días de junio traían consigo la celebración del Derby y un par de días para visitar el precioso hipódromo de Epsom Downs. Unos años atrás, en 1953, la reina había tenido puestas sus esperanzas en *Aureole*, el caballo de su difunto padre, que estuvo a punto de ganar, pero que por desgracia quedó segundo. Ninguno de sus caballos había conseguido la victoria en una carrera clásica. Sin embargo, al día siguiente tendría buenas posibilidades en la Oaks, donde competían dos de sus purasangres, ambos en excelente forma.

Felipe no la acompañaba porque, si bien era un excelente jinete, no disfrutaba con la interminable exhibición de los caballos ajenos. Ella intuía que habría pensado de otro modo de haberse criado con una cuadra propia. A cambio, ese día el duque iba a presidir una reunión en Windsor sobre su nuevo programa de premios. A la reina no le importaba, porque tenía a su madre y a Margarita como acompañantes, y a un montón de amigos a quienes les apasionaban las carreras tanto como a ella, entre los que se incluía Bill Astor, propietario de un caballo que competía contra los suyos.

A la reina madre, por su parte, le encantaban las competiciones ecuestres de cualquier tipo. Mostraba una ligera preferencia por las carreras de saltos, pero era una gran conocedora de todas las disciplinas. Margarita adoraba la oportunidad de llevar vestidos que destacaran su cintura de avispa y sombreros que le permitieran lucir su abundante cabellera oscura. Le preocupaba que el tiempo lluvioso no le permitiera llevar el atuendo que había elegido, pero al final el sol brilló con fuerza y se dio por satisfecha.

Por lo menos al principio, porque el humor de Margarita rara vez se mantenía estable durante mucho tiempo.

—Si el duque de Maidstone vuelve a ponerme las manos encima, juro que le golpearé con el bolso —anunció uniéndose a su hermana en el palco real, cuando ya se disponían a ver la primera carrera.

—¿Te ha puesto las manos encima? —preguntó la reina.

—No te preocupes. La última vez le eché una mirada capaz de encogerlo hasta el tamaño de un hueso de cereza. Está intentando emparejarme con su espantoso hijo, que tiene aventuras con al menos dos mujeres, que yo sepa. Se pasa el día hablando de lo mucho que ansía la llegada de la temporada del urogallo. No tengo ni idea de qué ve la gente en ese hombre.

—Probablemente sus cinco mil hectáreas en Kent. ¿Dónde está mamá?

—Oh, la he dejado abajo, hablando con el deán de Bath. Clement Moreton, ¿te acuerdas? Es el de la pelandusca de la tiara.

La reina se mostró horrorizada.

—¡Ese hombre es sospechoso en un caso de asesinato!

—Lo sé. Por eso mamá ha querido hablar con él. Según su prima Cecily, Moreton no está llevándolo nada bien. Mamá se ha alegrado al ver que sale por ahí. Va muy elegante, debo decir, con un capullo de rosa blanca en el ojal. No me ha parecido que estuviera muy afectado.

—En fin, supongo que eso es una buena noticia.

—Nada que ver con el ministro de Tecnología... Ya sabes, el que compró la tiara. Tiene un aspecto absolutamente terrible.

—¿Lord Seymour?

—¿Se llama así?

—¿Dónde lo has visto?

—Charlando con mamá y el deán, y con una mujer muy atractiva que lleva un sombrero de lo más extraño; su esposa, supongo. Imagino que los hombres se solidarizan entre sí; debe

de ser espantoso saber que todo el país te considera el autor de un horrible asesinato. Incluso aunque uno de los dos probablemente lo hiciera. ¿Me prestas tu programa de las carreras? He perdido el mío.

La reina se quedó boquiabierta. Su madre siempre opinaba que la gente se preocupaba demasiado por las fotos de los periódicos, y que lo importante era ser amable con quienes lo merecieran, pero imaginársela en la portada del *Daily Mirror* conversando no con uno, sino con dos posibles asesinos, le resultaba excesivo. Llamó a su caballerizo mayor y lo envió al rescate lo antes posible. Entonces se le ocurrió otra cosa.

—¿Por casualidad estaba allí mi secretario de prensa?

—¿Jeremy? —preguntó Margarita—. Hoy lo he visto por ahí. Lleva el sombrero de copa más alto que puedas imaginar; parece una chimenea.

—Pero ¿estaba con mamá?

—No. Antes sí estaba su hermano, Tony. Me rescató de las garras del duque de Maidstone.

—Mmm.

La reina se preguntó si su madre habría caído en alguna clase de trampa. ¿Habría un fotógrafo al acecho, listo para tomar una instantánea comprometedora? Parecía la clase de cosa que harían los conspiradores, aunque seguía sin entender para qué iban a molestarse en hacer algo así.

—¡Ah, Lilibet! Qué ambiente tan encantador hay ahí fuera. —Su madre apareció en la puerta del palco real, radiante y alegre —. Todo el mundo está tan entusiasmado con la Oaks... Realmente, creo que éste podría ser tu día, cariño. Por lo visto, mucha gente está apostando por *Mulberry Harbour*, pero me ha parecido que *Carrozza* estaba maravillosa en la pista del anillo central. Alguien ha dicho que me buscabas, ¿es cierto?

—Sólo me preguntaba dónde estabas —dijo la reina sin alterar el tono.

—Estaba hablando de las Highlands con Clement Moreton y Stephen Seymour y de pronto ha aparecido tu secretario de prensa, que ha agarrado a un tipo con una cámara muy grande y lo ha convencido de que no hiciera fotos. Me ha parecido muy comprensible; lo último que desean esos dos hombres es volver a aparecer en las portadas de los periódicos.

—Vaya...

La reina se sintió desorientada. Ella sospechaba que Jeremy y su hermano estaban detrás del complot, y sin embargo ahí estaba su secretario de prensa, haciendo el trabajo por el que se le pagaba. Era difícil describir aquel gesto con un apelativo que no fuera «servicial».

—¿Por qué las Highlands? —quiso saber.

—Clement va allí cada verano, en plan contemplativo, dice. Primero he pensado que se refería a algún tipo de retiro religioso, pero en realidad pesca con mosca, como yo. Así que lo he invitado a Balmoral.

—¡Mamá!

—Y Stephen Seymour está valorando si comprar un castillo en la costa oeste, así que le he recomendado algunos cuyos propietarios estarían encantados de recibir un dinero contante y sonante.

—¿Por qué quiere vivir en Escocia?

Su madre parecía sorprendida.

—No se lo he preguntado. ¿Por qué no iba a querer?

La reina sonrió. A su madre, hija del conde de Strathmore y criada en el castillo de Glamis, hogar de Macbeth, Escocia le parecía perfecta en casi todos los sentidos. No podía imaginarse a nadie que no quisiera aislarse en un edificio medieval con corrientes de aire y batido por el viento, con vistas tan sólo al páramo y el mar y rodeado de las estribaciones de un sinfín de montañas envueltas en la lluvia.

—¿Necesita lord Seymour alejarse de Londres? —preguntó.

—Querida, no tengo ni idea. Pero sus ojos tenían una

expresión muy romántica. Él y su esposa conocen muy bien la finca de Arisaig. Creo que estuvo destinado allí durante la guerra. Lucy tenía hoy un aire escocés: llevaba un precioso traje de chaqueta de tartán de seda y un ingenioso sombrerito con la imagen de un cardo, muy apropiado. Es la mujer mejor vestida de la Oaks. Su marido debe de gastarse una fortuna con ella.

Margarita parecía molesta.

—Me han dicho que la mujer mejor vestida de la Oaks era yo.

—Bueno, sí, qué van a decir, ¿no? —repuso su madre, y añadió justo a tiempo—: Aunque estás absolutamente encantadora, querida. —Luego volvió a su tema—: Lucy es muy atractiva. Ya veo por qué su marido se la compró.

—¿Qué le compró?

—La Zellendorf. Le habría quedado preciosa con ese pelo. Lucy es quizá un poco mayor para algo tan veraniego. Yo le habría recomendado una diadema, la verdad, pero el gusto, en cuestión de tiaras, es muy personal, ¿no crees?

—Ah, yo eso no lo sé —murmuró Margarita.

—Te habría quedado mucho mejor a ti —comentó animosamente su madre—, pero ahora estará bajo llave, ¿no? O se hará famosa y se venderá por una fortuna, lo que sería terrible. Debo decir que parecían una pareja muy unida, si bien algo triste, aunque es comprensible dadas las circunstancias. Me pregunto de dónde habrá sacado lord Seymour esa afición por las pelanduscas y las esposas de otros hombres.

—¡Mamá!

—Todo el mundo lo sabe, Lilibet. Es famoso por sus infidelidades. Qué complicados son los hombres, ¿verdad?

—Siempre he pensado que eran más bien simples —repuso la reina.

—No los subestimes, querida. ¿Qué sería del mundo sin ellos? Oh, mira, ya se están alineando para la primera carrera. ¿Puede alguien pasarme mis prismáticos?

30

Carrozza ganó la Oaks, con un joven y brillante jinete llamado Lester Piggott cruzando la línea de meta con una ventaja muy ajustada, y a su sombra el resto de junio palideció, hasta que llegaron los éxitos hípicos de Ascot. El mes de julio transcurrió en medio de un aluvión de visitas a distintos lugares, desde Wirral, en el noroeste, hasta Jersey, en las islas del Canal, y todas ellas se desarrollaron sin contratiempos.

Hubo momentos, en particular cuando el *Racing Post* celebró las victorias conseguidas en las carreras, en los que la reina empezó a preguntarse si al fin y al cabo habría imaginado todas esas traiciones y sabotajes. ¿Y si la crema que llevaba en Dinamarca, tan sospechosa, sólo formaba parte de un lote defectuoso? ¿Habría dado demasiada importancia a lo ocurrido en París? Pero entonces se acordó de Ingrid Kern. Aquel añadido a la agenda danesa de Felipe no había sido fortuito. Alguien deseaba causarles daño a ella y a su matrimonio.

A principios de agosto, Felipe partió hacia el sur, a la isla de Wight, para embarcar de nuevo a bordo del *Britannia* y participar en la regata de la Cowes Week. Carlos se unió a él por primera vez, a modo de pequeño regalo antes de volver a la escuela. Entretanto, la reina y Ana viajarían al norte en tren, pasarían unos días en Balmoral y se encontrarían con los príncipes más adelante.

Sus agendas, repletas desde la visita de Felipe a Portugal en febrero, volvían a estar llenas a partir de octubre, de modo que la reina estaba deseando que llegara el verano en Balmoral, con páramos para pasear y ríos donde pescar, y sólo tener que

preocuparse por la llovizna y los mosquitos.

Cuando se disponía a salir hacia King's Cross para tomar el tren real y viajar durante la noche, sir Hugh apareció en la puerta de su estudio con la misma cara que hacía cuando se perdió su discurso en París. Sólo que esta vez se trataba de algo peor.

—Ha aparecido un artículo sobre usted en una revista —declaró el secretario.

No era algo insólito. De hecho, en los últimos días lo raro era que las revistas publicaran algo sin incluir un artículo sobre ella. La reina frunció el ceño.

—¿En cuál?

—En la *National and English Review*.

—¿La conocemos?

—La leo de vez en cuando, majestad. En general es bastante sensata, pero me temo que esta vez el redactor ha sufrido una especie de brote psicótico. Ha escrito cosas que son... Bueno, no la aburriré con eso ahora, señora, pero baste decir que son groseras hasta el punto de la traición, y no sólo habla de usted, sino de toda la estructura de la corte y...

Colorado de indignación, sir Hugh se esforzaba en terminar la frase. Era algo muy poco corriente en su imperturbable secretario privado. Sin embargo, la reina sentía más curiosidad que alarma.

—¿Acaso importa? ¿Alguien lee la *National and English Review*?

—En condiciones normales no mucha gente, señora. Pero el problema es que el *Daily Express* se ha hecho con ella y lord Beaverbrook ha publicado un artículo en el que defiende rotundamente sus intereses. Y ahora, por supuesto, todo el mundo leerá la revista. Para cuando Su Majestad llegue a Escocia, me temo que no se hablará de otra cosa.

—Ponga un ejemplar en mis cajas. Lo leeré por el camino.

Estoy segura de que nos las arreglaremos, Hugh. Por cierto, ¿quién lo escribió?

—John Grigg, lord Altrincham, el director. Es un historiador; un hombre de Oxford que debería haber sido más sensato.

—Lo leeré con interés —prometió la reina, todavía divertida ante la arrebolada reacción de sir Hugh.

Leyó el artículo dos veces, entre Stevenage y Peterborough, y tuvo que esperar hasta la mañana siguiente, cuando llegó por fin a Balmoral, para conseguir un teléfono desde el que llamar a Felipe a Cowes. A esas alturas, el secretario privado del duque ya lo había informado al respecto. Su ira reverberó a lo largo de la línea telefónica.

—¡Ese maldito traidor! Deberían colgarlo, arrastrarlo por el polvo y descuartizarlo. ¿Quién es esta rata?

La reina se mostró de acuerdo hasta cierto punto. El artículo en cuestión era mucho peor de lo que había imaginado. Contenía ataques personales que resultaban extremadamente perturbadores: que si su forma de hablar era «un verdadero incordio»; que si al verla las palabras «colegiala mojigata» siempre acudían a su mente...

¿De verdad era así? Ella consideraba que era una mujer bastante accesible y abierta de miras.

El autor, sin embargo, afirmaba estar de su parte. Suponía que la monarca era una buena persona, pero según él se rodeaba de «una panda de relamidos vestidos de *tweed*» —no era de extrañar que sir Hugh casi tuviera un ataque de apoplejía— y no lograba conectar con su pueblo. El *Daily Express*, al salir en su defensa con leal indignación, había empeorado infinitamente un problema de poca importancia. Además, en agosto había pocas noticias de interés con las que llenar las portadas.

—¡La semana que viene ya circulará por el mundo entero! —

exclamó Felipe—. Ya sale en *The New York Times*. ¿Cómo se atreve? Seis mil personas ondearon sus banderas por ti en el bosque de Dean. ¡Seis mil! ¿Creían acaso que eras una mojigata?

Ella deseó con todo su corazón que no hiciera hincapié en esa palabra. Era demasiado hiriente.

—Parecían bastante contentos.

—Ese maldito Altrincham debería tener cuidado. Aunque con los bigotudos tiene razón. Conque relamidos vestidos de *tweed*, ¿eh? ¡Ja! Ahí da en el clavo. Ya sabes lo que opino sobre Hugh y Miles, pero... ¿contratar a sindicalistas y socialistas para sustituirlos? ¿De qué demonios está hablando?

—No estoy segura de que crea en serio que deba contratarlos.

—¡Entonces te convierte a ti en el blanco de su broma! —La indignación de Felipe ganó terreno de nuevo—. Y no tiene derecho a atacarte así, por Dios. No tiene ningún derecho.

La reina sintió lástima por la tripulación que lo acompañaba en el *Britannia*. Aunque Felipe tenía un genio tempestuoso y probablemente se habría apaciguado para cuando llegara la hora del almuerzo. Ella, por su parte, más callada y reservada, aún estaba resentida cuando se fue a la cama. Lo de que un día perdería «la flor de la juventud» seguía dándole vueltas en la cabeza y le resultaba especialmente amargo.

Aquello no la afectaba sólo por ella. Tampoco estaba del todo de acuerdo con Felipe respecto a los bigotudos. ¿Qué se suponía que debía hacer? Los sindicalistas y los socialistas quedaban descartados, pero ¿debía tratar de sustituir a sir Hugh y a los de su condición por jóvenes «ejecutivos» sin experiencia en la monarquía, en las tradiciones y en los innumerables y singulares aspectos de su trabajo?

En cualquier caso, al menos uno de los bigotudos no era el hombre que ella creía, y tenía que admitir que no se sentía segura. No era sólo el artículo de Altrincham lo que la inquietaba, sino también si encajaba en el patrón más amplio del

sabotaje al que estaba siendo sometida. ¿Era eso lo que los saboteadores habían estado tramando? Por el momento, lo único que podía hacer era poner al mal tiempo buena cara y esperar.

31

De regreso en Londres, Darbishire se quedó hasta tarde sentado al escritorio que le habían asignado en Scotland Yard, echándole un vistazo a la copia mecanografiada de su último informe y sabiendo que iría a parar a palacio, por razones que nadie le había explicado todavía.

Ese informe en concreto se lo habían devuelto dos veces con interrogantes sobre su forma de redactar. A su actual secretaria incluso le habían proporcionado una máquina de escribir mejor, pero él no había podido evitar manchar con tinta de periódico la segunda e inmaculada página. Sin duda volvería a sus manos.

De hecho, el problema de Darbishire no era el uso que hacía de las oraciones subordinadas, ni las huellas de tinta que habían dejado sus dedos tras diez minutos poniéndose al día con el *Evening Standard*, sino que su informe, en esencia, no decía nada. Pese a sus grandes expectativas iniciales, aquel documento era una admisión temporal de derrota redactada con elegancia. Sus temores sobre ese encargo, teniendo en cuenta que el poderoso George Venables no había querido aceptarlo para sí, se habían hecho realidad. Y la única persona en el mundo que no parecía estar tratando de detenerlo era... lord Stephen Seymour.

Darbishire había recibido otra visita. Empezaba a sentirse como una marioneta con demasiados hilos. El mismo caballero anodino con gabardina lo había abordado a la salida de la estación de metro de Sloane Square y los dos habían «dado un paseo juntos» hasta Orange Square.

—Nos hemos enterado, perdone que se lo diga, de que ha estado haciendo unas preguntas bastante agresivas sobre un

miembro del Gobierno —empezó el hombre.

Darbishire había señalado que en eso consistía su trabajo. Entonces el tipo le explicó, en términos inequívocos, que lord Seymour no estaba siendo protegido ni había intimidado a los testigos, pero que su reputación estaba sufriendo ya un enorme daño y no merecía sufrir calumnias adicionales.

El inspector no podía creer que lo tomaran por un idiota hasta ese punto. Qué otra cosa iban a decir, ¿no?

Justo en ese momento, el hombre de la gabardina se volvió hacía él.

—Estará pensando que íbamos a decir eso precisamente, ¿verdad? Entiendo muy bien por qué ha llegado a esa conclusión. Todo lo que puedo contarle es que es una teoría interesante, pero no la correcta. No estoy sugiriendo que lord Seymour no cometiera los asesinatos, pues le corresponde a usted probar o refutar ese punto. Sólo digo que él no habló con los Gregson. Me refiero a que hubiera sido un escenario bastante inverosímil, ¿no? —El hombrecillo soltó una carcajada—. Verá, inspector, detestaría que se perdiera en ese callejón sin salida. Estoy seguro de que tiene mejores cosas que hacer.

Así que ahora, suponiendo que el tipo de la gabardina no hubiera mentido, cosa que desde luego no podía descartar, Darbishire se sentía como un tonto por haber prestado oídos a las descabelladas fantasías de Woolgar. Pero si Seymour no lo había hecho —y en caso contrario, ¿cómo diablos se había salido con la suya?— y Billy Hill tampoco, ¿quién lo había hecho? ¿Y quién protegía al asesino? Darbishire aún se inclinaba a pensar que había sido un miembro del Gabinete, o tal vez del MI5, por razones que no alcanzaba a comprender.

En cualquier caso, Darbishire no estaba contento. Habían asesinado a dos personas de una forma espantosa y le estaban poniendo trabas para llevar a los culpables ante la justicia. Eso acabaría haciendo mella en la opinión pública y en la confianza de la gente, de modo que, si se trataba de un miembro del

Gobierno o del MI5, más les valía considerar ese aspecto también. Y si una banda tenía pillados por las partes íntimas a los altos cargos de la Metropolitana, ¡que Dios los ampare!

Por lo menos había tenido un éxito razonable rastreando los movimientos de Nico Rodríguez en los meses anteriores a los asesinatos. Además de sus estancias en Egipto, Omán y los antros de Marruecos y Mónaco, había entrado y salido de Londres tres veces en ese periodo, con el pretexto de entregar pequeñas muestras comerciales de algún tipo de plástico industrial. Darbishire sospechaba que, casi con toda certeza, se dedicaba al contrabando de pequeñas cantidades de drogas o armas, o estaba estudiando la forma de hacerlo.

Cuando estaba en Londres, se alojaba en el Marlborough, que no era un mal hotel, aunque no tenía la categoría del Dorchester. Ganaba mucho dinero en las carreras de caballos y se obsequiaba a sí mismo con puros y champán. Había visitado la agencia Raffles en persona, acudiendo a su pequeña oficina junto a Shepherd Market, en Mayfair, para echar un vistazo a sus catálogos y buscar chicas de su agrado. ¿Se sintió decepcionado cuando apareció Gina Fonteyn en lugar de Beryl White? De ser así, su reacción parecía un poco exagerada, ¿no? Y eso no servía para explicar qué le había pasado a él.

Darbishire había interrogado a la señorita White una vez más desde su último encuentro, o más bien había conseguido que lo hiciera el subinspector Willis, pues tenía muy claro que él la había intimidado demasiado con el primer interrogatorio y que Woolgar parecía asustarla con su mera presencia. Pero Willis tampoco triunfó esta vez. O bien la compañera de profesión de Gina Fonteyn no sabía nada sobre los motivos que habían llevado a Rodríguez a Cresswell Place aquella noche, o las consecuencias de contarlo le daban demasiado miedo. Willis era famoso por obtener resultados con esas mujeres, de modo que, si él no era capaz de hacerlo, nadie lo era.

Los informes de Darbishire no habían incluido su conversación

clandestina con Jimmy Broad, de la banda de Billy Hill. Al igual que con el hombre de la gabardina, Darbishire difícilmente iba a aceptar la palabra de un delincuente tan violento y curtido como Jimmy, por mucho que dijera «mi jefe no lo hizo». Pero el problema consistía en que el argumento de Jimmy, si no convincente, era al menos plausible. Por más que los asesinos de Cresswell Place se hubieran salido con la suya hasta el momento, los asesinatos en sí habían sido un desastre. Tenían a la policía pululando por todas partes y, como dijo Jimmy, ése no era el estilo de Billy. Le gustaba mantener a la pasma a distancia; siempre que pudiera, claro.

Darbishire había seguido investigándolo de todos modos, y así figuraba en ese informe. Pero en las sucesivas actualizaciones se vio obligado a admitir que no había ningún indicio entre los peristas conocidos de la banda de que les hubieran pedido deshacerse del contenido de la caja fuerte de lord Seymour, donde supuestamente se guardaba la tiara de diamantes robada. Tampoco había indicios de que tuviera la necesidad de vengarse de Rodríguez porque algún trato hubiera salido mal, o faltara parte del dinero, o no se hubiera entregado alguna mercancía. Y seguían sin hacer progresos con respecto a las malditas empresas propietarias de las agencias de señoritas de alterne y del club nocturno de Tánger, donde a Rodríguez le gustaba jugar. Quienes fueran los dueños de esos locales contaban con excelentes abogados y contables. Darbishire se quitaba el sombrero ante ellos.

El texto mecanografiado que tenía en las manos subrayaba que la investigación seguía en pleno funcionamiento: tenía a sus hombres por todas partes, llevando a cabo miles de interrogatorios. De puertas para adentro, sin embargo, estaba atascado.

Y así, su informe estaba lleno de itinerarios de viaje, anécdotas de casino y especulaciones sobre los destinos de vacaciones favoritos de lord Seymour y el contenido del equipaje

de Rodríguez. El texto estaba bien redactado, contenía varios ejemplos tan útiles como reveladores del uso del subjuntivo, y se había mecanografiado de manera impecable en una máquina último modelo de la marca Corona. El siguiente borrador estaría libre de huellas dactilares para cuando llegara la tarde del día siguiente, pero tampoco contendría verdaderos progresos.

En términos prácticos, Darbishire no estaba más cerca de descubrir quién había puesto la tiara en la bonita cabeza de Gina Fonteyn, o cómo dos hombres al menos habían entrado en la casa sin ser vistos (o por qué querrían hacerlo).

En realidad, casi estaba en el mismo punto que en abril, cuando empezó a ocuparse del caso. Su Majestad bien podía admirar su gramática, pero su falta de progresos no iba a despertar su admiración.

32

Durante varios días, ninguno de ellos mencionó abiertamente el artículo de lord Altrincham.

La familia real se reunió a bordo del *Britannia* para emprender un agradable crucero por las islas Hébridas. Era el único momento del año en el que podían estar a solas de verdad —sin contar a los doscientos marineros que, muy diplomáticos, los dejaban tranquilos—, así que la reina podía limitarse a ser Lilibet.

Felipe se mostró dispuesto a retomar el estallido de indignación donde lo había dejado, pero ella le pidió que no lo hiciera.

—Ahora no, si no te importa. Estamos de vacaciones.

De modo que él pasó a hablar, con idéntica pasión, de la nueva regata de yates que acababa de instaurar en Cowes.

Los rodeaba un paisaje cautivador, con islas de color violeta en el horizonte y playas de arena plateada donde hacer pícnics en familia. Carlos y Ana jugaban a avistar focas o algún enorme tiburón peregrino, pero la reina los venció a ambos cuando divisó con los prismáticos un grupo de saltarines delfines. Se acordó de los comentarios de su madre en las carreras: la costa occidental de Escocia se parecía mucho al paraíso. Conocía a varios ingleses y canadienses que se habían enamorado de Arisaig y Mallaig. Después de todo, no era tan raro que alguno de ellos deseara retirarse en esos parajes.

Entretanto, los miembros de la casa real mencionaban

indignados y entre murmullos el artículo del *The National and English Review*. Todos los que habían viajado a Escocia hablaron del tema con los amigos y desarrollaron sus propias teorías, aunque, al volver a Londres, Miles Urquhart visitó a los directores de los principales periódicos para asegurarles que el palacio se tomaba en serio el artículo, pero que no les preocupaba en absoluto.

La reina esperó hasta que estuvo de regreso en Balmoral, tras una reparadora y vivificante semana en el mar. Los niños estaban encantados de reencontrarse con sus vacas y ponis favoritos. Felipe fue a pasear por las colinas para comprobar las obras realizadas en la finca desde el año anterior, y ella se pasó todo el día cabalgando junto al río, y a medianoche se plantó bajo las estrellas para identificar las constelaciones, tal como le había enseñado su padre.

Pero, finalmente, ya no pudo postergarlo más. Convocó una reunión en su estudio con sir Hugh, Jeremy Radnor-Milne y Joan. Ya era hora de tomar una decisión al respecto.

—¿Cuál es el veredicto, Hugh? —preguntó sin más indicaciones.

—Es ambivalente, señora —respondió él—. Hay columnistas en Australia para los que Altrincham debería acabar en la Torre, y periodistas en Canadá para quienes tiene toda la razón. En Londres, como quizá ha visto ya en los periódicos, los directores de prensa se han unido contra él. Compadezco a ese hombre si se atreve a exhibir su rostro en las calles en este momento. La gente está disfrutando de esta pequeña oportunidad de unir a la nación. En general, el público está de su parte, majestad, aunque no de la mía, me temo: para ellos yo soy un «relamido cortesano de *tweed*» que la hace parecer «mojigata», en contra de su mejor naturaleza.

—Es muy fácil criticar a la gente que trabaja duro en segundo plano —repuso la reina, haciendo gala de solidaridad.

—Sólo estamos aquí para servirla, señora —intervino el secretario de prensa. Su labio superior se curvó en un gesto de ofendida lealtad—. Somos hombres de acero, podemos soportar este tipo de cosas.

—Ah, pero debo reconocer que en mi vestuario escocés hay más *tweed* que en el suyo —señaló la reina—. Y doy mi aprobación a los discursos. Sin duda yo también soy responsable de lo que digo, ¿no?

—Mmm. En cierto modo, señora, pero por otro lado creo que habría que considerar como es debido...

Radnor-Milne se encontró atrapado entre la deslealtad que suponía estar de acuerdo en que ella compartiera la culpa y la grosería de sugerir que la reina era una simple marioneta. No sabía cómo salir de ese atolladero.

—¿Qué opina usted, Joan? —preguntó la reina mientras Radnor-Milne trataba de dar con las palabras adecuadas.

—No siempre me fío de los periódicos —respondió Joan, viendo cómo el secretario privado y el de prensa se volvían alarmados al oír que «la mecanógrafa» expresaba una opinión—. Creo que la reacción del público es un poco más complicada que eso.

—Vaya, ¿y cuál podría ser esa reacción? —quiso saber sir Hugh mostrando su escepticismo—. Imaginemos a un hombre típicamente sensato, su padre, por ejemplo... ¿qué piensa él?

A Joan no le impresionó que el secretario privado pareciera considerar a su padre el portavoz de las clases trabajadoras. Y, de hecho, su opinión no sería de mucha ayuda.

—Mi padre está encandilado con usted, señora —admitió—. En su opinión, no hay nada que pueda hacer mal. Pero mi tía...

—¡Su tía! —exclamó Radnor-Milne torciendo el gesto—. No creo que nos haga falta saber qué piensa su tía de Bow de Su Majestad.

—Pues a mí me interesa mucho saberlo —terció la reina frunciendo el ceño—. ¿Joan?

La secretaria adjunta tampoco tenía claro que su tía Eva quisiera ser portavoz de las clases trabajadoras, pero sí tenía opiniones firmes. Opiniones que había tenido el placer de compartir en una carta que su sobrina había recibido justo el día anterior.

—Mi tía está de acuerdo en que el artículo era increíblemente grosero, pero le provocó una cierta nostalgia.

Radnor-Milne se mostró desdeñoso.

—¡Nostalgia, nada menos!

—¿En qué sentido? —quiso saber la reina.

—Dijo que Su Majestad es una mujer trabajadora y madre. Ella también trabaja y tiene tres hijas, pero ya no siente la misma conexión con usted. No como la que sentía cuando... —Joan vaciló.

—¿Cuando qué?

—Cuando era una joven novia, majestad.

—Una no puede ser una joven novia para siempre —murmuró la reina.

—Nadie podría envejecer con más elegancia que...

—Oh, cállese ya, Jeremy.

Joan continuó.

—Mi tía dice que todo el mundo estaba muy deprimido el invierno pasado, con el racionamiento de combustible y todo tan caro, y un nuevo primer ministro. Aun así, su discurso trató por entero sobre la Commonwealth. Lo cual estuvo muy bien, pero...

—Pero no hablaba sobre nuestro país en concreto —concluyó la reina, pensativa.

—En realidad, no. Mi tía desea la paz entre las naciones de la Commonwealth, claro, pero...

—Ya veo —repuso la reina.

«Echaba de menos a mi marido, que estaba lejos, en el Atlántico Sur, e ignoré lo que estaba pasando en nuestro país porque...»

Ni siquiera sabía exactamente por qué había ignorado lo que

pasaba en casa. Pero sí sabía que había tenido la intención de ser una inspiración para las mujeres como la tía de Joan en Bow, y si no había logrado serlo, debía hacer algo al respecto.

A partir de entonces, la conversación tomó un rumbo interesante. Todos contemplaron la posibilidad de presentarla como alguien de carne y hueso, como sus súbditos; alguien que pensara en ellos y sintiera como ellos, como en efecto ocurría, y que no se limitara a darles palmaditas en la cabeza con generalidades condescendientes y nobles aspiraciones. Al secretario de prensa le pareció una idea espantosa, pues sus nobles aspiraciones eran lo que la volvían tan... («Ahora no, Jeremy.») Sir Hugh intuía que aquel nuevo rumbo tenía posibilidades, pero no se le ocurrieron soluciones prácticas que sugerir, más allá de que la reina bautizara con su nombre un nuevo pastel.

—¿Qué le parece el «bizcocho Isabel», majestad? ¿Una variante de la tarta Victoria, pero con una mermelada diferente, tal vez? Podríamos organizar un concurso. Pondría de relieve su interés por los asuntos domésticos. La receta de pollo al curry en su coronación tuvo muchísimo éxito.

La reina se mordió el labio. Al rememorar el artículo, tuvo una visión de Margarita a los once años, con los brazos en jarras y gritando: «¡Menuda mojigata estás hecha, Lilibet!» Aquel día, había levantado la barbilla y se había alejado con gran dignidad. Pero ahora, mirando atrás, sí le parecía que había sido un poco mojigata. Quizá su hermana no era la única que se había dado cuenta.

—No estoy segura de que un pastel sea la respuesta, Hugh.

Tras la reunión, la reina le pidió a Joan que se quedara.

—Supongo que estoy en lo cierto: su tía no se apaciguaría con un pastel, ¿verdad?

—Creo que, en cierta manera, se sentiría insultada, majestad.

Ella sabe hacer sus propios pasteles.

—Mmm.

—Aunque muchas de sus amigas sí quedarían encantadas.

La reina planteó entonces la cuestión relevante de verdad.

—¿Qué opinión le merece ese artículo? ¿Podría ser parte de la campaña en mi contra?

—Le he estado dando vueltas a eso, por supuesto, señora. Al principio me pareció obvio que sí, supuse que era el comienzo de algo más... manifiesto —explicó Joan—. Pero ayer, cuando recibí la carta de mi tía, empecé a pensar...

—¿Que de hecho nos está siendo de ayuda?

—Sí, señora, o lo pretende al menos. El artículo en sí era muy educado. No se trataba de una crítica personal, sino más bien de lo que decía mi tía: que a la monarquía le hace falta mostrarse menos distante.

«Los halagos no hay que darlos a paletadas», pensó la reina. A veces, lo que uno necesitaba era la verdad pura y dura.

—¿De modo que no cree que Altrincham esté involucrado en el complot? Debo decir que yo tampoco, la verdad.

—Más bien al contrario, de hecho —coincidió Joan.

—¿Y qué hay de sir Hugh? Ya lo ha visto hace un momento.

—Se esfuerza en intentarlo, señora, en hacer lo correcto. Lleva toda la semana tratando de hacerlo. No estoy segura de que la respuesta sea un nuevo pastel, pero...

—Pero parece actuar teniendo siempre presente lo mejor para mí, y lo hace lo mejor que puede. Y luego está Jeremy...

Joan asintió.

—Él no quiere que usted haga nada, majestad. Y con Miles Urquhart ocurre otro tanto, por cierto.

—Y en este caso parece que no hacer «nada» puede ser una forma peligrosa de actuar. Pero es difícil distinguir la lealtad excesiva de un sutil deseo de hacer daño.

—Mantendré los ojos bien abiertos —prometió Joan—. Si sir Hugh forma parte del complot, será muy difícil demostrarlo,

pero si es el caso de cualquiera de los otros dos, estoy segura de que pronto tendré pruebas.

—Admiro su confianza —confesó la reina—. El primer ministro ha dejado muy clara la importancia de mi visita a América. Si siguen la misma pauta, harán todo lo posible para causar problemas en octubre. Sólo nos quedan unas semanas para detenerlos. —Suspiró—. Y todavía tenemos que averiguar «por qué».

—Lo haremos, majestad —le aseguró Joan— Gracias a Dios, no parecen ser muy hábiles.

La reina apretó los labios.

—Pero con lo de la crema facial llegaron peligrosamente cerca. Y no puedo confiar en que Bobo me salve siempre. Espero, Joan, que encuentre pronto lo que necesita.

33

Aprovechando una tarde tranquila, la reina se unió a Felipe en un paseo a caballo por las colinas circundantes. Era maravilloso estar rodeados del brezo de tonos violeta y sin que amenazara lluvia durante las próximas horas.

—¿Qué pasa con Altrincham? ¿Está ya en la Torre de Londres? —preguntó Felipe.

—En realidad, le hemos dado bastantes vueltas a todo lo que escribió —repuso ella—. Joan va a tener unas tranquilas palabras con él.

—¿A modo de advertencia?

—No, de agradecimiento.

—¿Cómo? ¿Piensas agradecerle todas las paparruchas que soltó sobre ti?

—No todo eran paparruchas —admitió la reina—. Al parecer, una parte de la opinión pública está de acuerdo. —No mencionó a la tía de Joan, pero sir Hugh había llevado a cabo un sondeo y descubierto, para su decepción, que no era la única—. Es encantador que tanta gente haya salido en mi defensa, por supuesto, aun así... una tiene que aprender de estas cosas y cambiar un poco.

—Vaya.

Aquello dejó pensativo a Felipe durante un buen rato. Siguieron cabalgando envueltos en un agradable silencio. Por debajo de ellos, el río Dee brillaba bajo un retazo de luz del sol, y un águila planeaba perezosamente en lo alto. La reina no habría deseado estar en ningún otro lugar ni con nadie que no fuera aquel hombre, deseoso de ayudar y que ya barajaba soluciones, como ella podía ver en su rostro. Su cerebro no

descansaba nunca. Parte de la rudeza de Felipe —y sabía que podía ser rudo, incluso con ella a veces, aunque reprendía con ferocidad a cualquier otro que lo fuera— era fruto del hecho de que a menudo iba dos pasos por delante de la persona con la que estuviera hablando. Era un hombre que vivía en el futuro, mientras que ella se aferraba, a veces con demasiada fuerza, al pasado.

—¡Mira eso!

La reina señaló el cielo. Al águila se le había unido otra, y ambas describían ahora elegantes y complicados giros. La pareja real se arrellanó en sus sillas de montar para contemplarlas.

Finalmente las aves se perdieron de vista tras las cimas de las montañas.

—Tienes razón, Lilibet —dijo Felipe con firmeza.

Ella había olvidado de qué estaban hablando.

—Vaya. Qué bien.

—Es una oportunidad para el cambio, y llega en el momento perfecto. Altrincham mencionaba la televisión. Deberíamos utilizarla.

Ay, Dios. Televisión en directo; nada le parecía más aterrador. Cómo no, su marido tenía que fijarse precisamente en eso.

—Pero él decía que era a ti a quien se le daba muy bien —le recordó la reina con cierta acritud.

—¿De veras? Bueno... Tú ofreciste una imagen un tanto confusa durante la Coronación. Pero ahora tienes en perspectiva tu mensaje de Navidad.

—No me lo recuerdes.

—Podrías practicar mientras estemos en Canadá. También tendrás ese acto delante de sus cámaras.

—¡Lo sé! ¡En francés y en inglés!

Y ante varios millones de personas. Le aterraba la idea.

Felipe continuó.

—Pues ahí lo tienes: en Navidad no te hará falta el francés. Es la oportunidad perfecta. La tecnología ha avanzado a paso de

gigante desde el cincuenta y tres. Ahora la imagen es mucho más nítida.

—¿Y eso es bueno?

—Claro que sí. Ya sabes lo locos que los vuelves a todos cada vez que te ven en carne y hueso. Podrías presumir de tus nuevas dotes de oradora.

—Si las tengo para entonces.

—Las tendrás.

—No soy exactamente Robin Day —protestó la reina.

—No es una entrevista, Lilibet, sólo un discurso. Pero debería ser un discurso decente, no uno de esos tan relamidos de Hugh. Algo moderno, para el hombre moderno... Y para su esposa moderna —añadió.

De modo que Felipe estaba de acuerdo con Altrincham, al fin y al cabo.

—Pero si Hugh no puede ayudarme a escribirlo, ¿quién lo hará?

—Yo mismo —se ofreció él con una amplia sonrisa, antes hacer que su caballo diera la vuelta para guiarlos a ambos de regreso a Balmoral.

—Sí, claro que podrías hacerlo —se apresuró a decir ella—. Pero... necesitaría a un buen profesional, ¿no crees?

Felipe se volvió en la silla.

—¿Y si metemos en esto a Daphne?

—¿Daphne?

—Ya la conoces. Tendríamos que traerla de Menabilly, pero estoy seguro de que esto le encantaría.

¡Daphne! No era una mala idea, desde luego. La reina no había considerado trabajar con una mujer en algo tan importante, pero ¿por qué no?

Daphne era la esposa del muy querido tesorero de Felipe, el general sir Frederick Arthur Montague Browning, Boy para los amigos y la familia, y héroe de la Primera Guerra Mundial. En la segunda, había contribuido a fundar la Primera División

Aerotransportada y guiado a sus hombres a través de los horrores de Arnhem, en 1944. Era sociable, organizado, militar hasta la médula... Quizá la última persona que uno esperaría ver casada con una novelista sensible como Daphne. Sin embargo, formaban una pareja divertida, tanto en Londres, donde Boy trabajaba con Felipe en palacio, como en Cornualles, donde Daphne tenía sus dominios.

—Le debemos una invitación —dijo Felipe—. Pasamos un día estupendo navegando con ellos en el Helford, ¿te acuerdas? Casi te caes al agua, pero Daphne te rescató justo a tiempo.

—Estaba perfectamente a salvo. Sólo me sorprendió que hicieras una virada tan brusca.

—Yo nunca hago viradas bruscas. En cualquier caso, es muy buena escritora. A mí no me acaba de convencer, pero al público en general parece gustarle. Es probable que se aburra mortalmente en Cornualles. Sin duda agradecería tener compañía, y haría un muy buen trabajo.

Sí, era probable, coincidió la reina. Daphne era incisiva, observadora e ingeniosa; «otra emprendedora», se dijo. Sin duda entendería el problema y sería franca con respecto a lo que haría falta para solucionarlo.

—Sí, de acuerdo. Vamos a proponérselo.

Una tenía que ser valiente. Si no asumía retos difíciles y los superaba, ¿cómo podía pedirle a su pueblo que hiciera lo mismo?

La reina dejó de lado los rumores que había oído sobre que Daphne era la mujer a la que Felipe había acudido antes de proponerle matrimonio a ella. Su amor nunca se había puesto en duda, pero nadie podía negar los sacrificios que un orgulloso oficial de la Marina, joven y exitoso, iba a tener que hacer casándose con una futura soberana. A partir de ese momento, desempeñaría un papel secundario durante el resto de su vida.

En cualquier caso, si en efecto había hablado con Daphne en Menabilly, era de suponer que ella le había aconsejado seguir

adelante con el matrimonio, porque él se había comprometido con fervor y plenamente, al igual que la propia Isabel. Las dudas no tenían importancia, siempre y cuando se mantuviera firme en su decisión. El matrimonio era un acto de fe cotidiano, eso ella lo sabía muy bien.

34

Balmoral se había construido para recibir invitados, y no tardó en llenarse de parientes y amigos. El 15 de agosto era el séptimo cumpleaños de la princesa Ana. El día amaneció como una de esas jornadas magníficas y soleadas que lucen más en las Highlands escocesas que en cualquier otro lugar sobre la faz de la tierra. Lo celebraron con un pícnic en los jardines organizado por Felipe y con unos juegos orquestados por la reina madre, que además participó con gran entusiasmo.

La madre de la reina rebosaba de anécdotas sobre su reciente visita, en representación de la Corona, a Rodesia y Nyasalandia. Ese viaje había tenido muy preocupada a su hija, pues no podía dejar de pensar en lo que le había ocurrido a ella en París. Les había implorado a los funcionarios que la acompañaban que velaran por su madre en todo momento, y así lo habían hecho; nada había salido mal.

—Todos estuvieron encantadores —insistió alegremente su madre.

La gente solía serlo cuando la tenían cerca: costaba no sentirse así cuando era evidente que ella misma estaba pasándolo en grande.

¿Hubo algún intento de sabotaje que había fracasado? ¿Fue pura suerte que su madre se librara o eran sólo ella y Felipe quienes corrían peligro? La reina no lo sabía.

Se distrajo observando cómo corrían sus hijos por el jardín en una busca del tesoro. Estaban un poco atolondrados con tanta atención y tanto pastel de chocolate, y Felipe intentó calmarlos un poco, pero no le hicieron caso.

Poco después, su marido se acercó a ella, riendo.

—Esto se va a cobrar su precio. Hoy será imposible meterlos en la cama, y por la mañana estarán de muy mal humor, sobre todo Carlos. Ana es indestructible, mírala.

Eso le recordó algo a la reina. En realidad, llevaba tiempo dándole vueltas, y el último informe del inspector Darbishire había empeorado la cosa. Aprovechó que su marido estaba de tan buen humor.

—Aquella noche de marzo —dijo—, cuando llegaste tarde a casa...

—¿Qué noche? —Felipe se volvió hacia ella con brusquedad.

—Ya sabes cuál.

—No sé de qué me hablas.

—Yo creo que sí. Me resultaría muy difícil explicarte...

Él apretó los dientes.

—¿Qué tiene eso que ver con nada? ¿Alguien te ha preguntado?

—Bueno, no, pero...

—Un hombre tiene derecho a entrar en su propia casa cuando le convenga. Y no llegué tan tarde, quizá fuera un pelín pasada la medianoche. Si alguien te pregunta, mándamelo a mí... ¡Eh! ¡Carlos! ¡Espera a tu hermana, pequeño monstruo!

Se alejó a grandes zancadas, dejando a la reina allí plantada.

Ella se mordió el labio inferior con fuerza y sonrió con gesto animoso a su madre cuando ella se volvió para ver si pasaba algo.

Aquella noche, despierta en la cama, la reina se sintió muy sola.

Le preocupaba su familia. La cuestión era... Normalmente, intentaba no seguir el curso de los pensamientos tenebrosos hasta su conclusión, porque, para ser sincera, ¿cómo podía una seguir adelante si lo hacía? Pero la cuestión era que, si alguien trataba de cometer un acto de sabotaje contra ella y Felipe, si no la querían como reina por la razón que fuese, ¿dónde terminaría

todo el asunto?

Si de algún modo se deshacían de ella, ¿qué sería de Carlos y de Ana? ¿Qué sería de Margarita, si su reducida familia desaparecía? Era horrible contemplar esa posibilidad, pero la reina tenía que revisar de forma regular los planes oficiales secretos para esa clase de contingencias. Otras familias reales habían sido borradas del mapa con anterioridad. Sus primos de Rusia habían sido aniquilados cuarenta años antes; otros tronos se habían perdido en ese mismo siglo en Alemania, Bulgaria, Portugal, Rumanía, Italia... La familia del propio Felipe tuvo que abandonar Grecia y exiliarse cuando él era un bebé. Lo imaginó como refugiado en un barco, acostado en una simple caja de naranjas, dependiendo de la generosidad de los extraños. Esos peligros eran reales y recientes.

No sólo tenía que pensar en sí misma. Le preocupaba Carlos, un niño sensible que ya empezaba a cobrar conciencia de las obligaciones que le esperaban y los sacrificios que se le exigirían. La pequeña y valiente Ana parecía indestructible, como decía Felipe, pero incluso ella tenía sus puntos vulnerables...

Eso le recordó una vez más el informe de Darbishire.

La reina se incorporó contra las almohadas y pensó en su preciosa hija. La primavera anterior, Ana había sufrido un repentino y terrible dolor de oído, sin duda alguna a causa de alguna infección contraída en la piscina de palacio. La había hecho sufrir muchísimo. Ana no solía llorar, a no ser que le ocurriera algo a alguno de los animales, pero aquella tarde lo había hecho desconsoladamente, y después del baño había soltado un desgarrador: «¡Haz que pare ya, mamá!»

Ella había pasado media hora más con su pequeña, cantándole y recitándole poemas de la antología de versos ingleses de Palgrave, antes de dejarla en las cariñosas manos de la niñera, pero después había oído un llanto procedente del cuarto de los niños en el piso de arriba. Así que también aquella noche le fue

imposible dormir.

Era el último día de marzo, lo recordaba muy bien: el domingo anterior a su salida hacia Broadlands, donde Felipe se reuniría con ella más adelante y desde donde finalmente partirían juntos hacia París.

La noche de aquel domingo había visto pasar las horas del reloj mientras pensaba en el sufrimiento de la pobre Ana, y por último había renunciado a conciliar el sueño. Había echado mano de la Biblia para leer algunos versículos de los Salmos y del Libro de Salomón, que solían tranquilizarla.

Cuando volvió a levantar la vista del texto, eran las cuatro y media de la madrugada. Algo la había perturbado: un ruido en el pasillo, en el exterior de su dormitorio. Había aguzado el oído, preguntándose si Ana la necesitaría, pero en realidad era Felipe, que acababa de llegar. Lo había oído murmurar algo al lacayo en la puerta de su habitación, al otro lado del pasillo.

Después, por fin consiguió dormirse.

Al día siguiente tuvo una agenda muy apretada, y por la noche todos se habían distraído con el programa *Panorama* de la BBC, que en esa ocasión trataba sobre la cosecha de espaguetis en Italia. Al parecer, allí la pasta crecía en los árboles. Varios en palacio se lo habían tragado sin reservas —al fin y al cabo, era la BBC—, hasta que se anunció que era una broma del 1 de abril, el día de los Inocentes para los anglosajones. Felipe no interrumpió la animada conversación que siguió y no mencionó nada de dónde había estado la noche anterior hasta casi romper el alba. Y ella no se lo preguntó; una no quería ponerse pesada.

Sinceramente, se había olvidado del asunto, hasta que volvió a oír la fecha del 31 de marzo en París, en el contexto de los asesinatos de Chelsea. Tras el inesperado y furibundo arranque de ira con el delicado gemelo, Felipe la había utilizado sin problemas como coartada para aquella noche. «A las once ya me había metido en la cama...», «sólo mi equipo de escoltas y Su Majestad pueden defender mi inocencia». Sus escoltas eran

famosos por su discreción. ¿Y quién cuestionaría a una reina?

Pero los lacayos que se apostaban en los pasillos sin duda conocían la verdad, igual que los guardias de las puertas del palacio que trabajaban aquella noche y los otros tres o cuatro sirvientes con los que se habría encontrado al entrar. Uno podía confiar en la lealtad y la discreción hasta cierto punto; no podía arriesgarse a depender de ellas eternamente.

Estaba claro que la mención de Cresswell Place también había significado algo para él. La reina había abrigado la esperanza de ver algo en los informes policiales que pudiera explicarlo, y ése era el motivo por el que los había pedido. Pero allí no había nada...

¿Qué le estaban ocultando?

El inspector había señalado en el primer informe que las declaraciones de los testigos no cuadraban del todo, pero no había insistido en ello en ninguna actualización posterior. ¿Por qué?

Su pequeña familia estaba sufriendo ataques desde fuera y desde dentro. La reina no se lo había contado a nadie, por supuesto, porque ni siquiera podía esperar que su querida madre fuera a guardar un secreto como aquél. Había confiado en que Darbishire resolvería el caso, pero su último informe apenas contenía información, más allá de nuevos detalles sobre la víctima masculina.

Rodríguez, ese tal Nico Rodríguez, como la reina sabía ahora que se llamaba, solía jugar en el Chamberlain de Tánger, y eso le interesaba porque era uno de los clubes preferidos del duque de Maidstone, que le había revelado cuál era la especialidad de las chicas de la agencia Raffles. Algo en los nombres de ese club y esa agencia hacía brotar una chispa de conexión en algún rincón de su cerebro, pero no era capaz de pensar en dos hombres más distintos que sir Thomas Stamford Raffles, un rico coleccionista que trabajaba para la Compañía de las Indias Orientales —o incluso que A. J. Raffles, el ficticio y en cierto sentido

maravilloso ladrón y caballero—, y Neville Chamberlain, el desafortunado ex primer ministro.

Entretanto, el informe no mencionaba nada sobre los insólitos visitantes de Cresswell Place, ni sobre el disparo, que la policía parecía haber descartado como el petardeo de una motocicleta, ni sobre ninguno de los aspectos del caso que más la preocupaban.

Se quedó despierta hasta tarde, en silencio, reflexionando sobre todo aquello, y a la mañana siguiente, para sorpresa de Felipe, era ella, y no los niños, quien estaba de muy mal humor.

35

Joan regresó a Inglaterra tras pasar tres semanas en el norte. Sir Hugh, que se tomaba su único periodo de descanso anual por Navidad, permanecería en Balmoral durante todas las vacaciones de verano, aunque se escapaba algún fin de semana para visitar a amigos que poseían fincas cercanas. Los demás miembros de la Secretaría Privada se turnaban para estar junto a la reina, alternándolo con estancias puntuales con sus familias.

Aliviada por haber recuperado cierta libertad, Joan pasó unos días felices con su padre en Cambridge, compitiendo cada mañana con él para completar el crucigrama del *Times* y paseando en un bote con algunos estudiantes de posgrado hasta Grantchester, donde se instalaban a orillas del Cam con una botella de zumo y una caja de bollos de Fitzbillies, en Trumpington Street.

Le encantaba la solidez atemporal de las antiguas facultades de piedra. A menudo, a primera hora de la mañana, antes de que llegara el grueso de la gente, era capaz de imaginar que vivía en el siglo xvi. Por las noches, la cosa no era muy distinta: los compañeros insistían en invitarla a tomar jerez en la sala comunal de los alumnos de los últimos cursos, iluminada con velas, para intentar sonsacarle detalles sobre su nuevo trabajo.

Al llegar al corredor norte del palacio de Buckingham, el primer día de su regreso, oyó risas procedentes del despacho que compartían las secretarias. Era el cumpleaños de Dilys Entwistle, y otra de las chicas había llevado un pastel. En cuanto entró, Joan advirtió que bajaban la voz y se mostraban cautelosas.

—¿Le importaría llamar al secretario de prensa, señorita McGraw? —preguntó Dilys con educación—. Nunca dice que no

a una ración de bizcocho Victoria.

Jeremy Radnor-Milne había viajado con ella desde Escocia, y se había pasado el largo trayecto despotricando contra lord Altrincham y describiendo a Su Majestad como a una Mary Poppins, prácticamente perfecta en todos los sentidos. Opinaba que cualquier cambio en sus discursos de alabanza a la Commonwealth estaba «condenado al fracaso», pero apoyaba a regañadientes la idea de sir Hugh de organizar un concurso de «bizcochos Isabel», siempre y cuando no se faltara al respeto a su tatarabuela, la reina Victoria.

Joan llamó a la puerta de su despacho y la abrió una fracción de segundo después, una maniobra que había perfeccionado en los últimos meses, con la esperanza de pillarlo haciendo algo a escondidas. Él odiaba que hiciera eso, pero era demasiado educado para decirlo. A ella le encantaba aprovecharse de sus buenos modales.

—Dilys está cortando su pastel —explicó—. No tengo ni idea de por qué hace eso a estas horas de la mañana, pero quiere saber si le apetece un trozo.

Jeremy levantó la vista de su escritorio con una sonrisa tensa.

—¿Ah, sí? Qué simpática. Recuerdo haber firmado una tarjeta por su cumpleaños la semana pasada. Cumple cuarenta y cinco, creo... aunque uno nunca debe preguntarle la edad a una mujer. Supongo que se jubilará pronto. Nos vemos ahí fuera.

Se levantó sin apartar los ojos de Joan e hizo ademán de cerrar la carpeta que tenía delante, pero cambió de idea, dejándola abierta. Ella notó que estaba muy parlanchín; normalmente no tenía gran cosa que decir sobre las secretarias.

El habla un tanto acelerada y el contacto visual, la expresión petrificada... Eran indicios que Joan había visto antes, cuando trabajaba con agentes alemanes capturados. Si alguien no quería que supieras algo, a menudo lo compensaba con una reacción exagerada. Cuanto más le sonreía un prisionero y le sostenía la mirada, cuanto más se inquietaba, más indagaba ella con sus

preguntas.

En esta ocasión, Jeremy parecía querer evitar claramente que ella mirara su escritorio. Él mismo se había resistido a mirarlo, incluso cuando lo natural hubiera sido hacerlo.

Por fin la estratagema de abrir la puerta de golpe había funcionado. Joan sólo necesitaba saber qué se suponía que no debía ver.

—¡Dios mío! ¡¿Eso era una rata?! —chilló, mirando fijamente la pared detrás de él y señalando el zócalo bajo la ventana con un dedo tembloroso.

Jeremy se volvió para mirar.

—¿Dónde?

—Se ha metido detrás de la estantería. ¡Era enorme!

—Estoy seguro de que como mucho es un ratón, Joan. A estas alturas tiene que haberse acostumbrado a ellos. Sin duda en Bow también los había, ¿no?

—Sí, los había, ¡pero este bicho era un verdadero monstruo!

—Yo no he visto nada —murmuró él, volviendo a su escritorio —. Y no he oído correteos últimamente. Tiene una imaginación muy vívida. En fin, ¿qué tal si vamos a felicitar a Dilys? Sólo tomaré un trocito, me parece. Tengo que cuidar la línea.

La acompañó al exterior de su despacho empujándola con suavidad hacia el pasillo, cerró la puerta detrás de él como solía hacer y se guardó la llave en el bolsillo.

Durante los pocos segundos que él le dio la espalda, Joan había hecho un inventario mental de todo lo que había sobre su escritorio. Sólo destacaba una cosa: un sobre recién abierto, junto al antiguo puñal mogol que al secretario de prensa le gustaba utilizar como abrecartas. El aspecto de la misiva era sugerente. La imagen del membrete parecía de la realeza, pero ella nunca la había visto antes. Probablemente varias personas de palacio podrían decirle de qué se trataba, pero no se atrevía a compartir sus dudas con ninguna de ellas. Sólo se le ocurría una persona a la que pudiera preguntárselo.

Hector Ross llevaba un par de días sin acudir al apartamento de Dolphin Square. En la tarde del día 16, Joan se sintió aliviada al verlo de nuevo ante los fogones, preparando algo con huevos y mantequilla.

—Estoy haciendo una tortilla. ¿Quieres una? —preguntó.

—¿Habrá suficientes huevos para los dos? —preguntó ella.

—De sobra. He traído media docena del campo. Y el fin de semana recogí algunas hierbas en el jardín. Es una receta italiana, para acompañar este vino.

Joan observó la botella que descansaba sobre la encimera, con la etiqueta escrita en italiano y el dibujo de un gallo negro. El vino de la copa que Hector se había servido tenía un color rojo oscuro. Parecía apetecible. Se preguntó si su casero habría pasado parte de la guerra luchando en Italia.

—Gracias.

Dejó que le sirviera una copa y lo observó mientras trabajaba. Era el momento perfecto para lo que estaba a punto de decir: siempre era más fácil cuando no tenías que mirar a alguien a la cara.

—Por cierto —empezó, procurando que su tono sonara despreocupado—, hace poco vi a una de las secretarias muy aturullada por una carta. Sólo la vi de lejos, pero me preguntaba de quién sería. La chica estaba muy nerviosa.

—Vaya. —Hector echó un vistazo a la tortilla que estaba terminando. Tenía un aspecto jugoso y dorado. El chisporroteo y el olor eran sorprendentemente agradables teniendo en cuenta que emanaba de unos ingredientes tan sencillos—. ¿Y qué es lo que viste?

—Había un escudo. ¿Es posible que lo reconozcas? Aún estoy aprendiendo.

—A lo mejor sí.

—Era bastante pequeño. Un hexágono azul con una corona en la parte superior y una inscripción en el borde, y alguna clase de símbolo en el centro.

—Mmm. ¿Eso es todo?

—Sí.

—¿Podría haber sido una letra y no un símbolo? ¿Una E, tal vez? —preguntó él.

Joan lo pensó un momento.

—Sí, es posible. Si estuviera en el ángulo adecuado para encajar en el hexágono.

Hector asintió, levantó la sartén y deslizó la tortilla ya lista sobre un plato que la esperaba. Colocó otro plato encima para mantenerla caliente mientras derretía un poco más de mantequilla en la sartén.

—Debía de ser del duque de Windsor, Eduardo... aunque sólo fue oficialmente Eduardo durante unos meses, supongo.

—Sí —reflexionó Joan—. En realidad es David, ¿no?

—Es difícil saber qué es ahora mismo, excepto *persona non grata*. Debe de haber escrito desde París. Pero es extraño, creía que ni le dirigían la palabra.

—Mmm.

Hector batió dos huevos más en un tazón con una pizca de sal y pimienta. Vertió la mezcla en la sartén chisporroteante.

—Por supuesto, Wallis tenía un membrete similar a conjunto con el suyo, aunque no llevaba la inscripción alrededor del borde, me parece. La letra central que viste no podía ser una W, ¿verdad?

—No estoy segura —repuso ella con aire desenfadado—. ¿Quieres que ponga la mesa?

—Adelante.

Joan sacó cuchillos y tenedores de un cajón y vasos de agua de un armario.

Sí sabía qué letra era: sin duda una «E», no una «W».

Le preocupaba un poco que Hector ni siquiera se hubiera dado la vuelta para mirarla mientras le hablaba, pese a mostrarse tan servicial. Era como si notara que ella intentaba evitar darle

demasiada importancia a la cuestión y, en consecuencia, él hiciera otro tanto.

Cualquiera que hubiera estado en Longmeadow Hall en la época de aquel infausto general de brigada Yelland tenía el ingenio muy aguzado... Y la capacidad de un jugador de ajedrez de ir varias jugadas por delante. Joan tenía mucho que ocultar, e intuía que Hector lo había captado casi todo. Sólo podía confiar en que no le importara gran cosa o en que no estuviera en posición de hacer mucho al respecto.

36

Daphne du Maurier llegó a Balmoral en los últimos días de agosto, junto con un West Highland terrier, dos grandes baúles con ropa de primera calidad y una sensación de temor, si bien esto último tuvo buen cuidado de ocultárselo a sus anfitriones. Su querido marido, Boy, no se encontraba nada bien: su ajetreada vida le había pasado factura. Estaba muy preocupada por él, pero lo había dejado en casa —en Menabilly, con los niños, la niñera y un equipo de enfermeras razonablemente competentes, o eso esperaba— y había cruzado de punta a punta las islas Británicas, porque eso es lo que hace una cuando se lo pide su soberana, ¿no?

Balmoral sería un espanto. Allí el campo era una auténtica delicia, pero, para disfrutarlo, Daphne necesitaba libertad personal y paseos solitarios. Sentía pánico sólo de pensar en cambiarse de ropa varias veces al día y dedicarse a charlar con docenas de cortesanos. Lord Altrincham había descrito a la perfección cómo era la vida de la reina. A Daphne le caía muy bien la joven pareja real, pero el mundo en el que vivían era muy estirado, eso no podía negarse. Sin embargo, al parecer le pedían ayuda precisamente para solventar ese problema, de modo que había un destello de esperanza.

La recibieron con entusiasmo. La reina le comentó que había releído *Rebeca* con motivo de su visita y que había olvidado que fuera tan escalofriante... Y qué inteligente, ¿verdad? Hacía que una viera a las amas de llaves bajo una luz completamente distinta.

En las primeras cuarenta y ocho horas ya se organizaron un pícnic y una barbacoa (ropa informal), un paseo a caballo con

los niños (ropa de montar), dos alegres cenas (ropa elegante) y un baile (traje de noche). Aun así, Daphne percibió algo en el ambiente: una suerte de desazón entre la pareja, la sensación de que algo estaba tambaleándose y fuera de su eje, como una peonza que hubiera perdido el centro de gravedad.

En realidad, aquello no la sorprendía. Diez años de matrimonio desgastaban a cualquiera. Dios sabía que su propio matrimonio no era perfecto, con Boy yendo y viniendo entre Cornualles y Londres y el riesgo de que la bebida le cavase una tumba temprana. Y eso no era lo único que su marido había estado haciendo en Londres... ¿Y Felipe? ¿De verdad había hecho en el Pacífico Sur todas esas cosas de las que lo acusaban los periódicos? Fuera como fuese, ni él ni Isabel parecían saber cómo ponerle remedio. Y, por supuesto, nadie mencionaba el tema, ni directa ni indirectamente. En su lugar, hablaban de que deberían enfrentarse a las cámaras en Navidad y también en Canadá, y de lo que la reina iba a decir, y de cómo hacer que no pareciera la capitana bonachona del equipo de baloncesto femenino.

—No acabo de saber qué estoy haciendo mal —comentó la reina, más desconcertada que disgustada—. Sé que las cosas están muy difíciles para todos, en particular después de Suez. Intento mostrarme alentadora.

—No quieren unas palmaditas en la espalda —explicó Daphne —. Quieren sentir que sus sufrimientos te afectan.

—¡Pues claro que me afectan! ¡Cómo no van a afectarme!

—¿En serio, Isabel?

Daphne dijo eso con suma suavidad, pero la reina pareció sorprendida de que se pusiera en duda su empatía. Se quedó muy callada; no enfurruñada, sino pensativa. Se le daba bien escuchar, pensó Daphne.

—Lo que quiero decir es que... Fíjate en Marilyn Monroe, por ejemplo. ¿Viste *El príncipe y la corista* este verano?

—Pues sí, la vimos.

—Lo más adorable de ella son los momentos en los que se siente insegura. Si quieres conectar con tus súbditos, no puedes ser fuerte todo el tiempo. A veces es necesario que admitas tu vulnerabilidad. Eres esposa y madre, con todo lo que eso conlleva. Puede parecer una desventaja, y sabe Dios que a mí desde luego me lo parece, pero forma parte de tu encanto.

—Pero yo...

La reina se interrumpió y volvió a guardar silencio. Sí, parecía algo descabellado sugerir que una monarca no podía ser fuerte todo el tiempo, pero Daphne sabía cómo conseguir que un personaje conectara con el lector y, al fin y al cabo, le habían pedido su opinión.

—Estoy pensando en la primera reina Isabel —explicó Daphne —. «Sé que tengo el cuerpo de una mujer débil y frágil, pero tengo el corazón y el estómago de un rey.»

—Bueno, pues de eso se trata —repuso la reina—. «El corazón y el estómago de un rey.»

—Lo que estás pasando por alto, Isabel, es la primera parte. La de la «mujer débil y frágil». Eso es lo que te arrastra, como oyente. Eso es lo que atrae poderosamente, lo que te hace incorporarte en el asiento y fijarte en esa mujer, y creerla y tomarla en serio. Y una va construyendo a partir de ahí.

—Oh.

—¿Qué te asusta? —quiso saber Daphne—. Sé sincera.

—Para serte franca, me aterran las cámaras de televisión. Toda esta nueva tecnología. La idea de que vayan a verme dos millones de personas cuando yo sólo veo a dos.

—Es comprensible —admitió Daphne.

—Y... y supongo que...

La reina dirigió a Daphne una mirada angustiada, seguida por una sonrisa dulce y tímida, y en ese momento pareció adorable. Ojalá eso pudiera captarse por televisión...

—¿Sí? —preguntó Daphne.

—Supongo que... hay gente a la que se le da muy bien

imaginar el futuro y tocarlo con las manos, pero yo diría que... bueno, me inclino un poco hacia el pasado. Necesito la tradición y la religión, ya sabes, e ideales anticuados como la moralidad y la autodisciplina. La paz, el amor al prójimo, la honestidad. Me ayudan a seguir adelante... No resulta demasiado aburrido, ¿verdad?

—En absoluto —respondió Daphne—. Quizá podamos trabajar a partir de eso. Empezar con el hogar y la calidez: ahí estás tú, dando la bienvenida a la gente a tu casa, pero lo haces a través del medio moderno de la televisión y las nuevas tecnologías pueden resultar bastante aterradoras, y para lidiar con ellas la gente puede recurrir a... Ay, no lo sé exactamente, quizá a los valores tradicionales, como has dicho tú.

—Muy bien. Lo antiguo y lo nuevo. Ya lo veo.

—La cuestión es: ¿eres capaz de sentirlo? ¿Con el corazón?

La reina lo pensó un momento, y por fin se le iluminó la cara.

—¡Sí! La verdad es que sí puedo. Creo que tienes un don especial, Daphne. Conozco a otra gente que se siente como yo: un poco asustada, quiero decir; que no quiere soltar lastre ni olvidar todo lo que nos ha permitido llegar hasta aquí. Pero debemos mirar hacia delante. Debemos hacerlo.

—Maravilloso, querida amiga. Con eso creo que ya tenemos prácticamente resueltos los primeros seis minutos. Trabajaremos en ello mañana. Ahora mismo me vendría bien un poco de ginebra, ¿y a ti?

37

Tomaron dos gin-tonics, seguidos de bastante champán, una copa de vino con la cena —Daphne tomó tres— y un poco de whisky para redondear la velada. Ya no se habló de discursos ni de televisión, y a Daphne le pareció que la soberana estaba muchísimo más relajada.

Se les habían unido en la cena un par de terratenientes de la zona, un artista amigo de Felipe y el caballerizo mayor de la reina. Para cuando llegó el momento de jugar a las charadas ante un fuego impropio del verano, la fiesta ya rayaba en la estridencia. Todo el mundo se desinhibió; las bromas subieron de tono; incluso Daphne se relajó, y Felipe estaba en su elemento.

Tras unas cuantas rondas de charadas, alguien sugirió que jugaran a «Nabucodonosor». A los más jóvenes se les explicó que era una variante de las charadas, pero con escenas completas, y que cada equipo se disfrazaba para representarlas. Corrieron por la casa en busca de manteles y cubos para el carbón, y todos se enfrascaron a representar parodias absurdas, emborrachándose poco a poco.

Una de las escenas más celebradas fue la de «Las carreras de Ascot», con una dama de compañía sosteniendo dos tazas de café a modo de prismáticos y poniendo cara de angustia, éxtasis y de nuevo angustia, mientras un vizconde, sir Hugh y la propia Daphne cruzaban la sala galopando a cuatro patas.

—¡Oh, ésa soy yo! —exclamó la reina encantada—. ¡Ganando la New Stakes y luego perdiendo en la Copa de Oro! Derrotaron a *Atlas* en el último momento. ¡Fue espantoso! Habéis sido muy

hábiles. Dígame, Hugh, ¿usted representaba a Lester Piggott o a *Zaratustra*?

—Al caballo, creo —contestó sir Hugh enderezándose con dificultad.

A continuación le tocó el turno a la reina, y Daphne era quien debía adivinar su personaje. Su Majestad se plantó ante el público e hizo aspavientos con los brazos. Se llevó el puño al pecho. Sus diamantes brillaban a la luz de la lámpara. ¿El brillo de sus ojos era cosa del champán o fruto de algo más ferviente? Sus primos y el amigo artista de Felipe, sentados con las piernas cruzadas en el suelo frente a ella, la miraban fingiéndose hipnotizados.

—¡Billy Graham lanzando su cruzada en el Madison Square Garden! —gritó Daphne.

—¿En serio? —dijo Felipe, plantado a su lado—. Bien hecho. ¡Creía que era Juana de Arco!

Luego les tocó a dos chambelanes. Al principio, fingieron jugar al tenis de forma delicada y femenina, y luego uno se puso un gran sombrero de paja y ofreció al otro uno de los platos de la cena.

—¡Yo otra vez! —exclamó la reina—. En Wimbledon.

A Daphne, que había crecido en el teatro, le pareció que el chambelán que interpretaba a la reina había hecho un buen papel al fingir que entregaba el trofeo Rosewater, pero el que interpretaba a Althea Gibson, la ganadora, había resultado decepcionante por su falta de imaginación. Había jugado al tenis como una colegiala de diez años, mientras que Althea era una gran atleta, mejor que cualquiera de los hombres allí reunidos. Era una mujer negra, y una auténtica plusmarquista. Daphne había visto los mejores momentos del partido en las noticias y se preguntó qué vertiginosas cotas de fama alcanzaría Althea algún día... o si su hazaña quedaría relegada a una nota a pie de página en la historia, como les ocurría tan a menudo a las

mujeres.

Ahora le tocaba de nuevo a su equipo.

—Algo de las noticias, ¿no? —murmuró uno de los primos, arrastrando las eses, cuando formaron un corrillo para decidir qué hacer.

Hizo una sugerencia que a Daphne le pareció desagradable y fascinante a partes iguales, pero los demás estuvieron de acuerdo. Todos menos sir Hugh, que presentó sus excusas y desapareció. Daphne, que se lo quedó mirando mientras se alejaba, se preguntó si le horrorizaba la idea o simplemente necesitaba ir al baño. Se repartieron los papeles entre los demás, e hicieron una rápida búsqueda de *atrezzo* y un breve ensayo en el vestíbulo.

Cuando estuvieron listos, los chambelanes sostuvieron una sábana a modo de biombo, de cara al público. El caballerizo mayor y el vizconde llegaron cogidos del brazo, este último ataviado con un mantel —el armario de ropa blanca debía de estar casi vacío, pensó Daphne— y una diadema hecha de cubiertos insertados en él y uno de los arreglos florales de la mesa del comedor. Los dos se ocultaron detrás de la sábana; Daphne y la dama de compañía se sentaron a jugar a las cartas delante. Las dos se levantaron para desaparecer brevemente detrás de la sábana. Luego se hicieron a un lado y la pantalla se bajó, para mostrar al vizconde tendido boca arriba en una *chaise longue* de terciopelo, con chaleco y pantalones cortos de tenis blancos y las flores sujetas contra el pecho, mientras el caballerizo mayor yacía a su lado despatarrado en el suelo, con una expresión horrible en la cara y un pañuelo rojo ceñido al cuello. Su actuación era pésima: no paraba de parpadear y su mueca parecía más bien una sonrisa burlona, pero el efecto seguía siendo sorprendente.

Todos los espectadores ahogaron un grito.

Al mirar al público, Daphne se fijó en que la reina movía

bruscamente la cabeza hacia su marido, y trató de descubrir por qué mirándolo a su vez. El motivo no era obvio. Felipe fruncía el ceño, pero también lo hacían otras personas.

—¡Qué escena tan mala! —gritó el duque de Edimburgo.

—¿Es *Hamlet*? —preguntó uno de los primos—. ¿O es *Otelo*? Siempre los confundo.

—¡Los asesinatos de Chelsea! —gritó alguien.

Hubo una salva de aplausos, más por formalidad que por otra cosa, y el vizconde se levantó para hacer una reverencia.

—¡Ah, claro, tenedores en el pelo! —exclamó el primo—. ¡Es la fulana de la tiara! Ahora lo entiendo.

Los siguientes cinco minutos fueron bastante incómodos, ya que la escena del asesinato parecía haber mitigado la borrachera a muchos de los presentes y ya nadie tenía ganas de jugar a Nabucodonosor. Daphne advirtió que, bajo el colorete, la joven reina estaba pálida. Fue a sentarse a su lado.

—¿Va todo bien, querida?

—Desde luego que sí, gracias, Daphne. ¿Te estás divirtiendo?

—Desde luego —repuso Daphne con el mismo grado de sinceridad.

La reina esbozó una sonrisa afable.

—William, el que ha interpretado a Althea Gibson, me ha parecido malísimo, ¿a ti no?

Daphne le explicó lo que había pensado antes sobre las mujeres relegadas a notas a pie de página en las crónicas históricas.

—Nuestras historias suelen contarlas los hombres. Me pregunto cuántas veces nos hacen justicia.

—Sí. Supongo que en mi caso ocurrirá lo mismo —dijo la reina con pesar.

Daphne había olvidado que estaba hablando con un personaje histórico. Se percató de que la monarca nunca olvidaba que lo era.

—Bueno, con las reinas suelen hacer una excepción, ¿no?

—Es posible. Me dicen a menudo que soy un hombre honorario. A veces resulta útil. Te pediría que lo hicieras tú, me refiero a que escribieras sobre mí, pero tus historias son tan tétricas... Acabaría muerta en el segundo capítulo.

—No soy historiadora —repuso Daphne—. Aun así, no sería capaz de escribir algo tan sumamente tétrico.

La reina sonrió, pero era evidente que había dejado de escuchar. Estaba mirando la *chaise longue*, donde poco antes se había tumbado el vizconde. Daphne sintió curiosidad.

—Lamento que nuestra escena te haya molestado —dijo.

La reina se volvió bruscamente hacia ella.

—Qué va, no me ha molestado en absoluto.

Daphne se dio cuenta de que había metido la pata al hablar con la soberana sobre sus sentimientos. Intentó enmendarlo rápidamente.

—Es que ha sido muy teatral, ¿no? Demasiado dramática, si quieres saber mi opinión.

—¿Qué quieres decir?

—Una clásica maniobra de distracción. Mi padre solía usarlas cuando quería desviar la atención de algo. Ahí tenemos a la chica, la bella inocente que aferra sus flores, y el hombre a sus pies, víctima de un crimen espantoso. El montaje parece salido del teatro de variedades victoriano. A veces hago eso en mis novelas, cuando intento ocultarle algo al lector. La cuestión es: ¿qué querían impedir que viéramos?

—Estoy segura de que la policía está trabajando en eso.

Un lacayo se acercó a ellas y se ofreció a llenarles las copas.

La reina levantó la suya en un acto reflejo, pero seguía mirando la *chaise longue* y frunciendo el ceño.

Daphne miró a Felipe, de pie entre un grupo de hombres que reían a carcajadas. Fuera lo que fuese lo que preocupaba a la reina, o bien él no lo sabía o lo ocultaba a la perfección.

—Pero William lo ha hecho realmente mal... —murmuró la

soberana casi para sus adentros.

—Perdón, ¿cómo dices?

La reina se volvió hacia Daphne y le dedicó una sonrisa amplia y enérgica.

—Sólo me repetía. No te preocupes, no es nada. Conque una... ¿cómo lo has llamado?

—Maniobra de distracción.

—¿Qué crees que pasó en realidad, Daphne?

Daphne, cuyas propias teorías al respecto habían abarcado orgías, psicópatas, acólitos de Satán y devotos del marqués de Sade, decidió no compartir ninguna de sus ideas con Su Majestad. Estaba intentando pensar en una respuesta adecuadamente anodina cuando se percató de que la reina ya no estaba escuchando. Volvía a mirar hacia la *chaise longue*, sumida en su propio mundo.

TERCERA PARTE

Una mujer ligera de cascos

38

No es que la reina no confiara en los miembros de su propia casa, pero el riesgo estaba ahí: si alguno de ellos se lo proponía, podía escuchar las conversaciones a través del sistema telefónico interno de palacio sin que la persona que llamaba lo supiera. Suponía que las operadoras no hacían eso, pero más valía no arriesgarse, de modo que ella y Felipe habían ideado una especie de código entre ellos («La Oaks» significaba «necesito hablar contigo urgentemente en privado» y «Pall Mall» quería decir «te quiero» y... otras cosas).

Ahora que era consciente de que no podía confiar en ninguno de los miembros de su Secretaría Privada, la reina necesitaba también un código escrito para trabajar con Joan. Con su secretaria privada adjunta de vuelta en Londres, no podía estar completamente segura de que sus notas no fueran leídas por otra persona.

Pronto encontraron una solución: los mensajes privados de la reina se incluían en las instrucciones sobre vestidos y guantes. Cualquiera de los bigotudos saldría corriendo despavorido ante detalles como medidas de cintura y prendas de corsetería. La reina escribía sus notas a mano y las metía en sobres que luego sujetaba con un clip a las páginas de instrucciones sobre su vestuario, como si contuvieran retales de tela o sugerencias de bordados.

La nota que tenía delante no había sido fácil de escribir. No por el contenido, que era sencillo, sino porque significaba hacer algo que no había hecho desde que era una joven adolescente: confiarle a alguien que no pertenecía a su círculo íntimo sus pensamientos más personales sobre un crimen y su posible

solución. Y cuando era adolescente, la cosa no había salido como ella esperaba, eso desde luego. Había aprendido a ser autosuficiente por las malas.

Fue su conversación con Daphne tras aquel ridículo juego de Nabucodonosor lo que hizo que cambiara de opinión esta vez.

Después de desayunar, se tomó diez minutos para poner sus pensamientos por escrito antes de ocuparse de lo que quedaba en las cajas rojas.

Si Joan no estuviera ayudándola ya con el asunto del sabotaje, no habría sabido qué hacer. Los siguientes pasos no los podía dar por sí misma. Las niñas pequeñas, al imaginarse que eran reinas, solían suponer que tenían poderes infinitos. Se quedarían horrorizadas al descubrir cuántas cosas no podían hacer. Hablar con prostitutas y sus ligues, por poner un ejemplo. Cuestionar una investigación policial, por poner otro. Aunque eso sí podía hacerlo, pero las consecuencias serían graves.

El sabotaje de sus visitas de Estado constituía una afrenta a su trabajo. Era un trabajo que había jurado llevar a cabo durante el resto de su vida. Lo había jurado en la abadía de Westminster, rodeada de la flor y nata y observada por millones de personas a través de la televisión y, lo más importante, lo había jurado ante Dios, y nadie en la tierra podía tomárselo más en serio que ella.

Pero era un trabajo.

Y esto era diferente. Que la utilizaran como coartada en el caso de los asesinatos de Chelsea era una cuestión personal. Si algo salía mal, afectaría a su matrimonio... y también a su papel como jefa de Estado.

Pero el problema iba más allá de eso.

Al redactar cada línea, tuvo cuidado de no mencionar exactamente por qué estaba tan preocupada por lo que le había sucedido a la pareja de Cresswell Place, pero le escribía a Joan, y su secretaria adjunta era la mujer más perspicaz e ingeniosa que conocía en ese momento, así que no le llevaría mucho tiempo averiguarlo.

Desde luego, sería mucho más fácil quedarse sentada, dar encantadores paseos con los perros, hacer pícnics y dejar que el inspector Darbishire se ocupara de ese asunto. Pero no se estaba ocupando. La investigación estaba estancada y sus progresos estaban siendo pasmosamente lentos. ¿Y por qué estaba a cargo de un caso tan prominente? ¿Qué pasaba con el inspector jefe Venables? La reina no había olvidado que la jefatura de policía de Chelsea no había puesto al frente de la investigación a su fulgurante estrella.

Por otra parte, lo que había dicho Daphne sobre las mujeres y la historia le había llamado mucho la atención, y también que William fuera tan sorprendentemente malo imitando a Althea Gibson. A los hombres no se les daba bien contar historias de mujeres.

¿Y si ésa fuera la historia de una mujer?

Darbishire se estaba centrando en Nico Rodríguez. Era comprensible, teniendo en cuenta su afición al juego, sus sucias transacciones comerciales y su posible relación con bandas londinenses. Pero ¿y la chica? ¿La pobre «fulana de la tiara», tendida en la cama en ropa interior? Al no haber podido demostrar su relación con lord Seymour, propietario de los diamantes en cuestión, el inspector parecía haber perdido interés en ella. Sólo era una nota a pie de página.

La reina encontraba a las mujeres infinitamente interesantes. Una mujer que se vestía de princesa y luego era asesinada a poca distancia del palacio de Buckingham le parecía digna de toda su atención. Luego estaba eso que Daphne había dicho sobre la maniobra de distracción. Había algo en la forma en que Gina Fonteyn yacía en aquella cama que Darbishire aún no había comprendido del todo, estaba segura de ello. También sabía que las mujeres hablaban con otras mujeres de un modo distinto a como lo hacían con los hombres. Si los altos cargos de la policía pudieran ser mujeres... se imaginaba lo que podrían descubrir. Desde luego era una idea novedosa.

Por fin tenía la sensación de poder hacer algo.

Acabó de redactar su lista de instrucciones a Joan y supo que acababa de asumir uno de los mayores riesgos de su reinado hasta el momento. Inspiró hondo, dobló la nota con determinación y la metió en un sobre, en el que indicó «Accesorios para Estados Unidos y Canadá, etc.».

Y lo puso con el resto de su correspondencia para que saliera hacia Londres esa misma tarde.

39

Joan sacó la nota del sobre sentada en el retrete del aseo de señoras, en el pasillo del ala norte. Era el único lugar en el que disfrutaba de cierta privacidad.

La primera página contenía unos comentarios sobre guantes y botones forrados. La segunda, escrita a lápiz con la misma letra firme, era muy diferente:

Confío en que la cuestión de mi primer discurso esté progresando. Podemos seguir hablando del tema a mi regreso.

Entretanto, quiero pedirle algo. Si no puede hacerlo, confiaré en su decisión. Es un asunto que requiere una buena dosis de diplomacia, pero mi preocupación es simple: desearía que D. hiciera progresos en Chelsea. Por favor, ¿puede averiguar más sobre la princesa? Creo que el toque de una mujer puede ser necesario. Es esencial que la privacidad sea absoluta.

También está el asunto del Diana, como ya hablamos. Temo que se haya equivocado. Por favor, rectifique.

ER

Joan permaneció sentada y en silencio durante varios minutos. En una primera lectura, no le veía sentido a aquella nota. Estaba escrita como si ella tuviera que saber exactamente de qué estaba

hablando la reina, pero no entendía nada. ¿Quién era «D»? ¿Y qué pasaba con Chelsea? ¿Y a cuál de las muchísimas princesas sobre las que Joan había leído en el transcurso de su nuevo trabajo se refería la reina? Todo eso ya era bastante extraño, pero las últimas líneas eran sencillamente desconcertantes. Nunca había mencionado a «Diana» en sus breves conversaciones. ¿Y en qué se había equivocado ella?

Sin embargo, no tardó en adoptar el método que usaban en Bletchley: no te centres en lo que no sepas, fíjate en lo que salta a la vista. Joan dejó que las palabras flotaran delante de ella y que su mente se relajara. Su instinto no tardó en revelarle que el primer párrafo le resultaba familiar. El «primer discurso» debía de ser el primero del que habían hablado las dos: el que se perdió en Francia. La reina esperaba que Joan estuviera haciendo progresos con los bigotudos. Y así era.

El segundo párrafo también le resultaba familiar, aunque de un modo que no encajaba. Nunca había hablado de Chelsea con la reina, pero últimamente había salido mucho en los periódicos. ¿Podría referirse Su Majestad a los asesinatos? Por supuesto, no tenían ninguna relación con ella... si bien era cierto que había solicitado los informes policiales. Joan había oído a sir Hugh hablar del tema con Miles Urquhart: «Se está metiendo donde no la llaman. Lo hace por solidaridad con la mujer asesinada, sin duda alguna. A veces creo que necesitamos rescatarla de su tendencia a hacer el bien.»

Los informes estarían en el despacho sin ventanas contiguo al de sir Hugh, que contenía varios archivadores con documentos comprometedores y se mantenía siempre cerrado a cal y canto. Joan —a quien Urquhart había bautizado con un apodo bastante horrible, el «hada de los archivos»— era una de las pocas personas que tenían llave. Encontrar los informes sería un problema menor. Faltarían las últimas versiones actualizadas, porque la reina aún las tendría en Balmoral, pero Su Majestad eso ya lo sabía, así que Joan podía estar segura de que todo lo

que necesitaba estaría en los informes que aún estaban en Londres.

Después de eso, otros detalles fueron encajando más o menos en su sitio. Presumiblemente, esa «D» tendría sentido una vez que leyera los informes. ¿Tenía alguna conexión con esa «Diana» citada más abajo? Tal vez. La «princesa» podría ser la prostituta —Joan cayó en la cuenta de que había sido lo primero que había pensado y que lo había descartado de manera automática por parecerle demasiado improbable—, o la «fulana de la tiara», como todos la llamaban. Los periódicos especulaban con la posibilidad de que estuviera disfrazada como Grace Kelly, que ahora era la princesa Gracia de Mónaco. O quizá sólo el hecho de lucir los diamantes la hacía parecer una princesa. El «toque femenino» podía consistir en que ella hablara con las amigas de la víctima o con sus compañeras de trabajo. Y sí, Joan era capaz de imaginar perfectamente que se sentirían mucho más cómodas hablando con una mujer que con un hombre.

Todo eso sería fácil de probar o refutar en cuanto Joan pudiera echar un vistazo a los informes. Pero no le aportaba luz sobre las últimas líneas escritas por la reina.

Se devanó los sesos, pese a que su memoria era excelente y sabía que no se le escapaba nada. La reina y ella nunca habían hablado de una tal Diana, ni en relación con la literatura y el arte, ni tampoco como amiga o pariente de Su Majestad o de ella misma. Podrían haberlo hecho fácilmente en cualquiera de esas formas, y por eso le parecía que la reina se mostraba astuta al utilizar ese nombre; si le preguntaban, Joan podría inventar diez o doce explicaciones falsas sin el menor esfuerzo. Pero nunca habían mencionado ese nombre. Ella no podía haberse equivocado sobre algo que nunca habían abordado en sus conversaciones.

Además, ¿por qué «del Diana», y no sólo «Diana»? Nada en esa nota era fortuito.

Joan cerró los ojos y volvió a hurgar en su subconsciente, pero

esta vez no tenía nada que ofrecerle.

Tampoco importaba mucho. Guardó la nota en el bolso, se pintó los labios en el espejo de los lavabos y regresó a su despacho. Por el camino, se detuvo en la estantería baja del pasillo, que contenía los tomos completos, encuadernados en piel, de la última edición de la *Enciclopedia Británica*. Eligió el volumen «DAMASCO A EDUC» y se lo llevó consigo. De vuelta en su escritorio, fue a la página en la que aparecía «DIANA».

No tardó en encontrarlo.

Una de las entradas rezaba: «En la religión romana, diosa de los animales salvajes y de la caza; su equivalente griego es la diosa Artemisa.»

Ahí estaba. El club Artemis había salido mucho en los periódicos últimamente. Se mencionaba con regularidad en la Secretaría Privada. Eso explicaría el artículo masculino antes del nombre. Pero la reina y ella nunca habían hablado del club Artemis. Formaba parte de los dominios del príncipe Felipe, que lo visitaba a menudo... A los periódicos les gustaba especular sobre lo que él y sus amigos hacían allí, y se sabía que el duque había estado en el club la misma noche de los...

«Oh, Dios mío...»

Había estado allí la noche de los asesinatos de Chelsea, al igual que los sospechosos del caso. Pero había vuelto al palacio antes de que se cometieran los crímenes. Eso decían los periódicos, al menos.

«Ay, Dios, ay, Dios...»

No era ella quien se equivocaba, sino la prensa.

Joan contuvo un escalofrío. Este asunto iba a requerir algo más que la dosis de «diplomacia» que la reina había mencionado tan a la ligera. Era un asunto tan delicado y peligroso como todo lo que había hecho en Bletchley.

Le aterrorizaba el grado de confianza y responsabilidad que suponía.

Y su cuerpo se estremecía de emoción con sólo pensarlo.

40

La mujer del vestido de cóctel de seda negra y el elegante abrigo a juego habría encajado más en Mayfair que en las destartaladas calles que circundaban Clapham Common, en el sur de Londres. Buscaba una de esas casas victorianas que habían sido convertidas en pisos. Cuando encontró el número correcto, bajó con cautela por los agrietados escalones del sótano con sus tacones de charol, esquivó un par de sacos de carbón y se plantó ante la hilera de botellas de leche vacías que se alineaban junto a la puerta del fondo. Llamó usando la aldaba y esperó.

Poco después, una joven rubia con rulos en el pelo y la estructura ósea de una estrella de cine abrió la puerta. Se encontraba en pleno proceso de maquillarse: uno de sus párpados se veía perfectamente delineado, como un ojo de gato, pero el otro estaba desnudo.

La visitante sonrió con educación.

—¿Es usted Beryl? ¿Beryl White?

—¿Quién lo pregunta?

—Estoy aquí en nombre de una amiga.

La rubia miró a la otra mujer de arriba abajo.

—Ah, ¿sí? De todos modos, ha salido. ¿Quiere dejarle algún mensaje?

La mujer de negro sabía que estaba hablando con la propia Beryl. La rubia que tenía ante ella no era muy convincente a la hora de mentir.

—Se trata de Gina —dijo.

Beryl se puso rígida de miedo y desconfianza.

—Mira, yo no sé nada, ¿vale? —dijo cuando recuperó el aliento—. No he hablado, sé mantener la boca cerrada. —Hizo

ademán de cerrar la puerta—. Así que ya puedes largarte, me importa un bledo de parte de quién vengas.

La mujer de negro plantó firmemente su zapato de charol en el quicio de la puerta. Habló rápido y en voz baja.

—No me envía quien tú crees. En la prensa, en todas partes, Gina sólo ha sido «la fulana de la tiara». Creo que se merece algo más, ¿no? A mí me parece que sí. Esta... persona con la que estoy trabajando cree que puede ayudar. No está en su mano traerla de vuelta, pero sí podría conseguir que se le haga justicia.

Beryl siguió presionando la puerta.

—Gina está muerta. No hay justicia para las chicas como ella.

—Como nosotras —corrigió la mujer de negro mirando fijamente a Beryl.

La joven pareció sorprendida y la miró de arriba abajo. El recelo se convirtió en curiosidad.

—Bueno, sobre gustos no hay nada escrito.

—Te aseguro que trabajo en los círculos más altos.

—¿No me digas? ¿Entonces tu «amiga» también era amiga de Gina? —preguntó Beryl.

—Como te digo, tengo amigos en las altas esferas. Ella también los tenía.

La puerta se abrió un poco más.

—Adelante.

Joan siguió a Beryl White por el estrecho y frío pasillo sintiéndose orgullosa de su actuación y, al mismo tiempo, siendo consciente de lo irónico que resultaba todo aquello. Si Tony Radnor-Milne podía tomarla por una mujer ligera de cascos, también podía hacerlo, por lo visto, una de las acompañantes estrella de la agencia Raffles. La cosa tenía su utilidad.

El piso olía a humedad y a tocino frito. Pasaron ante una pequeña cocina que no era mucho más que un hornillo de gas y un armario y dejaron atrás un comedor repleto de cajas y

percheros con ropa colgada. Cuando Beryl abrió la puerta de la habitación del fondo, a Joan le recordó el desván de *La princesita*.

El dormitorio era inesperadamente grande y estaba decorado con sedas de colores. La iluminación procedía de lámparas cubiertas con telas de sari. Las paredes eran un mosaico de recortes de revistas de moda. Un radiador eléctrico volvía más soportable el frío. Joan se apoyó en una cómoda repleta de toallas, ropa y estuches de maquillaje, y Beryl señaló el pequeño cuarto de baño situado frente a la puerta abierta.

—Estoy ocupada. Tengo que salir en un cuarto de hora, pero mientras tanto podemos hablar.

Siguió maquillándose en el espejo del baño. A Joan no le importó. Era más fácil hablar si no estaban frente a frente.

—Ya le he contado a ese policía tan estirado todo lo que sé —dijo Beryl—. Pero no me creyó. Por qué iba a hacerlo, sólo soy una fulana, ¿no?

—¿Qué le dijiste? —preguntó Joan.

Beryl no sabía que ella tenía acceso a los informes policiales, que por cierto incluían su dirección, algo que sin duda no le estaba permitido utilizar para encuentros como ése. Si alguna vez la pillaban, lo de «un flagrante acto de insubordinación» se quedaría corto.

—Bueno, me inventé una mentirijilla. Le dije que aquella noche me dolía la cabeza y que le pedí a Gina que me sustituyera —admitió Beryl—. Pero lo de que a ella no le importó era verdad. De hecho, fue ella la que insistió en sustituirme. A ese policía se le metió en la cabeza que yo le había tendido una trampa, pero no fue así. No quiso escucharme.

—Nunca lo hacen —dijo Joan.

Estaba disfrutando con su nuevo personaje. Era liberador.

—Le dije que sólo me había ido a casa de mi hermana porque

estaba aterrorizada y echaba de menos a mi amiga. Él estaba seguro de que yo había organizado todo el asunto en nombre de la banda de Billy Hill o algo así —prosiguió Beryl—. Pensé que tal vez había realmente una banda implicada y que tarde o temprano vendrían a por mí... De hecho, hace un momento, en la puerta, me he preguntado si tú eras uno de ellos. Pero he estado dándole vueltas al asunto. Gina no estaba metida en nada tan turbio como eso; nunca se habría complicado la vida de ese modo. Y yo tampoco. Así que ese policía puede irse a tomar viento.

A Joan le había llamado la atención un detalle de lo que Beryl acababa de decir.

—Le contaste al policía que Gina aceptó sustituirte... Pero ¿la idea de intercambiar los papeles fue suya?

Beryl asomó la cabeza por la puerta del pequeño cuarto de baño. Ya se había maquillado el otro ojo. Tenía un aspecto magnífico.

—Sí, totalmente. Me lo pidió, y no me importó. Le advertí que habían solicitado una rubia, y ella dijo que se teñiría el pelo. No era mala idea: así ganaría más dinero. Ya sabes, los caballeros las prefieren rubias y todo eso.

—Son el colmo, desde luego. —Joan puso cara de exasperación.

—Le advertí que Pérez... Rodríguez... quienquiera que fuera según los periódicos... tenía fama de... no ser muy amable, digamos. Gina dijo que ya lo sabía.

—¿Por qué lo hizo entonces? Citarse con él, quiero decir. ¿Le gustaban ese tipo de cosas?

Para su propia sorpresa, la mujer de negro advirtió que tenía una imaginación mucho más fértil que la Joan original. Estaba creando un personaje para sí misma: «Elaine», una chica con mucho mundo, viajada y que casi nunca se dejaba impresionar por nada.

—¿Qué? ¿Estás de broma? —dijo Beryl—. A Gina le gustaban

el champán y las rosas. Le gustaba ir a bailar. ¿Y qué haces con un tipo así? Pues aprietas los dientes y sigues adelante. Tal vez ella sólo quería ser rubia y eso fue el comienzo. Ese hombre era una especie de pez gordo. No tanto como los pijos, pero conseguía lo que quería. Gina siempre fue muy ambiciosa. Ambiciosa de verdad. Quería pillar a un príncipe o algo así. Parecía creer que ella también podía conseguirse uno. —Beryl volvió a meterse en el baño y se plantó ante el espejo—. Y mira lo que pasó.

—¿No te preocupaste cuando no supiste nada de ella después?

—¡Claro que me preocupé! Me volví loca de preocupación. Llamé al hotel adonde se suponía que iban a ir, pero no sabían nada. Pensé que podía haberla llevado al Dorchester, y que tal vez había pagado para pasar más tiempo con ella, pero esos hoteles pijos fingen que nada de eso ocurre jamás en sus estiradas habitaciones y bajo sus estirados techos. Se negaron a hablar conmigo.

—¿No tenías ni idea de que había ido a Cresswell Place?

—¿Cómo iba a saberlo? Ni siquiera sabía que Gina tenía una llave.

—¿Adónde se suponía que debía ir?

—A un lugar barato en Earl's Court. No me sorprende que cambiara de opinión. Ella ya había estado antes en Cresswell Place, igual que algunas de nosotras. Era más bonito. Es probable que se quedara la llave de esa otra vez.

—¿Y la agencia no se dio cuenta? —preguntó Joan.

—Lo dudo. Perdemos llaves muy a menudo, y se limitan a hacernos copias. No es un problema.

Joan intentó no pensar en los pobres inquilinos que no sabían nada del uso que se hacía de la puerta de su casa. A «Elaine» no le importaban esos detalles.

—¿Y seguro que fue idea de Gina ir allí y no de Rodríguez?

Beryl se asomó otra vez. Tenía las pestañas el doble de largas y las mejillas más sonrojadas.

—Supongo. Si la agencia no los mandó allí, a ese bruto no se le habría ocurrido ir. No era un verdadero pez gordo, por mucho que le gustara creérselo. Por alguna razón tenía tarifas especiales, pero no era nadie especial.

Volvió a desaparecer.

—¿Por qué no se lo contaste a la policía? ¿Lo de que fue Gina quien te propuso sustituirte? ¿Por qué dijiste que te dolía la cabeza?

—Bueno, estaba bastante claro que ella tenía algún secreto, ¿no? —repuso Beryl en un tono un poco más apagado—. ¿Por qué si no querría cambiarse para estar con un baboso como Pérez? Había algo que no quería que nadie supiera, ni siquiera yo. No podía decirle eso a la policía.

—¿Por qué no?

Beryl soltó un resoplido burlón.

—No me fiaría de esos chinches por nada del mundo.

De modo que la reina tenía razón: las mujeres se sentían más cómodas hablando con otras mujeres que con los hombres.

—Vi al inspector en las noticias —dijo Joan con toda sinceridad—. No parecía un mal tipo.

—Parece tener buenas intenciones, pero... es uno de ellos, ¿no?

Beryl volvió a aparecer, esta vez con los labios pintados. Su rostro estaba más definido, pero había perdido su dulzura original, que Joan prefería. Se preguntó si «Elaine» también tendría esa doble naturaleza. «Madre mía.»

—¿Uno de ellos? —repitió.

—Los que dejan muy claro de qué lado están. Acudes a ellos porque alguien te ha maltratado o no ha querido pagarte, y de repente eres tú quien está en el trullo. ¿Para qué molestarse? —Beryl se estremeció—. Mira si no esa comadreja de Willis, menudo tipo.

—¿Willis?

—Un poli de la Brigada Antivicio. Parece un *boy scout*.

Seguro que lo conoces.

—¡Oh, sí, ése! —exclamó Joan, asintiendo como si supiera quién era.

Beryl se lanzó a hablar del tema apasionadamente.

—Delante de los demás, es como tu hermano mayor. No para de decirte: «¿Puedo ayudarla, señorita? ¿Cuál es el problema?» Pero en cuanto estás a solas con él, se te echa encima como un trapo mojado. Te mete mano y todo. Te da a entender que puede hacerte lo que le dé la gana si se lo propone. Maldito cabrón.

—Menudos cerdos —soltó Joan con acentuado fervor.

Beryl se encogió de hombros y, por unos instantes, pareció ponerse nostálgica. Empezó a quitarse los rulos del pelo con gesto experto, desenroscándolos sin mirar para depositarlos amontonados sobre la cómoda junto a Joan.

—Para ser justa, no todos son así. Hace poco conocí a uno... Un tipo alto, era subinspector, creo. Parecía dulce, pero a la vez muy fuerte, con unos hombros anchísimos. No me habría importado que cuidara de mí. —Se rió—. Pero su jefe apenas le permitía abrir la boca. Estaba demasiado ocupado hablándome de «personajes peligrosos» que querían descuartizarme. Estaba tan asustada que no sabía qué pensar. No iba a involucrarme en todo eso. Además, ya era demasiado tarde para Gina...

Se mordió el labio y se le humedecieron los ojos. Se los enjugó con cuidado con un pañuelo de papel antes de que las lágrimas le estropearan el maquillaje.

—Lo siento mucho.

—¿Por qué? No es culpa tuya. De todos modos, si de verdad quieres saber en qué andaba metida Gina, tienes que hablar con Rita, su compañera de piso. Eran íntimas amigas. Si alguien sabe algo, es ella.

Joan recordó la referencia a una entrevista con la compañera de piso en el informe de Darbishire. No contenía ninguna información útil, aparte de confirmar lo que Beryl ya les había contado y añadir algún detalle sobre los orígenes de Gina. Pero

también mencionaba que Rita había sido detenida en dos ocasiones en sendas redadas en el club donde trabajaba, y eso hizo que Joan se preguntara hasta qué punto habría colaborado.

—¿Dónde podría encontrarla? —preguntó.

Beryl miró su reloj.

—Estará en el escenario de The Cat's Pyjamas en un par de horas. En el Soho. Es bailarina, Rita Gollanz. Tiene las mejores piernas del West End. Salúdala de mi parte.

—Gracias.

—Ah, y... «Bed of roses» —añadió Beryl con firmeza, mirando de nuevo a Joan.

—¿Perdón?

—Llevas el pintalabios equivocado. Bed of Roses, de Helena Rubinstein, te iría mejor. Es más sutil, menos naranja. Casará mejor con tu pelo. Y haz que alguien te enseñe a depilarte las cejas. Si alguna vez vuelves por aquí, puedo hacerlo yo.

Joan sonrió.

—Gracias. Volveré.

The Cat's Pyjamas, en Brewer Street, era un portal entre un pub del Soho y una heladería. Bajando unas escaleras, se llegaba a una sala con poca luz donde varias chicas con cara de aburrimiento movían sus bonitos cuerpos para unos cuantos hombres de aspecto cansado que se aferraban a su copa sentados a las mesitas. La música, a cargo de un trío de piano, contrabajo y batería, era sorprendentemente buena. Joan sabía que parecía fuera de lugar sentada sola a una mesa del rincón, con su vestido de noche y bebiendo un bitter. En cierto modo, había supuesto que la abordarían, pero ni siquiera la habían mirado de reojo. Dada su experiencia reciente, se sentía más segura allí que en el Ritz.

«Rita la Chita» tenía el tercer número y, en efecto, lucía unas piernas impresionantes y bien torneadas. Bailaba con ritmo y su

sonrisa pícara la hacía más popular entre los espectadores que las otras chicas. Durante su actuación se quitó un fular, unos *shorts* de leopardo y un pequeño top, para acabar en medias de rejilla y ropa interior de un resistente satén negro.

Joan esperó fuera, frente a la salida de artistas, a que apareciera Rita. Bajo la iluminación más cruda de la calle, el carmín rojo brillante y los ojos excesivamente ahumados le daban un aspecto enfermizo. También se la veía muy delgada bajo la chaqueta de algodón. Miró a Joan con desconfianza.

—Te he visto ahí dentro. ¿Qué quieres?

—Me envía Beryl. Tengo algunas preguntas que hacerte sobre Gina si me...

—Anda y vete a la mierda —soltó Rita echando a andar a toda prisa calle abajo con sus altos tacones.

Joan fue tras ella.

—No soy de la prensa.

—Eso dicen todos.

—Soy... Trabajo para uno de sus caballeros —explicó Joan.

Había sido un poco tímida con Beryl, pero «Elaine» estaba cada vez más segura de sí misma.

—¿Y vienes de parte de Beryl?

—Te manda saludos.

Rita se detuvo.

—Mira, tengo veinte minutos. ¿Quieres tomar algo? Hay un club de jazz donde nos dejarán entrar. Conozco al portero.

El club era perfecto: concurrido y ruidoso, lo que dificultaba que otros clientes oyeran su conversación. Joan pidió unos cócteles gin-&-it para ambas y se acomodaron juntas en una banqueta de terciopelo rojo.

Rita entornó los ojos.

—¿Me juras que no vas a escribir más chorradas sobre esos malditos diamantes?

—Por mi honor de *girl scout* —dijo Joan levantando la mano

en el saludo clásico de las exploradoras, con el pulgar y el meñique tocándose—. Te prometo que no te haré perder el tiempo. Mi «amigo» es alguien influyente. Una especie de detective privado, podría decirse.

—¿Como Hércules Poirot?

Joan sonrió.

—Algo así.

—¿Y quiere justicia para Ginette? ¡Ja! Eso nunca pasa.

—Pero vale la pena intentarlo, ¿no? —Joan frunció el ceño—. ¿Has dicho «Ginette»?

Rita asintió con firmeza.

—Sí. Nadie la llamaba así, excepto yo. Ginette Fleury, se llamaba en realidad.

—Creía que era italiana.

—La mayoría de la gente lo pensaba —repuso Rita encogiéndose de hombros—, de modo que ella les seguía la corriente. Era de Normandía, en realidad, pero uno de sus novios empezó a llamarla Gina y a ella le pareció que sonaba bien. Como Gina Lollobrigida. De modo que se convirtió en su nombre artístico cuando bailaba. Fingía que era de Nápoles.

—¿Y el acento? —preguntó Joan—. ¿No era el equivocado?

Rita se echó a reír.

—¿Crees que alguien se daba cuenta? ¿En nuestro trabajo? Podría haber sido portuguesa o cualquier otra cosa. En realidad, era una francesa muy atrevida que se hacía pasar de maravilla por una espagueti. Ginette solía escuchar canciones y ver películas italianas, y si le tocaba un caballero italiano, decía que se había criado en Francia. A ellos les daba igual, mientras moviera el esqueleto.

Joan visualizó el pegajoso escenario sumido en la penumbra en el que Rita acababa de actuar.

—¿Cómo acabó bailando?

Rita enarcó una ceja.

—Empezó bailando, más bien. No me mires así. Y no finjas

que tú no estás en el ajo. ¿Cómo empezaste tú?

Joan intentó parecer todo lo «Elaine» que pudo. Con un toque de Marlene Dietrich.

—Es una larga historia.

—Vaya. Pues Ginette era muy buena bailarina. Trabajaba duro y sabía lo que quería.

—¿Y qué quería? —preguntó Joan.

—Llegar muy alto, por el medio que fuera. —Rita dirigió a Joan una mirada de complicidad y tomó un sorbo de su cóctel—. Cuando en la Raffles dijeron que la aceptarían, tomó la decisión. Para ella suponía el siguiente paso: conocer a caballeros con clase.

—Mmm —convino Joan—. Y se gana más dinero.

Rita no pareció impresionada.

—Ella no lo hacía por el dinero. Quería conocer gente, gente importante. La agencia tenía a los mejores y ella les daba lo que querían. —Bajó la mirada hacia la mesa, emocionada, y en un susurro añadió—: Tuvieron suerte de tenerla...

Joan alargó una mano para posarla sobre la de Rita.

—Estoy segura de que fue así. —Ambas se quedaron en silencio durante unos segundos, y luego Joan añadió con suavidad—: Y, sin embargo, solicitó citarse con Pérez. Yo no habría dicho que era un tipo con clase, precisamente.

—No. —Rita negó con la cabeza—. No lo era, por lo que dijeron después en los periódicos. Ginette sólo me contó que había visto a ese hombre cuando se acercó a la agencia para ver si sacaba algún dinero. Iba a encontrarse con él y necesitaba teñirse el pelo. Yo la ayudé. —Rita pareció de pronto muy afectada—. Si no lo hubiera hecho...

—No habrías podido hacer nada —la tranquilizó Joan—. Al parecer, Gina era una mujer muy decidida. Ginette —se corrigió.

—Era una abreviatura de Geneviève —explicó Rita—. Su hermana la llamaba Ginette.

—¡Oh! ¿Tenía una hermana? ¿También está en Londres?

—No. Está muerta. Se llamaba Marianne. Formó parte de la Resistencia en París, durante la guerra. Fue capturada y torturada por la Gestapo. Murió en un campo en alguna parte, no recuerdo el nombre. Uno de esos... ya sabes, de donde la gente no regresaba. Ginette tenía quince años en aquel momento.

—Oh, Dios mío. ¿Estaban muy unidas?

—Marianne era como una madre para Ginette. Después de eso, dijo que ya no le quedaba nada en París. Vino a Inglaterra tan pronto como encontró la manera.

—¿Cómo? —quiso saber Joan.

Rita se encogió de hombros.

—No lo sé exactamente. No hablaba de ello. —Miró de reojo a Joan—. Me imagino que había caballeros involucrados, conociendo a Ginette. Era una mujer adulta; sabía cuidar de sí misma.

Y sin embargo, no había sabido hacerlo.

Lo que la llevó de vuelta a aquella noche en la casa *mews*.

—Beryl me contó que Gina... Ginette... pidió cambiarse con ella. ¿Sabes por qué?

—No. Parecía emocionada. Como si fuera a pasar algo realmente bueno, ¿sabes?

—¿En qué lo notaste?

—Cuando la ayudé a teñirse el pelo estaba bastante excitada. Estaba un poco... febril, no sé si sabes a qué me refiero.

Joan creía que sí. Aquello le recordaba a sus compañeras del Servicio Femenino de la Marina durante la guerra. A veces, cuando iban a conocer a un hombre nuevo, tenían un aura especial: era una embriagadora mezcla de expectación, incertidumbre y bravuconería. Estaban a punto de hacer algo que nunca se habrían atrevido a hacer en tiempos de paz. Era diversión con una pizca de peligro. Pero aquellas chicas de la guerra se reunían con amantes, y Rita había dejado bien claro que Rodríguez no era eso.

—¿Habló de él? De Rodríguez, quiero decir... O Pérez, como se hacía llamar.

—No. Sólo me habló de su pelo. Tenía que ser totalmente «de princesa» y muy rubio. Quedó hecha una preciosidad.

—¿Dijo dónde iban a encontrarse?

—No, la muy tonta no dijo nada. Si me hubiera dicho que era en ese lugar, podría haber avisado a la policía en cuanto empecé a preocuparme. Solía decírmelo, además, por si algo salía mal, ya sabes. Dejaba una nota junto a la tetera. Pero esta vez no lo hizo. Los polis dieron por hecho que era yo quien los había llamado, pero no fui yo. Se lo dije una y otra vez al subinspector que habló conmigo, pero no quiso escucharme.

—¿Y los diamantes? ¿Sabes por qué los llevaba? —Joan vio cómo Rita entornaba los ojos—. No soy de la prensa, te lo prometo. Pero tengo que preguntarlo.

—No —respondió Rita con aspereza. Joan intuyó que no quería pensar en su amiga reducida al papel de «la fulana de la tiara»—. Nunca vi esos diamantes. Ella sólo me habló de su pelo y del vestido: era uno precioso de raso blanco que había encontrado en Debenhams. Parecía una diosa. Pero sólo llevaba el pelo recogido en un moño, sin más adornos; ni siquiera mencionó los diamantes. Cuando me enteré de... lo que pasó... ni se me pasó por la cabeza que fuera Ginette. Estaba segura de que sería alguna otra persona...

—¿Conocía ella a lord Seymour? —quiso saber Joan.

—No —contestó Rita—. El poli también me preguntó eso. Ella no lo conocía.

Joan captó cierta vacilación en su tono.

—No pareces segura del todo.

—Oh, sí lo estoy. Es sólo que lord Seymour preguntó por ella una vez. Le gustaban las mujeres tipo Jean Harlow. Las rubias muy pasadas de moda, ya sabes, así que ella en principio no encajaba, morena como era, pero él había oído hablar muy bien de Ginette. Eso fue hace mucho tiempo. De todos modos, ella lo

rechazó de plano. Parecía un poco enfurecida cuando me lo contaba, aunque también se reía. No sé cuál era el motivo, pero ella no quería tener nada que ver con él. Lord Seymour es la última persona que podría haberle dado esos diamantes.

Y, sin embargo, alguien lo había hecho. Y por alguna razón, Gina —o Ginette— se los había puesto durante una cita en un lugar que mantuvo en secreto, con un hombre que era violento y al que ella, aun sabiéndolo, estaba deseando conocer. Joan no le encontraba ningún sentido a todo aquello, pero ahora tenía mucho que contarle a Su Majestad.

41

La carta de Joan a la reina llevaba por título «Bordados de Hartnell: notas para la visita de Estado a Canadá» y contenía varios bocetos de hojas de arce... seguidos de un relato detallado de sus conversaciones con Beryl y Rita. Joan omitió la parte en que había fingido ser una chica de compañía. No hacía falta que ciertas cosas llegaran a oídos reales, aunque estaba convencida de que a Su Majestad le habría hecho gracia saberlo.

La reina guardó el sobre lacrado que contenía la carta en el bolsillo de su chaqueta de *tweed* y anunció que salía a visitar el refugio de pesca de su madre en la finca.

—Es posible que precise reparaciones. Quiero inspeccionarlo a fondo —le dijo al mozo de cámara que le llevó las botas de agua.

Se llevó a tres corgis con ella, a los que hizo subir a la parte trasera del robusto Land Rover que conducía ella misma, con un pañuelo anudado firmemente bajo la barbilla. Sus dos escoltas la seguían a respetuosa distancia por la sinuosa carretera de pinos que atravesaba la finca.

El refugio, una cabaña de troncos con un porche alargado en la parte delantera, daba a una poza del río en la que abundaban los salmones. Un lugar que habría podido encajar perfectamente en Canadá, entre bosques, nieves y osos. Ese pensamiento hizo que la reina se estremeciera un poco cuando ya aparcaba fuera, pues se acordó del discurso bilingüe en directo y televisado que había accedido a dar allí al cabo de un mes. ¡Qué tonta había sido!

Puso el freno de mano y respiró hondo antes de bajarse para dejar salir a los corgis de la parte trasera. Parecían encantados de encontrarse con aquel festín de olores nuevos y se dispusieron

rápidamente a examinarlos. Mientras los observaba con cariño, la reina se apoyó en el Land Rover y recordó que había aprendido a arreglar el motor de uno de esos caballos de batalla cuando era una adolescente, en Windsor. Se había sentido orgullosa de su logro entonces y seguía estándolo ahora. Si podía dominar un Land Rover, sin duda podría decir unas palabras delante de una cámara de televisión. Sólo necesitaba práctica y paciencia, y ambas cosas se le daban bien.

Sintiéndose mejor, llamó a los perros y entró en la cabaña a echar un breve vistazo, y luego se sentó en el porche. Sus escoltas habían aparcado el vehículo a una distancia prudencial y apenas eran visibles entre los árboles. El sonido de los perros jadeando se mezclaba con el chapoteo del río sobre los peñascos y las piedras, y constituía el telón de fondo perfecto para concentrarse. Sacó la carta de Joan del bolsillo y la leyó sin que nada ni nadie la perturbara.

Así pues, Gina era en realidad Ginette, y fue ella quien organizó la cita en Cresswell Place. Así lo había asegurado siempre su compañera de la agencia de alterne, pero los policías nunca creyeron su historia. La reina sí, sobre todo teniendo en cuenta el nuevo detalle de que Ginette podría haber elegido la casa del deán porque casualmente tenía la llave.

Cuanto más releía la carta, más convencida estaba de que Ginette Fleury no era una pobre desgraciada a la que habían pillado en el lugar equivocado en el momento equivocado: ella había elegido estar allí. Ella lo había hecho posible. Tal como sospechaba la reina, la joven estaba en el centro de todo.

Ginette sabía que Dino Pérez —o Nico Rodríguez, como se referían a él los informes policiales más recientes— podía ser violento y, sin embargo, ansiaba conocerlo. Había ido a la casa por su propia voluntad y había hecho todo lo posible por presentarse como el tipo de chica que él buscaba. La reina buscó pruebas en el relato de Joan de que Gina quería caracterizarse como la princesa Gracia, pero, para su persistente desasosiego,

no había evidencia alguna al respecto. Beryl White y Rita Gollanz sólo sabían con certeza que Rodríguez había solicitado «una princesa». Habiendo sido una ella misma, y con una hermana que era la princesa más famosa del mundo en ese momento, semejante hecho le resultaba perturbador. Pero algo más la inquietaba, como si el agua de un arroyo fluyera contracorriente.

A pesar de sus preocupaciones, el tema de la princesa, los diamantes, el vestido blanco roto de Debenhams... todo le parecía una distracción, un medio para conseguir un fin. La gente no paraba de parlotear en todo momento sobre lo que una se ponía, pero para la reina se trataba simplemente de llevar lo apropiado para cada ocasión. Su atuendo favorito era el que llevaba en ese momento: unos pantalones de *tweed* metidos en unas viejas botas de agua; una cómoda chaqueta también de *tweed* que tenía desde los veintiún años, y un pañuelo para mantener el pelo a raya. Se vestiría así todos los días si pudiera. Sus diamantes eran muy preciados para ella porque cada pieza era un tesoro oculto de historias familiares, pero en sí mismos no eran más que piedras, pesadas de llevar y difíciles de mantener limpias. Daphne había hablado de una maniobra de distracción... ¿Y si la chica era importante, pero los diamantes no eran el quid de la cuestión? ¿Qué otra cosa no paraba de perturbarla?

La reina permaneció sentada en silencio varios minutos escuchando el discurrir del arroyo. Un rostro acudía constantemente a sus pensamientos. Era el rostro de un anciano... crispado por la furia.

Y había algo sobre Argentina. Y... París...

¡Ah, sí! ¡París! Ginette era francesa, de modo que quizá eso lo explicaba.

Pero la cara que veía era la del conde de Longchamp, que había fruncido el ceño ante la presencia del embajador alemán

aquella fatídica noche en el Louvre. La suya era una mirada de puro odio... Del todo comprensible, se dijo, teniendo en cuenta lo que les había ocurrido a su esposa judía y a su familia. La guerra había terminado doce años atrás, pero no todo el mundo había perdonado y olvidado. Algunas tragedias eran demasiado duras para dejarlas atrás.

Ginette tenía una hermana mayor que colaboraba con la Resistencia, que fue capturada y torturada por los nazis y enviada a un campo de concentración. Tal vez fuera el campo de Ravensbrück, cerca de Berlín. La reina había oído hablar de muchas francesas —y también de valientes mujeres británicas enviadas por la Dirección de Operaciones Especiales para ayudar a la Resistencia— que habían sido torturadas y asesinadas allí.

¿Y qué era lo de Argentina? Algo reciente, algo relacionado con... algo que había leído no hacía mucho.

Entonces lo recordó.

Era un memorándum confidencial del Foreign Office, donde le comunicaban que había constancia de que un oficial nazi de alto rango vivía en Buenos Aires, y que se creía que muchos otros —posiblemente centenares o incluso miles— se habían refugiado en Sudamérica.

¿Era posible que Rodríguez fuera uno de esos hombres que huyeron al otro lado del Atlántico y se hubiera reinventado a sí mismo?

Había algo más... Le gustaba jugar en lugares como Mónaco y Tánger, donde el francés era una lengua común. ¿Sería francés, tal vez? ¿Habría trabajado para la Gestapo? Eso podría explicar por qué lo conocía Ginette.

Si fue él quien torturó a Marianne Fleury y Ginette lo había reconocido de algún modo en Londres, su deseo de verlo, de estar a solas con él en un lugar tranquilo, tendría todo el sentido del mundo.

Ella habría querido matarlo.

Tal vez lo intentó y fracasó... ¿O tuvo éxito? ¿Fue ella quien

usó el garrote con él? ¿Le estaba clavando el cuchillo en el ojo cuando alguien entró y...?

¿Y qué? ¿Qué pasó entonces? ¿Cómo acabó Ginette convertida también en víctima? No conseguía imaginarlo. Se le estaba escapando algo importante.

En cualquier caso, todo eso no eran más que especulaciones. Conjeturas basadas en los últimos movimientos conocidos de Ginette, en su historia familiar, en la reputación de Rodríguez como hombre violento, en una cara entre la multitud y en un memorándum secreto en sus cajas rojas y... poco más.

Como había hecho en la limusina de la place de la Concorde, la reina se dijo que parecería bastante desquiciada si compartiera esa teoría a medio formar con cualquiera de los bigotudos. Pensarían que estaba loca y que se inmiscuía de un modo que posiblemente ponía en peligro la Constitución. Querrían saber por qué se preocupaba tanto, para empezar. Tampoco era cuestión de que intentara resolver todos los asesinatos violentos de Londres. Y entonces se preguntarían qué más había pasado en Cresswell Place aquella noche, y aunque ni ella misma lo sabía, era lo último que quería que pensaran.

Necesitaba hablar con Joan. Y necesitaba hacerlo en privado y cara a cara.

Discurría la segunda semana de septiembre. Regresarían a Londres al cabo de una semana, momento en que Carlos ingresaría en el internado de Cheam, como había hecho su padre. La reina pensó que era un niño muy afortunado, pues iba a estar rodeado de amigos de su edad, corriendo al aire libre y aprendiendo latín todos juntos, y no encerrado en un aula sofocante, como ella y su hermana y todos los herederos al trono que la habían precedido. Lo echaría muchísimo de menos, y le dolía el corazón con sólo pensarlo. Pero, por otra parte, Felipe y ella iban a iniciar muy pronto sus próximas visitas de Estado, ¿y no se divertiría más con sus nuevos amigos que deambulando tristón por palacio?

Una vez que lo hubiera dejado sano y salvo en el internado, podría centrarse adecuadamente en el contenido de esa carta y decidir qué hacer al respecto. Una semana más no cambiaría mucho las cosas después de todos aquellos meses, ¿no? Tendría que ser paciente. Por suerte, era una de las cosas que se le daban bien.

Mientras tanto, había algo más en sus instrucciones originales a su secretaria privada adjunta que había quedado pendiente. ¿Había entendido Joan la referencia a Diana? Era más bien rebuscada. La joven no había mencionado en su carta ningún progreso en tan delicada dirección. Al levantarse y sacudirse el polvo de los pantalones, se preguntó cómo le iría en ese frente.

42

De pie al final del callejón empedrado, Joan comprendió por qué el deán de Bath había elegido Cresswell Place para su residencia londinense. Dado lo que había ocurrido allí, se lo había imaginado como un lugar sombrío e inquietante, pero bajo el sol de finales de verano parecía una de las calles más alegres de Londres.

Las hileras de casas bajas eran color almendra garrapiñada, excepto unas cuantas decoradas con tejas rojas. A Joan estas últimas le gustaban más; y eran un poco más grandes. Una de ellas tenía un par de ventanas nuevas en el tejado y, al mirar hacia arriba protegiéndose del sol con la mano, se preguntó quién habría decidido abrirlas. Por un instante, le pareció ver una silueta que la observaba desde arriba, tras el cristal. Para no parecer grosera, apartó la vista.

Estaba allí para ver si podía comprender un poco mejor los informes de los testigos del expediente policial. La reina había dicho que estaba deseando que «D» hiciera progresos en Chelsea. Tras leer los informes que había sacado del archivo de la Secretaría Privada, Joan no creía que el inspector Darbishire fuera especialmente lento. Sin embargo, estaba desconcertado, y llevaba meses así. Pese a todas las actividades dudosas de la víctima masculina, seguía sin haber pruebas de que alguien hubiera entrado en la casa aparte de las propias víctimas, el deán y sus amigos, y Darbishire seguía convencido de que ninguno de ellos podía haber cometido los asesinatos. Tampoco tenía una teoría sólida que apuntara a lord Seymour, o a alguno de los mafiosos londinenses de su lista.

Joan tenía la sensación, como siempre que uno se enfrenta a

una investigación que ya está en marcha, de que su mente rápida podría resolver el caso. Repasó los números de las casas. El 44, la casa del deán, tenía un aspecto anodino y bastante triste. Al otro lado de las polvorientas ventanas, las cortinas estaban corridas. Fuera había un pequeño laurel en una maceta, reseco y medio muerto. Se suponía que el deán ya no volvería nunca por allí, y lo más probable es que los propietarios hubieran decidido no buscar a nuevos inquilinos por el momento. Darbishire aún no había conseguido averiguar quién era exactamente el dueño del edificio. Tenía el nombre de la empresa, pero no había avanzado nada con respecto a quién era el propietario.

El número 43, por el contrario, se veía luminoso y limpio, con las ventanas abiertas, alegres cortinas a cuadros y un joven rosal que trepaba alrededor de la puerta. En marzo la vivienda estaba vacía, pero ahora parecía felizmente ocupada. A su derecha se hallaba la casa donde vivían la señora Pinder y su marido. A un testigo de la calle le había parecido que el supuesto disparo podía haber procedido de allí o de la casa vacía de al lado.

Joan no podía estar segura de que los Pinder siguieran viviendo en el número 42. Delante había aparcado un gran sedán Rover que impedía ver las ventanas. El informe de Darbishire mencionaba que habían discutido con los académicos que vivían enfrente, en el número 22, pero no daba ninguna razón para ello. Joan se volvió y advirtió que se trataba de la casa de tejas rojas con ventanas nuevas. Los académicos se habían marchado, según el informe, pero ahora había alguien dentro. Mientras tanto, la casa situada a la derecha de ésta, donde habían vivido los sospechosos «Gregson», tenía las ventanas y la puerta principal abiertas de par en par. La planta baja se había vaciado por completo, y un par de yeseros trabajaban en el interior, silbando ruidosamente.

Un Jaguar deportivo entró en la calle rugiendo, y Joan se apartó para dejarlo pasar. Observó una vez más todas las casas,

por si descubría algo que la policía hubiera pasado por alto, aunque en aquel momento resultaba difícil maginar que en un lugar como aquél se hubiese cometido un asesinato.

Un paseo por las cercanas villas de estuco de los Boltons sólo le mostró que allí era donde querría vivir si algún día se casaba con un hombre muy muy rico, y que no costaría mucho saltar desde sus jardines a la encantadora plaza donde estaba ahora mediante uno de los pasadizos laterales que discurrían de delante a atrás.

Sí, huir no habría sido especialmente difícil para quien hubiera cometido el crimen. El problema era entrar.

Cuando llegó a su apartamento, Joan pensó en su próxima tarea, que consistía en averiguar qué había ocurrido realmente en el club Artemis. Se sentía desleal haciéndolo, pero sabía que la reina no se lo habría pedido a menos que estuviera segura de que era necesario. Si aquella noche el príncipe Felipe no había vuelto a casa cuando decía, la reina debía de saberlo desde hacía meses. Joan tenía la incómoda sensación de que Su Majestad necesitaba una aclaración que lo justificara. Pero ¿qué pasaría si ella no podía proporcionársela?

Ya cruzaría ese puente cuando llegara a él. Primero tenía que encontrar a alguien dispuesto a hablar. Pasó varios días investigando el club con la mayor discreción posible, observando las entradas y salidas del personal por la puerta trasera al anochecer y haciendo acopio de diversos objetos que la tía Eva le había conseguido a través de un amigo diseñador de vestuario teatral.

El sábado siguiente, bajo el cielo encapotado de Piccadilly, se presentó en el club una lavaplatos que no destacaba en absoluto, con el pelo castaño, gafas gruesas y las manos enrojecidas de tanto fregar. Entró a las siete y media, detrás de un par de *sous-*

chefs que volvían de un descanso para fumar un pitillo, subió por las escaleras de servicio, pegajosas y mal iluminadas, y encontró el despacho del gerente sin demasiados problemas.

—Me envía la agencia —declaró, mirando el suelo de linóleo agrietado.

Imaginó que las habitaciones del club contaban con espléndidas alfombras y lámparas de cristal, pero estaba claro que ahí se evitaba cualquier gasto superfluo.

—¿Qué? ¿La Trumptons? ¿Justo ahora? ¿Por qué?

El atareado gerente apenas levantó la vista del papeleo en el que estaba enfrascado.

—No sé por qué —respondió Joan—. Sólo sé que tienen ustedes a tres limpiadores de baja y que me han dicho que viniera para acá cuanto antes a trabajar jornada y media.

Al oír eso, el director sí levantó la cabeza.

—¡Ja! ¿Jornada y media? Debes de estar de broma. Y nos faltan dos, no tres, pero... En fin, cobrarás la paga habitual de la agencia. Esta noche y mañana, ¿de acuerdo? Dale tu nombre al señor Holland de Contabilidad. No cruces la puerta de la zona de socios. —Eso a Joan le venía de perlas—. ¿Sabes dónde están los delantales?

—Me las apañaré —respondió.

Cerró la puerta del despacho y miró hacia el fondo del lúgubre pasillo. Desde allí le llegaba el ruido de gritos y sartenes procedente de la cocina del club. No tenía ni idea de dónde estaban los delantales, pero ya los encontraría. En palacio siempre tenían problemas para encontrar personal de cocina suficiente en las grandes ocasiones, y había dado por hecho que en el club, siendo sábado por la noche, estarían encantados de recibir toda la ayuda posible. Eso le daría a sus manos doloridas —se las había frotado con sal durante un buen rato— el tiempo suficiente para recuperarse antes de volver al trabajo el lunes. En las vacaciones escolares, había ayudado de vez en cuando en las cocinas de la Universidad de Cambridge. Era un trabajo

caluroso, ajetreado, duro e ingrato: ideal para sus propósitos.

Se encaminó pasillo abajo y entró en la cocina.

—Me envían de la agencia —volvió a decir con su mejor acento cockney.

Un hombre alto y de aspecto agresivo, vestido de cocinero, la miró a través de un hueco entre varias pilas de platos sin lavar.

—Gracias a Dios.

Señaló una puerta que resultó ser el armario con los delantales. Joan se puso uno, se recogió el pelo con un pañuelo y se puso manos a la obra, canturreando alegremente. El ambiente de olla a presión que se respiraba en la cocina a la hora punta le hizo recordar sus días en Cambridge. Pronto redujo la montaña de platos sucios a pilas ordenadas de platos limpios, listos para usarse. Sacaba brillo a los vasos con rapidez y se hacía cargo de los grasientos montones que seguían llegando sin rechistar. Los cocineros de línea e incluso el jefe de sala se mostraron agradecidos por su capacidad para sacar adelante el trabajo sin armar jaleo.

Joan no sintió la necesidad de hacer preguntas. A medida que avanzaba la velada y el servicio se ralentizaba un poco, se unía a cualquier charla que surgiera en la cocina. Su trabajo esa noche consistía en trabajar en equipo, mostrarse dócil, sugerir que tenía algo de dinero en el bolsillo y hacer amigos.

Hacia el final del turno, cuando todos estaban deseando recoger y desalojar, un atareado encargado la señaló con el dedo.

—¿Tú... cómo te llamas?

—Jennie, señor. ¿Puedo ayudar?

—Desde luego que sí. Ha habido un incidente en el exterior de los aseos del segundo piso. Alguien se ha pasado de la raya y ha vomitado por todas las baldosas. No ha llegado a tiempo al lavabo. Tengo a Frank en ello, pero necesita que le echen una mano. Coge una fregona y un cubo y...

—Pero...

—Nada de peros. Espabila, mujer.

—Se supone que no debo ir más allá de la puerta de...

—¡Ahora mismo! ¡No te lo estoy preguntando!

No tenía elección. Encontró los bártulos necesarios, llenó el cubo de agua caliente y preguntó a una de las camareras del pasillo adónde debía dirigirse. Con el trasero, empujó la pesada puerta —tapizada para aislar la zona del ruido de la ajetreada cocina— que daba paso a la tranquila y enmoquetada zona de socios del club. No esperaba llegar tan lejos, pero mientras mantuviera la cabeza gacha, no pasaría nada malo.

En el segundo piso, la escena que la esperaba era repugnante. El olor la asaltó desde varios metros de distancia. Se le revolvió el estómago. Frank, un machaca como ella, hacía lo que estaba en su mano, pero estaba claro que necesitaba ayuda.

—Haz lo que puedas —dijo agradecido—. Traeré otro cubo.

Desapareció en dirección al piso de arriba, donde Joan supuso que habría un pequeño almacén de servicio con acceso a agua corriente. Un par de minutos más tarde, volvió a aparecer con el cubo lleno, justo cuando ella también necesitaba agua limpia.

Joan subió con el cubo hasta lo alto de las escaleras del tercer piso y miró a su alrededor buscando la puerta del pequeño almacén. No fue fácil en la penumbra. Al fondo del pasillo, dos figuras vestidas de esmoquin estaban enfrascadas en una conversación, ligeramente perfiladas por la luz de una lámpara de Lalique que tenían detrás. Joan avanzó por el pasillo, probando puerta por puerta, con la esperanza de dar con la correcta antes de llegar a ellos y no importunarlos con el apestoso contenido de su cubo.

Pero, antes de que la encontrara, el más alto de los dos miró hacia ella arrugando la nariz.

—¡Lo siento, señor! —gritó Joan.

Él siguió mirándola. Ella señaló las puertas.

—Sólo estoy buscando... Oh.

Logró no decir la última palabra en voz alta.

El hombre alto que la miraba era Tony Radnor-Milne. ¡Maldita sea! ¡Será que no hay gente en el mundo! Y su peluca no era el mejor de los disfraces: estaba pensada para quedarse en la zona de los criados. Su rostro desnudo pasaría el examen ante un desconocido, pero no frente a un hombre con el que había pasado una larga y traumática velada. De todos modos, el pasillo estaba en penumbra, además de que era el último lugar donde Radnor-Milne esperaría verla. Por segunda vez, se alejó rápidamente de él.

—Disculpe —murmuró, volviendo a toda prisa por donde había llegado.

Fue hasta la cocina y dejó que el pobre Frank terminara de fregar solo.

Un par de horas más tarde, Joan se marchó con los últimos empleados. Mientras llevaba a cabo las tareas más burdas, se encargó de que Frank y los demás se enterasen de que no solía trabajar como empleada temporal de una agencia. Les dijo que ya era un poco mayor para eso y que tenía un buen sueldo como dependienta. Que sólo hacía esas cosas para ganar un dinero extra de vez en cuando. Por eso, cuando después les comunicó que iba a hacer una parada en la cafetería de la esquina —un local abierto día y noche para atender a gente como ellos; empleados que trabajaban de sol a sol sirviendo a los ricachones —, Frank le preguntó medio en broma si pagaría una ronda. Y ella contestó que por supuesto. Al instante, un cansado ayudante de cocinero y dos camareras se mostraron muy interesados. Joan los invitó a todos a una taza de té y a unas tostadas con margarina.

Tras pasar juntos una larga y dura noche de sábado, se habían creado lazos entre ellos. Quizá no durarían mucho, pero en aquel momento parecían bastante reales. Todos se mostraron solidarios hacia Joan y Frank por el «mar de vómito» de los

lavabos, y hubo muchos cotilleos sobre la *stripper* que habían llevado para una fiesta de cumpleaños privada en la segunda planta, aunque ninguno de ellos la había visto, en realidad. Joan dejó que la conversación siguiera su curso antes de mirar hacia el otro lado de la calle y soltar:

—¡Oh, el Reform Club! Estaba trabajando allí la noche de aquellos asesinatos. Podría jurar que vi a aquel hombre... ¿cómo se llamaba? ¿Pérez?

—No, ahora dicen que es Rodríguez —la corrigió un ayudante de cocinero.

—Ah, ¿sí? Pues él, entonces. Juraría que lo vi en el club la noche anterior. Me puso la carne de gallina.

—Aunque supongo que no puedes saber a ciencia cierta que era él —comentó una de las camareras—, puesto que le rebanaron el cuello y le clavaron un cuchillo en el ojo.

—Bueno, no —admitió Joan—. Pero en los periódicos salieron fotos de él antes de eso, ya sabes. Era exactamente igual a ese caballero que vi en la calle. Justo ahí. ¿Han descubierto ya quién lo hizo? No he visto nada.

—No, no lo han descubierto —dijo Frank con tono sombrío—. Y no lo descubrirán. Fue uno de sus socios del hampa, sin duda. Ya habrá huido del país. Me sorprende que aún se molesten en buscarlo.

Joan entonces tuvo una idea.

—¡Eh! ¿No salisteis también en los periódicos? Me refiero al club. ¿No se dijo que probablemente fue uno de vuestros socios quien lo hizo?

—No, no puede ser —dijo la otra camarera encogiéndose de hombros—. O por lo menos la policía no parece creerlo. No detuvieron a nadie; todos han seguido viniendo desde entonces.

Joan bajó la voz.

—Pero ¿creéis que...? —preguntó con los ojos muy abiertos—. Quiero decir, entre nosotros, ¿creéis que fue alguno de ellos quien...?

—No —respondió con firmeza la primera camarera—. La verdad es que hay algunos de los que no me fiaría un pelo, pero conozco a esos tres, y al deán también, y si alguien piensa que ese hombre podría haber apuñalado a alguien en un ojo, necesita un buen loquero.

Joan mantuvo la voz baja y los ojos muy abiertos, como si le chiflaran los cotilleos.

—Me ha llegado un rumor. Esa misma noche...

Dejó la frase en el aire. Si tenía razón, todos sabrían a qué se refería. Pero no quería ser ella quien lo dijera.

La primera camarera soltó un suspiro.

—¡Oh, eso! ¡Olvídalo! Eso ya es agua pasada. Te refieres al D. de E., ¿no?

—¡Chist! —susurró el ayudante de cocinero que estaba a su lado, a todas luces preocupado por esa sutil referencia al duque de Edimburgo. Se llevó una mano a los labios, pero la otra camarera se la apartó de un manotazo.

—Venga, no seas tonto, Bill. Todos sabemos qué andaba tramando —dijo, e hizo un gesto de exasperación mirando a su amiga, que hizo otro tanto.

—¡No! ¿Qué? —exclamó Joan casi sin aliento, inclinándose hacia delante.

—¡Chist! —repitió el ayudante, llamando más la atención hacia su grupo que con cualquier otra cosa que hubiera podido hacer.

Aun así, de forma instintiva, todos se inclinaron a un tiempo sobre la mesa. Bajaron la voz y hablaron deprisa, atropellándose unos a otros:

—Es sólo un rumor.

—¡No, no lo es! Lo vi con mis propios ojos.

—¡No es verdad!

—Pues yo me enteré por Abel, que estaba allí mismo, en la calle, metiendo los envases vacíos en los cubos.

—¿Y qué dijo?

—Que vio cómo los seguratas volvían y se ponían a dar vueltas, intentando descubrir dónde diablos se había metido el duque. Estuvieron así durante más de veinte minutos.

—¿Abel estuvo allí todo ese tiempo?

—No, él lo vio la primera vez, y Jake o algún otro los vio veinte minutos más tarde. Abel se partió de risa al enterarse. ¡Bien por el duque! ¡Bien hecho!

—Mmm. —Las mujeres se cruzaron de brazos en señal de desaprobación.

—Bien hecho, ¿qué? —quiso saber Joan.

—Darles esquinazo a sus escoltas, por supuesto —dijo Frank —. No es la primera vez. Le fastidia tenerlos todo el tiempo encima de él. En un momento dado estaba en el vestíbulo, pidiendo a gritos su abrigo, y al siguiente se había... —Imitó una bocanada de humo con la mano—. ¡Puf! ¡Volatilizado!

—¿Cómo? —preguntó Joan.

—Con uno de sus amigos, que había aparcado el coche a la vuelta de la esquina —explicó el ayudante de chef—. El prín... estoo... el D. de E. se escabulló por nuestras escaleras traseras y se alejó a toda prisa con su amigo en medio de la noche. Los escoltas se quedaron plantados ante la puerta principal como dos idiotas.

—¿Y adónde fue con su amigo? —quiso saber Joan.

Cuatro pares de cejas se arquearon con escepticismo ante ella.

—¿Adónde crees tú?

Joan se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? —concluyó la camarera junto a Joan—. A algún lugar donde prefería no ser visto en público, en cualquier caso.

—¿Y nadie se lo contó a la policía?

—¿Por qué iban a hacerlo?

Las expresiones escépticas se convirtieron en ceños fruncidos. Joan tenía una respuesta: el príncipe Felipe había desaparecido la noche de los asesinatos y no estaba donde había dicho estar.

Pero ella no iba a decir algo así en voz alta.

—No lo sé —respondió con una sonrisa y encogiéndose de hombros una vez más.

Los demás parecían serios. Era interesante ver cómo de repente funcionaban como una unidad, si bien era evidente que hombres y mujeres tenían opiniones distintas sobre la huida, como demostraban aquellos brazos cruzados.

—Lo que haga o deje de hacer es asunto suyo —declaró con fervor una de las camareras.

—Nunca diríamos una palabra —añadió su amiga con convicción.

Los demás asintieron. Por cómo la miraban fijamente y por la pausa que siguió, Joan se dio cuenta de que esperaban algo de ella.

—Oh, claro. Yo tampoco, palabra de *girl scout* —dijo muy convencida, pensando que ellos no sabían hasta qué punto era digna de confianza su promesa...

Con una excepción, por supuesto.

¿Qué opinarían ellos si supieran quién era la persona con la que estaba dispuesta a compartir su secreto?

Pasó el domingo descansando en el apartamento y frotándose las manos con una crema de Pond's para eliminar lo peor de las rojeces. El lunes por la mañana, mientras se preparaba para ir al trabajo, intentó redactar mentalmente su mensaje a la reina. Entendía por qué Su Majestad estaba tan preocupada: el príncipe Felipe no sólo no tenía coartada para aquella noche, sino que un número preocupante de personas estaba al corriente de ello. Pese a que todas ellas habían proclamado su lealtad, sin duda era sólo cuestión de tiempo que alguien hablara con algún periodista. Y entonces...

El día era frío y húmedo, con cierto aire otoñal. Joan se puso un grueso abrigo impermeable que no había usado desde mayo y

se armó de un paraguas, por si acaso. En las calles, los adoquines aún brillaban tras el chaparrón que había caído durante la noche. Era septiembre y los estudiantes desfilaban ya hacia los colegios con sus uniformes recién estrenados. Evitando los charcos, Joan salió de Dolphin Square, cruzó Lupus Street para internarse en Pimlico y se dirigió a Warwick Square.

Justo cuando había dejado atrás la esquina con Denbigh Street y empezaba a cruzar, una furgoneta negra rodeó la plaza a gran velocidad. Joan la vio justo a tiempo y retrocedió hacia la acera para apartarse de su trayectoria. Y aun así, a cámara lenta, vio que parecía echársele encima. De repente, ocupó todo su campo de visión y se dio cuenta de que iba a golpearla de lleno. Allí fallaba algo... algo que ella debería haber... Seguía presa del asombro y tratando desesperadamente de evitar que aquello ocurriera cuando notó un golpe en el costado. Salió volando y comprendió que estaba a punto de darse un testarazo contra el frío y duro suelo. Estiró el brazo izquierdo para protegerse, con la esperanza de que su sombrero amortiguara de algún modo el impacto en el cráneo...

Entonces se oyó un crujido tremendo y el mundo se volvió negro.

43

—¿Dónde está ahora? —preguntó débilmente la reina.

—En cama, señora, con una conmoción cerebral —explicó Miles Urquhart.

—¿Y sir Hugh acaba de llamarlo a usted?

—Así es. No tengo todos los detalles. Ha sido un terrible accidente. La calle estaba mojada... y frenar no debía de ser fácil. No estoy seguro de que mirase antes de cruzar.

—¿Saben quién lo hizo?

El subsecretario privado se fijó en que Su Majestad estaba blanca como el papel. Tampoco era que la chica estuviera muerta: sólo tenía una muñeca rota y la cabeza dolorida. Urquhart trató de mostrarse tranquilizador.

—No lo creo, señora. Como le decía, ha sido un accidente, pero un transeúnte muy servicial ha presenciado lo ocurrido y la ha llevado al hospital en un taxi. Está en el Saint George, con el brazo escayolado. Aunque probablemente mañana ya la enviarán a casa.

—Oh, Dios mío...

La reina solía encajar bien las malas noticias, se dijo Urquhart. En general se tomaba ciertas cosas mejor que algunos hombres, lo cual era excepcional. Pero no era el caso esta vez.

—Estará como nueva en un periquete —añadió alegremente —. Y estoy seguro de que nos las arreglaremos sin ella. Ya lo hemos hecho antes. Y es posible que Fiona tenga previsto volver pronto...

Vio que Su Majestad fruncía el ceño. Por alguna razón, a la reina le gustaba esta chica nueva, aunque no supiera ni cruzar una calle sin armar un buen alboroto.

—Gracias, Miles. Avíseme si se entera de algo más, ¿quiere?

Urquhart había hecho lo que había podido. Hizo una reverencia y salió.

Sola en su estudio de Balmoral, la reina sintió una punzada de culpabilidad tan aguda que fue como una puñalada. Se acercó a la ventana y apoyó una mano en el frío cristal, esperando a que se le pasara.

Le había enviado aquella nota a Joan. Había dejado claro que la misión podía ser difícil, y sabía que incluso podía resultar peligrosa, pero nunca imaginó que esa gente llegaría tan lejos, fueran quienes fuesen. Y ahora estaba ahí, a ochocientos kilómetros de distancia, y Joan podría haber muerto, y ella era incapaz de hacer nada al respecto...

Cuanto más le aseguraba Urquhart que había sido un accidente, más convencida estaba de lo contrario.

A Joan le dolía mucho la cabeza. Se sentía aturdida y mareada cada vez que abría el ojo derecho lo suficiente para ver por él. Un mechón de pelo le impedía ver por el ojo izquierdo. Cuando intentó levantar la mano para apartarlo, se percató de que pesaba mucho. Al mirar hacia abajo, la escayola de la muñeca izquierda la sorprendió. Sabía que estaba ahí, pero se le olvidaba todo el rato.

—¡Enfermera! ¡Enfermera! —llamó con voz ronca.

La puerta se abrió y asomó una cabeza. Una masculina, con el pelo corto. Apenas lo distinguía, con su visión doble.

—Por favor, ¿podría hacer que me traigan analgésicos, doctor? Tengo una migraña espantosa.

—¡Y estás ciega! —exclamó el tipo con acento escocés.

Había un atisbo de burla en sus palabras: no había querido decir que estuviera ciega de verdad. Ella conocía esa voz.

—¡Hector!

—Ya no estás en el Saint George, ¿recuerdas? Llegaste a casa

hace tres horas. Tus pastillas están en la mesita, aquí. —Señaló hacia alguna parte, pero ella no fue capaz de girar la cabeza—. No te las tomes todas de golpe.

—No... Yo...

Hector se dio cuenta de que estaba muy grogui y se apiadó de ella.

—Toma, aquí tienes.

Joan cogió dos pastillas de la mano de Hector y él le pasó un vaso de agua.

—¿Por qué no estás en el trabajo? —murmuró ella.

—¡Ja! De modo que no sabes ni dónde estás, porque no ves nada con ese ojo a la funerala, pero te preocupa mi trabajo en el ministerio.

—No es en el ministerio —dijo ella cerrando los ojos. Eso sí que lo sabía.

—Sí, trabajo ahí —insistió él.

Joan se quedó callada, con los ojos cerrados para dejarlos descansar, pero no lo oyó salir de su habitación. Seguía ahí.

—Había una furgoneta —dijo finalmente—. Hay algo que...

—¿Sí?

—Algo que no... cuadra. Yo...

—¿Ah, sí? ¿Qué es lo que no cuadra?

Sonaba realmente preocupado, no parecía creer que se estuviera volviendo loca. Joan intentó recordar sus últimos pasos antes de perder el conocimiento. El trayecto acudió a su memoria en escenas fragmentadas: se vio cruzando Lupus Street; los árboles de Warwick Square ante ella; las nubes en lo alto; su sombrero; la calzada acercándose a su cara...

Se incorporó de golpe y abrió los ojos con una mueca de dolor.

—Vamos, vamos... —la arrulló la suave voz escocesa de su casero—. Tranquila, jovencita...

Pero ella quería recordar, si no todo, por lo menos lo que tanto la había confundido. Había algo que no cuadraba... Algo

que la había asustado mucho... Y algo más que no tenía sentido. Era demasiado.

—En el hospital me dijeron que me había atropellado una furgoneta.

—Ajá —respondió Hector.

Pero no. Ahora se acordaba: la habían golpeado desde un lado, como en un duro placaje de hockey, cuando debería haber recibido el golpe de frente.

—Estaba en la calle... Y la furgoneta venía hacia mí... —Cerró los ojos ante el fulgor del recuerdo—. Y alguien me apartó de un empujón. ¿Fue así? No sé cómo pude... La furgoneta estaba...

—¿Eso fue lo que ocurrió? —preguntó Hector—. No lo sabía. Menuda suerte.

—Fue la misma persona que me acompañó al hospital. Según las enfermeras, no dejó su nombre.

—A los buenos samaritanos suele gustarles el anonimato.

—Supongo... —murmuró Joan medio grogui.

—Tienes que descansar y recuperarte —la animó él, inclinándose para ajustarle las almohadas—. Duerme un poco.

A ella le pareció buena idea, de modo que obedeció.

Joan se sumió en un sueño intermitente, plagado de pesadillas y perturbado por dolores de cabeza. También le dolía el brazo, la espalda y los muslos. Cuando necesitaba ir al baño, lo hacía tambaleándose. De no ser por la muñeca rota, lo habría hecho a cuatro patas. Perdió otra jornada entera inmersa en el malestar y la confusión, pero al caer la noche empezó a sentirse menos perdida y frágil.

Era consciente de que Hector había estado acompañándola parte del tiempo, tentándola con caldo y tazas de té. Incluso le había ofrecido el brazo para que se apoyara en él cuando ella decidió que estaba lo bastante bien para sentarse en el salón... Y de nuevo, cuando se sintió mareada y admitió que, al fin y al

cabo, no estaba tan bien como pensaba.

Cuando no asomaba la cabeza por la puerta del dormitorio para ver cómo estaba, ella lo oía caminar por el apartamento. Su presencia era tranquilizadora, aunque sorprendente. No era fin de semana, ¿verdad? Entretanto, a medida que la confusión de su cerebro se iba disipando poco a poco, se esforzaba por encajar las piezas de lo sucedido.

Una furgoneta se había dirigido hacia ella a toda velocidad. Gracias a una suerte extraordinaria, alguien la había empujado justo a tiempo; de alguna manera —no podía imaginar cómo— esa persona había evitado que la atropellaran. Luego la llevó al hospital y se esfumó discretamente. Joan recordaba un fogonazo de dolor en la muñeca cuando extendió la mano para protegerse la cabeza del impacto de la caída.

El dolor la había distraído de algo. No de algo que estaba ahí, sino de algo que brillaba por su ausencia...

Volvió a pensar en la furgoneta, aunque no tuviera muchas ganas de hacerlo, e intentó imaginar la situación contemplándola desde arriba. Era una técnica que le habían enseñado en Trent Park. Se vio a sí misma de pie en la esquina de la plaza y empezando a cruzar la calle, vio la furgoneta apareciendo de la nada y dirigiéndose hacia ella, casi como si lo hiciera a propósito... No, de la nada no. De haber prestado atención, la habría visto llegar por el lado más largo de la plaza, pero nunca habría imaginado que corriera tanto. Si el conductor hubiera estado atento, también debería haberla visto, pero era obvio que no llegó a verla, porque...

¿Por qué?

¿Por qué estaba tan segura de que no llegó a verla?

Porque no oyó un frenazo.

¡Sí! Ésa era la pieza que faltaba cuando la parrilla del motor de la furgoneta ocupó todo su campo visual, momentos antes de que alguien la empujara para evitar que la embistieran. Debería haberse oído el chirrido de los neumáticos al intentar aferrarse a

la calle resbaladiza y mojada, pero la furgoneta no había frenado y el ruido del motor ni siquiera cambió.

Iba derecha hacia ella. El conductor lo hacía con toda la intención. Podría haberla matado fácilmente de no haber sido por su buen samaritano.

Joan se estremeció sólo de pensarlo.

Oh, Dios mío... Su pobre padre... nunca lo habría superado. ¿Y qué habría pasado con Su Majestad de haberle sucedido algo? ¿A quién más podría recurrir ella? Joan tenía mucho que contarle, aunque no todo tuviera sentido en ese momento. Pero si el conductor había ido a por ella una vez, podía volver a hacerlo. De repente se preguntó qué pasaría si no tenía la oportunidad de hablar con la reina.

Hector Ross se había estado moviendo en silencio por el apartamento, intentando no molestar a su inquilina mientras dormía. Se le daba bien ser silencioso y discreto, tenía mucha práctica. Sin embargo, cuando asomó la cabeza en la puerta una hora más tarde, la encontró sentada en la cama, a medio vestir y luchando por ponerse un zapato con una sola mano.

—Pero ¿qué estás haciendo, muchacha? —la regañó—. No puedes salir a la calle. ¡Tienes que hacer reposo! Buf, tu cerebro se ha vuelto completamente tarumba... Deja que te ayude a poner los pies en alto.

Joan extendió el brazo bueno para hacerlo retroceder.

—¡No! Tengo que irme.

—¡No puedes irte, te lo digo en serio! No aguantarás ni diez minutos. De verdad, Joan, confía en mí. Tienes que hacerme caso.

Se quedó allí sentada, con la cara arrebolada por el esfuerzo y mirándolo con fiereza.

—Tengo que volver al trabajo, hay cosas que debo hacer. Es posible que no quede mucho tiempo...

El golpe en la cabeza había sido peor de lo que él pensaba. Estaba actuando como una tonta. Hector se cruzó de brazos.

—No seas tan dramática. No dejaré que te vayas.

—¡No puedes retenerme aquí!

—Lo haré si es necesario.

—Oye —dijo ella poniéndose en pie; se balanceó y volvió a sentarse con dificultad—. Casi me matan. Quizá tú no te lo tomas en serio, pero no me digas que no sea dramática.

Hector levantó ambas manos.

—Lo sé. Has pasado por algo horrible, y lo lamento, pero alguien tiene que cuidar de ti en este momento, y yo... ¿Qué pasa?

La expresión de Joan era ahora entre ceñuda y perpleja. Hubo un destello de sospecha en sus preciosos e inteligentes ojos color avellana. Hector comprendió que había cometido un error poco frecuente, pero eran momentos muy emotivos. No había dormido mucho esos días...

—Te digo que casi me matan... —dijo ella despacio— ¿y tú contestas «Lo sé»?

—Bueno, pues claro que casi te matan —replicó él—. Casi te arrolló una furgoneta.

—Dijiste que fue un accidente.

—Y lo fue.

Ella negó con la cabeza.

—No, no lo fue... —Volvió a mirarlo fijamente—. Y me parece que tú tampoco crees que lo fuera.

Joan tenía los labios apretados. Hector debería haberle dicho que no fuera tonta; el problema era que estaba de acuerdo con ella y no había pensado que ella lo averiguaría tan rápido, si es que conseguía averiguarlo siquiera. Lo había pillado desprevenido.

La línea en el entrecejo de Joan se hizo más profunda.

—¿Qué sabes de lo que ha ocurrido, Hector?

—¡Nada! —protestó él con una bien ensayada expresión de

inocencia que no pareció tranquilizarla en absoluto.

—¿Estuviste allí? No, espera... ¿Alguien te llamó? ¿Habías encargado que me siguieran?

—Por supuesto que no. No me tomes por una especie de loco obsesivo, Joan. Sólo soy tu casero y me preocupo por ti, eso es todo. Y me tiene preocupado lo de tus pastillas; tal vez deberías reducir la dosis a la mitad.

—¿Qué sabes? —se limitó a repetir Joan con frialdad.

—¿Qué hay que saber?

Ella negó con la cabeza e hizo una mueca de dolor, y eso fue peor que la frialdad, porque ahora tenía lágrimas en los ojos.

—Deja de mentir, por favor —dijo con la voz quebrada—. No tengo fuerzas para esto. Alguien intenta matarme y tú lo sabes. Y sabes lo de la maleta, te he visto echarle un vistazo hace un momento. Y yo sé lo del servicio secreto... ¿O cómo lo llamáis ahora...? —Frunció el ceño tratando de recordar el nombre oficial que rara vez se pronunciaba—. El MI5, eso es. Así que déjate de chorradas, Hector. ¿Hiciste que me siguieran?

Él soltó un suspiro. Aquello no había salido como esperaba. Debería ser él quien hiciera las preguntas.

—Te traeré una bandeja —le ofreció—. He calentado un poco de sopa.

44

Había algo más que sopa. Para asombro de Hector, un lacayo le había entregado aquella misma mañana una cesta de palacio que contenía dos grandes termos de caldo de pollo y puerro, una hogaza de pan recién hecho, un tarro de cristal lleno de bombones de fabricación artesanal y una caja de aromáticas galletas de mantequilla. También había un gran ramo de delicadas flores blancas de la floristería favorita de la reina y una nota manuscrita en la que se leía: «Con mis deseos de una pronta mejoría.»

Hector le enseñó el mensaje a Joan y colocó las flores, que dispuso burdamente en una jarra de agua, entre las horquillas desparramadas y los marcos de fotos en su mesilla de noche. Le ahuecó las almohadas y le puso la bandeja de sopa en el regazo. Parecía más tranquila, pero no tanto como él esperaba.

—Alguien está preocupado por ti —observó—. ¿Reconoces la letra?

Ella miró la nota con cara inexpresiva y negó con la cabeza.

—No.

—¿No es de sir Hugh, entonces? Lo pensé.

Joan medio enarcó una ceja.

—No es suya, será de algún administrativo.

Hector comprendió que ella se daba cuenta de que trataba de sonsacarle información y no estaba dispuesta a revelarle nada. ¡Menuda estaba hecha esa muchacha! Mmm... Necesitaba hacerla hablar urgentemente, pero no iba a ser fácil, ni siquiera en su débil estado.

—Vamos, jovencita, come un poco.

Joan obedeció. Había probado ya la sopa, sazonada al punto y

deliciosa. Dios sabía cuánta falta le hacía falta. Entre cucharada y cucharada, alzó la vista y lo miró fijamente. Estaba plantado entre la mesita de noche y la puerta.

—Así que hiciste que me siguieran —dijo simple y llanamente.

Estaba mosqueada, y era comprensible.

—Piensa eso si quieres, pero has sufrido un grave accidente. No me sorprende que tengas la cabeza como un bombo. Y es posible que estés en lo cierto, quizá no fue un accidente. Pero ¿quién querría hacerte daño? No lo entiendo.

Joan bajó la mirada. Terminó la sopa, comió un poco de pan y dejó la bandeja a un lado.

—No —dijo.

—¿No qué?

—No voy a responder a tus preguntas hasta que contestes las mías.

—Sólo intento ayudar.

Joan cerró los ojos y se recostó contra las almohadas.

—Cierra la puerta al salir.

Maldita sea. Pues no parecía que tuviera la cabeza «como un bombo», ni mucho menos. Ojalá. Él necesitaba saber quién la había atacado. Sobre todo, porque era importante para la seguridad de la propia Joan. Sin embargo, ella se negaba a cooperar. Podía entender por qué: no le gustaba que la siguieran.

—Aunque te estuvieran siguiendo, nunca podría admitirlo.

Era lo mejor que podía ofrecerle. Seguro que ella lo entendería.

Joan abrió un ojo.

—¿Por qué?

—¿Por qué no puedo admitirlo?

—¿Por qué hiciste que me siguieran?

Habían entrado en un terreno muy delicado.

—Tienes que confiar en mí. No hay mucho que pueda decir.

Vio que su enfado iba en aumento cuando abrió el otro ojo y

lo miró fijamente.

—¿Que confíe en ti? —replicó—. Me estás espiando. Crees que soy una especie de agente enemiga...

—Te prometo que no es...

A Joan prácticamente le salían chispas.

—¡No tenías derecho a hacer esto, comandante Ross!

—Te aseguro que fue por tu propio...

—¡Fuera!

Joan agarró un pequeño cojín bordado que había sobre la cama y se lo arrojó con fuerza.

Hector encajó el almohadón, pero no su furia y su negativa a cooperar. Era evidente que no iba a sacarle nada si seguía fingiendo inocencia. Además, toda aquella situación era tan extraña que no sabía muy bien cómo manejarla. Podía enfrentarse a fuerzas hostiles y agentes encubiertos, pero cuando se trataba de mujeres complicadas en puestos delicados que de repente empezaban a disfrazarse...

—No creo que seas una agente enemiga —dijo en voz baja—. Te vieron en un lugar donde supuestamente no debías estar. Surgieron preguntas. Lo más sencillo era hacer que alguien comprobara en qué andabas metida. No tenía ni idea de que esa persona acabaría salvándote la vida.

Joan lo miró furibunda.

—Me estaba siguiendo. ¡No hagas que parezca que debería mostrarme agradecida!

Hector se encogió de hombros.

—Cuando empezó a seguirte, fue más por curiosidad que por otra cosa. Pero tienes que admitir que una secretaria subalterna de palacio que esconde pelucas en una maleta y se disfraza de viejecita en los lavabos de señoras de la estación Victoria...

—¿Qué quieres decir con «secretaria subalterna»? —interrumpió Joan—. Soy la secretaria privada adjunta de Su Majestad. Es algo totalmente distinto.

Hector soltó un suspiro. Tal vez no era el momento para aquel

comentario hecho de pasada. No tenía nada que ver con lo que estaban hablando.

—Olvídalo.

—¡No! ¿Qué has querido decir?

Era un detalle, pero intuía que no conseguiría nada de ella si seguía evitando sus preguntas. Y ésta al menos era fácil de responder.

Hector levantó las manos.

—Puede que tu nuevo título sea otra cosa, aunque nadie lo diría. Pareces una mecanógrafa, siempre haces todo lo posible para que te traten como tal, y luego te enfadas cuando lo hacen.

—¡No, no es verdad!

—Sigues poniéndote trajes de sarga pasados de moda y zapatos cómodos. —Llevaba un rato dándole vueltas al asunto—. Tienes una máquina de escribir sobre tu escritorio, ¡por el amor de Dios! Tú misma me lo dijiste: escribes notas y archivas. Quitas trabajo a las secretarias de verdad y te sorprendes cuando te tratan con recelo. No me extraña que estén confundidas. Yo lo estaría.

—Yo... yo sólo...

Joan luchó por encontrar las palabras, y Hector vio que había vuelto a palidecer. Seguía convaleciente, seguía sintiendo dolor, y él lo había olvidado por completo. Se sintió un absoluto canalla.

—De todos modos, eso no viene al caso ahora mismo —rectificó—. El hecho es que trabajas con información clasificada y de pronto vas por Londres disfrazada y entras en lugares muy delicados. ¿Para quién lo haces? ¿Y quién demonios está intentando matarte? —Sintió alivio al volver por fin al meollo de la cuestión.

Joan pareció aturdida.

—No lo sé —repuso aparentemente más tranquila. Sacudió la cabeza—. De verdad que no lo sé.

Por fin. Al menos ahora podrían tener una conversación como

era debido.

—¿Qué hacías en el club Artemis? —preguntó él con más delicadeza.

Joan le dedicó una sonrisa sardónica.

—Si estuve haciendo algo que no debía, no podría admitirlo.

Touché.

—¿Para quién trabajas?

Ella enarcó una ceja, dispuesta a resistir.

—Bueno, oficialmente, para la reina.

Hector desechó su respuesta con un gesto de la mano.

—Sí, eso lo sabemos, pero ¿para quién realmente? ¿Quién te pidió que fueras al club?

Joan sonrió.

—Tienes que confiar en mí. No hay mucho que pueda contarte.

Hector admiró a regañadientes su lealtad. Protegía a alguien importante, alguien que estaba en un aprieto.

—Empecemos por la cuestión de que alguien intentó matarte —le recordó él—. De verdad que también tienes que confiar un poco en mí.

Ella se lo quedó mirando, pensativa.

—De acuerdo —dijo por fin—. Hay una persona en palacio que está preocupada por lo que ocurrió la noche de los asesinatos de Chelsea. Yo intentaba averiguar qué sabía el personal del Artemis, pero no era gran cosa.

—¿Te refieres a lo que sabían sobre los movimientos de los sospechosos?

—Sí.

—¿Y de otro individuo? —sugirió Hector. Ahora empezaba a tener sentido la cosa.

—No puedo decirlo. —La mirada franca de Joan fue una admisión silenciosa.

Hector exhaló un suspiro.

—¿Eso era todo? No explica por qué...

—Lo sé —lo interrumpió ella—. Quiero decir que no averigüé nada más de lo que ya debéis de saber. El personal lo comentaba con bastante libertad. ¿Por qué me convertí en objetivo al día siguiente? ¿Por qué no fueron a por cualquiera de ellos? Supongo que no los habrán amenazado.

—Que yo sepa, no —repuso Hector—. Tiene que haber algo más.

Joan se tapó los ojos con una mano. Hector estaba a punto de hacerle otra pregunta, pero ella le hizo un gesto para que esperara. Esta vez no fue grosera, y él se dio cuenta de que estaba pensando. Sin decir nada, recogió la bandeja con la sopa y le arregló un poco las mantas. Estaba tan preocupado por su mejoría como ella misma.

Mientras tanto, le suponía un alivio saber que al menos uno de los jóvenes cortesanos de la reina velaba realmente por los intereses de Su Majestad. Joan tenía razón en lo de que trabajaba para el MI5. Que se produjeran interferencias desde palacio volvía su propio cometido un poco más difícil, pero Hector llevaba tiempo profundamente preocupado por un enorme escándalo real en potencia, y no presagiaba nada bueno que nadie del círculo cercano a la reina pareciera estar al corriente. Ahora sabía que no era del todo así. Joan no quería decirle de quién se trataba, pero Hector tenía en mente a un par de candidatos probables.

Dejó la bandeja en la cocina.

—Hay una cosa más. Vi a Tony —dijo Joan al volver a la habitación.

—¿Radnor-Milne?

—Sí, en un pasillo en el piso superior del club. No le di mucha importancia. Supongo que es miembro del Artemis, así que no me sorprendió verlo; sólo me preocupaba que me reconociera.

—¿Y lo hizo?

—No lo tuve muy claro entonces, pero ahora creo que sí. Seguro que se sorprendió un montón.

—Sin duda —coincidió Hector—. ¿Con quién estaba?

Joan ladeó la cabeza.

—He ahí lo interesante. No le presté atención en su momento, ya que estaba concentrada en Tony, pero era el duque de Maidstone.

—¿Ese imbécil? —Hector se había quedado helado, no porque el duque estuviera allí, sino porque el hecho de que Joan lo viera allí pudiera haber tenido semejantes consecuencias—. ¿De qué lo conoces?

—En realidad no lo conozco —explicó Joan—. Coincidí con él un par de veces durante la guerra, porque utilizamos como alojamiento la casa de la viuda en la finca de su familia cuando me estaba entrenando para... para algo que estaba haciendo en ese momento.

Ése habría sido su trabajo en Trent Park, supuso Hector. Joan no sabía que él lo sabía, pero había requisado su expediente en palacio después de reconocerla de Longmeadow Hall. Le sorprendía que la hubieran contratado después de aquella mancha en su expediente, pero era evidente que sir Hugh era más liberal e indulgente de lo que sugería su rígido porte militar.

Hector no intentó confirmar lo de Trent Park. Le gustaba la actitud de Joan de no revelar más de lo estrictamente necesario, incluso en ese momento, con su vida en peligro. Le gustaban muchas cosas de la señorita Joan McGraw, admitió con pesar. Por fin dormiría bien esa noche, sabiendo que ella estaba ahí, a salvo. Pero volvería a preocuparse en cuanto saliera de Dolphin Square porque sabía que estaría de nuevo en peligro.

—¿Estás segura de que era Maidstone? —preguntó—. La iluminación debía de ser tenue.

—Lo era, pero estoy segura —dijo ella.

—¿Estaban hablando en privado?

—Sí.

—¿Cómo reaccionaron cuando te vieron?

—Sólo Tony me miró realmente. Pareció confundido. Me di la vuelta muy deprisa y no vi qué hizo después.

—¿Tienes idea de sobre qué hablaban?

—Ni la más mínima, francamente.

Él la creyó.

—Bueno, si tú o tu misterioso compinche sacáis alguna conclusión, hacédmelo saber.

Joan asintió.

—Supongo que mañana irás a la oficina —añadió Hector.

—Por supuesto. Debo hacerlo.

Él soltó un suspiro.

—Te pediré un taxi. Sube sólo si el conductor menciona mi nombre.

Esta vez, Joan accedió sin poner trabas.

45

La Joan McGraw que subió al taxi a la mañana siguiente era distinta en varios aspectos a la que había vuelto a casa desde palacio la semana anterior. En primer lugar, y quizá lo más obvio, llevaba el brazo en cabestrillo, pero además su pintalabios era de un tono más vivo. Llevaba el pelo suelto en cuidadas ondas —pronto se lo cortarían con un estilo más favorecedor— y zapatos de charol con tacón. Lucía el traje chaqueta de los domingos. En cuanto pudiera le encargaría a su tía un par más, al estilo de Pierre Balmain, y posiblemente también algún que otro vestido de talle ceñido, para lucir cintura...

Joan siempre había tachado de coquetas a las mujeres que se vestían con estilo para ir al trabajo. Sin embargo, también se había dado cuenta, aunque sin fijarse mucho en realidad, de que las mujeres que ocupaban altos cargos en los Servicios Femeninos de la Marina se alegraban de destacar entre las demás. Le parecía muy bien que lo hicieran, pero nunca se había considerado una de ellas. Aun así, Hector tenía razón. ¿Acaso no ocupaba un altísimo cargo siendo «secretaria privada adjunta de Su Majestad la reina», como ella le había dicho tan estiradamente el día anterior? Tal vez no se sentía cómoda con su nueva posición, pero más le valía acostumbrarse.

El taxi la dejó sana y salva ante la entrada de la explanada del palacio y Joan se dirigió con toda la confianza que pudo, con sus tacones y su falda ajustada, a la puerta de la derecha, la del Tesoro Real, que daba al pasillo del ala norte. Pese al moratón del ojo y al brazo en cabestrillo, el centinela con su gorro alto de piel de oso la repasó de arriba abajo, tanto como se lo permitió

su mirada de reojo. Sus músculos faciales no se alteraron, pero Joan percibió algo distinto en su forma de erguirse y ponerse firmes. Ella también se irguió.

Al llegar al despacho que compartían las secretarias, le pidió a una que fuera a recoger su máquina de escribir, y añadió que probablemente ellas le darían mejor uso. Se deshicieron en zalamerías ante sus magulladuras y su muñeca rota, y le preguntaron si querría recuperar la máquina de escribir cuando estuviera mejor. Ella les dijo que no.

Una de las mujeres se ofreció a llevarle un café y Joan aceptó como si fuera lo más normal. Cuando se interesaron por lo que le había pasado, les dio una respuesta de dos líneas, evitando así todas las preguntas subsiguientes. No hizo intento alguno de charlar con ellas. Sir Hugh no charlaba con nadie. Miles Urquhart ni sabía cómo hacerlo. Jeremy Radnor-Milne sólo lo hacía cuando quería algo. Después, se retiró a su escritorio.

Por fin sola, se sentó y sonrió para sus adentros. No había estado tan mal.

Urquhart no volvería de Escocia con la reina hasta el día siguiente, y la paz y el silencio del despacho del subsecretario privado —sólo rotos por la retirada de la máquina de escribir y la entrega del café— le proporcionaron a Joan la oportunidad de pensar.

Estaba menos preocupada por Tony Radnor-Milne y sus cómplices ahora que sabía que el MI5 la vigilaba, pero ¿cuándo y por qué exactamente Hector y sus amigos se fijaron en ella? Eso fue lo primero que le vino a la cabeza cuando él habló con ella la noche anterior, pero sabía que nunca se lo diría, así que no tenía sentido preguntarlo.

Debió de haber sido antes de que empezara a visitar el club Artemis. Hector mencionó el disfraz de «ancianita», y ella sólo lo había utilizado la primera vez que visitó Piccadilly para vigilar el club, por lo que el hombre que la seguía ya debía de estar tras su pista desde la estación Victoria, donde se cambió y dejó la

maleta en la consigna. Por irónico que fuera, había utilizado la estación para evitar que el propio Hector la sorprendiera cambiándose a toda prisa en casa.

Pues no había sido de mucha utilidad que digamos.

¿La habían visto también cuando visitó a Beryl? Joan pensaba que era muy posible. Llevaba puesto su elegante traje negro, que a cualquiera que la conociera le habría parecido extraño en aquellas circunstancias. ¿Por qué iba a tener vigilado el MI5 el piso de Beryl? Cabía suponer que la policía sí lo hacía, pero ¿habrían podido reconocerla? Aparte de los altos cargos con los que había tratado a través de la Secretaría Privada, ella no conocía a nadie en el cuerpo.

Pensándolo bien, lo mismo que se aplicaba a la policía podía aplicarse al MI5: ella no era famosa en ningún sentido, y era poco probable que alguien que no la conociera personalmente se fijara en su rostro. Así que, o bien había tenido muy mala suerte, o bien su presencia en algún lugar los había puesto tan nerviosos que habían investigado para descubrir su identidad.

Pero ¿dónde?

Después de incorporarse a la Secretaría Privada, la vida social de Joan se había reducido a la mínima expresión, incluso cuando la reina estaba de viaje. Desde su regreso de Balmoral a mediados de agosto, tres semanas atrás, había quedado con un par de viejas amigas para tomar el té en un café del Soho y había ido al cine con otra a ver la última de Dirk Bogarde. Un chambelán del príncipe Felipe la había invitado al Café Royal en lo que esperaba que fuera un encuentro romántico, pero aunque Joan disfrutó de su compañía, lamentablemente lo había decepcionado... o más bien, él la había decepcionado a ella. Aparte de eso, sólo había hecho un par de salidas más nada excepcionales para ir de compras... y la frustrada visita a Cresswell Place.

Respiró hondo y tomó un sorbo de café.

Cresswell Place: la calle donde se habían cometido los

asesinatos. Los asesinatos que ocurrieron la noche en que el príncipe Felipe se ausentó sin coartada. Joan no sabía qué investigaban específicamente los hombres del servicio secreto —había supuesto que en esos días se trataba sobre todo de espías rusos—, pero las actividades de la realeza, extracurriculares o no, eran sin duda un asunto de seguridad nacional.

Y allí estaba ella, un miembro de la Secretaría Privada de la reina, plantada literalmente enfrente del escenario del crimen, mirando a su alrededor como una especie de turista extranjera. Qué tonta había sido.

46

En el trayecto de Balmoral a Windsor, la reina le dijo a Miles Urquhart que avisara a Joan y reservara una hora en su agenda, porque necesitaba practicar el discurso de Canadá con su secretaria privada adjunta al día siguiente, después del oficio religioso.

Las cejas del subsecretario se arquearon hasta medio camino del techo.

—¿Un domingo, señora? ¿Después de un largo viaje? No creo que...

—Lo necesito, Miles —lo interrumpió ella muy seria—. Estaré perfectamente.

El problema era que sí necesitaba practicar, pero no tenía intención de hacerlo con Joan al día siguiente. Desde su última reunión con ella, Joan había hecho algunas pesquisas peligrosas y la reina había reflexionado largo y tendido al respecto. Tenían muchas otras cosas de las que hablar.

Joan llegó al Salón de Roble del castillo de Windsor a la hora convenida, y la reina dejó bien claro al lacayo de la puerta que no debían molestarlas bajo ningún concepto. En vista del accidente de Joan, invitó a la pobre joven a sentarse en uno de los cómodos sofás.

Uno de los corgis se acomodó a los pies de Joan, y la reina lo tomó como una buena señal. Los corgis eran excelentes a la hora de juzgar a las personas. Tendían a mordisquear los tobillos de las que no les gustaban.

Joan restó importancia a las solícitas preguntas de la reina

sobre su muñeca, igual que ella quitó importancia al agradecimiento de Joan por la sopa y las flores. La reina habría querido hablar primero de sus teorías sobre Ginette Fleury, pero al ver la cara radiante de Joan decidió que podía esperar. Ese día captaba algo distinto en su secretaria privada adjunta. Y no era por el moratón que ya se desvanecía bajo el ojo derecho. ¿Sería por el nuevo peinado o por sus recientes aventuras? Fuera cual fuese el motivo, le sentaba bien.

—Veo que tiene noticias —dijo, satisfecha de haber decidido no posponer el encuentro—. Cuéntemelo todo.

—En primer lugar —empezó Joan—, hay algo que quiero contarle desde el mes pasado, pero me parecía que debía hacerlo cara a cara. No me fiaba de transmitirlo por carta, ni siquiera en clave.

Eso era alarmante.

—¿De qué se trata?

Joan respiró hondo.

—Creo que el secretario de prensa podría estar trabajando con el tío de Su Majestad.

La reina se había temido toda clase de novedades, pero no ésa.

—¿El duque de Windsor?

—Sí, señora.

—Imposible. Él ya no tiene ningún papel aquí, y lo sabe.

Joan se mantuvo firme.

—Vi una carta. El contenido incluía las palabras «plan», «retraso» y «Washington». El membrete era el suyo. Había dos hojas de papel, escritas a mano, y Jeremy no quería que yo las viera. Por cierto, no creo que sepa que en efecto las vi.

—Eso arroja nueva luz sobre el asunto, ciertamente... —dijo la reina un poco tensa.

Su tío creaba problemas, lo había hecho durante toda su vida adulta. Era un hombre muy indulgente consigo mismo, que había antepuesto su vida amorosa a la Corona. Ni ella ni ningún miembro de la familia podían perdonarle la carga que había

puesto en los hombros de su padre con su decisión de no ser rey. Si bien tenía que admitir, dada la cordialidad que el tío David y su esposa habían mostrado hacia Hitler antes de la guerra, que la abdicación había tenido su lado positivo. Ya se ocuparía de eso más adelante.

—¿Hay algo más?

—Sí, señora —contestó Joan—. Tony Radnor-Milne trabaja con el duque de Maidstone. Los vi juntos en el club Artemis. Por eso me atropellaron.

Menuda avalancha de revelaciones. ¿Bunny Maidstone, nada menos?

La reina recordó la fruición con la que le había contado lo de las chicas de la agencia Raffles. Ella se había planteado la posibilidad de que tuviera alguna vaga relación con los asesinatos, y ahora surgía de nuevo... pero en el contexto del complot contra ella.

—Parece sorprendida, señora.

La reina soltó un suspiro.

—No del todo. Nada de lo que haga Maidstone me sorprenderá jamás. Una vez «escondió» cien ovejas en la catedral de Canterbury por una apuesta. Aun así, me sorprende bastante que alguien como Tony Radnor-Milne se relacione con él. Tienen la caza en común, supongo.

—No creo que estuvieran hablando de caza.

—Mmm.

—¿Podría tener algo que ver con la industria, el comercio o las finanzas? —sugirió Joan—. Sé que Tony tiene grandes inversiones en caucho. Y en plásticos y aviación.

—No creo que el duque esté interesado en la aviación. Pero el caucho... Gracias. Lo pensaré.

Era evidente que Joan había pasado un tiempo muy instructivo en el Artemis, pero no la había hecho acudir allí por ese motivo.

—¿Descubrió algo más en el club? —preguntó con cierta

vacilación.

Confiaba en que Joan no pensara que en su nota había insinuado algo más que una simple «rareza». Estaba segura de que la explicación sería completamente benigna; o razonablemente benigna, en cualquier caso. Sólo necesitaba oírla.

—En efecto, señora. —Joan se revolvió en su asiento, un tanto incómoda—. La noche de los asesinatos, el... en fin, la persona en cuestión... se marchó con un amigo sobre las once y media y perdió a su equipo de escoltas. Después de eso, su paradero no está claro. Es lo único que sé con certeza. Pero debo añadir que muchas otras personas también lo saben.

A la reina se le cayó el alma a los pies. Sabía que la coartada de Felipe para esa noche tal vez no era del todo legítima, pero, aun así, cada grieta que encontraba en ella le dolía un poco. Por lo menos estaba segura de una cosa: el amigo en cuestión no podía ser Bunny. Felipe no soportaba a ese hombre.

—Ya veo —dijo en voz baja—. Y cuando dice que «perdió» a su equipo de escoltas...

—Les dio esquinazo a propósito, señora.

—Ah. ¿Y no sabe dónde fue?

—En realidad, creo que sí —respondió Joan.

Explicó su propia visita a Cresswell Place y su posterior charla con Hector Ross. Una vez más, para la reina aquello era completamente inesperado. Conocía al comandante Ross a través de los documentos de sus cajas rojas, los que llevaban la indicación de «alto secreto». Él era el responsable de varios de ellos. Gracias a la intromisión bienintencionada de sir Hugh —posiblemente a sugerencia de Tony Radnor-Milne—, ahora se había convertido en el casero de Joan. Y dado que había sido el propio comandante quien había mostrado su agradecimiento por las provisiones de palacio, la reina se alarmó al deducir que parecían compartir apartamento. No por mojigatería, sino porque podría resultar muy incómodo si la noticia se filtraba a la

clase de gente a la que le gustaba causar revuelo.

La reina suspiró para sus adentros. Todo aquel asunto parecía implicar que varios hombres y mujeres estaban juntos en sitios donde no deberían estarlo.

—¿Qué la llevó a relacionar la visita privada del duque con Cresswell Place? —preguntó.

—Por su nota, intuí que usted misma lo hacía —admitió Joan —. Y por cierto, creo que el MI5 todavía vigila el lugar. —Le contó cuál había sido su línea de razonamiento cuando se planteó en qué momento empezaron a seguirla—: Hector... el comandante Ross... dijo que yo había estado en «lugares muy delicados». Es posible que tuvieran vigilado el piso de Beryl White, pero no veo por qué iba a ser delicado. Al principio, cuando lo pensé, me enfurecí conmigo misma por haber ido a Cresswell Place, pero luego me pregunté por qué seguían vigilando el lugar cinco meses después de los asesinatos. Y sin embargo, parece que es así.

La reina asintió despacio.

—Eso podría explicar por qué el inspector Darbishire no ha hecho progresos. En mi opinión, cuando diferentes servicios chocan entre sí de manera fortuita, tienden a pisarse unos a otros —dijo.

—Puedo pedir el expediente del MI5 en su nombre —sugirió Joan—. Si estamos en lo cierto...

La reina levantó una mano.

—No, no lo haga. No quiero que se involucre en esto. Es más fácil si no lo hace; todo debe pasar por sir Hugh. Sólo... —Miró a Joan a los ojos—. Sólo asegúrese de ocuparse personalmente de archivarlo.

Joan asintió.

—¿Quiere que averigüe algo más sobre Tony Radnor-Milne?

—No. Déjemelo a mí también. Y respecto a ese tema, pregúntele al mayordomo mayor si puede encontrarle una habitación en palacio, sólo por el momento. Tenemos

alojamientos de sobra. Estoy segura de que habrá algo adecuado para usted.

—Le aseguro que estoy perfectamente, señora —protestó Joan —. No hay necesidad de...

—A mi entender la hay en todos los sentidos —señaló inmediatamente la reina. Joan no estaba a salvo. Ni de asesinos en potencia ni, al parecer, del jefe de la Sección D del MI5, que le daba sopa.

Joan no parecía contenta. Negó con la cabeza, cosa que muy pocos solían hacer cuando la reina les decía algo con su voz de «esto es definitivo».

—No puedo quedarme encerrada en palacio, majestad. Lo siento. Hay demasiado que hacer.

«Prueba a ser yo unos días», pensó la reina.

—No le pido que se quede encerrada todo el tiempo, simplemente que trabaje y duerma allí. Seguro que tiene recados y visitas que hacer. Debe tener cuidado, por supuesto, pero seguro que no hace falta que se lo recuerde.

Joan sonrió levemente.

—No, señora. Preguntaré por una habitación al mayordomo mayor. Pero volviendo a Beryl White... Mi carta sobre que Gina Fonteyn era en realidad Ginette Fleury... ¿le fue de ayuda? No explica la presencia del MI5, ¿verdad?

No, no la explicaba, pero por fin la reina podía hablar de lo que le rondaba por la cabeza desde que había leído la carta de Joan en agosto.

Casi lo había olvidado, con tanta charla sobre su tío y la vigilancia del MI5.

Resumió su idea sobre la posible conexión entre las víctimas, remontándose a la captura de la hermana de Ginette en la guerra.

—¿Así que Ginette lo organizó todo por venganza? —preguntó Joan.

—Es lo que parece, al menos. Unos días antes, había visto por

casualidad a ese tipo llamado Pérez, o Rodríguez, en la agencia. Quizá lo reconoció entonces. Tenía la llave de la casa y le pareció que sería el lugar perfecto donde poder enfrentarse a él, o eso supuso. No podía saber que el deán tenía cita con el dentista al día siguiente y también estaría allí. Hizo todo lo posible por sustituir a Beryl, para poder ser ella quien se reuniera con el cliente, y se presentó con el aspecto que él había solicitado, para no ponerlo en guardia.

—¿Había recibido algún entrenamiento? Parece una locura hacer algo así.

La reina frunció el ceño.

—¿Verdad que sí? Si no me equivoco, corrió un riesgo enorme, por eso pensé en su hermana. Usted me contó que a Marianne Fleury la habían enviado a un campo de concentración... Eso bien podría llevar a una joven desesperada a hacer lo que fuera necesario para conseguir que se hiciera justicia. O lo que ella consideraba justicia. Parece un motivo poderoso, si él era en efecto el hombre a quien ella culpaba.

Joan negó con la cabeza.

—¿No está de acuerdo? —preguntó la reina.

—Sí, sí. Pero... aún me estoy haciendo a la idea. Nico Rodríguez... No sabía eso de Argentina. Lo de que fuera un escondite para antiguos nazis, quiero decir.

—Dimos por hecho que la mayor parte de los peores criminales de guerra acabaron ante la justicia en los juicios de Núremberg, pero no estoy segura de que sea así. Mis cajas rojas son bastante útiles; aprendo muchas cosas de ellas.

—Sí, señora. Pero, aunque Ginette quisiera matarlo... —dijo Joan—. Eso no explica cómo murió ella también, ¿no?

La reina exhaló un suspiro.

—Ésa es la cuestión. No pudieron matarse mutuamente y limpiar el escenario del crimen. Alguien tuvo que seguirlos hasta allí, alguien que quería ver muerto a uno u otro.

—¿Alguien a quien seguía el MI5? ¿Como lord Seymour, por

ejemplo? —sugirió Joan—. Su historia sobre el robo de la tiara no parece muy plausible.

—No —convino la reina—. Pero no imagino por qué iba a seguir el MI5 a un ministro del Gobierno. No he oído ningún rumor sobre él, y he estado atenta. Sin embargo, tomo nota de lo que me ha contado sobre que Ginette lo rechazó como cliente. Es evidente que la chica estaba al tanto de su presencia.

—Sí, en efecto. ¿Podría haber sido... no sé... su hija? ¿De una relación secreta en Francia? ¿Y que él le diera la tiara? Eso explicaría por qué arreglaron el cuerpo. Aunque no cómo murieron exactamente.

—Espero que no —repuso la reina con apasionamiento. Eso sería espantoso—. Pero es la clase de cosa que la policía podría investigar, si supieran la verdad sobre la muchacha.

—Entonces también podría ser el padre de Marianne —añadió Joan—. Es lo bastante mayor. O podrían haber sido hermanastras, supongo.

—¿No estaba lord Seymour en la Cámara a la mañana siguiente? —le recordó la reina—. ¿Cómo podría alguien sentarse en una sesión informativa sobre tecnología después de... después de lo que había pasado?

—No lo sé, señora. Pero he visto a gente hacer las cosas más extraordinarias después de una experiencia traumática. A veces uno sólo se da cuenta más tarde.

La reina sacudió la cabeza con tristeza.

—Espero que no sea Stephen Seymour. Siempre me ha parecido un hombre decente. De todos modos, no nos corresponde a nosotras averiguarlo. —Se enderezó y adoptó una pose más formal—. Debería estar haciéndolo el inspector Darbishire. Sólo necesita un empujoncito para conectar a las víctimas. Cuando sepa dónde buscar, seguro que podrá plantear todas las preguntas que nosotras no podemos hacer.

—Sí, señora.

—Ha hecho usted grandes progresos mientras he estado fuera.

Confío en que pueda encontrar la manera de que el inspector vuelva a coger las riendas.

—Seguro que sí.

—Sin saber quién se las pone en las manos.

Joan sonrió.

—Creo que me las arreglaré. Si nos guiamos por la reacción del comandante Ross, al inspector nunca se le pasará por la cabeza quién lo está ayudando.

La reina se mostró complacida.

—Estupendo. Eso nos viene de perlas.

47

Cuando Joan se marchó, la reina se acercó a una mesa junto a una ventana para examinar las fotografías que allí se exponían en marcos de plata: su madre y su hermana en las carreras; su amado padre el día de su coronación; Felipe hecho un galán con unas gafas de sol y una elegante americana; Carlos, que al cabo de dos días partiría hacia la escuela; Ana en su pequeño poni...

Ésas eran las personas que le importaban. No conocía a las víctimas de Cresswell Place, no conocía a sus familias, y ahora temía, más que nunca, que averiguar lo que les había ocurrido abriera una caja de Pandora de secretos que prefería no descubrir.

Cerró los ojos. ¿Qué hacía allí el MI5? Teniendo en cuenta lo que Joan le había contado, casi con total seguridad tenía algo que ver con su tío o con su marido. Y lo más probable era que fuera con este último, aunque ella seguía deseando que no fuera así.

Mejor descubrirlo ahora que esperar a que la informara sir Hugh al comienzo de un escándalo nacional que ella no podría controlar. Además, esas víctimas, o al menos una de ellas, merecían la verdad, costara lo que costase.

Como siempre, la reina pensó en su abuela, la reina María, que le había enseñado humildad y autodisciplina. El trabajo al que se enfrentaba no tenía que ver con sus deseos, sus debilidades o sus sentimientos: tenía que ver con el país y la Commonwealth, y desde los veintiún años se había entregado a su servicio. A algunos podía parecerles una mojigatería, pero más valía ponerse manos a la obra.

Levantó el pesado auricular del teléfono de baquelita de su

escritorio y jugó distraídamente con el cable mientras esperaba.

—Con sir Hugh Masson, por favor.

—Ahora mismo, señora.

Al cabo de diez segundos, la línea emitió un crujido.

—Lo siento mucho, señora, Hugh no está en su escritorio. ¿Puedo ayudarla yo? —Era la voz de su subsecretario privado.

—Sí, Miles, puede ayudarme. Me gustaría ver un expediente —dijo la reina—. El del servicio secreto sobre Cresswell Place.

Pese a la firmeza de su solicitud, ni siquiera estaba segura de que el expediente en cuestión existiera. Joan había sugerido que el piso de Beryl White era otro emplazamiento posible, pero había menos probabilidades de error con la calle de esos antiguos establos. Y no había olvidado la reacción de Felipe cuando se mencionó ese lugar por primera vez.

—¿Está segura, señora?

—Sí, lo estoy —insistió la reina.

—¿Cómo se ha enterado de su existencia, si puede saberse?

Ella sonrió para sus adentros. La voz de Urquhart reflejaba tanta curiosidad que casi había parecido un chillido. Sabía exactamente de qué le estaba hablando. Y si él lo sabía, sir Hugh también, y lo habían estado comentando entre ellos. Joan tenía razón. Sólo podía rogar que no se lo hubieran contado a Jeremy.

—Oh, me entero de muchas cosas —dijo con calma—. Y, Miles, ¿podría indagar sobre la razón de que, para empezar, no se me mostrara ese expediente?

Se produjo un breve silencio.

—Por supuesto, señora. Veré qué puedo hacer.

Tres días después, con el pequeño Carlos ya instalado y a salvo en su nuevo internado, se hizo entrega en el palacio de Buckingham de las dos habituales cajas rojas de documentos para que la reina las revisara.

Tras ocuparse con eficiencia de los asuntos de la primera, se

encontró con que la segunda estaba más llena de lo habitual. Ciertamente, ahora que septiembre casi tocaba a su fin, los engranajes del Gobierno volvían a girar a toda prisa, pero algunos papeles en esa caja eran apéndices que no tenían por qué estar allí. Desconfiada, hizo lo que su padre le había enseñado y sacó todo el contenido para ver qué habían enterrado en el fondo sir Hugh y los subalternos de la oficina del Gabinete. Agradeció que aún pusieran allí todo lo que no querían que ella viera; así era mucho más fácil encontrarlo.

Debajo de un montón de memorandos de escasa importancia había una delgada carpeta de papel manila con la inscripción «Alto secreto. Confidencial» y los familiares distintivos del MI5. Sujeta a la tapa había una pequeña nota manuscrita de sir Hugh que decía: «Majestad, creo que éste es el expediente que solicitó. Le recomiendo encarecidamente que no lo lea. Estaré encantado de informarla sobre su contenido.»

Levantó la vista con una sonrisa. Una de sus damas de compañía había ido a un internado en cuya biblioteca, según le contó, había un volumen encuadernado en cuero en el que las monjas habían escrito una nota en la portadilla donde se prohibía a las niñas leer «las páginas 63, 72 y 147». Ni que decir tiene que esas páginas estaban muy manoseadas, mientras que el resto del libro estaba impoluto. Las colegialas católicas no eran tontas.

Pobre sir Hugh. En su calidad de secretario privado, estaba obligado a proporcionarle el expediente que había pedido, pero a su vez deseaba con toda el alma que no lo viera. Desenganchó la nota y vio que el expediente era precisamente lo que ella esperaba: el informe de una operación de vigilancia en Cresswell Place la noche del 31 de marzo. Leyó las primeras páginas con una vertiginosa mezcla de alivio y ansiedad.

48

Esa misma mañana llegó a la comisaría de Lucan Place un sobre dirigido al «responsable de los asesinatos de Chelsea».

Darbishire miró por enésima vez la carta que tenía delante. La cogió, la olfateó y se la entregó al sargento Woolgar, cuya presencia en aquel momento ocupaba casi todo su despacho.

—¿Qué te parece? ¿Hueles algo en el papel? Estoy seguro de que...

—L'Air du Temps, señor —interrumpió Woolgar alegremente —. De Nina Ricci. A mi madre le encanta.

Darbishire frunció el ceño.

—¿Han rociado la carta con perfume? ¿Por qué demonios...?

—Huele bien, ¿verdad? Ojalá se les ocurriera a más mujeres.

—¿Te refieres a perfumar una carta dirigida a un inspector de la Brigada de Homicidios? ¿Sobre un asesinato?

Woolgar se encogió de hombros.

—Al menos nos revela algo, señor.

—Ah, ¿y qué nos revela, subinspector?

Woolgar seguía tan entusiasmado como un cachorrito, incluso después del fiasco con Seymour, que lo había tenido deprimido durante unos quince minutos. Cuando se requería un duro trabajo policial, no se mostraba muy interesado, pero cuando se trataba de usar «las pequeñas células grises», le encantaba ponerse manos a la obra.

—Es una fulana con buen gusto. Y sabemos que no es estúpida: no hay huellas en el papel. Además, sabe escribir a máquina —concluyó, muy orgulloso de sí mismo.

—Me rindo —susurró Darbishire. El incidente con Seymour lo había mosqueado; nunca debería haber escuchado las escabrosas

fantasías de Woolgar, y ahora se sentía como un idiota—. No, Woolgar, no sabemos si es una prostituta. Y tu sugerencia de que tiene buen gusto es muy subjetiva. Incluso podría tratarse de un hombre.

—Oh, no, jefe —repuso Woolgar—. Definitivamente es una mujer. Y lo que dice sobre el subinspector Willis al final, en fin...

En la ponderada opinión del inspector, la seguridad con la que hablaba Woolgar estaba fuera de lugar. Por el momento, lo único que sabían era que alguien les había enviado una carta mecanografiada, anónima y perfumada, que constaba de tres párrafos breves, que estaba escrita en el tipo de papel barato que podía comprarse por medio chelín en Woolworths, y que la habían enviado desde la oficina de clasificación postal de Oxford Street, lo que significaba que el remitente podía ser cualquiera entre diez mil personas.

Darbishire le concedía a Woolgar una cosa: quienquiera que fuese el autor no era estúpido. Y esa persona conocía bien a Gina Fonteyn.

O a Ginette Fleury, como debía llamarla ahora. Todos los que se habían referido a ella lo habían hecho convencidos de que era italiana, no francesa. Darbishire había servido en Italia en la guerra y era desesperadamente consciente de lo diferentes que eran los dos idiomas.

—Es posible que todo esto sea un cuento chino, pero no podemos ignorarlo. Me pondré en contacto con mi amigo de la Sûreté, a ver si tienen alguna documentación sobre Ginette y Marianne Fleury en París. Si Marianne fue capturada y enviada lejos, ellos deberían saberlo. Y si «Rodríguez» trabajó para la Gestapo, puede que tengan un expediente sobre él.

—Así debería ser, jefe.

Darbishire dio unos golpecitos en la carta con el bolígrafo.

—No lo olvides, subinspector. Hay que tener ojo crítico.

—Sí, señor —respondió Woolgar con una sonrisa que dejaba claro que estaba convencido de su teoría—. De modo que se

conocían. Fleury y Rodríguez.

No había aprendido nada. Absolutamente nada.

—Es posible.

—Tal vez habían sido amantes, y él la decepcionó. O huyó, jefe.

—¡Ella tenía quince años en ese momento, Woolgar! Al menos según esta carta.

El subinspector se encogió de hombros.

—Bueno, nunca se sabe...

Darbishire tenía niñas pequeñas en casa y se estremeció con sólo pensarlo.

—Si su hermana estaba en la Resistencia, es más probable que Rodríguez las traicionara de alguna manera, ¿no crees? En ese caso serían enemigos mortales.

Woolgar pareció satisfecho con esa respuesta.

—¿Lo ve? No es ningún cuento chino, jefe. Ella lo mató, y luego uno de sus antiguos compinches apareció por allí, los encontró, y, al ver lo que había ocurrido, la mató a ella.

Darbishire se arrellanó en la silla y se cruzó de brazos.

—¿Y la lavó y la puso en aquella pulcra posición? ¿Por qué haría algo así?

—Porque estaba secretamente enamorado de ella. Por eso se decidió a seguirlos hasta allí. Para salvarla de sí misma, o porque estaba celoso. Tal vez por ambas cosas.

Darbishire nunca habría pensado que él y Su Majestad pudieran tener algo en común, pero en todo caso él se mostraba menos tolerante que ella con las especulaciones de sus subordinados. Había aprendido la lección con lo de lord Seymour. Todo aquello apestaba a paparruchas románticas.

—¿Puedo preguntar, Woolgar, si eres un devoto secreto de Mills & Boon? ¿O de Georgette Heyer?

—Me gusta bastante Barbara Cartland, señor. Mi madre tiene muchos de sus libros.

—Me lo imaginaba.

—¿Eso es todo, jefe?

—No. Podrías ponerte en contacto con quien sea que tenga el expediente del campo de concentración de Ravensbrück. No, no sé cómo. Averígualo tú.

Woolgar no se movió.

—¿Algún problema, subinspector?

—¿Puedo preguntarle, jefe, si piensa hacer algo con lo que se cuenta en la carta sobre el subinspector Willis? Lo de que anda asustando a las mujeres, quiero decir. Y tocándolas y...

—No, Woolgar, no voy a hacer nada.

—Vaya. ¿Porque no cree que ella diga la verdad o...?

—Porque esa persona, que puede ser hombre o mujer, ha decidido permanecer en el anonimato —señaló Darbishire con tono cansino—. Porque puede estar mintiendo o tener alguna cuenta privada que saldar. Porque, por lo que sabemos, Willis es un agente muy respetado en la policía londinense, con un historial intachable, y no quiero ser yo quien lo empañe a menos que tenga la absoluta certeza de que lo merece.

—Sí, señor.

—Si empañas la reputación de un hombre, empañas la de todo el cuerpo, Woolgar.

—Entendido, jefe.

Para sus adentros, Darbishire se dijo que, de hecho, podía tener una pequeña charla con el sargento Willis y hacerle saber que habían circulado ciertos rumores. Eso debería bastar para aclarar las cosas, pensó. Para intimidarlo un poco, si es que había motivo para hacerlo. Darbishire tenía sus dudas sobre ciertos altos mandos, pero en general los agentes de la Policía Metropolitana eran hombres buenos y honrados. Estaba orgulloso de ser uno de ellos. Le entristecía que el subinspector Woolgar —aficionado a la literatura femenina barata— se hubiera dejado convencer tan fácilmente de lo contrario.

49

La reina cerró el expediente que tenía sobre la mesa, se levantó y se acercó a la ventana de su despacho. Un destacamento de escoltas montados de la Guardia Real bajaba por Constitution Hill a lomos de sus lustrosos caballos negros. Parecía absorta contemplando los penachos de los cascos moviéndose al compás de las colas de los caballos, pero ni siquiera los veía en realidad.

Ahora sabía que sus sospechas eran ciertas. Todo había mejorado... y empeorado.

Según el informe del MI5, un equipo de agentes de su departamento de vigilancia, conocido como A4, efectivamente había estado montando guardia ante una casa de Cresswell Place la noche de los asesinatos, tal como suponía Joan. La casa que vigilaban no era la del deán, en el número 44, sino una dos puertas más abajo, alquilada por un tal William Pinder. Era un funcionario que trabajaba para el propio MI5 a un nivel bastante alto.

Y posiblemente para los rusos.

O al menos eso era lo que querían averiguar.

La reina no estaba al corriente de esa investigación en particular. Normalmente esperaban a que hubiera descubrimientos de importancia para comunicarle esas cuestiones. Que no lo hubieran hecho al cabo de todo ese tiempo hacía pensar que esa investigación en concreto no iba bien. Si Joan tenía razón en que la habían visto en la calle diez días atrás, aún debía de seguir activa.

Existía la sospecha de que William Pinder podía ser el Tercer Hombre en la red de espionaje de Cambridge, descubierta, para la ignominia general, a raíz de la fuga de Burgess y Maclean a

Moscú. Otro hombre del MI6, Kim Philby, había sido acusado también de espiar para los rusos. Él lo había negado enérgica y públicamente, pero una nube de sospecha seguía cerniéndose sobre él en algunos círculos.

Al igual que su padre, la reina se preguntaba de vez en cuando si estaría albergando a otro doble espía entre su personal. También había rumores en torno al supervisor adjunto de los cuadros de la Corona, Anthony Blunt. En su cargo actual, como experto en el Barroco, estaba muy bien considerado. Lo que poca gente sabía era que, como espía británico, había hecho un trabajo muy útil para la familia al final de la guerra, cuando hubo que recuperar a toda prisa una serie de documentos incómodos que había acumulado el tío de la monarca, el actual duque de Windsor. Pese a lo erudito y útil que era Blunt, la reina aún no las tenía todas consigo respecto a él. También había sido un agente salido de las filas de Cambridge. Si el MI5 le dijera al día siguiente que en efecto era el Tercer Hombre, o el Cuarto o el Quinto, no se sorprendería del todo. Sin embargo, le aseguraban de forma periódica que no lo era.

Quizá se trataba de ese tal William Pinder. Al equipo de la A4 le preocupaba en especial aquella noche porque había estado actuando de una forma extraña. Una nota a pie de página en el expediente hacía referencia a retrasos en el trabajo, a un aumento considerable del consumo de alcohol y a cierta «actitud furtiva». La reina pensó que sentirse vigilado por su propio empleador bien podía hacerle eso a un hombre, si es que era lo bastante bueno en su trabajo como para haberlos pillado haciéndolo. En cualquier caso, ellos se temían que se dispusiera a abandonar el país.

En lugar de eso, sin embargo, lo que ocurrió aquella noche fue que, cuando pasaban unos minutos de las once, apareció un Aston Martin db2 que se detuvo ante la puerta. Lo conducía un hombre al que más tarde se identificó como un galerista y miembro del club Artemis llamado Roly Hill, quien había tocado

el claxon una vez. Abigail, la hermana de William Pinder, que se alojaba con él en ese momento, abrió la puerta principal, y justo entonces un segundo hombre, que estaba sentado junto al conductor y al que en el informe llamaban «Hamlet», bajó del coche y entró en la casa lo más rápido que pudo. A continuación el Aston Martin arrancó y se alejó.

Hamlet. El príncipe danés. ¿En serio?

A la reina le dolía la cabeza. A pesar de que una de las ventanas de su estudio estaba ligeramente abierta para dejar entrar el aire fresco de septiembre, le costaba respirar. No conocía a William Pinder, pero sí a su hermana Abigail, que a sus veintisiete años seguía siendo un buen partido. Era una joven vivaz, atractiva e inteligente, la única debutante de su promoción que había ido a la universidad, muy popular en los partidos de polo y famosa por su destreza en el bridge.

«Hamlet» estuvo dentro de la casa hasta pasadas las cuatro de la madrugada. Al igual que la del deán, esa vivienda contaba con dos dormitorios en el piso de arriba y una salita de estar en el de abajo. La salita tenía una ventana con visillos, y se vio a una persona moverse detrás de ellos durante unas horas; se suponía que era William Pinder. No había rastro de los otros dos.

La cabeza de la reina palpitaba con fuerza.

«Hamlet» se marchó, solo, a las cuatro y cuarto de la madrugada, momento en que lo recogió un Jaguar E-type conducido por un hombre identificado más adelante como el capitán John Macbride, de la Guardia de Granaderos. Se vio a Abigail Pinder despidiéndose de él a través de la ventana con lágrimas en los ojos.

Lo que el informe no sugería en ningún momento era que «Hamlet» hubiera visitado la casa del deán, dos puertas más abajo. Quizá él o William Pinder podrían haberlo hecho por la parte de atrás, a través de los pequeños patios que tenían esas viviendas. Pero el informe no contenía ninguna referencia al respecto, y la reina recordó que, según había anotado

Darbishire, el perro del número 41 no había ladrado esa noche, lo que sugería que nadie había salido de la casa por esa vía.

En cualquier caso, no era eso lo que preocupaba al equipo de la A4. Lo que los tenía desconcertados era la presencia de «Hamlet» en esa calle durante varias horas... y el hecho de que se encontrara con una atractiva rubia que era pariente cercana de un hombre sospechoso de ser un traidor.

Algo que, la verdad, era bastante probable.

Aun así, no todos los peores temores de la reina se hicieron realidad, aunque lo cierto es que nunca los había expresado ni para sí misma. Nunca había creído ni por un instante que su marido estuviera directamente implicado en lo ocurrido en el número 44, ni siquiera que se hubiera relacionado a sabiendas con alguien que sí lo estuviera. Y sin embargo... la coincidencia la había atormentado durante seis meses.

Pero quizá era sólo eso: una coincidencia.

Miró hacia Constitution Hill y se dio cuenta de que los guardias a caballo se habían perdido de vista. Cuando su respiración se apaciguó y el dolor de cabeza disminuyó un poco, buscó con la mirada a los corgis, dos de los cuales dormitaban en sus cestas. Los llamó y pasó un ratito agachada a ras de suelo, acariciando su cálido pelaje.

¡Una coincidencia! Las coincidencias ocurrían todo el tiempo. Pero en este caso se daba una sincronía que resultaba de lo más extraña. «Hamlet» llegó al número 42 apenas diez minutos después de que los vigilantes del MI5 se percataran de que el hombre que resultó ser «Nico Rodríguez» entraba en el número 44.

Aquellos agentes de vigilancia, como ella sospechaba, habían resultado ser los testigos más importantes de lo ocurrido en casa del deán aquella noche. Para Darbishire, esos testigos eran los escurridizos «Gregson», que continuaban siendo una incógnita en sus informes. De hecho, eran tres: dos hombres y una mujer, todos jóvenes. Se habían apostado en el número 22, no en el 23

como ellos sugerían —también eran los misteriosos «académicos»—, y de hecho no vigilaban la casa del deán: simplemente habían grabado todo lo que ocurría en la calle, aunque en aquel momento no les pareció importante ni fuera de lo corriente.

Lo que sí les pareció insólito fue la llegada de «Hamlet» esa noche a la casa que sí estaban vigilando, y se pasaron un buen rato comprobando que realmente se trataba de él y llamando por teléfono al planificador de la sección A1 para preguntarle qué hacer.

Era lógico suponer que esas personas habrían querido colaborar una semana más tarde, cuando se percataron de que se había producido un doble asesinato y sabían que podían tener pruebas importantes que compartir. Así lo habían hecho, pero, en aras de la seguridad nacional, lo más probable era que se hubiera decidido que dos de ellos se hicieran pasar por una pareja de la zona, que se instalaran en la casa de al lado, convenientemente desocupada, y que distrajeran la atención de la policía de lo que de verdad estaban haciendo allí. No era de extrañar que el inspector Darbishire se hubiera sentido frustrado cuando intentó seguirles la pista.

Sin duda era una prueba importante, pensó la reina, mientras se paseaba arriba y abajo por su estudio, reflexionando. Permitía saber con exactitud a qué hora habían entrado las víctimas en la casa y corroboraba las coartadas de los invitados del deán del club Artemis, que debían de haber salido juntos del club más o menos media hora después de que lo hiciera «Hamlet». Pero el equipo no pareció tener en cuenta que, durante cinco o diez minutos cruciales, habían perdido la concentración.

Tal vez la llegada de «Hamlet» era importante al fin y al cabo: había distraído sin querer a los testigos clave.

Si Darbishire pudiera interrogarlos adecuadamente, utilizando las modernas técnicas policiales, cualesquiera que fuesen, quizá conseguiría que recordaran algo que se les había pasado por

alto. Pero no se le permitía acercarse a ellos.

Ella entendía por qué: eran muchos y muy diversos los asuntos de seguridad nacional que estaban en juego.

Pero un asesinato era un asesinato, y el secreto que contenía el expediente que tenía sobre la mesa no hacía más que liarlo todo. La reina tenía que hacer algo al respecto.

50

Sir Hugh se mostró intransigente.

—Lo siento, señora. No podemos.

—Debemos hacerlo, Hugh.

Su secretario privado la miró con tristeza desde detrás de las gruesas gafas.

—Admiro su compromiso con la verdad y la justicia, pero no estoy seguro de que haya comprendido del todo las posibles repercusiones...

—Es posible que sea difícil para nosotros, sí, pero la policía necesita saber...

—¿Entiende quién se esconde bajo el nombre de «Hamlet», señora?

—Claro que sí —contestó ella con irritación.

—Las noticias se filtrarán. Siempre acaban filtrándose. La Policía Metropolitana es la peor en ese sentido; sea cual sea la verdad, habrá rumores, siempre los hay. La gente dirá que cuando el río suena, agua lleva. Es posible que nunca llegue a superar la vergüenza, majestad.

—Estoy segura de que tenía sus razones para estar allí. ¿Se lo ha preguntado?

—No, señora —contestó Hugh—. ¿Y usted?

Se produjo un breve silencio.

—No de forma tan explícita —admitió la reina—. Pero saqué el tema en Escocia, antes de saber adónde había ido.

—¿Y le dio alguna explicación?

—No.

—Ah. Pues ahí lo tiene.

—Pero...

—Majestad, si me permite decirlo, más vale no preguntar. Es mejor no saber. Es posible que su... que su «Hamlet» fuera consciente de ello. Si se lo preguntamos a posteriori, tendremos una negación plausible. Debemos...

—¿Qué demonios es eso, Hugh?

—¿Una «negación plausible»? Es un concepto desarrollado por el presidente Truman, señora, para las operaciones encubiertas. La idea es que, si alguien hace preguntas incómodas, uno puede decir honestamente que no lo sabía.

—¡Pero yo quiero saberlo!

Su secretario privado levantó una mano.

—Perdóneme, majestad. Lo que usted quiere y lo que es bueno para el país a veces son dos cosas distintas. Creo que, si usted llegara a saberlo, tal vez desearía no haberlo preguntado nunca.

La reina lo miró con expresión sombría. ¿Qué pensaría su abuela? ¿Dónde estaba el límite entre el deber y el egoísmo? Ya no lo sabía.

Hugh se apiadó de ella.

—No digo que vaya a lamentarlo, señora, sólo que cabe esa posibilidad. Y añado que, si no hacemos nada, puede que todo esto desaparezca con el tiempo, y entonces agradeceremos no haber removido ciertas piedras; uno nunca sabe lo que encontrará debajo.

—Pero...

Esta vez, Hugh tamborileó en la mesa con los dedos, señal inequívoca de exasperación.

—Sé que quiere hacer lo correcto, pero a veces lo correcto, para el país, es no hacer nada. Por favor, confíe en mí.

Ella no confiaba en él.

Pero tampoco podía estar absolutamente segura de que sir Hugh no tuviera razón. Si ella lo desautorizaba o actuaba a sus espaldas y, como resultado de ello, se difundían rumores sobre Felipe, ciertos o no, las consecuencias podían ser catastróficas. Con su visita a Norteamérica a la vuelta de la esquina, lo último

que necesitaban era rumores sin fundamento; de ese modo ella misma estaría haciéndoles el trabajo a los traidores, y lo haría mejor de lo que ellos podrían hacerlo jamás.

En ese momento, estaba segura de que sir Hugh no estaba conchabado con esos hombres en ningún sentido. Se estaba esforzando mucho en protegerla. En eso sí confiaba.

—De acuerdo —aceptó con el corazón encogido—. Por lo menos hasta que vuelva de América.

—Gracias, señora. Podemos discutirlo entonces.

—Gracias a usted, Hugh, por cuidar de mí.

Su secretario privado sonrió con orgullo.

—Siempre procuro velar por sus mejores intereses. ¿Me llevo las cajas, majestad?

—Joan puede recogerlas más tarde —repuso ella como quien no quiere la cosa.

La reina se imaginó al inspector Darbishire en su escritorio, atado de pies y manos por su desconocimiento de la delgada carpeta manila que reposaba en la caja de abajo como una bomba sin explotar. Por el momento, seguía estando solo. Y ella también.

CUARTA PARTE

El solitario pétalo de una rosa

51

En la intimidad del pequeño despacho del archivo, Joan extrajo la carpeta de la parte superior de la segunda caja roja, donde la reina la había puesto estratégicamente antes de llamarla para que las recogiera, y leyó su contenido en los aseos de señoras mientras la mayoría de la gente estaba almorzando.

Una de las ventajas de su memoria fotográfica era que no necesitaba tomar notas. Leía con rapidez y, de ser necesario, podía reproducir cada palabra de cada página. Así que pudo devolver la carpeta al despacho de sir Hugh y reflexionar acerca de sus implicaciones después del trabajo, sentada en su nueva cama en una de las buhardillas en lo alto del palacio de Buckingham.

Las horas exactas eran importantes. Si alguien había entrado en el número 44 de Cresswell Place sin que lo advirtiera el equipo de vigilancia, tendría que haberlo hecho entre las 23.08 h y las 23.20 h. Era entonces cuando el equipo de la A4 había recibido instrucciones de su oficina en el MI5 de ponerle el nombre en clave de «Hamlet» a la persona que habían visto y de seguir informando al respecto.

El expediente no dejaba claro qué habían hecho en aquel lapso de tiempo, pero habían realizado al menos tres llamadas al cuartel general.

Joan sabía por su experiencia en la guerra que era muy fácil cometer un pequeño error cuando uno estaba cansado, confuso y se enfrentaba a lo inesperado. Sólo hacía falta perder un minuto de concentración, pero si resultaba ser el minuto justo...

Cotejó esos tiempos con lo que se sabía sobre las personas mencionadas en los informes de Darbishire. De ellas, el deán y

sus invitados seguían en el club Artemis, preparándose para pedir un par de taxis que los llevaran a Chelsea. El infame Billy Hill estuvo viendo una obra de teatro desde las siete y media hasta las diez de la noche. Después de eso, nadie ajeno a su banda podía confirmar su paradero, pero en el último informe al que Joan había tenido acceso, el inspector señalaba que los asesinatos no encajaban con su forma habitual de actuar.

Lord Seymour estaba a punto de abandonar el Parlamento para emprender el camino andando a su casa de Westminster. El ministro no habría tenido tiempo material de llegar a Cresswell Place en aquel breve espacio de tiempo. O bien estaba libre de sospecha, o le había encargado a algún otro que cometiera el crimen, y esa persona había tenido una suerte increíble cuando llegó al lugar.

Joan le explicó todo eso a Su Majestad a la mañana siguiente.

La reina asintió con gravedad.

—Creo que deberíamos añadir al duque de Maidstone y a Tony Radnor-Milne a la lista.

—¿En serio, señora?

—Puede sonar fantasioso, pero es casi seguro que al menos uno de ellos intentó matarla.

Joan estaba confusa.

—Sí, pero eso fue por algo completamente distinto.

—Lo sé —repuso la reina—. Pero tengo motivos para creer que ellos también podrían estar involucrados en esto. Me pregunto si Maidstone tiene una participación en la agencia de señoritas de compañía Raffles.

—¿De verdad, majestad?

—Sí. Fue la primera persona que me habló de ella y me dio la sensación de que estaba presumiendo. Luego está el propio nombre de la agencia: sé que la familia del duque solía alojarse en el hotel Raffles de Singapur. Es el tipo de palabra que él

usaría.

—Ya veo.

—Y he estado pensando. La policía averiguó que la misma empresa tenía acciones en la Raffles y en el club nocturno Chamberlain de Tánger. Al principio, pensé en Neville Chamberlain, aunque parecía muy improbable como fuente de inspiración. Luego me di cuenta de que debía de llevar el nombre de Joseph Chamberlain, que fue un gran defensor de la unidad imperial. He tenido más de una larga conversación sobre él con Maidstone.

—¡Vaya! —Joan lo pensó un momento—. Y si es dueño de la agencia Raffles, o al menos de parte de ella, puede que también lo sea de la casa de Cresswell Place. Los informes policiales sugieren que probablemente están detrás las mismas personas.

—Es posible. Así que en efecto debería estar en nuestra lista.

—Sí, señora. Aunque si él o Tony iban a hacer algo, probablemente le habrían pagado a algún otro y se habrían asegurado de tener una coartada.

La reina exhaló un breve suspiro.

—Cierto.

—¿Y qué los habría empujado a hacerlo?

Al oír esa pregunta, los ojos de la reina parecieron más azules y brillantes que de costumbre. Cogió la pluma y jugueteó distraídamente con ella.

—He estado pensando mucho sobre eso. No sé qué tienen que ver con los asesinatos, pero sí creo saber qué tienen que ver conmigo. Ambos parecen tener participaciones en empresas con sede en Singapur y Malasia. Me pregunto si sus beneficios estarán ligados a las rutas comerciales tradicionales hacia el Lejano Oriente y las Indias Occidentales. Con productos como el caucho, por ejemplo. Nuestros días imperiales, sin embargo, han llegado a su fin. Necesitamos cooperar con nuestros antiguos dominios, pero el primer ministro también quiere que forjemos relaciones con el resto de Europa y Estados Unidos. Y tenemos

que hacerlo. Estados Unidos es ahora una superpotencia. No confían en nosotros y entiendo por qué el señor Macmillan quiere que yo tienda puentes...

—Pero ¿y si el duque y sus amigos no quisieran que eso ocurriera? —sugirió Joan siguiendo la línea argumental de la reina.

—Exactamente.

—Y a Su Majestad se le da muy bien tender puentes.

—Yo no diría tanto...

—Es verdad, señora. He ahí la cuestión.

—Bueno, el caso es que lo intento. Resulta que estoy de acuerdo con el primer ministro y, de cualquier forma, es mi deber constitucional hacer lo que él sugiera. Lo haría aunque me pareciera una idea terrible. Pero mi tío, el duque de Windsor...

La reina hizo una pausa al pensar en él.

—Él no juega en esa liga —completó Joan.

—No, no lo hace. Me lo imagino queriendo volver al pasado, cuando no necesitábamos a Europa y Norteamérica de la misma manera. Sería muy fácil convencerlo en ese sentido, desde luego. Y quiere ser relevante, aunque no pueda ser rey. No creo que costara demasiado convencerlo de que, si yo quedara incapacitada de alguna manera, él podría ser la mejor persona para sustituirme.

Joan pareció horrorizada.

—¿Como monarca?

—No. No creo que se atreviera a llegar tan lejos... ni siquiera él. Pero sí como una especie de embajador itinerante.

—¡Pero nadie querría recibirlo! Renunció al trono. Es una idea terrible —objetó Joan.

La reina esbozó una sonrisa algo sombría.

—Me temo que el duque de Maidstone es uno de esos hombres que tienen ideas terribles y están convencidos de que son maravillosas. Toda su vida le han dicho lo brillante que es, aunque, como ya le conté, eso no se ajusta del todo a la realidad.

—Pero ¿y Tony? —quiso saber Joan—. No es ningún idiota.

—No, no lo es. Me sorprende mucho. Pero tal vez si creyera que tiene la más mínima posibilidad de éxito... Él también parece confiar mucho en sus propias capacidades, si bien en su caso está un poco más justificado.

—Y tiene un hermano en la Secretaría Privada —convino Joan —. Supongo que eso podría ayudar.

—Hay un pequeño grupo llamado «club del Imperio» o algo así —dijo la reina—. Oí hablar de él hace un par de años, en un fin de semana de caza. Voy a averiguar más al respecto. Dudo que esos tres actúen solos.

Joan frunció el ceño durante unos segundos. Luego levantó ambas manos.

—Si esto es verdad, señora, menuda gente tan tonta y peligrosa. Son oportunistas e incompetentes. Hector... Quiero decir, el comandante Ross, también lo cree. No tienen ni la más mínima posibilidad de conseguir lo que quieren, pero podrían hacer mucho daño en el proceso.

La reina soltó un suspiro.

—Eso he estado pensando yo. Realmente podrían causar mucho daño, y encima para nada. Que no tengan esperanzas de éxito no significa que no debamos hacer todo lo posible para detenerlos.

—Si está segura —dijo Joan— ¿no debería deshacerse de Jeremy ahora, antes de que haga algo más grave que echar polvos pica pica en su maquillaje?

—Eso fue terrible, en realidad. Pero no, todo son conjeturas. No tenemos la carta de mi tío que usted vio en su escritorio. Como le decía al principio, todavía necesitamos pruebas. Si actuamos sin ellas, nos limitaremos a hacerlos pasar a la clandestinidad.

—¿Se lo contará al MI5?

—Creo que, en cierto modo, ya lo ha hecho usted —dijo la reina. La familiaridad de Joan con «Hector» Ross tenía su

utilidad—. Ahora estoy esperando a que vengan ellos a contármelo a mí.

52

Ajeno a la falibilidad de los testigos oculta en el expediente de Cresswell Place del MI5, Darbishire comprobó la redacción definitiva de su último informe y lo puso en la bandeja para que su secretaria lo mecanografiara. La buena noticia era que por fin podía comunicar algo útil a Su Majestad; la mala, que Woolgar estaba más insufrible que nunca.

—¡Se lo dije, señor! Había algo entre ellos. No era ningún cuento chino.

Resultó que la víctima masculina de Cresswell Place no era ni «Dino Pérez» ni «Nico Rodríguez», de Argentina, sino un francés llamado Jean-Pierre Minot: un ladrón de poca monta de un suburbio del norte de París que se convirtió en un gran colaborador y torturador de la Gestapo durante la ocupación.

Minot, que trabajaba desde un apartamento de triste fama en la rue de la Pompe, tenía una especialidad relacionada con puertas interiores y cuerdas sobre la que Darbishire desearía no haber leído y que ahora no podía quitarse de la cabeza. Sabía sobrellevar la muerte, se le daba bien. Pero incluso él tenía sus límites.

El joven Minot era muy popular entre sus camaradas nazis y universalmente odiado en el resto de París. Cuando Darbishire le mostró la foto de «Rodríguez» a su amigo de la Sûreté y le comunicó que podría ser de la Gestapo, sólo tardaron un par de días en dar con una coincidencia. Los dejó conmocionados que fuera francés y no alemán. También significaba que era más odiado incluso por sus compatriotas, por lo que les había hecho.

En Sudamérica, Minot había hecho todo lo posible para cambiar su aspecto, con tinte negro para el pelo y algún tipo de

cirugía en la nariz. Había envejecido más de una década, pero el parecido seguía siendo bastante acusado. «Había algo en sus ojos», había dicho Beryl White. No era de extrañar que Ginette Fleury lo hubiera reconocido.

Aun así, seguían sin saber nada de la propia Ginette. Woolgar había conseguido localizar el rastro de la hermana en Ravensbrück, a las afueras de Berlín, el mayor campo para mujeres del Reich alemán. Marianne Fleury fue llevada allí en 1944 en uno de los últimos trenes que salieron de París, y murió ocho semanas después, ya muy debilitada por lo que había sufrido a manos de Minot.

En París, había pruebas circunstanciales de que había estado viviendo con una adolescente antes de su detención, pero los vecinos pensaban que procedían de Normandía y los registros allí eran irregulares. Después de tantas bombas e incendios, Darbishire no se sorprendió.

Su contacto en París seguía buscando confirmación sobre la posible autora de la carta, aunque, en cierto modo, no importaba mucho. Darbishire había vuelto a entrevistar a Rita Gollanz, quien había corroborado la historia sobre la verdadera identidad de Ginette. El hecho era que Gina Fonteyn, conocida por Rita como Ginette Fleury, afirmaba que Marianne había sido asesinada por la Gestapo, y él ahora tenía pruebas de que eso era cierto. Y el responsable de su muerte, como no podía ser de otra manera, era efectivamente el hombre que fue encontrado junto a Ginette aquella noche. Ginette le dijo a Rita que tenía quince años en el momento en que Marianne fue capturada, por lo que ahora tendría veintiocho, lo que, según Vuesamerced, se correspondía con el cadáver que había examinado. Hasta aquí, todo lo sugerido por la autora de la carta encajaba. Era una historia de venganza.

Darbishire no mencionó la carta en su informe. Se refirió a «nueva información» y pasó a centrarse en el trabajo que él y Woolgar habían realizado para verificarla. Eran responsables de

encontrar las pruebas, y eso era lo que importaba.

Aún no estaba claro qué había pasado después de que Ginette Fleury y Jean-Pierre Minot se encontraran en Cresswell Place. La teoría de Woolgar sobre un amante celoso era totalmente descabellada, pero ahora que estaban sobre la pista correcta, sólo era cuestión de tiempo que descubrieran la verdad. La investigación volvía a tomar impulso, y eso hacía muy feliz a aquel policía cansado.

La única pega, aparte de la autocomplacencia infantil e injustificada de Woolgar, fue la mirada que el inspector jefe Venables les dirigió a ambos aquella misma mañana, cuando felicitaban a Darbishire por haber descubierto la verdadera identidad de las víctimas. Tenía un brillo en los ojos que a Darbishire no le gustó nada. Era algo que tendría que vigilar con mucha cautela.

En Windsor, durante el fin de semana, Felipe estaba muy animado. En menos de dos semanas emprenderían su próxima gira real. Le encantaba Canadá y sentía fascinación por Estados Unidos. Su biblioteca personal estaba repleta de libros sobre ambas naciones y no paraba de consultar a amigos que las conocían bien. Una noche, incluso cenaron perritos calientes. La reina no quedó convencida, pero Ana, que también los había probado en las habitaciones de los niños, suplicó que figuraran en el menú diario e intentó convencer a la niñera para que le enviara uno a Carlos al internado.

Felipe había persuadido a alguien de la BBC para que le prestara una vieja cámara de televisión, con el fin de que la reina pudiera practicar el discurso que iba a pronunciar antes de inaugurar la sesión del Parlamento en Ottawa. Había instalado el aparato en su estudio sin consultárselo a ella —los perros detestaban aquel trasto y uno de ellos le había echado una buena meada, lo cual decía mucho— y dominaba la habitación

como una criatura extraterrestre. Aun así, la reina tuvo que admitir que, cuanto más se acostumbraba a la cámara, más fácil le resultaba imaginarse hablando con ella «como lo haría con una amiga», como todos le decían que hiciera. Felipe le dijo que seguía pareciendo tiesa como un tablón de madera, pero ahora ya era de sauce, en lugar de roble.

En ese momento se estaban tomando un breve descanso entre ensayo y ensayo.

—Quería preguntarte algo. ¿No perteneciste una vez a algo llamado el «club del Imperio»?

—¿Mmm? ¿Te refieres a la Sociedad del Imperio? —preguntó él desenroscando el objetivo de la cámara para echar un vistazo en el interior.

—Es posible. El organismo que dirige el duque de Maidstone.

—El chiflado de Bunny. Sí. Fui miembro durante unos diez minutos. Bunny me invitó a cazar con ellos en Enfield. Las piezas estaban bien, pero los tiradores eran malísimos.

—¿Quiénes eran? —quiso saber ella—. Stephen Seymour no estaría entre ellos, ¿verdad?

—No, ese día no. Eran hombres como el viejo Robbie Suffolk y Quentin Fanshaw, del Banco de las Indias Orientales.

—¿Sabes por qué se llama «Sociedad del Imperio»?

—Ja —se burló él—. Pensaba que era una broma, pero parece que están convencidos de que aún dirigimos el imperio. No sé dónde han estado los últimos treinta años. Les gusta hablar de los viejos tiempos, cuando sus abuelos cabalgaban por ahí en elefante. Como si estuviéramos en 1850. Son «terriblemente grandilocuentes, ya sabes» —añadió mofándose del acento de clase alta de una generación mayor; una que no había llegado en un barco con la familia, como refugiados—. Unos esnobs insufribles y terriblemente groseros. Cuando creen que nadie los oye, a mí me llaman «griego» y a ti «huna». No los soporto.

—¿No me contaste que Bunny tenía intereses en Borneo?

Felipe había estado jugueteando con la cámara y ahora

sostenía en la mano dos bielas que parecían bastante importantes. Intentó encajarlas mientras hablaba.

—Sí, grandes intereses. En la teca y el caucho. ¿Cómo crees que puede permitirse mantener esas cacerías? ¿Por qué lo dices?

—Por nada en particular. Me pregunto qué hará la sociedad ahora que ya no hay imperio. Bunny no estará pensando en cambiarla por la Sociedad de la Commonwealth, ¿verdad?

—¡Dios, qué va! Cree que hemos dado nuestro brazo a torcer, que no deberíamos darles la independencia a lugares como Malasia.

—¿No valora positivamente el traspaso pacífico del poder? —preguntó la reina.

—¡De ninguna manera! Robbie Suffolk nos llamó «malditos cobardes».

—A mí nunca me han dicho nada.

—Jamás lo harían, Lilibet. Tú eres la reina. Quieren que los inviten a la próxima coronación. Bueno, ¿estás lista? Ya he vuelto a poner la lente. Vamos a intentarlo de nuevo.

53

Cuando sir Hugh le comunicó que el ministro de Asuntos Exteriores y el nuevo director general del MI5 solicitaban una audiencia urgente con ella, la reina estaba preparada.

—Esto no tiene nada que ver con los... en fin, con los sucesos de Cresswell Place, señora —le aseguró el secretario privado—. Es un asunto completamente distinto.

—¿De veras? Qué interesante.

—Debo advertirle que lo que tienen que decir es bastante perturbador.

—¿De modo que ya ha hablado de ello con el director general, Hugh?

—Sí, señora. Y también se ha informado al ministro de Asuntos Exteriores y al primer ministro. Hemos tenido que tomar ciertas medidas en la Secretaría Privada. Pero puedo asegurarle que lo tenemos todo bajo control.

Se reunieron el 5 de octubre, una semana antes de que la reina y el príncipe Felipe volaran a Canadá. Los almacenes de palacio se llenaban de maletas y cajas, y se mantenían conversaciones telefónicas hasta altas horas de un lado a otro del Atlántico. El ambiente era bastante tenso, pero la reina estaba tranquila. Ya había pasado por eso antes, y ahora no tenía que cargar ella sola con el peso de una conspiración de locos en su contra.

Celebró la audiencia en su Salón Azul, entre una reunión con el jefe de las fuerzas armadas y un encuentro con una delegación del Instituto de la Mujer.

Por una vez, no era la única persona sin bigote en la sala.

Tanto el ministro de Asuntos Exteriores como el director general del MI5 iban a labio descubierto. La reina se dijo que los tiempos estaban cambiando. Les pidió que se pusieran cómodos y evitó hábilmente que *Susan*, su corgi favorita, mordisqueara los tobillos del ministro de Asuntos Exteriores. Cuando perros y hombres estuvieron instalados, preguntó qué noticias había.

El director general fue el primero en intervenir.

—Hay una noticia buena y una mala, señora. La buena es que tenemos el control total de la situación. Nuestro director de la sección D, el comandante Ross, ha llevado a cabo una labor excelente.

—¡Qué maravilla!

—Ha estado recopilando información de varias fuentes. Es muy preocupante, y podría decirse que bastante chocante, pero me temo que debo decirle... y ésta es la mala noticia... que ha habido una conspiración contra usted al más alto nivel. Todavía no estamos seguros del motivo exacto de la misma, pero no hay duda de que los individuos en cuestión han intentado causar daño a la Corona.

—¿Puede decirme quiénes son? —preguntó la reina, asegurándose de parecer convenientemente alarmada ante la idea, en lugar de aliviada por el hecho de que otros se estuvieran ocupando del asunto.

—El cabecilla es el duque de Maidstone, señora. Y tiene el apoyo de Tony Radnor-Milne. —El director parecía muy serio—. Su hermano ha estado trabajando como agente doble en su Secretaría Privada.

—¿Y cómo lo descubrió el comandante Ross? —quiso saber ella.

El ministro de Asuntos Exteriores sonrió y miró a sir Hugh.

—Tiene un ángel de la guarda, señora. Alguien que no quiere reconocimiento, que permanece en la sombra, velando por sus intereses.

—¿No tienen idea de quién es?

Otra mirada hacia sir Hugh, que permanecía impasible.

—No, señora. Pero me temo que hay una cosa más. —El ministro de Asuntos Exteriores también lucía un semblante grave —. Su tío, el duque de Windsor, está involucrado. Soy consciente de que esto debe de ser especialmente doloroso para Su Majestad.

«En realidad, no», se dijo la reina, que guardó silencio unos segundos.

—He estado pensando... O más bien, ahora que me cuentan esto, se me ocurre que tanto Maidstone como Radnor-Milne tienen intereses comerciales en nuestros países de la Commonwealth. El duque de Maidstone dirige la Sociedad del Imperio, ¿la conocen?

Todos asintieron, aunque ella tuvo la firme sospecha de que sólo sir Hugh había oído hablar de ello.

—Es una suerte de celebración anticuada de nuestro pasado colonial —prosiguió la reina—. Supongo que si estrechamos nuestros lazos de amistad con Estados Unidos y Europa, como quiere el primer ministro, se sentirán un poco amenazados.

—¿Amenazados? —repitió el ministro de Asuntos Exteriores.

—Las antiguas rutas comerciales están cambiando; no sé hasta qué punto les conviene.

El ministro se animó visiblemente.

—Entiendo lo que quiere decir, señora.

—Es un club bastante privado —añadió la reina—. No es secreto, pero sí muy exclusivo. El marqués de Suffolk es uno de sus miembros, y es también el director del Banco de las Indias Orientales. Creo que son alrededor de una docena. Puede que mi tío comparta sus puntos de vista más que yo.

El director general esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—Dudo que tengamos que preocuparnos por ellos, señora. Pero tenemos vigilados a Radnor-Milne, a Maidstone y también a su tío. En cuanto reunamos pruebas sólidas de lo que traman, intervendremos. Se preguntará por qué no lo hemos hecho ya.

—En realidad, no.

—Puede parecer desconcertante —continuó él—, pero si saltáramos ahora sobre ellos, sólo conseguiríamos que pasaran a la clandestinidad, y la situación podría volverse más peligrosa. Es mejor dejarlos creer que están a salvo.

—Sí, ya lo veo.

—Sé que debe de sentirse alarmada al pensar que un miembro de su propia Secretaría Privada está actuando contra usted, pero tenga la seguridad de que ninguno de sus movimientos pasará desapercibido para sir Hugh. Si intenta hacer algo...

—Me aseguraré de que no suceda —intervino sir Hugh.

La reina desistió de su intento de señalar que esa afirmación no era nueva para ella.

—Me alegro de que lo hayan pensado tan detenidamente —dijo—. Supongo que no han descubierto todavía lo que podrían estar planeando.

—Todavía no, señora. Pero tras los acontecimientos de ayer, su viaje a América es más urgente que nunca.

—¿Los acontecimientos de ayer?

—El lanzamiento ruso de un satélite, señora. Se llama *Sputnik*.

—Ah, sí, ya me he enterado. Mi marido estaba muy emocionado. Han lanzado con éxito un transmisor al espacio. Lo estaba buscando con su telescopio.

El ministro se inclinó hacia delante con cierto nerviosismo.

—Todo eso está muy bien, majestad. El problema es que los norteamericanos se han dado cuenta de que es mucho más grande de lo que creían, un objeto de lo más impresionante. Y el lanzamiento de su propio satélite no tendrá lugar hasta dentro de unas semanas, y será más pequeño. No debemos dejar que los rusos se nos adelanten, señora. Debemos trabajar todos juntos para evitarlo. A veces los norteamericanos olvidan toda la experiencia que podemos aportar... Lo mucho que ya les hemos

dado...

—Cree que necesitan un pequeño recordatorio —le respondió la reina enarcando una ceja.

—Si le parece bien, señora. Por supuesto, lord Seymour también intentará colaborar...

—¿Stephen Seymour? —inquirió ella—. Eso es muy sorprendente. ¿Todavía está previsto que viaje con nosotros a Norteamérica? Aún no lo han excluido de la investigación del asesinato, ¿verdad?

—No, señora. Se ofreció a quedarse, pero será muy útil para la delegación en Washington y Nueva York. Se ha mostrado muy diligente a la hora de conocer a nuestros principales científicos en materia de tecnología espacial y demás.

—Ya veo.

El ministro lanzó una mirada de superioridad al director general.

—Y necesitamos toda la ayuda posible con los estadounidenses, después de la catástrofe con Burgess y Maclean; dan por hecho que ahora nos dedicamos a pasarles todos sus secretos a los rusos.

Los labios del director general formaron una línea fina y dura.

—Eso es agua pasada, señora. Estamos estableciendo nuevas líneas de comunicación...

—¿De verdad lo es? —preguntó el ministro, granjeándose con ello una mirada asesina del director general del MI5—. ¿Qué pasa con...?

—William Pinder está limpio como una patena. Estamos cerrando esa operación —zanjó el director general apretando los dientes—. Volverá a su trabajo tras una pequeña cura de reposo. El expediente va a archivarse. —Lanzó a la reina una mirada breve y significativa.

Ella sintió lástima por William Pinder. Al pobre hombre lo habían vigilado de cerca durante meses, y ahora se esperaba que siguiera con su vida normal. No podía ser fácil para él. No era de

extrañar que necesitara una «cura de reposo».

—Espero que lo entierren —terció el ministro de Asuntos Exteriores, refiriéndose al expediente—. Lo último que necesitan los yanquis es más munición de que somos un caldo de cultivo para espías comunistas.

La reina volvió a pensar en el inspector Darbishire. ¿Se le permitiría alguna vez acceder a esas pocas páginas cruciales? Debería buscar otra forma de hacerle saber lo que él ignoraba sobre aquella noche en Cresswell Place. Pero eso tendría que esperar. Entre los duques renegados y los satélites rusos, ya tenían bastante de que preocuparse por el momento.

54

La reina madre se trasladó a las dependencias reales del palacio de Buckingham para echar una mano con los niños mientras sus padres estuvieran fuera. Aunque sobre todo se ocuparía de Ana, porque Carlos estaba a salvo en el internado, divirtiéndose de lo lindo, o eso suponía su madre.

—No te preocupes por nosotros —le dijo la reina madre a su hija—. Lo pasaremos muy bien sin ti. Voy a montar un pequeño cine en el Salón de Baile para que podamos verte en las noticias.

Margarita insistió en celebrar un pequeño desfile de moda, para poder ver todos los vestidos que habían confeccionado Hardy Amies y Norman Hartnell. En esta ocasión se habían superado en sus diseños, sabiendo hasta qué punto eran importantes aquellas visitas, y la reina tuvo que admitir que les había comentado a ambos que su hermana creía que debía lucir un aspecto más «moderno». Habían creado diseños más fluidos y más sencillos, haciendo uso de nuevos materiales y técnicas. La *femme de trente-et-un ans* estaba decidida a no parecer del siglo anterior. Ya era hora de dejar de vestirse como su madre, aunque a su madre le quedara muy bien lo que llevaba.

Los resultados complacieron incluso a Margarita, y para la reina supusieron la inyección de confianza que necesitaba. Nunca hasta entonces había tenido que pronunciar un discurso televisado bilingüe en directo y al mismo tiempo contrarrestar los efectos de una invasión imprudente y un escándalo de espionaje. Con diez días en el horizonte que dependían de su labor más de lo que hubiera deseado, Felipe y ella subieron a un avión hacia Ottawa.

Jeremy Radnor-Milne hizo saber a la prensa que Su Majestad estaba «muy entusiasmada» con ese viaje.

En el Moulin de la Tuilerie, su casa de campo a las afueras de París, Eduardo, duque de Windsor, llegó de jugar al golf con unos amigos y llamó a su esposa. No obtuvo respuesta. Probablemente estaba de compras. Iba mucho de compras, la pobre, porque en el campo no había muchas más diversiones. A él le encantaba su pequeño jardín, pero ella era más de ciudad.

Con la sola compañía de la servidumbre, deambuló sin rumbo por las elegantes salas de recepción, y, por enésima vez, pensó que debería estar en algún lugar importante, con otras personas, haciendo que sucedieran cosas, que era para lo que había nacido.

Dios, qué aburrido estaba. Aburrido como una ostra. ¿Cuándo volvería Wallis?

El sonido de unas patitas sobre el suelo de baldosas anunció la llegada de los tres carlinos de su mujer. Ellos también la echaban de menos. El cuarto, llamado *Peter Townsend* en honor al hombre con el que Margarita había intentado casarse sin éxito, lo habían regalado. A Eduardo le encantaba el malvado sentido del humor de Wallis. Era una de las cosas que tenían en común.

Dios, qué aburrido estaba.

Se dirigió a su estudio y se sentó a leer el *Times*, pero se distrajo enseguida. Sin duda deberían haberse puesto ya en contacto con él. Isabel llegaría a Canadá en cualquier momento. Al principio había supuesto que él mismo estaría allí, pero ahora hablaban del año siguiente, o quizá el otro. Eso era una verdadera lástima, ¿no? Se estaba desperdiciando su talento. Bunny Maidstone prácticamente había prometido...

Tendió la mano hacia la bandeja de su escritorio y cogió una hoja de papel con su membrete. Le escribiría una nota rápida a

Bunny para averiguar qué demonios estaba pasando. Jeremy Radnor-Milne había sugerido que en estos momentos debían mantener un perfil bajo, pero el tipo era un mojigato proletario y esto era sólo una pequeña nota para un viejo amigo. La garabateó a toda prisa, escribió él mismo la dirección en el sobre y se dirigió con ella al vestíbulo, donde la dejó sobre la mesa para que alguien la llevara al correo.

Justo en ese momento, el ruido de unos neumáticos sobre la grava anunció el regreso de su querida esposa.

—¡Mira qué he comprado en la ciudad! Me lo acaban de enmarcar.

Metió la mano en su amplia bolsa de la compra y sacó un paquete, que desenvolvió delante de él. Era un cartelito en el que se leía: PUEDE QUE NO SEA MOLINERO, PERO ¡MENUDA MOLIENDA LA MÍA!

—Por «Le Moulin»... nuestra casa, ¿recuerdas?

—Oh, sí, qué gracioso —repuso él.

Y se sintió fatal por esa vida mortalmente aburrida que le estaba dando a Wallis en ese momento.

Con un poco de suerte, la respuesta de Bunny le llevaría pronto mejores noticias.

Su carta fue recogida por un criado de guantes blancos, un hombre que no llevaba mucho tiempo con ellos y hablaba mucho mejor inglés que el resto de la servidumbre.

—Encárgate de esto, ¿quieres? —le dijo el duque.

El hombre le prometió que lo haría.

En el coto de caza del urogallo de un amigo, en Escocia, el duque de Maidstone estaba pasando un mal rato. Tony Radnor-Milne, al que había invitado a pasar el fin de semana, por razones que Bunny no comprendía del todo, estaba furioso por algo y lo hacía responsable a él. Bunny, que no estaba acostumbrado a que las clases bajas lo mirasen mal, no lo

llevaba nada bien. Tony a veces se subía a la parra y se creía mejor que nadie, y eso era peligroso para Bunny.

—Tranquilízate un poco, hombre —le dijo cuando estuvieron solos, tras haber quedado rezagados respecto a los demás tiradores—. ¿Por qué estás tan alterado?

Tony se quedó mirando el horizonte un buen rato sin dejar de caminar.

—Me he enterado de lo que le pasó a fulana esa del palacio —dijo apretando los dientes.

—Vaya, pues creía que te gustaba.

—¿Una furgoneta a toda velocidad para arrollarla? —le espetó Tony—. ¿Te has vuelto loco?

—¿Qué te hace pensar que yo tuve algo que ver?

—Nos ve juntos, te digo quién es, y tres días después la ingresan en el hospital. No soy estúpido.

—¡Yo tampoco! —protestó Bunny.

—¿En serio? Pues el MI5 todavía menos. ¿Sabías que compartía alojamiento, y Dios sabe qué más, con el jefe de la sección D?

—No, no lo sabía —admitió Bunny.

No sabía gran cosa de aquella chica. Era una amiguita de Tony, por el amor de Dios. Ése era todo el problema.

—Y ahora la tienen viviendo en el palacio, en lugar de con él, así que claramente sospechan algo. —Tony se detuvo y se volvió hacia Bunny con un hilillo de saliva saliendo de su boca. Era bastante desagradable. Debería controlarse un poco—. Eres un estúpido, un auténtico estúpido.

—¡Eso resulta muy ofensivo! Y no me gusta tu actitud. Te lo advierto, Tony...

—¿Me estás amenazando? ¿A mí? No tenían nada. La chica nos vio a los dos hablando en el Artemis, ¿y qué? He de reconocer que en aquel momento me alarmé... ¿Qué demonios estaba haciendo allí? Creo que puedo adivinarlo. —Sus labios se curvaron en una sonrisa breve y lasciva—. Pero eso no tenía por qué involucrarnos a ti y a mí.

—Pero estamos involucrados, ¿no? —repuso Bunny.

Tony frunció el ceño.

—Eso no lo sabe nadie.

—Y yo pretendo que siga siendo así.

—Pues ahora quizá sea demasiado tarde. Esa maldita furgoneta era un gran cartel negro que decía: ¡MÍRAME! ¿En qué estabas pensando?

Bunny ya estaba harto. Si Tony no se hubiera hecho amigo de esa fulana del palacio, nada de eso habría pasado. Él, Bunny, simplemente se había encargado del asunto. O, más bien, había hecho que un par de sus «socios» del negocio del casino se ocuparan de ello a distancia. A ellos se les daban mejor esas cosas, y no hablarían. Cierto que no habían conseguido matar a la chica, pero en cierto modo eso era bueno, ¿no? Con suerte, la habrían asustado.

Bunny no quería pensar en lo que Tony acababa de decirle sobre el hombre del MI5. No tenía ni idea de eso, o lo habría tenido en cuenta.

—Me retiro de la Raffles —dijo Tony bruscamente—. Y del club de Tánger. Lo he decidido hace poco. Cuanto menos tengamos que ver el uno con el otro, mejor.

En ese momento, a Bunny le parecía perfecto.

—Bien. Pues retírate. Tenemos una cola de inversores dispuestos a colaborar.

—Y ese asunto de la semana que viene... Cancélalo. No podemos hacerlo con el MI5 pisándonos los talones.

Bunny adoptó una actitud arrogante.

—Veré qué puedo hacer.

—¿Que verás qué puedes hacer? —se mofó Tony—. Te digo que lo canceles. Es una orden.

—No es tan sencillo. Puse a Robbie Suffolk a cargo de eso. Él tiene contactos que pueden hacer ese tipo de negocios y, la verdad, yo no quería ensuciarme las manos.

—¿Y qué? Llama a Suffolk y que lo pare.

—Está en la India, en una especie de retiro de yoga...

—Pero ¿qué carajo dices? ¡Pues ponte en contacto con él! En la India tienen telégrafo.

—No sé exactamente en qué zona está. No te preocupes, lo investigaré. Hablaré con él cuando...

Los interrumpió uno de los guías de caza, que se les había acercado sin que ninguno de los dos se diera cuenta.

—¿Puedo ayudarle, excelencia? —preguntó—. He visto que se quedaba un poco atrás... Creo que le necesitan en la próxima batida.

—Me las arreglo perfectamente bien —dijo Bunny con rigidez —. Coja mis armas. Camino más rápido sin ellas.

—Y las mías —añadió Tony entregándole las dos carísimas escopetas, de las que había presumido la noche anterior.

Bunny se alegró de verlo alejarse a grandes zancadas. Dada la expresión de Tony, no estaba seguro de que las hubiera descargado en los urogallos.

Lord Seymour se paseaba por la cubierta del *Queen Mary*. El clima sobre el Atlántico era espantoso, pero ahora el mar se había calmado un poco. Faltaban otros tres días más de travesía. Los ministros del Gobierno no solían tener tiempo para cruzar el océano en barco cuando disponían de una flota de aviones a reacción, pero su esposa había insistido. Le gustaba el lujo del transatlántico y en realidad era más fácil viajar así que transportar su desmesurado equipaje en avión.

No sabía cuánto tiempo más podrían mantener su actual estilo de vida. Ya lo trataban como a un paria en el partido, y curiosamente los que lo hacían habían hecho las mismas cosas que él y otras mucho peores. Había reuniones a las que no estaba invitado, declaraciones que se hacían sin su aprobación... Una vez terminado ese viaje, no estaba seguro de lo que pasaría después.

¿Qué pensaría su mujer de volver a Escocia?, se preguntó. Antes le encantaba.

Lady Seymour estaba varios metros por delante de él, inmóvil junto a la borda, mirando impasible hacia las olas interminables. Incluso en ese momento él no pudo dejar de admirar su perfil y el corte de alta costura de los pantalones que llevaba. Su esposa era la mujer mejor vestida del barco. Solía serlo siempre, fuera adonde fuese, pero la competencia en el *Queen Mary* era feroz.

Se acercó a ella.

—Estás preciosa, cariño.

No se volvió hacia él ni le dirigió la palabra. Hacía días que apenas le hablaba.

De hecho, casi no hablado con él desde abril. Era como si le hubiera caído un velo encima, y no de novia precisamente. Cumplía con sus obligaciones, su aspecto seguía siendo tan exquisito como el en que se conocieron, pero ahora había algo casi robótico en su actitud. No sabía qué podía hacer para reconciliarse con ella.

No habían hablado de la tiara. Ni una sola palabra. Él la había recuperado de manos de la policía, pero ella no iba a ponérsela nunca. Había pedido que le prestaran algo de Bentley para el baile en Nueva York. Su vestido era de Givenchy y a él le había costado un ojo de la cara. Como le había dicho al inspector de policía, estaría magnífica. Pero estaba casi seguro de que esa noche tampoco querría hablar con él.

Seymour volvió bajo cubierta con la intención de cambiarse para la cena. La velada anterior se había emborrachado y se había sentido un poco mejor. Esa noche tenía la intención de emborracharse de nuevo.

55

Lo bueno de una gira real, si una andaba preocupada por algo, era que casi no había tiempo para pensar en ello. El primer día de su estancia en Canadá fue una típica jornada de su agenda: encuentros, viajes, homenajes a los caídos en la guerra, saludos interminables... Y luego vino su discurso en directo a la nación, que fue capaz de pronunciar porque Felipe la hizo reír un minuto antes y se relajó lo suficiente como para poder hablar.

A la mañana siguiente, los bigotudos la esperaban puestos en fila, como de costumbre, para decirle lo bien que había ido el día anterior y lo complacidos que estaban todos. Sir Hugh fue muy efusivo en sus elogios, pero nadie la aplaudió con más entusiasmo que Jeremy Radnor-Milne.

—Ha sido un día histórico, señora. Ha dominado el nuevo medio como si hubiera nacido para él. ¡Y en francés! *Tellement impressionant, madame. Magnifique*!

La reina estaba a punto de interrumpirlo cuando un lacayo anunció que requerían al secretario privado al teléfono.

—¿No puede esperar? —preguntó con irritación sir Hugh—. ¿No ve que estamos en medio de...?

—Es la secretaria privada adjunta desde Londres, señor. Dice que hay noticias.

—Disculpe, señora —dijo él—. Sólo serán cinco minutos.

De hecho, fueron más bien diez. Entretanto, Su Majestad y el resto de los hombres que la acompañaban permanecieron juntos, manteniendo conversaciones forzadas. Cuando sir Hugh regresó,

sonreía de oreja a oreja.

—Jeremy —dijo—, ¿puede esperar en nuestro despacho? Voy a recibir otra llamada.

El secretario de prensa no tuvo más remedio que obedecer. Tan pronto como salió de la sala, sir Hugh anunció:

—¡Los tenemos! Hay pruebas irrefutables y vínculos entre todos. Son unos traidores, hasta el último de ellos.

—¿Quiénes? —quiso saber Urquhart.

—Ese grupo que se hace llamar la «Sociedad del Imperio». No sé si lo recuerda, señora. El director general del MI5 nos habló de ellos. Habían logrado pasar desapercibidos, pero esta vez han volado demasiado alto. ¡Intentaban secuestrar al príncipe Carlos! ¿Puede creerlo? La idea era... ¿Se encuentra bien, majestad? ¿Necesita un vaso de agua?

Al notar que sus rodillas flaqueaban, la reina se había dejado caer en la silla más cercana. Se le fue la visión unos instantes. Cuando volvió en sí, vio sus caras de preocupación inclinadas sobre ella. Le ofrecieron un vaso de agua.

—¿Está a salvo?

—¿El príncipe Carlos? —preguntó sir Hugh—. Oh, sí, señora, está perfectamente. El chico no tiene ni idea de lo que ha estado a punto de pasar. Su plan era enviar a alguien disfrazado de maestro de escuela y raptarlo cuando volviera de clase de gimnasia. Iban a decirle que estaba castigado, o que le había llegado una carta, o algo por el estilo, y llevarlo a un lugar donde pudieran meterlo en un coche. El MI5 los ha estado vigilando constantemente. Lo había organizado todo el marqués de Suffolk, ¿puede creerlo? Sospechaba que ese hombre no tenía ni dos neuronas en el cerebro; y esto no ha hecho más que confirmarlo, está claro. Lo dejó todo en manos de un par de elementos bien conocidos por la policía, y se fue a Kerala para quitarse de en medio.

—¿Lograron acercarse a mi hijo?

—Llegaron hasta la escuela —admitió sir Hugh—, pero sólo

porque el equipo de vigilancia se lo permitió. En cuanto se bajaron del coche, vestidos con sus chaquetas de *tweed* y todo lo demás, se abalanzaron sobre ellos. No pudieron negar lo que pretendían hacer; el maletero del coche estaba lleno de...

La reina levantó la mano bruscamente.

—No quiero saber de qué estaba lleno. Gracias, Hugh.

—Ah, sí, por supuesto. Pero, como le decía, el joven príncipe está perfectamente. Nunca habríamos permitido que le pasara nada. Ya se puede imaginar lo que andaban tramando esos individuos...

—Sí, me lo imagino —repuso ella con voz cansina.

—¿Qué? —quiso saber Urquhart.

—Iban a retenerlo unos días en una granja. Como es natural, Su Majestad y el príncipe Felipe habrían querido volver de inmediato a Inglaterra. Incluso si no lo hacían, no habrían podido continuar con los actos programados. En cualquier caso, toda la prensa habría hablado del secuestro. No quiero ni pensarlo. Y después todo el mundo diría: es una familia joven, los padres no pueden marcharse así, es demasiado peligroso... Y entonces hacen su aparición el duque de Windsor y su esposa, que no tienen hijos, y emprenden el viaje. Ésa era la intención.

—Pero... Pero... —balbució Urquhart. Su rostro rubicundo era una máscara de incomprensión—. ¿Y la reina madre? ¿Acaso no es perfecta para ese tipo de cosas? Acaba de hacerlo en África. ¿O la princesa Margarita? ¿Por qué demonios íbamos a recuperar a ese hombre y a su monstruosa...?

—¡Miles! —Sir Hugh fulminó con la mirada a su colega de palacio, que corría el riesgo de decir algo muy grosero sobre un miembro de la familia real.

La reina no dijo nada. Sir Hugh estaba encantado de haber frustrado el secuestro, y Urquhart acertaba al señalar lo inútil que habría sido culminar el intento. Inútil pero aterrador. La mera idea de que su hijito pudiera estar encerrado en una granja...

Sir Hugh continuó.

—Todo era una fantasía. Estos conspiradores no son más que eso: puros fantasiosos. Querían a alguien maleable, más que a alguien popular, siempre y cuando sirviera a sus intereses, claro.

«Si el MI5 no hubiera estado vigilando...» La reina se estremeció al pensarlo. Si Joan no hubiera visto a Radnor-Milne hablando con Maidstone, si no los hubiera ayudado a unir los puntitos... Si ella misma no les hubiera hablado de aquel cabrón traidor, el marqués de Suffolk, aunque luego hubieran preferido olvidar de dónde habían obtenido esa información.

—Y parecían creer que Scotland Yard no se daría cuenta si el tipo insistía en salirse de la raya —iba diciendo sir Hugh.

La policía y el MI5 habrían encontrado a Carlos: lo habrían recuperado rápidamente, habría sido todo un fracaso para los traidores. Pero para su pequeña familia habría sido algo atroz.

—Lo siento mucho —dijo la reina—. Todavía me siento un poco débil. Necesito un poco de aire fresco.

Sir Hugh parecía sorprendido.

—No hay tiempo, señora. Va a inaugurar el Parlamento dentro de un par de horas. Tendrá que cambiarse.

—Soy capaz de cambiarme muy deprisa. ¿Puede alguien mostrarme el camino a los jardines?

Durante un cuarto de hora, mientras recorría los senderos y el perímetro de la Residencia del Gobernador, no creyó que fuera capaz de hacerlo. ¿Cómo iba a ponerse el vestido de la coronación y pronunciar un discurso histórico, siendo además la primera monarca que lo hacía en ese lugar, cuando apenas podía tenerse en pie?

Necesitó hacer acopio de toda su voluntad para convocar al espíritu de su abuela. No se trataba de sí misma, sino de su trabajo. Como madre, no podía hacerlo; como monarca, debía hacerlo.

Cuando Felipe acudió en su busca, ya estaba lista.

—¿Estás bien, tontorrona? Me han dicho que te has

desmayado.

—No es verdad. Estoy perfectamente, gracias. ¿Sabes adónde debemos ir?

La inauguración del Parlamento canadiense transcurrió sin contratiempos. La reina se sentía agotada, pero intentó que no se le notara. A su regreso, y antes del banquete nocturno, sir Hugh consiguió ponerla al corriente del paradero de los conspiradores.

—Me temo que hemos cometido un pequeño desliz en todo esto, señora. Era importante no levantar la liebre, y entretanto, creo que Tony Radnor-Milne podría haberse olido algo. Se ha largado a Sudáfrica, nada menos. En cuanto ponga un pie en suelo británico, será arrestado por traición.

—Que se quede allí. ¿Y el marqués de Suffolk?

—En prisión, en la India. No es exactamente el retiro de yoga que tenía previsto. Los otros saben que estamos al corriente, supongo que entiende a qué me refiero. El primer ministro no quiere que todos sean arrestados, o parecerá que ha habido algún tipo de golpe de Estado. Eso podría desestabilizar los mercados.

«No tanto como me ha desestabilizado a mí», pensó la reina. Siempre se había preocupado por los niños por si le ocurría algo a ella, pero nunca se había planteado seriamente que pudiera pasarles algo a ellos. Ahora, sin embargo, se sentía un poco mejor.

—¿Y Maidstone?

Sir Hugh se ajustó las gafas.

—Ah, él también parece haberse olido algo. Fue visto por última vez en un avión con destino a Chicago.

—¡Se ha ido a América!

—Por irónico que parezca, tiene amigos en Estados Unidos. Dudo que el servicio secreto tarde mucho en localizarlo. Mientras tanto, está la cuestión de Jeremy, señora.

—Sí, en efecto —repuso la reina.

—Lo hemos mantenido trabajando en una habitación sin teléfono. Sabe que pasa algo, pero no sabe de qué se trata. He supuesto que usted preferiría hablar personalmente con él, señora.

La reina levantó la vista.

—Es muy amable por su parte, Hugh —dijo con tono afectuoso. Era un gesto considerado, viniendo de un hombre tan ocupado—. Me gustaría, sí.

Jeremy Radnor-Milne intuía que el partido había llegado a su fin.

Llevaba una semana sospechando que sir Hugh sabía algo. Se habían producido conversaciones en el ala norte de las que él se había visto excluido. Los redactores de prensa parecían recibir nueva información después de que él mismo los pusiera al día, y cuando intentaba hacer un aparte con el par de aliados que tenía entre el personal de la casa, siempre lo reclamaban antes de que pudiera darles instrucciones útiles. Nada evidente... pero a Jeremy le gustaba considerarse el maestro del «nada evidente», de modo que sabía captarlo cuando lo afectaba a él.

Había conseguido que su mujer avisara a su hermano utilizando una palabra clave que habían acordado. Si estaba en lo cierto, lo más probable era que le hubieran pinchado el teléfono. Pero lo único que podía hacer, mientras tanto, era seguir adelante. ¿A qué otro sitio podía ir?

Cuando la reina solicitó verlo en el salón privado que le habían asignado en la Residencia del Gobernador, supo que estaba en lo cierto. Parecía cansada y decaída. Normalmente este tipo de viajes la llenaban de vitalidad; mostraba más energía que todos ellos juntos. Pero ese día se veía desanimada.

Estaba sentada en una silla baja con la luz a sus espaldas, y él se vio obligado a inclinarse un poco para verla bien.

Al observar su cara pálida y sus ojeras, fue consciente de repente de lo que había hecho. Siempre había supuesto que ella seguiría adelante a pesar de todo, aunque el duque de Windsor se hiciera cargo de algunas de las visitas más complicadas. La verdad era que apreciaba mucho a la reina, era un auténtico fan. No estaba fingiendo. Pero los últimos acontecimientos parecían haberla cambiado, y eso no formaba en absoluto parte del plan.

—¿Señora? ¿Quería verme?

Cuando habló, la voz de la reina tenía un tono desacostumbrado.

—Sir Hugh y yo hemos acordado que ya nos ha servido lo suficiente en su puesto actual.

—Yo... Ya me parecía, señora. Me doy cuenta de que he... Si me permite explicarlo...

—Creo que se ha ganado un nuevo destino muy particular. Sir Hugh ha dispuesto que actúe como nuestro enlace con las autoridades locales en la isla Ascensión. Es un destino de un año, pero en su caso lo hemos ampliado a tres.

—¿La isla Ascensión, señora? —Jeremy intentó que su tono fuera educado y cercano—. No creo que yo...

—Es un puesto de reabastecimiento en medio del Atlántico. La RAF tiene allí un pequeño escuadrón, y la Armada viene y va. Hay una rica vida marina, según tengo entendido. También es un lugar excelente para la observación de aves.

—¿Ha dicho el Atlántico? ¿No el Pacífico?

—No. Y si eso funciona bien, existe un puesto en las Falkland que también podría ser conveniente.

—¿Las Falkland, señora?

—Sí, cerca de la Antártida.

—Debo decir que no soy un gran observador de aves —repuso él con una risita nerviosa.

—Lo será.

Siempre había pensado que Su Majestad era dulce y femenina; con ese busto impresionante, esa piel tersa y clara. Pero ese día

parecía implacable. Le recordaba un poco a la reina Isabel I, tal como él la imaginaba; a la reina Isabel I enfrentándose a uno de los hombres que la habían traicionado, pensó. Sólo que aquella otra reina lo habría enviado a terminar sus días en la Torre.

Quizá la isla Ascensión sería mejor. Se suponía que en esa isla había mujeres, ¿no? ¿Su esposa podría ir con él?

¿Querría hacerlo?

—Yo... Lo siento mucho, señora. No ha sido nada personal —dijo con apasionamiento—. Pienso en usted como...

—Yo pienso en usted como si ya se hubiera ido —lo interrumpió ella—. Adiós, Jeremy.

—¿Puedo decir...?

—No, no puede.

—Pero, si me permite...

El chambelán militar apostado en la puerta, de cuya presencia Jeremy ni siquiera se había percatado, se adelantó, lo agarró del brazo y lo arrastró sin contemplaciones fuera de la habitación.

En menos de doce horas iba de camino al centro mismo del Atlántico en un frío y ruidoso avión militar. Al menos no estaba en la cárcel ni en la Torre, en cuyo caso sir Hugh habría tenido que dar explicaciones a la prensa, cosa que el secretario de la reina querría evitar a toda costa, como Jeremy sabía muy bien. Iban a enviarle su equipaje, pero no le dijeron nada de su mujer ni de sus hijos. Sus únicas posesiones en aquel momento eran la ropa que llevaba puesta y una caja que Miles Urquhart le había entregado cuando lo sacaban de la Residencia del Gobernador. Al abrirla, durante el vuelo, descubrió que contenía unos prismáticos y un pequeño esbozo de un ave marina... Y Jeremy Radnor-Milne no pudo evitar un estremecimiento.

56

Por irónico que pudiera parecer, los Radnor-Milne y sus cómplices no tenían como objetivo el viaje a Canadá. Sin embargo, seguía resultando una visita difícil. La reina no pudo recuperar del todo la estabilidad. La recibían grandes multitudes llenas de alegría, pero ni siquiera sir Hugh podía ocultarle las voces que cuestionaban de forma bien audible que Canadá tuviera una reina, sobre todo si le costaba tanto dinero al país.

Los canadienses, como los británicos, seguían padeciendo los efectos de la guerra, pero ellos creían que su sufrimiento era mayor. Conscientes de eso, sir Hugh y su equipo habían hecho todo lo posible para que la visita fuera lo más discreta posible, con la inauguración histórica del Parlamento y poco más. La reina trabajó duro, pero no estaba segura de estar conectando del todo con la gente. Volvió a pensar una vez más en lo que había dicho la tía de Joan. A veces no podía evitar mostrarse distante, aunque no fuera ésa su intención.

En cualquier caso, a todo el mundo le encantaban sus vestidos, eso sí. Y sus diamantes los deslumbraban. Eso también.

Al cabo de cuatro días, que parecieron más bien catorce, volaron a Virginia. Estaba muy nerviosa. No conseguía olvidar que de esa visita dependían muchas cosas, pero además era una mera invitada en un país que se había deshecho definitiva y triunfalmente de su tatarabuelo.

A la reina siempre se le había dado bien la historia, y a menudo la afectaba de forma personal. Sabía que era la segunda monarca británica que visitaba Estados Unidos. El primero había

sido su padre, en 1939, pero eso fue en vísperas de la guerra, cuando la diplomacia estaba centrada en derrotar a Hitler. Y resultaba imposible no enamorarse de su madre, cosa que, como era de esperar, los estadounidenses hicieron encantados. Desde entonces habían tenido lugar la crisis de Suez y todo lo demás.

¿Aprovecharían aquel viaje para menospreciar al Reino Unido? Sabía que el presidente no lo haría, porque era un amigo, pero ¿y la prensa? ¿Estaría ella a la altura del éxito de su madre? Una nunca podía subestimar la maquinaria informativa estadounidense, ni estar completamente segura de lo que haría la prensa.

Felipe intentaba calmarla. Se le daba bien: hizo bromas durante el vuelo, riéndose de su propia y horrible imitación del acento norteamericano. Ya sabía lo de Carlos y le aseguró que «lo que el niño no sepa no le hará daño». Y, de repente, el avión estaba aterrizando y sir Hugh le recordaba su agenda en Estados Unidos.

Y ya no había nada más que pudiera hacer.

En gran medida su vida consistía en realizar viajes y giras y dejarse ver en público, pero aquélla se convirtió en una visita oficial que jamás olvidaría. Comenzó con una visita a Jamestown, que celebraba el trescientos cincuenta aniversario de su fundación, al igual que la ciudad inglesa de Romsey, a la que había concedido su fuero la víspera de su partida a Francia en abril. Aquélla era la «vieja América», y cuarenta mil personas acudieron a verla aquel día, seguidas de otros miles adondequiera que fueran.

El tercer día, sus temores sobre ese viaje se habían convertido en una de las chanzas recurrentes de Felipe.

—¿Recuerdas lo nerviosa que estabas antes de llegar aquí? ¡Míralos ahora!

En Virginia prácticamente habían sufrido el acoso entusiasta

de las multitudes, y ahora se alojaban en el ala ejecutiva de la Casa Blanca, donde Washington había extendido la alfombra roja como sólo los estadounidenses sabían hacerlo.

En resumen, no tenía por qué estar nerviosa. Todo iba bien. Los Eisenhower se habían reído mucho cuando les contó la historia de cómo se había escondido bajo el mantel en el castillo de Windsor durante la guerra. El primer ministro estaba «eufórico». De hecho, de haber podido quedarse un poco más, la reina no lo habría dudado, aunque echaba mucho de menos a los niños.

Se estaban arreglando para su banquete de despedida en Washington. Isabel sabía que era ingrato añorar una cena delante del fuego en el cuarto de los niños, e intentó apartar ese pensamiento de su mente mientras Bobo la ayudaba a ponerse el vestido de redecilla con lentejuelas que el señor Hartnell había diseñado para ella. Felipe entró, con un aspecto divino y poniéndose los gemelos, y le dijo a Bobo que «se largara» para poder «apreciar a Su Majestad en privado durante un momento».

Bobo obedeció sin rechistar.

—No todo el mundo puede besar a la reina de Inglaterra —dijo antes de hacer justo eso. Luego se apartó para admirar su vestido. Estaba aprendiendo—. Acabo de oír algo de lo más gracioso —añadió—. Me lo ha contado mi ayuda de cámara. Anoche, una actriz intentó colarse en mi habitación. Una belleza explosiva, al parecer, toda brillo y cremalleras. No como tú, Lilibet, ya sabes, sino muy picante.

La reina no supo si sentirse halagada u ofendida.

—¿Y?

—E insistió en que yo le había dicho que me esperara arriba, porque había algo que tenía que darle. ¿Te imaginas? Juró por su madre que nos conocíamos. Incluso presentó una nota con mi letra, sólo que no lo era, obviamente. ¡Ja! Pobre chica. Como es natural, yo estaba aquí contigo, así que habría sido una noche perdida.

—¿Para ti o para ella?

—¡Para ella, tontorrona! No seas ridícula. —Frunció el ceño—. Esto no te está pareciendo divertido.

—Ya sabes lo de Carlos —dijo ella—. ¿No crees que podría formar parte de la misma conspiración?

—Bueno, pues lo tienen claro; creo que sé reconocer cuándo una rubia cazafortunas intenta ganarse mi afecto. Pero tienes razón, suena como el tipo de cosa que intentaría hacer esa gente. Supongo que no pudieron cancelar su misión a tiempo. De todos modos, fue expulsada por la vía rápida, pobrecita.

Felipe se rió mientras jugueteaba de nuevo con sus gemelos. El derecho siempre le costaba un poco más porque se lo ponía con la mano izquierda. Su ayuda de cámara podía hacerlo por él, por supuesto, pero los gemelos eran una de las áreas en las que a su marido le gustaba mantener un mínimo de autonomía.

Aquello la llevó de vuelta a la residencia del embajador en París. A la cadenita rota de sus gemelos ante la mera mención de Cresswell Place.

Se dio cuenta de que estaba cansada y de que ese día no había comido lo suficiente, y probablemente no era culpa de Felipe que de repente se sintiera fatal, pero algo en su interior se resquebrajó. Se acercó al tocador y se sentó. Tenía ganas de llorar, y eso le parecía espantoso, además de impropio de ella, de modo que giró la cabeza para que él no la viera.

—¿Qué pasa, Lilibet? —Él había dejado de reír. Parecía confundido.

—Es que... ha sido un día ajetreado, eso es todo.

—¿Quieres que llame a Bobo?

—No.

Cogió un pañuelo y se enjugó los ojos rápidamente. Felipe se acercó a toda prisa y se arrodilló ante ella, justo lo último que la reina quería. Quería que se fuera y la dejara sola.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué puedo hacer?

—No hay nada que puedas hacer.

Felipe esbozó una sonrisa nerviosa.

—Qué grave suena eso, no es propio de ti. ¿Alguien te está acosando? ¿Vuelve a tratarse de ese maldito complot? Puedo protegerte, ¿sabes? Para eso estoy aquí.

Hizo ademán de abrazarla, pero ella se apartó.

—No soy una fragata que necesite una flotilla.

El semblante de Felipe se ensombreció.

—Claro que no. ¿De qué estás hablando?

—Resulta que soy tu esposa.

Lo miró con los ojos llenos de lágrimas, con la sensación de que era capaz de decir lo que no quería, pero no de pedir lo que necesitaba. Para ella, la palabra «esposa» lo definía todo: los votos que habían hecho, la vida que intentaban construir, los hijos...

—Eso lo tengo muy claro.

Ahora Felipe apretaba los dientes, claramente ofendido por verse rechazado. La reina sentía que todo se desmoronaba a su alrededor: esa gira, ella misma, ellos dos, todo lo que era personal para ella... Podía hacer su trabajo. Siempre lo haría. Pero ¿cómo sería su trabajo si no pusiera en él su corazón? ¿Si estuviera completamente sola?

—¡Lilibet! Estás llorando de verdad. Tú nunca lloras. ¿Alguien te ha hecho daño? Le romperé la crisma al muy cabrón. Lo mataré, que Dios me ayude. ¿Quién te ha hecho esto?

Exhausta y demasiado furiosa para contenerse, ella exclamó:

—¡Lo has hecho tú! Me mentiste.

—¿Cuándo?

—Le dijiste a todo el mundo que estabas en palacio la noche de aquellos asesinatos. Estabas con una mujer. El MI5 conoce todos los sórdidos detalles...

—¿Una mujer? ¿Qué mujer?

—Abigail Pinder. La hermana de William Pinder.

Ya está. Lo había dicho.

—¿Qué? Abigail no es una mujer... —repuso él frunciendo el

ceño—. Bueno, sí que lo es, pero ya sabes a qué me refiero. Es una amiga.

—Oh, Felipe.

—Nunca te he mentido —añadió él con más suavidad. Parecía tan dolido como confuso.

—Dijiste que estabas en palacio —repitió la reina.

—Sí, bueno... les dije eso a los entrometidos que preguntaban por mi paradero. No era asunto suyo. Ni siquiera me pareció que prestaras atención...

—¡Me usaste como coartada!

Felipe frunció el ceño y pareció menos seguro.

—Sólo para evitar que anduvieran fisgoneando. No te importó, ¿verdad?

—¡Claro que me importó!

—¡Pues deberías habérmelo dicho!

La reina se volvió hacia el espejo y empezó a colocarse la tiara, para que sus manos tuvieran algo que hacer.

—Te lo pregunté en Balmoral —le dijo con toda la calma de la que fue capaz, mirando su reflejo—, y volviste a mentir.

—¿Ah, sí? Pues no le di ninguna importancia. Era sólo un gesto de amistad. Lo hice por decencia.

—¿Decencia? ¿Proteger a Abigail Pinder era un acto de decencia?

—A Abigail no —dijo él frunciendo el ceño de nuevo—. A William.

—¿Qué?

—A su hermano.

La reina se dio la vuelta para mirarlo cara a cara.

—¿Cómo encaja él en todo esto?

—¡Oh, por el amor de Dios! Está bien. —Felipe levantó ambas manos—. Si necesitas saberlo, me encontré con Roly Hill en el Artemis. Lo llamaron por teléfono porque Abigail estaba intentando localizarlo. Dijo que estaba con su hermano y que estaba desesperada. Quería que Roly fuera a hablar con él,

porque Pinder estaba a punto de hacer una locura, pero Roly no podía: su mujer tenía un bebé recién nacido, y se habría divorciado de él si no llegaba a casa a medianoche. Luego Roly le dijo que yo también conocía bastante bien a Pinder.

—¿Y era así?

—Servimos juntos en el acorazado *Valiant* durante la batalla de Matapán. Un hombre valiente, y un marino excepcional. Así conocí a Abigail. Según lo que le dijo a Roly por teléfono, la esposa de Pinder, Marion, lo había abandonado. Abigail estaba sola con él, y William se negaba a hablar con ella. Amenazaba con... bueno, como te decía, estaba en pésimas condiciones. Roly no sabía qué hacer, de modo que le dije que iría yo. Implicaba recurrir a unos cuantos subterfugios, por supuesto; nada en esta vida es tan puñeteramente simple. Como es obvio, no convenía en absoluto que alguien supiera que me iba en plena noche a una casa con una rubia muy guapa dentro. Tomé precauciones para que no me pillaran in fraganti. No soy estúpido.

«Oh, si tú supieras», pensó la reina, pero no dijo nada.

—Así que me escabullí de mis escoltas y salimos pitando hacia la casa de Cresswell en el Aston Martin de Roly. La calle estaba oscura y tranquila, no había nadie. Me dejó justo delante y se fue a casa. Abigail me dejó pasar y me explicó lo de Pinder.

—¿Qué pasaba con él?

—Se había encerrado en el dormitorio trasero con una botella de whisky y una pistola.

—¿Qué?

—Pues sí. Abigail vio el cañón justo antes de que él cerrara la puerta; era una vieja pistola de servicio. Lo estaba acosando el MI5, ¿lo sabías?

—Sí.

—Llevaba diez años trabajando para ellos y se les había metido en la cabeza, porque había tratado alguna vez con un par de rusos, que era el Tercer Hombre.

—Sí, lo había oído.

—Absurdo, por supuesto, pero no paraban de acosarlo. El pobre diablo estaba a punto de suicidarse. Tardé una hora en entrar en la habitación y tres más en convencerlo de que me entregara la pistola. Intenté sacar el cargador, pero no salía, así que apunté a una almohada para asegurarme. El trasto se disparó y prácticamente nos dejó sordos. Me sorprende que nadie más lo oyera. En fin, para entonces ya era de madrugada. Abigail se unió a nosotros y nos terminamos la botella, los tres, sentados contra la pared del dormitorio, escuchando a Grieg en el gramófono de Pinder. Muy relajante, ese Grieg, sobre todo en momentos como ése. Luego llamé a mi chambelán, que a su vez llamó a su hermano de los Granaderos, un tipo de confianza, que vino a recogerme con su coche. —Felipe se encogió de hombros —. Y eso es todo. Toda la historia. No fue lo que se dice una noche de pasión desenfrenada, o lo que sea que estuvieras pensando.

—No sabía qué pensar.

—No había necesidad de pensar nada.

—¿Por qué no me lo contaste?

Felipe volvió a levantar los brazos en un gesto de impotencia.

—No me correspondía contar la historia de otro. Pinder estaba muy mal. No quiere que la mitad del país se entere de sus asuntos.

—¡Yo no soy la mitad del país! —señaló ella alzando de nuevo la voz.

Felipe parecía de mal humor y sólo ligeramente arrepentido.

—Es el código ético de los oficiales. Supuse que lo entenderías.

—Bueno, pues no lo entendí.

Hubo una pausa. Felipe había dicho que ésa era toda la historia, pero por supuesto había algo más.

—¿Y qué me dices de Abigail? —añadió la reina en voz baja —. Según tú es una amiga.

—¡Exacto!

Ella lo miró fijamente.

—¿Qué clase de amiga?

—¡De la mejor clase! Por el amor de Dios, Lilibet. Una amiga que se interesa por Jung y Heidegger. No me digas que tú también, porque, a menos que Heidegger estuviera participando en las carreras de caballos de Newmarket, te importaría un bledo. Abigail está estudiando psicoanálisis. Tiene opiniones muy interesantes sobre el tema. —Tendió una mano y se la posó en el brazo. Su voz sonó más dulce—: No te aburriré con Jung, Lilibet, al igual que tú, gracias a Dios, no me aburres con tu programa de cría para el Derby. Pero soy tuyo, lo sabes. En cuerpo y alma.

No le decía esas cosas a menudo, pero cada vez que lo hacía, ella sentía una especie de chispazo eléctrico. Nadie podía ser tan serio con el amor como Felipe. Ni tan serio con cualquier cosa. Ni tan divertido o tan complicado. Su madre tenía razón.

Él le enjugó una lágrima de las mejillas.

—Deja de preocuparte. No te pega nada.

Después de una discusión como aquélla, y de todas las semanas de tensión, y de la repentina nitidez del aire, sólo había una cosa que hacer... pero tendría que esperar. Bobo estaba llamando a la puerta y hubo más que un atisbo de urgencia en su voz cuando les señaló la hora.

Mucho más tarde, en plena madrugada, Felipe había vuelto a su propia habitación y la reina yacía completamente despierta; supuso que se debía al desfase horario tras el viaje. Le recordó un poco a la noche en la que Ana había tenido dolor de oídos, pero aquélla había sido tensa, y ahora se sentía muy relajada en comparación con aquellos últimos meses.

Pensó en el pobre William Pinder, que resultó ser un leal servidor a la Corona, pero que había sufrido el acoso de su propia organización. Era terrible que su desesperación lo hubiera

empujado a empuñar una pistola reglamentaria.

Y eso le hizo recordar también a Boy Browning, que había regresado a su casa en Menabilly. Felipe había dicho alegremente que su tesorero real se tomaba el verano libre para una cura de reposo, pero Daphne le había contado a ella en Balmoral que el general estaba muy mal, mental y físicamente hablando, y que no estaba segura de si volvería al trabajo.

A la reina se le ocurrió, y no por primera vez, que a las mujeres las trataban como flores delicadas, mimadas y protegidas en todo momento. Los hombres siempre se apresuraban a arrojar sus capas sobre charcos metafóricos. Pero ella era tan fuerte como ellos, si no más. Los hombres eran como los robles: caían estrepitosamente cuando las cosas iban mal; ella se veía más como un sauce, que se inclinaba a merced del viento y del tiempo.

Los sauces le recordaron el río cercano a Windsor y el lago del palacio de Buckingham. ¿Qué estaría haciendo Ana?, se preguntó. Ya era de día en Inglaterra. ¿Estaría haciendo sus deberes o disfrutando del aire fresco del otoño? ¿Y Carlos? ¿Le contaría alguna vez lo del plan de secuestro que nunca se llevó a cabo? Probablemente no.

Y así, pensando en sus hijos, se quedó dormida por fin.

57

Los estadounidenses lo dejaron claro en todo momento: no querían volver a tener un soberano, pero estaban encantados de acoger a la reina en su visita al país.

Su entusiasmo era muy distinto al de los ingleses. Allí todo era más grande, más audaz, más ruidoso: se agolpaban contra las barreras, obligando a la policía a contenerlos; gritaban y vociferaban; allí donde aparecía la pareja real, abarrotaban las calles a lo largo de kilómetros.

Después de tres días en Washington, llegó la última etapa del viaje. Esta vez tomaron el tren para ascender por la costa este hasta Nueva York.

La reina había dado instrucciones muy específicas sobre cómo quería ver esa ciudad por primera vez, porque la había imaginado muy claramente. El tren los llevó hasta Staten Island, y desde allí ella y Felipe subieron a bordo de la lancha del gobernador para pasar ante la Estatua de la Libertad, hasta llegar a la punta de Manhattan.

La visión de los imponentes rascacielos era como ella había imaginado, siempre que hiciera caso omiso de los helicópteros que sobrevolaban la ciudad tomando fotos. Estaba tan emocionada como cualquier turista. Lástima que sólo hubieran podido meter un día con calzador para su visita.

Felipe y ella tendrían que aprovechar al máximo las horas que tenían por delante, porque su avión salía esa misma noche.

Decir que las horas que siguieron fueron un torbellino sería quedarse corto. Si Washington había desplegado la alfombra

roja, Nueva York la extendió por toda la ciudad.

Sir Hugh le dijo que los canales de televisión proclamaban que había un millón de personas en las calles. La Quinta Avenida estaba abarrotada de rostros y banderas en cada una de las ventanas de sus edificios de varios pisos, casi oscurecidas por la avalancha de cintas de teletipo que arrojaban por ellas. Un ascensor los llevó con rapidez vertiginosa hasta lo alto del Empire State, desde donde Manhattan se extendía a sus pies, tan maravillosa y extraordinaria como ella había imaginado. Aquello era la «nueva América» y, para su propia sorpresa, le pareció lo más hermoso que había visto nunca.

La pareja real tendría su base en el Waldorf Astoria. Se suponía que iban a disponer de la Suite Presidencial, pero el rey Farouk, que estaba allí antes que ellos, se había puesto enfermo y no lo podían trasladar. A cambio, Felipe y ella recibieron mil disculpas innecesarias y la Suite 42, que había sufrido una rapidísima remodelación en su honor.

Mirando desde una de las ventanas más altas de Nueva York mientras se cambiaba para comer, vio cómo la ciudad volvía a su ritmo normal, con el tráfico atascando de nuevo las calles que habían despejado para su desfile.

—Podría quedarme aquí todo el día —le dijo a Felipe, que se estaba cambiando en el dormitorio del otro lado del vestíbulo de la suite.

—¡No lo hagas! Han preparado un banquete.

Y en efecto lo habían hecho, y tras aquel abundante almuerzo la llevaron en volandas —en la medida en que se puede llevar «en volandas» a alguien en esa ciudad— por amplias avenidas hasta el edificio de la ONU, donde pronunció un discurso en alabanza de los ideales de paz y cooperación que impulsaba la nueva Commonwealth.

Se acercaba la noche. Su única noche en la ciudad. La reina se retiró a su habitación de la Suite 42 para descansar, pero no consiguió relajarse, y se encontró mirando por la ventana las

filas de pequeños taxis amarillos que llenaban las calles, muy abajo.

Sabiendo que querría capturar el momento, Bobo había dejado su cámara en el tocador, para que pudiera hacer fotos del panorama y enseñárselas a los niños más tarde. El día había resultado asombroso de principio a fin: el tren, la Estatua de la Libertad, las Naciones Unidas, el desfile bajo las cintas de teletipo... Y ahora estaba allí, en el hotel más alto del mundo, que no tardaría en llenarse de diversión y baile.

Recordó una canción de Cole Porter que Felipe y ella habían bailado a la luz de la luna en Cliveden: «I Happen to Like New York.» Ahora tenía mucho sentido: también a ella le encantaba esa ciudad.

Su vestido de noche estaba colgado fuera del armario, listo para cuando necesitara cambiarse. En pocos minutos Bobo le prepararía un baño. En su agenda habían previsto poco más de una hora y media para que pudiera arreglarse. Necesitaría menos de la mitad de ese tiempo, lo que le dejaba unos minutos preciosos para relajarse y reflexionar.

¡Menudo desfile! Y toda aquella gente feliz y emocionada, tan ansiosa por verla que la policía se había visto obligada a contenerla. Las cintas de teletipo habían volado tan alto con el viento que aún se podían ver en torno a la cúspide del Empire State. ¡Menuda vista! Canturreó para sus adentros:

«Resulta que me gusta Nueva York...»

Sintiéndose casi culpable por haber disfrutado de ese momento de intimidad, se sentó en el tocador, donde Bobo había colocado cuanto iba a necesitar. Allí estaban los pendientes, el collar, la tiara de brillantes, su pintalabios de Helena Rubinstein, su perfume, su colorete... Se imaginó a todas las demás damas del hotel, y de otros hoteles y apartamentos de Nueva York, arreglándose también para esa velada. Probablemente les llevaría más tiempo que a ella. Ya estaba acostumbrada. Gracias a la experiencia, podía peinarse y ponerse la tiara en menos de

dos minutos.

Mirándose al espejo, levantó la tiara y se la colocó en la cabeza. Todas sus joyas tenían un título, y ésa era la tiara Kokoshnik de la reina Alejandra, un gran murete de diamantes que había encargado su bisabuela cuando era princesa de Gales. La reina ya la había llevado en Canadá y sabía exactamente cómo encajarla en su peinado. Hacía falta un poco de práctica. Al final, había una única manera realmente fiable...

Y de repente todo encajó. Supo quién había cometido el asesinato en Chelsea aquella noche de marzo, y cómo, y casi con toda seguridad también por qué. Cuando una lo pensaba bien, era de lo más obvio.

—¿Majestad?

Miró a su alrededor y vio a Bobo rondando en el umbral interior de la suite.

—¿Te preparo el baño ahora?

La reina negó con la cabeza.

—No, primero tengo que hablar con alguien.

Le dio instrucciones a Bobo. Era hora de enfrentarse cara a cara con la persona que había cometido un asesinato.

58

Lady Lucie Seymour siguió a Bobo hasta el interior del dormitorio. Ya iba vestida para la cena y el baile con un modelo de seda azul cielo adornado con pequeñas cuentas de cristal, y como su marido había previsto, tenía un aspecto magnífico.

Hizo una reverencia y murmuró:

—Majestad. —Luego levantó la vista, desconcertada—. ¿Quería verme?

—Sí —respondió la reina—. Por favor, siéntese.

Su nombre era Lucie, no Lucy como ella había supuesto en un principio. Lo había visto escrito en la lista de invitados de la velada. En aquel momento no se había percatado de la importancia de esa grafía, pero ahora ya sabía lo que implicaba.

Señaló dos sillones situados junto a la ventana y escogió uno mientras su invitada se sentaba frente a ella en el otro. Bobo las dejó solas. El tráfico lejano tocaba el claxon y ululaba muy por debajo de ellas.

—Su encargada de vestuario me ha dicho que se trataba de mi hermana —empezó Lucie—. Pero me temo que no tengo ninguna.

La reina exhaló un profundo suspiro.

—Lo siento mucho, pero creo que sí la tenía.

Daphne se había equivocado en Balmoral, aunque iba por buen camino. La disposición de los cuerpos no había sido una maniobra de distracción: era una muestra de amor.

Había previsto que Lucie mentiría sobre su familia, y no estaba del todo segura de cuál sería su propia reacción en ese momento. Pero entonces observó cómo una única lágrima aparecía en la comisura interna del ojo derecho de su visitante y

se abría paso muy despacio por su mejilla empolvada. En ese instante, el rostro de la mujer pareció transformarse y pasar del mármol a algo tan frágil como la cáscara de huevo. Su voz fue casi inaudible.

—¿Cómo lo ha sabido?

La reina extendió una mano en un gesto tranquilizador. Una necesitaba perros en momentos como aquéllos, pensó. Incluso un caballo o, si no quedaba otra, un gato, aunque a ella le producían alergia. Pero el Waldorf Astoria no los tenía disponibles. Apretó brevemente los fríos dedos de Lucie para transmitirles el calor de los suyos.

—Me he dado cuenta al probarme la tiara —respondió—. Por supuesto, usted también debió de probarse la suya. Es imposible que a una le quede bien si no sabe cómo ajustarla al peinado. Iba a ponérsela en su cumpleaños, de modo que Stephen se la dio antes para que pudiera practicar.

Lucie asintió levemente.

—Sí, así fue.

—Hizo que la sacara de la caja fuerte. Pero Ginette se la llevó.

Lucie se limitó a mirarla. Otra lágrima siguió a la primera.

—Estaba muy unida a ella —prosiguió la reina en voz baja—. De repente se me ocurrió que, si Ginette tenía una hermana mayor, Marianne, nada impedía que Marianne tuviera también una hermana mayor; una que ayudó a Ginette cuando vino a Londres.

Lucie asintió, mirándose la falda.

—Una hermana de la que Ginette no hablaba. —La voz de la reina era dulce—. Tal vez porque no quería avergonzar a su pariente de la alta sociedad.

Pero esta vez Lucie negó con la cabeza. Adelantó el mentón y miró a la reina a los ojos.

—¿Por lo que hacía para ganarse la vida, quiere decir? No lo entiende, señora. ¿Cómo cree que conocí a mi marido?

—Ah —dijo la reina—. Ya veo.

—A Stephen siempre le gusta decir que nos conocimos en Ginebra, pero fue en París. Y no en una cena diplomática, precisamente. Eso fue lo que le dio la idea a Ginette, *la pauvre*. Antes de la guerra, quería ser sombrerera, como Marianne, no como yo. De las tres, Marianne era la única que tenía talento. Era amiga del joven monsieur Dior, querían trabajar juntos, ambos habían hecho planes. Hacía sombreros para las esposas de los nazis durante la Ocupación y llevaba mensajes para la Resistencia cuando los distribuía. Y entonces...

—Y entonces llegó Jean-Pierre Minot.

—Sí. —Lucie tragó saliva, pero su mirada no vaciló—. Para entonces era una estrella en la Gestapo. A Marianne la llevaron a la rue de la Pompe. Dicen que primero se centró en sus manos. En cuanto terminó la guerra, corrí a casa en busca de noticias. Tenía la esperanza de encontrarla viva, pero por supuesto no fue así. Descubrí exactamente lo que Jean-Pierre Minot había hecho, lo que Ginette ya sabía. Era famoso en aquellos tiempos. Cualquier mujer en París lo habría matado de haber dado con él, pero se había esfumado. Después de eso, Ginette nunca pudo volver a tocar un sombrero. Pero ella era tan vital, señora, a pesar de todo... Buscaba el éxito. Vio el tipo de vida que yo llevaba en Westminster, y quiso seguir mis pasos y casarse con un hombre rico que la quisiera. Yo le decía que eso sólo pasaba en los cuentos de hadas, pero... —Lucie agitó una mano enguantada.

—Tenía su propio ejemplo —sugirió la reina.

—Y no sólo el mío. Hay otros. Más de los que podría creer...

—Estoy aprendiendo deprisa.

Lucie esbozó una sonrisa.

—No todas las duquesas habían sido antes debutantes. De modo que sí, intenté ayudarla siempre que pude. No la veía mucho, normalmente sólo cuando necesitaba dinero. Pero aquella noche vino a verme para decirme que había visto al hombre que torturó a Marianne en la rue de la Pompe. Iba

vestida de blanco, se había teñido el pelo. Tenía un aspecto muy distinto, también su expresión... Sus ojos, ¿sabe?

La reina escuchaba en silencio.

—Dijo que lo había reconocido de inmediato —continuó Lucie — y que iba a verlo morir. Le dije que no fuera ridícula. Para mi vergüenza, no la creí. En absoluto. Hablamos en mi habitación para que no nos oyeran los criados. Fui a la cocina a pedir una tisana para calmarla y hacerla entrar en razón, pero cuando volví, ya no estaba allí.

—Y la tiara tampoco.

Lucie soltó una carcajada hueca.

—Fue lo primero que noté. ¡Me puse furiosa! Imagínese. Durante medio minuto, lo único que me importó fueron los diamantes que se había llevado para adornarse el pelo. No entendí sus intenciones. Cuando me di cuenta de lo que había hecho, ella ya estaba a mitad de camino. ¡Me puse frenética!

La reina sacó de su bolso un pañuelo recién lavado y se lo dio.

—Durante la guerra, Ginette sólo era una niña. Pero usted no. Rondaría los veinticinco años en ese momento, ¿no?

Lucie asintió.

—Mi madre me contó que usted y su marido conocían la finca de Arisaig —explicó la reina—. Allí es donde se entrenaba en combate a los agentes de la Dirección de Operaciones Especiales que iban a Francia. Supuse que su marido había estado destinado allí, pero ahora me doy cuenta de que era usted, ¿no?

Lucie volvió a asentir en silencio.

—El francés era su lengua materna... ¿Se entrenaba para ser agente?

—Ayudaba a instruirlos —explicó Lucie—. Necesitaban tanto a mujeres como hombres para las prácticas de combate. Yo era conductora, pero hacía de todo. Aprendía deprisa.

La reina asintió para sí.

—De modo que sabía cómo matar a un hombre, pero su hermana no.

—¿Cómo adivinó que Ginette era mi hermana? —quiso saber Lucie—. Incluso el propio Stephen no lo supo hasta hace muy poco. Y estoy segura de que él no se lo ha dicho a nadie.

—Por eso ella se negó a ofrecerle sus servicios... —murmuró la reina, tanto para sí misma como para Lucie. Probablemente Stephen no conocía la relación de Ginette con su esposa en el momento en que la solicitó a la agencia, pero Ginette sí—. Cuando me di cuenta de que el asesino de Minot era una mujer —continuó la reina—, supuse que nadie que no fuera una madre o una hermana habría hecho lo que usted hizo por ella. Y no tiene edad para ser la madre de Ginette. Usted descubrió los planes de su hermana, vio que quería matarlo aquella noche, y no podía dejar que eso ocurriera.

Lucie abrió mucho los ojos.

—¡Se había vuelto loca! El tipo era de la Gestapo, ¡se le daban bien esas cosas! Ginette se creía mayor, pero seguía siendo una niña. Por eso no me creí sus locuras hasta que fue demasiado tarde.

—¿Cómo supo adónde seguirla? —preguntó la reina.

—Dejó una nota bajo mi almohada. En ella figuraba la dirección, para que yo supiera dónde encontrarla si no se había puesto en contacto conmigo por la mañana. Por alguna extraña razón, pensó que no iría en su busca hasta entonces. Estaba *dingue*, *dingue*... Yo no debía ver la nota hasta que me metiera en la cama, pero ella había dejado la almohada torcida sin querer. —Lucie sonrió de nuevo, con cariño, con churretes de maquillaje en la cara, el pintalabios emborronado y el rímel corrido—. Ginette siempre... ¿cómo se dice...?, *faisait à la va-vite*.

—¿Siempre hacía las cosas deprisa y corriendo? Creo que es eso.

Lucie asintió.

—Excepto cuando se trataba de su aspecto. El hecho es que

me fijé enseguida en la almohada. En cuanto leí la nota, comprendí por qué había venido a verme.

—No fue por los diamantes, ¿verdad? Simplemente estaban allí.

Lucie asintió de nuevo.

—Fue en parte para despedirse de mí, por si acaso. Y sabía que guardaba un cuchillo automático en un joyero en mi tocador. Un recuerdo de Arisaig. Me lo dio uno de los instructores, era un trofeo que le había arrebatado a un soldado alemán en el desierto. Era bastante pequeño y fácil de esconder, pero estaba bien hecho. Mortífero en las manos adecuadas. Fui a mirar, y ya no estaba.

—Pero las de su hermana no eran las manos adecuadas —dijo la reina, siguiendo con la idea que había tenido en un principio —. Y usted ya no tenía el cuchillo, de modo que se armó con un alambre de cortar queso.

—Sé cómo matar a un hombre. Ginette creía saberlo también, pero las cosas cambian mucho cuando tu oponente lucha por su vida. Pero no era un alambre para cortar queso, señora, sino un alambre para arreglos florales. Y usé dos mangos de bambú a modo de asas.

—¿Funciona?

—Funcionó —respondió lisa y llanamente Lucie.

—Así que se disfrazó y fue a Cresswell Place.

Lucie tenía la cara tensa por el dolor.

—Parece fácil dicho así, señora. Me dio la sensación de que tardaba una eternidad. Me puse unos pantalones de Stephen por encima del vestido y cogí sus botas y guantes de conducir, así como un impermeable y un sombrero de repuesto. Pensé que salvaría a Ginette y nos marcharíamos de allí como si fuéramos una pareja, un hombre y una mujer. Nadie adivinaría que éramos nosotras. Sólo quería que estuviera viva y libre, no pensaba en otra cosa. Pero iba a tener que entrar en la casa, así que debía encontrar algo para forzar la cerradura. Y necesitaba

una porra para noquear a Minot.

—¿Tenía una en casa?

—Más o menos. Le birlé un calcetín de tiro a Stephen e introduje un pisapapeles en él. Después me metí en los bolsillos del abrigo todo lo que necesitaba, cogí un taxi hasta Old Brompton Road y fui corriendo desde allí. —Lucie hizo una mueca de frustración—. Me até las botas lo más fuerte que pude, pero aun así me frenaban.

—¿Cómo supo encontrar la dirección?

Pareció sorprendida.

—La busqué en el *De la A a la Z*.

—Oh —exclamó la reina. No era algo que ella necesitara hacer nunca, aunque sí conocía el directorio de mapas de Londres al que se refería Lucie. Decidió para sus adentros que le pediría a Joan que le enseñara cómo funcionaba—. Y llegó allí alrededor de las once y cuarto. Media hora después que Ginette, y diez minutos después de que Minot se uniera a ella.

—¿En serio? Perdí la noción del tiempo.

En ese momento, la puerta de la habitación se abrió sin ceremonias.

—Cariño, ¿qué opinas de esta...? ¡Oh!

Felipe estaba en el umbral con una camisa blanca de cuello ópera, pantalones de gala y tirantes blancos, mirando fijamente a las dos mujeres en sus sillones junto a la ventana.

—¿Estáis de charla? No creo que tengamos tiempo. Hola, ¿nos conocemos?

Lucie se levantó e hizo una reverencia.

—Alteza Real —dijo con una sonrisa que parecía cortés, pero que, de cerca, tenía un toque de histeria.

—Ella es lady Seymour —dijo la reina mirando a Felipe.

—Maldita sea. Su marido ha estado con el agua al cuello, ¿no? ¿Está aquí esta noche?

—Sí —respondió Lucie.

—Un hombre valiente. Cuidaré de él. No entretenga mucho a

Su Majestad —añadió Felipe alegremente—. Tiene un salón de baile lleno de gente ahí abajo que la espera dentro de... —Consultó su reloj—. Veintisiete minutos.

—No lo haré, señor.

—En fin, Lilibet, ¿qué te parece esta pajarita? Me la dio un tipo en Washington. Dicen que es el nuevo estilo norteamericano, mucho más suave, ¿ves? Pero mi ayuda de cámara la detesta. ¿Debería ir de yanqui esta noche?

La reina examinó con ojo crítico la pajarita en cuestión.

—Creo que debemos parecer tan británicos como podamos —repuso—. Es lo que han venido a ver.

—Oh, de acuerdo entonces, maldita sea. Si eso es lo que crees... ¿No vas a darte un baño? ¿Llamo a Bobo?

—Estoy arreglando algo con Lucie.

—¿Puedo ayudar?

—No lo creo. —La reina hizo una pequeña mueca para disuadirlo—. Asuntos de mujeres.

—¡Ay, Dios! Pues no cuentes conmigo. ¡Hasta luego!

Salió y cerró de un portazo detrás de él.

La reina miró a Lucie a los ojos. Los labios perfectamente esculpidos de la rubia mujer temblaron de un modo casi imperceptible. Luego sus hombros se estremecieron, se rió a carcajadas durante unos diez segundos, sumida en un ataque de histeria, y finalmente los temblores se convirtieron en sollozos. Estaba siendo, en general, una velada difícil.

—Lo siento mucho —dijo la reina—. Una intromisión de lo más inoportuna. Bueno, me contaba que estaba a punto de llegar a la casa. Pero llegó demasiado tarde, me parece.

Lucie miró por la ventana, donde las luces de la ciudad se iban encendiendo. Nueva York pasaba del día a la noche. Soltó un suspiro.

—Con todo el tiempo que me había pasado buscando algo para forzar la cerradura, y al final no lo necesité. Supongo que mi hermana no echó el pestillo para que pudiera entrar aquel...

aquel monstruo. Sólo tuve que empujarla, aunque sí me aseguré de dejarla cerrada. No oí nada, y pensé que a lo mejor todo estaba bien, que quizá ella había cambiado de opinión. Subí de puntillas, porque si ella estaba haciendo... lo que él había venido a hacer... entonces yo no los molestaría. Pero...

—Ginette no había cambiado de opinión —observó la reina en voz baja.

—No. Estaba tumbada boca arriba en la cama, y él estaba inclinado sobre ella, de espaldas a mí. Pude ver que ella había tratado de sorprenderlo con mi cuchillo; todavía le sobresalía del costado. La estaba estrangulando con una de sus propias medias y no me oyó acercarme por detrás. Cuando empezó a volverse hacia mí, le solté un porrazo.

La reina palideció, pero le hizo un gesto a Lucie para que continuara.

—Con práctica, se puede hacer mucho daño —explicó ella—, pero yo llevaba años sin practicar. Se desplomó encima de Ginette y, aun así, no me fié. Los hombres como él se levantan una y otra vez, así que lo empujé para que cayera al suelo. Saqué el garrote e hice lo que tenía que hacer. Luego me acerqué a Ginette. Todavía tenía la media de nailon alrededor del cuello porque él se la había apretado mucho. Se la quité, aunque me llevó su tiempo. Confiaba en que... Intenté salvarla, pero era demasiado tarde... —Lucie cerró los ojos—. Me apretó la mano. La besé. Y luego exhaló su último aliento.

—No llamó a un médico.

—Al cabo de menos de un minuto estaba muerta. ¿Qué sentido tenía? La habrían metido en una bolsa y se la habrían llevado.

Lucie dirigió a la reina una mirada desconsolada y fría a la vez. Era una mujer que sabía cómo matar a un hombre con un arma improvisada y no dudaba en hacerlo. Era dura y poco sentimental, se sentía apesadumbrada y agotada.

—Lavar a su hermana fue un acto de amor —dijo la reina.

—*Oui*. No quería la sangre de ese cabrón encima de ella. La tenía por toda la *jarretière* de seda... ¿Cómo se llama eso?

—¿Liguero?

—Exacto, el liguero. Ella se lo había puesto para esconder el cuchillo bajo el vestido, de modo que se lo quité. El vestido estaba roto y sucio, así que también se lo quité. Luego usé la otra media con él, porque quería que supiera cómo se sentía uno cuando le hacían eso.

«Aunque para entonces ya estuviera muerto», pensó la reina.

—¿Y el cuchillo?

Lucie permaneció impasible.

—Se lo clavé en la cara. Luego entré en la otra habitación. Encontré unas lilas. A ella siempre le gustaron esas flores. Estaba poniéndoselas en los brazos cuando oí el sonido de unas voces de hombre en el piso de abajo. Esperé. Estuvieron allí mucho tiempo y luego uno de ellos subió. Luego otro, y otro más. Me quedé atrapada en aquella maldita habitación, pero no me importó. Al final, pasé la noche con ella. Fue agradable. Me sentía en paz.

—Supongo que sí —dijo la reina. No podía ni imaginarse cómo debió de ser aquello, pero sí conocía el amor fraternal.

—Hacía años que no pasábamos tanto tiempo juntas —continuó Lucie en voz baja—. Me tumbé a su lado y le conté historias de Francia, mientras a través del rellano me llegaban los gruñidos de otro hombre que roncaba como un cerdo. Podría haberme ido mientras él dormía, pero no quería dejarla. Supuse que le contaría a él lo sucedido por la mañana. Aunque lo cierto es que ni pensaba en el día siguiente.

—Y cuando llegó la mañana, ¿qué hizo?

—Esperé hasta el amanecer. Entonces mis años de entrenamiento asumieron el control. No lo recuerdo muy bien, pero creo que salí con el vestido bajo el abrigo. Me sentía como si mi propio cuerpo no me perteneciera. Trepé por un muro,

crucé a rastras un jardín y salí a los Boltons, donde vive Deborah Fairdale. ¿Conoce el sitio, señora?

La reina esbozó una media sonrisa.

—Sí, lo conozco.

—Desde allí, caminé deprisa hasta King's Road. Encontré una cabina telefónica y llamé a la policía. No recuerdo qué dije, pero supuse que encontrarían los cuerpos en cuestión de minutos. Luego me fui a casa, escondí el vestido, los guantes y las botas en una vieja maleta y dormí durante veinticuatro horas. Pero no hubo noticias de los cuerpos ni ese día ni el siguiente. Desde entonces, cada minuto ha sido como un sueño. Una pesadilla.

—Supongo que su marido sabe lo que hizo —dijo la reina.

—Imagino que sí. Los diamantes no estaban... Sus guantes y botas, tampoco. Probablemente reconoció mi cuchillo en el periódico. No hemos hablado de eso.

—Debe de quererla mucho.

Lucie se encogió de hombros.

—Soy un adorno encantador. Él es un admirador generoso. *C'est tout.*

—Ha permitido que mucha gente crea que es un asesino para protegerla. Dudo que su carrera política se recupere.

Lucie se encogió de hombros.

—Es posible.

La reina advirtió cuán poco la conmovía lo que sin duda era un acto de abnegación. Lady Seymour parecía totalmente impasible ante su marido. Permanecía allí sentada, muy erguida, sin que los estragos causados en su maquillaje atenuaran su belleza de alabastro, con los esbeltos hombros elevándose sobre la perfecta pedrería del vestido de noche que él había pagado.

El rostro de Lucie sólo había cobrado vida al hablar de Escocia y del trabajo que había realizado para formar agentes que colaboraran con la Resistencia. La reina conocía a mujeres de todos los estratos sociales que habían vivido una etapa

extraordinaria de su vida durante la guerra. Muchas de ellas seguían vinculadas a ese periodo, de un modo u otro, aprovechando su experiencia en organizaciones benéficas, escuelas, hospitales y unidades militares. Aquello les había cambiado la vida, y emanaba de ellas una energía poderosa. En cambio, era evidente que a Lucie no le había hecho ningún bien volver a esta vida de «adorno encantador». Quizá no ayudara que su abnegado marido le fuera infiel. Entretanto, debió de afectarla muchísimo enterarse de lo que le había ocurrido a su hermana Marianne. El aburrimiento y la pena la habían dejado vacía.

Aun así, seguía albergando en su interior esas experiencias de la guerra. Lucie era una mujer capaz de escapar del escenario de un crimen sin dejar rastro y sin realmente haberlo intentado siquiera. También había intervenido la suerte, eso estaba claro. Podrían haberla descubierto con facilidad entrando en la casa de Cresswell Place, o escapando a través de los Boltons más tarde, pero no fue así.

Su suerte, no obstante, se estaba acabando. Si la reina había podido deducir su participación en los asesinatos a partir de la tiara, quizá el inspector Darbishire acabaría haciéndolo también. Lucie nunca había tenido una coartada sólida; simplemente, él nunca se la había pedido.

—¿Había alguna otra forma de...? —preguntó la reina.

—¿De detener al hombre que estaba asesinando a mi hermana? No. Si yo hubiera dudado un segundo, nos habría matado a las dos.

—La policía podría entender esa situación. Fue en defensa propia, en cierto modo.

—No, no lo entenderían —contestó Lucie con decisión—. Cuando una mujer mata a un hombre, nunca acaba bien. Pero lo comprendo... se me ha terminado el tiempo. Gracias.

—¿Por qué me da las gracias?

—Por advertirme.

¿Se trataba de eso? ¿De una advertencia? La reina no lo había considerado así: más bien lo veía como un preludio de las inevitables consecuencias. Pero quizá Lucie tenía razón.

Se levantó y Lucie hizo lo mismo.

—Siento mucho lo de su hermana. Lo de ambas hermanas.

Permanecieron de pie frente a frente. Lucie observó que Su Majestad no pedía ayuda. Sonrió.

—Y ahora, tengo que arreglarme —dijo la reina a modo de disculpa.

—Se ha perdido el baño. *Je suis désolée*.

—Me las arreglaré —le aseguró la reina.

Lucie vaciló.

—No creo que nos veamos ahí abajo.

—No, dudo que lo hagamos. Adiós, Lucie.

La otra mujer hizo una profunda reverencia, justo cuando Bobo irrumpía en la habitación haciendo ruidosos aspavientos.

—¡Qué tarde es! ¡El vestido! ¡El peinado! ¡Tu baño, Lilibet! ¡Oh!

—Adiós, señora.

Lucie fue hacia la puerta y salió.

59

El baile pareció transcurrir en un abrir y cerrar de ojos. A todo el mundo le encantó el modelo que lucía la reina, que combinaba un vestido estrecho y ceñido de lentejuelas de encaje con una amplia cola de tul que se deslizaba con un sinuoso susurro relajante. Fue un diseño muy comentado, incluso entre los hombres, algo inaudito para la época.

A la reina le costó quitarse de la cabeza la imagen de lo que Lucie debió de pasar aquella noche en Chelsea. Pero el champán ayudó bastante, al igual que su sentido del deber, que le exigía prestar mucha atención a todas las personas con las que se cruzaba, reírse cada vez que alguien intentaba hacer una broma y reírse a carcajadas si quien lo intentaba era el gobernador de Nueva York.

Tocó una banda de jazz buenísima. Felipe, ataviado con su tan admirada y muy británica pajarita, pudo bailar un poco con ella. Los neoyorquinos sí que sabían divertirse. Lamentó de verdad no poder quedarse hasta el final de la velada. Se marchó a medianoche, como Cenicienta. Aunque ella salió corriendo hacia el avión con su príncipe al lado y con la luz de los reflectores de la pista iluminando la falda de su vestido de noche, que flotaba al viento.

DESAPARECIDA EN NUEVA YORK

Página 7. Tras el gran banquete ofrecido en el Waldorf Astoria a Su Majestad la reina, se descubrió que una de las invitadas había desaparecido. La atractiva lady Lucie Seymour, de 40 años, destacada figura de la sociedad británica y esposa del ministro de Tecnología del Reino Unido, ha desaparecido misteriosamente. Se ha dado parte

a la policía de Nueva York, pero por el momento no hay rastro de ella. Ante la insistencia de la prensa, lord Seymour ha declarado que su esposa debía de estar sufriendo una crisis y ha hecho un apasionado llamamiento para su pronto regreso. El ministro, propietario de la tiara de diamantes encontrada en una de las víctimas de los asesinatos de Chelsea, fue uno de los primeros sospechosos del caso. La Policía Metropolitana afirma que la investigación sigue en curso.

Norman Hartnell es uno de los muchos diseñadores británicos que rinden homenaje al modisto Christian Dior con ocasión de su repentina muerte a los 52 años. Francia está de luto. Véase página 9.

Más información sobre las inolvidables quince horas de la reina en Nueva York en las páginas 2, 3, 4, 11 y 12. Desplegable a todo color en el suplemento dominical de este fin de semana.

—¿Cuánto tiempo hacía que lo sabía? —preguntó Joan.

La reina se encontraba de nuevo sentada ante su escritorio, junto a la ventana en saledizo de su estudio del palacio de Buckingham, rodeada de papeles.

—Desde unos minutos antes de que ella apareciera en mi suite. Desde el principio pensé que Tony Radnor-Milne debía de estar implicado, y sigo pensando que conocía a Rodríguez, pero me di cuenta de que no estaba relacionado con el verdadero personaje que se escondía tras ese nombre. Ginette, por otro lado... admito que no lo había pensado bien. Acababa de darme cuenta de que Lucie había tenido acceso a los diamantes y de que posiblemente sabía cómo matar a un hombre con garrote en poco tiempo, pero estaba segura de que no lo había hecho para salvarse a sí misma... De repente, tuve claro que tenían que ser hermanas, y me di cuenta de que lo había hecho para intentar salvar a Ginette.

Joan enarcó una ceja y la reina suspiró.

—Me dejé llevar por el momento —admitió—. Sólo necesitaba saber que tenía razón.

—¿Se arrepintió lady Seymour? —preguntó Joan—. Para ella, aquella noche tuvo que haber sido terrible...

—Oh, sí, lo fue —coincidió la reina—. Allí tumbada junto al cuerpo de su hermana... Pero no estaba arrepentida de lo que había hecho, sólo de haber llegado demasiado tarde. No creo que fuera consciente de la suerte que tuvo de que no la atraparan en aquel momento.

Joan no señaló que también había tenido suerte de que no la pillaran después, en Nueva York. Lo único que sabía era que, de haberse encontrado ella allí aquella noche en Chelsea, habría hecho exactamente lo mismo que lady Seymour. Ahora le tocaba a la policía encontrarla, si es que podía.

La reina cambió rápidamente de tema.

—¿Ve mucho al comandante Ross? —preguntó—. Ha vuelto usted a Dolphin Square, según tengo entendido.

Joan intentó no mostrar ninguna emoción. Podría haberle contado a Su Majestad que Hector Ross ya no se quedaba a dormir en su club; que le estaba enseñando todo sobre el whisky; que le encantaba su quimono y le gustaba reseguir la seda con los dedos cuando estaba cansado. Pero no le parecieron temas apropiados para el escrutinio real, de modo que contestó:

—No mucho, señora. Ahora pasa casi todas las noches fuera, dejándose agasajar por haber descubierto el complot del secuestro.

Eso era totalmente cierto.

Por suerte, la reina se centraba en lo que decía y no en lo que se callaba.

—No me parecía que lo supiera mucha gente.

—Oh, en sus círculos, sí, lo saben bastantes. He oído rumores de que va a darle una medalla, señora. ¿Es cierto?

La reina se encogió de hombros.

—No depende por entero de mí, pero creo que se la merece. No tenía mucho con lo que trabajar, y aun así lo hizo muy rápido.

—Así es —admitió Joan—. Aunque con un poco de ayuda.

—¿Tiene él idea de dónde vino esa ayuda? —preguntó la reina con inquietud.

Joan sabía que a Su Majestad le gustaba permanecer en un segundo plano. No quería que el director general del MI5 creyera que intentara hacer su trabajo por él.

—La verdad es que sí —repuso Joan con una sonrisa.

—¡Oh! —La reina parecía alarmada.

—El comandante Ross sabe que respondo ante alguien importante. Estaba convencido de que era sir Hugh, así que un día lo pilló en el club y se lo preguntó sin rodeos. Sir Hugh lo negó categóricamente. Yo no dije nada, por supuesto, de modo que decidió que se trataría del ayudante de sir Hugh, y cuando preguntó al subsecretario privado...

La reina sonrió.

—Miles no lo negó categóricamente.

—No, categóricamente, no. Y comparto oficina con él, así que todo tiene sentido.

—Eso resulta de lo más adecuado.

—Ahora todos invitan a Miles a copas en su club, incluso gente que no tiene ni idea de qué va la cosa, y él llega cada mañana con un poco de resaca, pero muy contento.

—Supongo que él mismo no tendrá ni idea de quién...

—No lo creo, señora —repuso Joan muy segura de sí misma —. Yo sólo soy la ex mecanógrafa, y usted la monarca. Es posible que él sospeche del mayordomo mayor, pero no lo dice.

La reina asintió, encantada.

—Bien hecho, Joan.

60

—¿Señor?

—¿Sí, Woolgar?

—Ha llamado alguien de la Sorbeté mientras estaba fuera, jefe. Me han pedido que le dijera que alguien se ha puesto en contacto con ellos para darles información sobre la mujer desaparecida en Nueva York. Lady Seymour, señor.

Darbishire se quitó el abrigo y se sentó a su escritorio.

—¿Qué es la Sorbeté, subinspector?

—Ya lo sabe, jefe. Ha estado en contacto con ellos en París. La policía de los gabachos.

—¿La Sûreté?

—Eso he dicho.

Darbishire suspiró.

—Continúa.

—Ese tipo los llamó hace un par de días y dijo que había visto un noticiario sobre la reina. También lo estaban televisando en París. Y al final hablaban sobre lady Seymour, explicando que había desaparecido y todo eso. Y el tipo en cuestión dijo que la policía se había puesto en contacto con él recientemente, preguntando por Marianne Fleury y lo que le pasó en la guerra, porque, ya sabe, nosotros andábamos haciendo preguntas...

—Sí, lo sé.

—Y se dio cuenta de que lady Seymour había estado por allí hacía años, diez, de hecho, para preguntar lo mismo. Porque ella era... y esto le parecerá increíble, jefe... Adivine.

—Preferiría no hacerlo, Woolgar. No será una amante despechada, supongo.

—¡Oh, qué pícaro es usted, jefe! No. ¡Era su hermana!

—Pero ¿seguro que...?

Darbishire se calló. Había supuesto que Lucie era suiza, pero no había prestado demasiada atención a ese dato; se había limitado a compadecerla en su papel de esposa cornuda. Tendría unos seis años más que Marianne, y eso significaba que era unos doce mayor que Ginette. Él tenía primos que se llevaban diez o doce años entre ellos.

—¿Cómo demonios la recordaba ese hombre después de una década? ¿No estaría equivocado?

—Dijo que nunca habría podido olvidar un rostro tan hermoso. Fue muy francés al respecto.

—¿En serio? ¿Y tenía alguna idea de dónde podría haber desaparecido?

—No, señor. O por lo menos el hombre con el que hablé no me lo dijo. Le aseguré que usted le devolvería la llamada.

Darbishire lo haría, por supuesto.

Estaba reconsiderando rápidamente las coartadas. Nunca había confiado en la declaración de lady Seymour sobre el paradero de su marido, pero nadie había pensado —él tampoco — que su marido y el mayordomo pudieran estar mintiendo igualmente sobre el de ella.

Si el tipo que había llamado a Darbishire tenía razón, ¿podría ser Seymour quien mató a Minot en venganza por lo que le pasó a la hermana de su mujer?

Era posible, pero Seymour no había desaparecido...

¿Protegería Seymour a una asesina?

Si su mujer hubiera matado a un monstruo para intentar salvar a su hermana —se dijo el inspector—, él también la protegería, como lo haría cualquier hombre decente. Darbishire no tenía ni idea de cómo había podido matar lady Seymour a Minot, pero sabía que el asesinato no siempre era una prerrogativa masculina. El trabajo de Darbishire era llevar a los asesinos ante la justicia, aunque en privado pensaba que algunos actos estaban plenamente justificados. Intentaría encontrarla,

por supuesto, pero si alguna parte de esa nueva información resultaba ser cierta, esperaba no dar con ella.

En cualquier caso, no tuvo ocasión de buscarla.

Un par de horas más tarde, el superintendente jefe pasó por el despacho de Darbishire, algo que nunca hacía normalmente, y anunció que George Venables estaba por fin libre para ocuparse del caso de Cresswell Place.

—Venables ha tenido que lidiar con una montaña de trabajo, con esto y aquello. Estamos agradecidos por todo lo que has hecho, Fred. Por tu buen y diligente trabajo policial. Es una pena que no hicieras más progresos al principio, pero creo que con George a bordo podremos resolver este caso muy pronto. Estoy seguro de que podemos confiar en que le darás todo tu apoyo, como haces siempre. Sea como sea, bien hecho. Has llegado hasta donde has podido.

—Espero que no me guardes rencor —dijo el propio Venables más tarde, dándole una varonil palmadita en la espalda—. Sé que ha sido un caso muy difícil. Testigos poco fiables... ninguna pista... Seguramente te alegras de librarte de él.

Esa semana Darbishire se había dado cuenta de que habían añadido otro piso al monstruoso edificio que había al otro lado del río, frente a Scotland Yard. Se alegró de no tener que seguir yendo a esa oficina para modificar y mejorar sus informes a la reina. Cuando Woolgar trató de compadecerse de él por lo de Venables, Darbishire habló del nuevo edificio y del horizonte que ya empezaba a no reconocer.

—¿Quiere venir a tomar una cerveza, señor? —preguntó Woolgar—. Unos cuantos vamos a ir al pub.

El inspector declinó el ofrecimiento con elegancia. No iba a ser la mejor de las compañías. Se puso el abrigo y se fue a casa con su mujer y sus hijas.

En el soleado gabinete de Clarence House, la reina madre no quedó muy contenta al conocer la noticia de los nuevos y fascinantes descubrimientos del inspector jefe Venables.

—¡Pero, cariño, dicen que lady Seymour podría ser la asesina! ¡Era la hermana de la víctima! ¡Y Felipe me ha contado que estuviste a solas con ella durante media hora!

—Estaba perfectamente a salvo —le aseguró la reina—. Felipe estaba al lado, y Bobo a la vuelta de la esquina.

Su madre se tranquilizó un poco.

—Bobo nunca dejaría que te pasara nada. Pero ¿tenías alguna idea de esto?

—Ninguna en absoluto. ¿Por qué iba a tenerla?

—¿De qué hablabas con ella?

Eso era complicado de explicar. A Felipe podía desanimarlo con facilidad con la mención de «asuntos de mujeres», pero a su madre no haría sino intrigarla más.

—Lady Seymour había oído rumores sobre una red de espionaje —explicó la reina—. Nada en concreto, pero no confiaba en nadie y estaba desesperada por hacérmelo saber. Le dije que lo comentaría con el MI5. La pobre mujer...

—¿Una red de espionaje, nada menos? ¡Qué emocionante!

—Pero todo estaba en su cabeza —insistió la reina.

—¿Y eso tiene algo que ver con los asesinatos?

—¿Qué? —preguntó Margarita, que acaba de entrar con un par de juguetones perros salchicha correteando entre sus pies.

—¡Un círculo de espías, cariño! —exclamó la reina madre.

—No, no tiene que ver nada en absoluto —dijo la reina con firmeza.

—Ya te dije que no era Clement —comentó su madre alegremente, cambiando de objetivo.

—¿Quién es Clement? —quiso saber Margarita.

—El deán de Bath... ¿te acuerdas, cariño? Vio cosas terribles en la guerra, pero una vez hablamos de ello y estuvimos de acuerdo en que no se puede seguir luchando eternamente. Sólo

terminas hiriéndote a ti mismo. Esa pobre mujer, la de la cama, quiero decir... Quería venganza, supongo. Puedo entenderlo, pero el asesinato nunca es el camino, sobre todo si no se te da muy bien. ¿Cómo has dicho que acabó ella con los diamantes?

La reina vaciló y Margarita suspiró con dramatismo mientras colocaba un cigarrillo en su boquilla. Evidentemente, ésa no era la primera vez, desde que se conoció la noticia, que le pedían explicaciones.

—Lord Seymour se los dio a su esposa, mamá. Fue ella quien se los regaló a su hermana. Entonces debió de darse cuenta de que su hermana estaba en peligro y la siguió hasta la casa de Clement.

La reina no la corrigió sobre el regalo de la tiara. Sin Lucie cerca para explicar lo que había ocurrido realmente, nadie tenía la historia completa. Aunque lo que sabían se acercaba bastante.

—Esa tiara era tan bonita... —comentó la reina madre con tristeza—. Ahora nadie querrá llevarla.

—Yo desde luego que no —aseguró Margarita.

—Algún día te compraré una, cariño.

—¿Sabes qué? —repuso Margarita a través del humo del cigarrillo—. Estamos en el siglo veinte, por el amor de Dios. Creo que me la compraré yo.

61

La secretaria privada adjunta se había convertido en alguien muy importante. Ahora que Joan ya no hacía labores de secretaría, la habían trasladado a un despacho propio más pequeño, de modo que Urquhart podía compartir el suyo con Sarah, la mecanógrafa, para que ella lo ayudara como era debido. El subsecretario también tenía un perro: un cachorro de labrador negro llamado *Nelson* que se comía todo lo que se le ponía por delante y al que todos adoraban en la oficina. Urquhart había perdido la esperanza de que Fiona volviera, de modo que ése fue el mejor sustituto que pudo conseguir.

Sarah trabajaba bien, pero a menudo acudía a Joan en busca de consejo. Un día le mostró una caja grande y cuadrada que había llegado de Estados Unidos con un rótulo de «frágil».

—Ahí dice: «Para la reina exclusivamente», pero no puede significar eso, ¿verdad? Me refiero a que no es de la CIA ni nada parecido; ellos no escriben las cosas así.

—Echaré un vistazo, si quieres —se ofreció Joan.

—¿Lo harías? Muchas gracias.

Dentro de la caja, enterrado en un exagerado montón de capas de embalaje, había un disco de vinilo con una funda protegida con celofán. La etiqueta rezaba: «La Suite de la Reina.» Lo acompañaba una nota, que Joan leyó con asombro. Aquella tarde se lo llevó a Su Majestad.

—Es de Duke Ellington, señora. Dice que la conoció en primavera y que desde entonces quiso componer algo para usted.

La reina sonrió encantada.

—Sí, eso dijo.

—Bueno, pues compuso esta pieza y consiguió que su orquesta la grabara. Pero sólo hicieron un prensado, señora.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la reina.

—Que es una grabación única. Y ha pagado a Columbia Records por los derechos de autor para que nadie más pueda hacer una copia. Quería que fuera un regalo para usted, algo exclusivo.

Al oír eso, el rostro de la reina se iluminó de una forma totalmente nueva.

—¿De verdad? ¿Puedo ver la nota? —Se levantó y añadió—: Vayamos al salón de baile. Allí hay un gramófono.

La música era muy bonita. La reina aseguró que era una de las mejores piezas de jazz que había escuchado nunca, y lo mismo opinó Felipe cuando entró para ver a qué venía tanto alboroto.

—¡Baila conmigo! —ordenó.

—¿Cómo? ¿Aquí?

—¿Dónde si no?

La cogió en brazos y el personal los dejó solos mientras daban vueltas por la habitación.

Noviembre dio paso a diciembre. El duque de Maidstone regresó de su breve exilio en Chicago con el rabo entre las piernas. Lo habían despojado sin previo aviso ni explicación de casi todas las antiguas prebendas que tenía su familia en los fastos de la monarquía. Tan sólo se atrevió a preguntar, tembloroso, si su hijo podría recuperarlas cuando heredara. Pero el jurado no se pronunció. Sus invitaciones a cacerías fueron rescindidas. La duquesa empezó a preocuparse por su corazón.

En Johannesburgo, Tony Radnor-Milne intentaba dar la impresión de que siempre había querido dedicarse a la viticultura y a las inversiones, pese a que estaba a ocho mil kilómetros de sus negocios, de la abadía de su inminente ex mujer y de dos amantes a las que apreciaba mucho. Les había

pedido que se unieran a él, pero todas se habían negado cortésmente. No existía ninguna razón que le impidiera regresar a Inglaterra, pero tampoco parecía sensato intentarlo. La traición seguía siendo traición y su hermano creía que su llegada a Heathrow no sería vista con buenos ojos.

No saber a qué atenerse era lo que más lo angustiaba. Parecía como si él mismo hubiera tomado la decisión de marcharse, cuando en realidad se había visto obligado a hacerlo. Nunca hubiera dicho que Su Majestad pudiera ser tan calculadora y cruel. No le parecía propio de ella.

Unas semanas antes de las Navidades, todos los que figuraban en la lista de honores de Año Nuevo recibían una notificación para poder prepararse los agradecimientos y felicitaciones durante la celebración de la entrega de medallas.

Para su asombro, Fred Darbishire estaba en esa lista. Le habían concedido la medalla de Miembro de la Orden del Imperio Británico «por los servicios prestados en la Policía Metropolitana».

No tenía ni idea de a qué servicios se referían, pero le gustaba imaginarse la cara de George Venables, que no llevaba esos galones en su uniforme de gala. Su mujer estaba encantada y eso era lo único importaba. Ella podría asistir y verlo recibir su medalla en el palacio de Buckingham. Sería un día muy emocionante para ambos.

Entretanto, la familia real se trasladó a Sandringham, Norfolk, para pasar las fiestas junto al mar. En Nochebuena llegó una postal con matasellos de Cuba dirigida a Su Majestad. Decía simplemente: «Ahora cuido enfermos, por fin.» Y en español añadía: «Feliz Navidad.»

—Parece que se ha ido para allá, supongo —dijo Joan, después de haberse asegurado de colocar la postal en la parte superior de la bandeja que contenía la correspondencia privada

de la reina.

—Y ahora es enfermera —observó la reina—. Bien.

Estaba nerviosa. En menos de cuarenta y ocho horas iba a dirigirse a millones de personas de todo el país y la Commonwealth, en directo y por televisión, y tenía que conectar con ellas como fuera. Les daría la bienvenida a su propio hogar, donde la verían por primera vez, y les hablaría de sus miedos —al futuro, a la tecnología, a los cambios vertiginosos...— y también de los valores profundamente arraigados que la habían ayudado a salir adelante. Esperaba que Daphne hubiera acertado con sus consejos, pero, más allá de lo que Daphne pensara, eso era lo que la reina quería decir.

Ese año pasado había tenido momentos en los que se había sentido tremendamente asustada, pero los había superado y había hecho lo correcto, o por lo menos eso esperaba. Al final, la promesa de dedicar su vida al servicio público lo volvía todo más sencillo: una sabía lo que debía hacer. En ese contexto, la enfermería sonaba como una excelente opción para Lucie Seymour.

—Tengo algo para usted —le dijo la reina a Joan. Abrió el cajón de su escritorio y sacó una caja estrecha envuelta en papel de regalo.

—¿Lo abro ahora? —quiso saber Joan.

—¿Por qué no lo guarda hasta que esté en casa con su padre?

Joan viajó a Cambridge en tren esa misma noche y desenvolvió el paquete la mañana de Navidad, en las habitaciones de su padre en Saint Anselm. Era una caja de cartón azul con la marca de uno de los joyeros reales. Dentro había una cajita de plata y esmalte azul con el emblema real grabado bajo el cierre.

—Es muy bonita —comentó Vincent McGraw con gesto de aprobación—. ¿Para qué es?

Joan sonrió a su padre.

—Creo que es para guardar secretos.

—Sin duda, pero... ¿qué vas a guardar realmente en ella?

Joan lo pensó un instante. Antes de irse hacia Sandringham, Hector Ross le había regalado un collar de perlas iridiscentes, perfectas y absolutamente prohibitivas. «Las necesitas. Son tu uniforme de oficina», le había dicho con tono enérgico y apartándole el pelo para ponérselas al cuello. Las llevaba puestas en ese momento.

—Más secretos —contestó.

Nota de la autora

Los lectores más sagaces habrán advertido que en el número 22 de Cresswell Place, la casa de estilo Arts & Crafts donde se alojaban los misteriosos académicos, vivía Agatha Christie. Ella fue una de las primeras en rehabilitar una de estas casas tradicionales para el servicio en la década de 1920, y allí ambientó su relato «Asesinato en Bardsley Mews». Con admirable generosidad, solía dejar la casa a un par de amigos, que acabaron presentándole a su futuro marido, Max Mallowan. A veces las buenas acciones quedan impunes. Las otras casas son inventadas.

Duke Ellington conoció en efecto a la reina en un acto del Festival de Música de Leeds, en 1958, así que aproveché ese episodio y lo convertí en una reunión más íntima que habría tenido lugar un año antes.

«Estás eufórico por los aplausos y de pronto la elegancia de la hermosa reina te deja sin habla... En general Su Majestad transmite la alegría de una persona felizmente casada, en contra de todos los rumores y relatos que circulan sobre los monarcas, y eso te devuelve la fe en las personas. Una pareja atractiva y culta. Dos jóvenes que intentan salir adelante lo mejor que pueden», dijo el músico sobre su encuentro con la pareja real.

En efecto, Ellington escribió una suite para la reina después de ese encuentro, y mandó producir una única copia para ofrecérsela como regalo. *The Queen's Suite*, reconocida ahora como una de sus más bellas composiciones, permaneció oculta al público hasta después de la muerte de Ellington, en 1974.

Mientras escribía este libro, escuché muchas veces la pieza central de la suite, un tema sin letra titulado «The Single Petal of A Rose», el solitario pétalo de una rosa. La reina fue admiradora de la música de Ellington toda su vida.

Es cierto que Daphne du Maurier estaba casada con el general Boy Browning, que también había sido tesorero de la casa real de la princesa Isabel y luego trabajó para el príncipe Felipe. Como pareja, acudían en efecto a Balmoral, un lugar que Daphne detestaba por la rigidez de la vida en la corte. Pero en 1957 no estuvieron allí, que yo sepa. Sin embargo, sí le pidieron a la escritora que trabajara en el mensaje de Navidad de ese año, y fue así como llegué a conocer esa relación, a mi parecer extraordinaria, entre la reina y Du Maurier. Y sí, el príncipe Felipe era admirador suyo, y compartían el amor por la navegación (aunque él, imagino, no era devoto de sus novelas). Se rumoreó en su momento que le pidió consejo antes de casarse. Me gusta pensar que la autora de *El río del Francés* no le habría aconsejado que lo hiciera a menos que lo creyera profundamente enamorado.

A Billy Hill no le impresionó demasiado que la policía interviniera su teléfono. Se retiró a España, pero a finales de los años cincuenta compró un club nocturno en Tánger y su socio, Gypsy, lo dirigió durante muchos años. Me pregunto de dónde sacó la idea... Su lugar en los bajos fondos londinenses fue ocupado por sus protegidos, los Kray.

Mi relato contiene ecos de unos escándalos que acabarían produciéndose en los años sesenta: el caso Profumo, con la piscina de Cliveden como protagonista; el tercer hombre, y el

cuarto y el quinto, de la red de espionaje de Cambridge, uno de los cuales, Kim Philby, anunció su (refutada) inocencia en una casa que daba casualmente a Cresswell Place; y el golpe de Estado «traicionero» que Harold Wilson temía en 1968. No es la primera vez que hombres poderosos con un excesivo respeto por su propia inteligencia han tomado decisiones estúpidas. La verdad es siempre más extraña que la ficción.

He inventado muchas cosas, pero no la acogida de que fue objeto la reina en Francia o Estados Unidos. Véase el diario de Eleanor Roosevelt, entrada del 26 de octubre de 1957:

> La visita de la reina Isabel a Estados Unidos, creo, ha contribuido en gran medida a eliminar parte del rencor que surgió cuando en este país se permitió que se produjera la crisis de Suez y luego se dijo que no sabíamos nada sobre qué estaban haciendo nuestros aliados.
>
> Siempre me ha parecido una excusa poco convincente, puesto que Gran Bretaña y Francia eran nuestros aliados y eso indicaba que nuestra comunicación debía de haberse deteriorado hasta un punto que no es lícito entre amigos. Espero que no volvamos a caer en semejante negligencia.
>
> Ahora que la reina ha hecho cuanto estaba en su mano para reparar el daño, espero que hagamos todo lo posible para restaurar la calidez de la relación británico-estadounidense, que es, en mi opinión, esencial para la fortaleza de Occidente.
>
> Al contemplar a la joven reina y a su esposo, el príncipe Felipe, en su visita a Nueva York, me pareció que ella desempeñaba su papel con gran dignidad, pero también con cierta fatiga. Qué joven parecía la pareja, ¡y cuánto hacemos trabajar a nuestros visitantes!

En 1959 la princesa Margarita adquirió la tiara Poltimore en una subasta. La lució en 1960, el día de su boda con un fotógrafo de la alta sociedad llamado Anthony Armstrong-Jones. Él había tomado la fotografía oficial de la reina y la princesa Ana leyendo

juntas, con motivo del cumpleaños de la joven princesa en 1957. La impresión se realizó el 10 de octubre, poco antes de que la reina partiera en su viaje oficial a Canadá y Estados Unidos.

Los lectores de la misma hornada que yo habrán crecido con las historias de los Jennings de Anthony Buckeridge. Mucho antes de Harry Potter, éstas narraban las aventuras de un niño (muy poco mágico) en un internado británico. Yo estaba viviendo lejos en esa época, en Hong Kong, y los devoré. De ahí que haya tomado prestados los nombres de los amigos de Jennings, Darbishire (escrito así) y Venables, en honor al verdadero inspector jefe George Jennings, de la división de Kensington, cuyo equipo resolvió los asesinatos de Rillington Place en los años cincuenta. Su subordinado, el inspector James Black, dirigió con éxito la primera parte de la investigación, y es en honor a Black que Darbishire ostenta ese simple rango, pero la relación entre mi inspector y Venables no refleja la mucho más respetuosa que tenían entre sí los verdaderos agentes de la Policía Metropolitana.

Mientras investigaba sobre la Dirección de Operaciones Especiales (DOE), y sobre los asesinatos en Chelsea y Kensington y sus alrededores en la década de 1950, descubrí que dos heroínas de guerra fueron asesinadas allí: una murió a manos de un acosador; el caso de la otra quedó sin resolver. La primera era Krystyna Skarbek, conocida como Christine Granville: una agente polaca de la doe con un extraordinario historial de guerra, que después se vio rebajada a ejercer trabajos de ínfima importancia, antes de morir asesinada en Earls Court en 1952 a manos de un hombre celoso que había trabajado como camarero en un transatlántico. La segunda era Teresa Lubienska, una condesa polaca de setenta y tres años que había pertenecido al

Ejército Clandestino Polaco y sobrevivido a dos campos de concentración, y que fue apuñalada por un desconocido en la estación de metro de Gloucester Road en 1957. Ambas deberían haber sido aclamadas como heroínas. En lugar de ello, llevaron una vida difícil en la posguerra y sólo ahora se aprecia plenamente su heroísmo, a medida que historiadoras y escritoras se encargan de sacar a la luz lo que hicieron. Aprendí mucho sobre el asunto en *Mission France*, de Kate Vigurs, publicado por primera vez en 2022.

La historia de la ficticia Marianne Fleury se inspiró en mi lectura de *Miss Dior*, de Justine Picardie, publicado por primera vez en 2021, que narra la extraordinaria historia de Catherine, la hermana de Christian Dior. Fue una joven combatiente de la Resistencia, capturada y enviada al campo de concentración de Ravensbrück desde París. Regresó después de la guerra, casi irreconocible tras todo lo que había sufrido, pero se convirtió en la musa de su hermano y en una exitosa cultivadora de rosas en la Provenza, cuyas flores se utilizaban en los perfumes de Dior. Christian murió en la época en que se ambienta este libro, en 1957, pero Catherine falleció en 2008, a los noventa años. El magnífico libro de Justine capta la alegría y el terror de aquellos años de guerra y posguerra. También describe la importancia de la moda de alta costura en la reconstrucción de la Francia de posguerra. Os lo recomiendo.

S. J. Bennett,
agosto de 2023

Agradecimientos

Como siempre, debo dar las gracias a la difunta reina Isabel II por una vida de servicio, por su sentido del humor y por preservar el misterio de la monarquía el tiempo suficiente para que una novelista pudiera imaginar esta secreta y ficticia faceta suya.

He tenido la suerte de ver cómo esta serie, al igual que la reina, viaja por todo el mundo, y quiero aprovechar esta oportunidad para dar las gracias a Sam Edenborough, al equipo de ILA y a todos mis editores, traductores y equipos de márketing en países que van desde Francia y Alemania hasta Australia y Japón. Es un privilegio ser testigo de vuestro apoyo a estas historias y de las maravillosas cubiertas que proporcionáis a todos mis libros.

En mi país, le estoy muy agradecida a Ben Willis, de Bonnier Zaffre, el mejor editor que una podría desear. Gracias también a Nick Stearn por las cubiertas, a Iker Ayesteran por las maravillosas ilustraciones (especialmente las de los corgis), a Isabella Boyne por hacer que todo funcione mejor de lo que tengo derecho a pedir, y a Elinor Fewster por asegurarse de que la gente conozca los libros.

Charlie Campbell, de Greyhound Literary, sigue siendo el mejor agente del sector. Continúo sintiéndome tan afortunada como cuando empezamos juntos en 2020. Y aquí seguimos, cuatro libros después.

Mi agradecimiento a The Transatlantics, por todos vuestros ánimos y sabios consejos. Bonnie MacBird, eres una gran sherlockiana y una amiga muy querida. Vanessa Harbour, esta vez no podría haberlo hecho sin ti: esas sesiones de crítica de los

viernes por la mañana fueron momentos muy bien aprovechados.

A todos los escritores de la comunidad policíaca, gracias por ser un grupo tan solidario y creativo. En particular, gracias a Vaseem Khan, por su generoso aliento, y a Ruth Ware, por ser la persona ideal a quien recurrir cuando hay que matar a alguien de una forma que un forense de la policía no podría reconstruir. Procurad no mosquear a Ruth, es cuanto puedo decir.

Ese año de 1957 fue muy ajetreado, con todas esas visitas de Estado de la reina, y obtuve los detalles de su agenda de muchos sitios, en buena medida de los noticiarios de la época de la productora Pathé. Pero una de mis fuentes favoritas, por su (insólita) fiabilidad en cuanto a los lugares exactos a los que acudía la reina cada día y la ropa que llevaba, fue el blog Royal Watcher. Gracias, Saad Salman. También agradezco los escritos y la investigación de Michelle Morgan (*When Marilyn Met the Queen*, Robinson, Londres, 2022) y la biografía de Margaret Forster sobre Daphne du Maurier (1993).

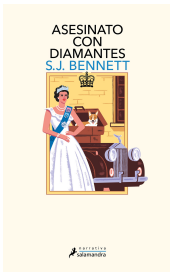
Como siempre, doy las gracias a Emily, Sophie, Freddie y Tom. Los chicos han sabido soportar, durante catorce libros, que yo estuviera escribiendo hasta altas horas de la madrugada en las fechas límite, así que les debo mucho. Menos mal que saben preparar pasta al pesto. Y Alex, ésta es fundamentalmente una historia sobre el amor, de modo que tú estás ahí, en su mismísimo centro.

Por último, si bien no menos importante, quiero dar las gracias de corazón a todos mis lectores. Nada me emociona más que tener noticias de alguien que acaba de descubrir esta serie. Estoy especialmente agradecida al grupo de suscriptores de mi *newsletter*, que se han convertido en parte de mi vida. Me siento honrada de que estos libros hayan animado a tantos de vosotros cuando estabais deprimidos. Me encanta conocer vuestras historias y recuerdos de la reina, saber que os han gustado los

relatos cortos y que participéis en los concursos. ¡Seguid escribiendo, por favor!

Podéis contactar conmigo a través de mi página web, www.sjbennettbooks.com. Leeros siempre me hace feliz.

Un doble asesinato en un piso cercano al palacio de Buckingham.
Una joven Isabel II decidida a aclarar la verdad.



Abril de 1957. En un mundo cada vez más desafiante, Isabel II desarrolla una intensa actividad diplomática para situar de nuevo al Reino Unido en el tablero europeo de la posguerra. Sin embargo, de viaje en París, la joven reina empieza a sospechar que alguien de su entorno intenta torpedear su misión. Una inquietud que aumenta al descubrir que su tarea se disputa el espacio en la prensa con un brutal asesinato doble en un piso cercano al palacio de Buckingham. Allí, una asistenta ha encontrado los cuerpos estrangulados de Gina Fonteyn, una joven dama de compañía ataviada con una valiosísima tiara de diamantes, y Nico Rodríguez, un misterioso traficante de armas proclive a los ambientes peligrosos. Mientras la policía centra sus pesquisas en miembros de la alta sociedad que celebraban una partida de cartas en el apartamento de abajo, Su Majestad inicia una investigación en paralelo. Y en compañía de Joan McGraw, mecanógrafa políglota del palacio y ex descifradora de códigos secretos, a la que convierte en su secretaria privada adjunta, intentará aclarar quién se esconde detrás de los intentos de sabotaje de su labor diplomática y del macabro crimen.

Mezcla magnífica de investigación meticulosa, personajes seductores —entre los que destaca una Isabel II curiosa y perspicaz—, diálogos excelentes y una sutil trama de misterio, Asesinato con diamantes es la cuarta entrega de una serie cautivadora que convierte a la reina de Inglaterra en la miss Marple de la monarquía.

La crítica ha dicho:

«S. J. Bennett hace que la reina más famosa del mundo sea una resolutiva investigadora de crímenes, en lo que también es una semblanza de su personalidad, sus relaciones personales y del castillo británico».
El País

«La reina Isabel II, convertida en un sosias de miss Marple, es capaz de resolver crímenes mientras cumple con sus deberes de monarca. [...] Fina ironía y un conocimiento de la vida de los Windsor».
La Vanguardia

«Un retrato fidedigno y bien ambientado de la vida de la corte y la diplomacia, con un argumento sagaz, lleno de huellas y pistas falsas, que revela información sobre los primeros años y acontecimientos del reinado de Isabel II. [...] Maravillosamente entretenida».
Lancaster Guardian

«Un caso atractivo y complejo, lleno de guiños a la época, con un toque sublime en los detalles. La autora escribe sobre la monarca y su familia en general con evidente afecto y calidez, y un conocimiento profundo de la vida palaciega, que brilla en cada escena. [...] Una obra espléndida e ingeniosa».
My London

«Miss Marple con corona».
Daily Mirror

«Probablemente la novela detectivesca más adorable del momento».
Ruth Ware

«¡Perfección absoluta!».
Isabelle Broom

«Como un episodio de *The Crown*, pero con una guarnición muy especiada: un asesinato».
Daily Mail

«Un retrato brillante de la reina como detective [...]. Isabel II mezcla una afilada intuición y una memoria de primera con toda una vida de observación para superar en perspicacia a la policía y al MI5».
Daily Mirror

«Gustará tanto a los amantes de la realeza como a los de crímenes misteriosos».
Daily Express

«Muy bien documentado, minucioso y sutil».
Bonnie MacBird

«Un retrato afectuoso, entretenido y delicioso de la sagaz y hábil monarca».
Sunday Express

S. J. Bennett (Richmond, Yorkshire, 1966) vivió durante su infancia en Hong Kong, Berlín y Noruega. Se doctoró en Literatura Italiana por la Universidad de Cambridge y trabajó como asesora de estrategia para McKinsey & Co. antes de dedicarse profesionalmente a escribir. Ha publicado diez libros para el público juvenil, entre los que destacan *Threads*, que obtuvo el Times/Chicken House Children's Fiction en 2009, y *Love Song*, premio RNA Romantic Novel en 2017. Los derechos de traducción de *El nudo Windsor* se han vendido a más de una veintena de idiomas.

Título original: *A Death in Diamonds*
Primera edición: julio de 2024

© 2024, S. J. Bennett
All rights reserved
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2024, Patricia Antón de Vez, por la traducción

Ésta es una obra de ficción. Las referencias a personas, hechos, establecimientos, organizaciones o lugares reales tienen la única finalidad de proporcionar un sentido de autenticidad y están utilizadas de forma ficticia. Todos los demás personajes, incidentes y diálogos forman parte de la imaginación de la autora y no deben interpretarse como reales.

Ilustración de la cubierta: © Iker Ayestaran

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19851-10-9

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd
X: SalamandraEd
Instagram: SalamandraEd
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Asesinato con diamantes

Primera parte. Vive la Reine

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15

Segunda parte. Daphne al rescate

- Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Tercera parte. Una mujer ligera de cascos

Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Cuarta parte
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Nota de la autora

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre S. J. Bennett

Créditos